



CARLOS
BASSO



CÓDIGO
AMÉRICA



Lectulandia

Una serie de atentados ocurre en iglesias de Chile, Perú y Argentina con el objetivo de robar los restos de grandes próceres latinoamericanos: José Miguel Carrera, Francisco Pizarro y José San Martín. ¿Qué se esconde detrás de estos ataques? Para averiguarlo, el agente del Vaticano Alberto Prat y el comisario Saavedra deberán correr contra el tiempo, y siempre en peligro de muerte, intentando descifrar un enigmático código que contiene la verdad acerca de una de las leyendas más fabulosas del continente: la Ciudad de los Césares. Una vez más, Carlos Basso logra armar una trama llena de suspenso e intriga, con logias secretas, ocultismo nazi y mitos ancestrales, basada en increíbles y desconocidos hechos reales de nuestra historia.

Lectulandia

Carlos Basso

Código América

ePub r1.0

Titivillus 31.03.2018

Carlos Basso, 2016

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Hechos reales

Todos los templos masónicos, católicos y de otras religiones o filosofías descritos en este libro son auténticos, al igual que las sedes de determinadas sectas que se mencionan en el texto y que se ubican en diversas capitales de América Latina.

También son efectivas las descripciones de diversos lugares que figuran en esta historia, así como las relativas a estatuas, monumentos, cementerios y edificios de gran simbología.

Del mismo modo, son verdaderas las historias que se relatan en torno al origen de la leyenda de la Ciudad de los Césares, así como respecto del padre Martín Gusinde, Julius Popper y las matanzas en contra del pueblo selk'nam. Todo lo referente a los relatos sobre los generales José de San Martín y José Miguel Carrera, al igual que lo que tiene que ver con el conquistador del Perú, Francisco Pizarro, es cierto.

En épocas más actuales, también fueron reales los episodios narrados respecto de la aparición de Sendero Luminoso en Lima, del «Grupo Colina», del atentado contra el edificio de la AMIA, en Buenos Aires, y del robo sufrido por las supuestas oficinas de la inteligencia argentina en el Palacio Barolo.

Asimismo, es verídica la historia de la Sociedad (o logia) Thule, almacén esotérica del nazismo.

PRIMERA PARTE

Capítulo 1

**Buenos Aires, Argentina
13-14 de mayo de 2017**

Era ya casi la medianoche y los dos soldados del Regimiento de Granaderos a Caballo General San Martín se miraban incómodos, pues era la primera vez que hacían esa guardia juntos y casi no se conocían. Pese a que a esa hora la capilla Nuestra Señora de la Paz estaba completamente vacía, ambos se mantenían firmes en su posición, en el acceso ubicado al interior de la extraña catedral de Buenos Aires, la única en América Latina en cuyo frontispicio no se aprecia cruz alguna. De hecho, era habitual que los turistas que llegaban a la Plaza de Mayo confundieran ese inmenso edificio con una facultad de Derecho o algo semejante, debido a las doce enormes columnas corintias de su fachada.

Otros apostaban a que era una sede de la masonería, pues en el centro del friso que presenta en su fachada lo que más destaca es el conjunto de tres figuras, que representa las famosas pirámides de Keops, Kefrén y Micerino.

Los guías turísticos siempre se apresuran en aclarar que en realidad el edificio es una réplica exacta del Palacio Borbón de París (donde sesiona la Asamblea Nacional) y que el friso, creado por el francés Joseph Dubourdieu entre 1863 y 1869, representa una escena donde se ve a Jacob en Egipto.

Si bien esa es la explicación oficial, no faltan los escépticos que quieren ver en la imagen de las tres pirámides alguna correspondencia con el enorme obelisco de Buenos Aires, que se perfila a unas seis cuadras hacia el occidente, o con la pirámide (un obelisco, en realidad) en la Plaza de Mayo, a unos cien metros de allí, columna rematada por una escultura de la Libertad, creada también por Dubordieu, la que luce en su cabeza el gorro frigio que también figura en el escudo nacional de Argentina.

En todo aquello pensaba esa noche uno de los soldados.

—¿Vos de verdad creés que todo esto sea pura coincidencia? —preguntó de pronto el voluntario segundo José Aguirre a su compañero, del mismo grado.

Ambos vestían el vistoso uniforme rojo, azul y amarillo del regimiento que en 1812 creara el libertador José de San Martín, parados al lado de su tumba, en la capilla Nuestra Señora de la Paz, donde permanecen los restos mortales de San Martín, el hombre que gestó la liberación de Argentina, Chile y Perú, y cuyos restos mortales son custodiados día y noche por los granaderos.

Lezama, el otro soldado, le preguntó a Aguirre de qué diablos hablaba.

—De todo lo que se dice, che, de eso de los masones y los símbolos. ¿Sabés que si te parás en Google Maps y tirás una línea recta entre la Pirámide de Mayo y el Obelisco hay un kilómetro exacto?

—¿Y eso qué significa?

—Y qué sé yo, pero es raro, ¿no? —retrucó Aguirre.

—Puede ser.

—Y mirá, fijate en el féretro de mi general —le pidió.

Aguirre había dejado a un lado la espada que debía mantener en forma permanente entre sus manos, en las que tenía, en cambio, un *smartphone* Samsung. Su sueño era tener un iPhone, pero aún estaban muy caros, inalcanzables para un muchacho de origen modesto como él.

En la pantalla del celular aparecía una imagen, en la que se veía una especie de corte seccional de la tumba. Allí se apreciaba que al tope del mausoleo, a casi tres metros de altura, figuraba una especie de ataúd negro, sostenido sobre una enorme base de mármol rosa que, a su vez, descansaba sobre otra base de la misma piedra de color rojizo.

No obstante, como lo mostraba ese dibujo, todo eso no era más que una escultura mortuoria, pues el ataúd en realidad estaba entre el suelo y el subsuelo, inclinado en unos 45 grados, con la cabeza apuntando hacia abajo y los pies hacia arriba.

Sin embargo, Lezama no entendió de qué le estaba hablando su compañero.

—¿Que mire qué? —preguntó, observando la bandera argentina, que recubría parte del féretro, y la placa conmemorativa situada debajo de la estatua principal, donde se leía:

TRIUNFÓ EN SAN LORENZO - 1813

AFIRMÓ LA INDEPENDENCIA ARGENTINA - 1816

PASÓ LOS ANDES - 1817

LLEVÓ SU BANDERA EMANCIPADORA A CHILE, AL PERÚ Y AL ECUADOR

1817 - 1822

—Acá, hombre, mirá, mirá como enterraron a mi general —reclamó Aguirre, plantándole la pantalla del celular casi encima de la cara. Lezama se echó un poco hacia atrás, cegado por el brillo, y observó la figura.

—Pelotudeces de internet. Y si fuera así, no entiendo a quién carajo le podría interesar —respondió, acomodándose la gorra azul con borlas y penachos rojos, tocada al tope con una cinta amarilla.

El granadero Aguirre le respondió casi enojado.

—¿Que a quién le puede interesar? ¡A cualquiera que se interese por la historia argentina, boludo! Mirá, San Martín fue masón, ¿vale? Pues bien, se murió en Francia y cuando trajeron su cuerpo a la Argentina lo quisieron enterrar aquí, pero la iglesia se oponía, por eso de que era masón y ellos están excomulgados; vos sabés eso, supongo, si todos lo sabemos. Finalmente los curas accedieron a construir esta capilla, al inicio de la catedral, pero exigieron que la cabeza del féretro estuviera unos centímetros más baja que los pies, como señal de que San Martín se iría al infierno...

—Patrañas de viejas —respondió Lezama.

—Lo leí en un diario —argumentó Aguirre, como prueba suficiente y total de sus dichos.

Lezama abandonó la posición de firmes por primera vez en la noche. Se acomodó el terciado de cuero blanco que atravesaba su pecho y comenzó a caminar alrededor del panteón, observando las placas que había por sus cuatro costados y leyéndolas en voz alta.

—Mirá, che, leé. Esta dice: «Redimió el Perú y fundó su independencia». Esta otra: «El pueblo argentino agradecido a la memoria de su gran capitán por iniciativa del presidente Dr. Avellaneda». Acá: «José de San Martín, guerrero de la independencia argentina, Libertador de Chile y del Perú, nació el 25 de febrero de 1778 en Yapeyú, murió el 17 de agosto de 1850 en Bolougne sur Mer, aquí yace». Y la última: «Vencedor en Chacabuco y Maipo, proclamó la independencia de Chile, 1817-1820». Vos mirás demasiada tele, che. Aquí no hay nada masónico —espetó a Aguirre.

Este no se amilanó. El último texto se hallaba en la parte trasera de la tumba, grabado en un atrio de mármol que tenía además el escudo chileno. Sobre el mismo descansaba una escultura que representaba a una mujer, envuelta en una túnica y con uno de sus pechos al descubierto.

—Mirá bien esta escultura —pidió Aguirre.

—Y la estoy viendo. —Replicó Lezama, ya enfadado.

—¿No te das cuenta?

—¿De qué?

—¡De esto, pues carajo! —le gritó ya francamente enojado, indicándole con la mano derecha una especie de cola que se veía al lado del pie derecho de la mujer, una suerte de cola terminada en un tridente o algo así.

—¿Qué? ¿Pensás que esta mujer es una representación del diablo o algo así? —preguntó Lezama.

—Y yo no sé, pero es muy extraño.

—Puede ser cualquier cosa, estás alucinando. Y que yo sepa los masones no tienen nada que ver con el diablo —decía Lezama, cuando un ruido muy fuerte y sordo los interrumpió. Aguirre había estado varias noches en la custodia de ese lugar y ya estaba habituado a los sonidos de la catedral, solo interrumpidos de cuando en cuando por algunos de los rondines que entraban y salían, cuyo paso siempre estaba antecedido por el tintineo de los manojos de llaves que portaban.

Aguirre lo hizo callar, devolviéndose hacia el frontis del mausoleo donde había dejado su espada. La tomó y miró hacia fuera, al inicio de la nave de la catedral, y eso fue lo último que vio. Un disparo percutado con una pistola Astra de 6.35 milímetros, con silenciador, penetró su nuca.

Lezama se quedó muy quieto mirando el cadáver de su compañero, sin decir palabra alguna, y aún con el arma en la mano caminó hacia el acceso derecho de la

catedral, donde tres figuras vestidas de negro y con pasamontañas del mismo color emergieron desde las sombras, dejando en medio de los primeros escaños el cadáver de uno de los rondines.

Los recién llegados vestían uniformes negros tipo comando, y recubrían sus cuerpos con chalecos, perneras y hombreras antibalas. Saludaron a Lezama con un leve movimiento de cabeza y abrieron sus mochilas, de las cuales extrajeron cortadoras de discos adiamantados.

El que parecía ser el jefe del equipo miró el cronómetro que portaba en la muñeca. Constató que ya eran las doce y tres. En un minuto más debía comenzar la maniobra de distracción, destinada a concentrar a la Policía Federal Argentina (PFA) en un sector cercano, pero suficientemente alejado de allí como para suponer que podrían cumplir su misión en calma. Incluso contaban con que los equipos antimotines que la PFA tenía destacados en forma permanente al otro lado de la Plaza de Mayo, casi en la esquina de la Casa Rosada, serían despachados también hacia allá.

Una vibración en su celular indicó al más alto de los tres que todo estaba en marcha.

—Ahora —musitó el jefe, y sus subordinados comenzaron a rasgar las entrañas del mausoleo. Si hubiera podido mirar hacia fuera, habría visto cómo las dos radiopatrullas de la PFA y el carro lanzagua que estaban en Hipólito Yrigoyen, casi frente a la calle Defensa, y cuyo objetivo era controlar a los piqueteros que alojaban en la plaza, salían raudos en dirección a una emergencia que desde hacía años se temía en la Argentina: un nuevo atentado en contra de intereses judíos. Luego de las bombas de 1992 y 1994, puestas en la Embajada de Israel y en la Asociación Mutual Israelita Argentina, la AMIA (cuya última secuela fue la misteriosa muerte del fiscal Alberto Nisman), lo que más se temía era que dicha historia se pudiera repetir.

Pues bien, esa noche las alarmas se encendieron en todas partes, cuando el 911 de la policía recibió un llamado avisando la existencia de un coche bomba frente a la Sinagoga de Buenos Aires, situada en Libertad con Córdoba, a pocos metros del Teatro Colón, de la Corte Suprema, del Teatro Nacional Cervantes y del Obelisco, y a 1500 metros exactos de la Pirámide de Mayo.

Por cierto, no se trataba de un aviso cualquiera. La primera patrullera de la PFA que llegó allí vio con espanto que casi frente a la puerta principal del recinto religioso había una furgoneta Renault Trafic blanca, semejante al vehículo que se decía contenía los explosivos que hicieron volar la AMIA. Sombras ominosas del pasado acudieron a la mente de los policías de dicha patrulla, cuando los encargados de seguridad del recinto relataron que dicho móvil iba llegando a la esquina, pocos minutos antes, pero de pronto el conductor se detuvo y se bajó corriendo para abordar un Ford Falcon que iba detrás, el cual se alejó de allí a toda velocidad.

Muy pronto todo el perímetro estuvo completamente cercado. Las camionetas de los diarios y canales de televisión buscaban desesperadamente dónde estacionar,

mientras cientos de policías cortaban el tráfico en cada calle, en cada esquina, en cada pasaje hasta un kilómetro a la redonda.

Las veredas estaban repletas de personas en pijama y zapatillas de levantar, que eran desalojadas desde los edificios cercanos. Dos rabinos se tomaban las manos orando, al tiempo que miraban hacia el domo ubicado sobre la puerta principal de la sinagoga, donde se ve la imagen de dos manos tocándose por medio de la punta de los pulgares, y con los demás dedos de cada mano separados en forma de «V» en medio del cordial y el anular. Aunque la cultura popular ha consagrado ese gesto como un saludo del planeta Vulcano, gracias al personaje del Señor Spock de la saga de *Viaje a las estrellas*, en realidad se trata de un antiguo gesto rabínico, que se usa para bendecir y que forma la letra hebrea shin.

Los miembros de la Brigada Antiexplosivos de la PFA estaban ya llegando a la Trafic, provistos de sus incómodos trajes de seguridad, cuando un estallido hizo que todos se lanzaran al suelo, casi por instinto.

Sin embargo, no fue tan fuerte como cualquiera lo hubiese esperado, ni volaron pavesas ardientes, ni cayeron restos de cemento sobre la gente, ni mucho menos se destruyó la Trafic.

Scholomo Haretz, uno de los rabinos, levantó la cabeza y vio extrañado que la sinagoga seguía allí mismo, que la imagen de las manos tocándose estaba en el mismo lugar, y que sobre ella permanecía incólume la enorme estrella de David que coronaba el edificio.

Al escuchar el tráfico radial que salía del Handy de un policía de tránsito que, como él, estaba tirado al lado, comprendió lo que acababa de ocurrir.

—¡Han volado la Catedral de Buenos Aires! ¡Repito, han volado buena parte de la catedral, todo el sector del mausoleo de San Martín! ¡Se ven varios cadáveres! — gritaba por la radio un policía, que acababa de llegar al sitio del suceso.

Capítulo 2

Lima, Perú
13-14 de mayo de 2017

Pese a que en principio la misión de infiltrarse al interior de la Catedral de Lima parecía más simple que lo de Buenos Aires, apenas el jefe de la operación fue notificado de ella entendió que sería mucho más compleja, por un sencillo motivo: iluminada en forma magistral por varios arquitectos, entre ellos el chileno Brian Miller, el majestuoso manto de luces que recubre a la catedral y al vecino palacio arzobispal no es solo un imán para los turistas, que llegan extasiados a fotografiar ese conjunto de luces doradas que parece hacer refulgir el pasado *glamour* del virreinato, sino que además implica un problema evidente: el lugar está lleno de luz, de mucha luz, por lo que cualquier movimiento nocturno es fácilmente visible.

Sin embargo, eso no atemorizó al sargento Huanca, escogido para la misión, un exintegrante del temible «Grupo Colina», que pudo seguir en servicio activo hasta casi el final de la dictadura fujimorista. Comando experto, muy joven fue destinado a la unidad de operaciones especiales del Servicio de Inteligencia del Ejército (SIE), donde fue reclutado por el capitán Martín Rivas, a mediados de los años ochenta, con el fin de integrar lo que le dijeron sería un cuerpo de élite dentro del SIE. Muy pronto se dio cuenta de que no era más que un aparato paramilitar destinado a eliminar violentamente a militantes de Sendero Luminoso y del Movimiento Revolucionario Túpac Amaru.

Sin embargo, nunca fue algo que se cuestionara mucho, pues aunque de muchacho no sabía nada de política, hubo un evento en su vida que lo llevó a odiar el marxismo con todas sus fuerzas.

Ocurrió la mañana del 26 de diciembre de 1980, cuando iba camino a jugar fútbol con algunos compañeros de escuela, momento en que el entonces joven Huanca vio en la esquina de Tacna con Jirón Moquegua una escena que lo dejaría marcado para siempre.

Se trataba de un perrito faldero de pelaje amarillento que colgaba de un poste, con un cartel atado a su cuello (en el que se leía «Teng Xiao Ping, hijo de perra») y un rictus muy dramático en su boca. Debajo del animal, un policía intentaba descolgarlo de manera infructuosa.

Había tres cosas que el joven Porfirio Huanca no sabía esa mañana. La primera es que el hombre que estaba ubicado a la izquierda del policía, tomando fotos a toda velocidad, era un gráfico de la revista *Caretas*, Carlos Bendezú. Lo segundo que desconocía era que —como Bendezú probablemente lo intuía— esa brutal imagen pasaría a la historia, pues posteriormente se entendería que con ese acto bárbaro, que se tradujo en la muerte y colgamiento de cientos de perros en el perímetro

céntrico de Lima, Sendero Luminoso estaba anunciando el inicio de sus operaciones terroristas en la metrópolis. ¿Y lo tercero? Huanca lo descubrió a tres cuadras de distancia. Entre ese punto y el sitio donde había visto el primer perro colgando contó otros seis en la misma condición, los que eran observados a la distancia por varios policías que, a diferencia del primer agente, temían se tratara de cazabobos y que los cadáveres contuvieran explosivos, por lo cual no se atrevían a descolgarlos. Con el corazón apretado, temiendo lo peor, estaba por llegar a su casa cuando a lo lejos vio un séptimo perro en la misma condición.

Era Bobby, su perrito callejero de patas cortas y orejas largas (rememoranza de algún antepasado de linaje dachshund), cuyo cadáver aún tibio colgaba de un semáforo, con los colmillos y la lengua al aire, imagen brutal que no se condecía para nada con el caniche vivaz, alegre y bueno para las peleas callejeras, que cada cierto tiempo salía a echar una canita al aire desde la chabola en que Huanca vivía por aquel entonces junto a su madre y sus dos hermanos, y que lo había acompañado desde que tenía diez años.

Parado sobre el techo de la Catedral de Lima, en eso pensaba cuando miró hacia abajo, observando la casa de Pizarro, la sede del poder ejecutivo peruano, majestuosamente iluminada, mientras que hacia el frente, atravesando la plaza de armas, sobresalía el edificio de la Municipalidad de Lima, al lado del pasaje Santa Rosa.

Aspiró profundo y sus fosas nasales se llenaron de humedad. Era una buena noche para trabajar, pues la habitual neblina costera de Lima había avanzado bastante hacia el interior de la ciudad y por ende la visibilidad no era tan buena como lo es habitualmente. Observando la torre izquierda de la catedral, por donde escalaría para forzar una de sus ventanas y desde allí acceder al interior del templo, pensó por un instante en el peso de lo que estaba haciendo.

Pese a su sangre indígena, cuando el mandante le explicó en qué consistía el operativo, no sintió regocijo alguno.

—Deberías sentirte orgulloso. Francisco Pizarro fue un gran hijo de puta. Es una reivindicación de lo que le hicieron a tu pueblo —le dijo Walter Theodor en persona, mirándolo con sus ojos azules desde su 1.85 metros de estatura, al tiempo que jugueteaba con las puntas de las uñas de sus dedos índice y pulgar de la mano derecha, ambas extremadamente crecidas, en contraste con las demás uñas de ambas manos, muy bien cortadas. Parecía un guitarrista que se deja algunas uñas muy largas de forma intencional.

A Huanca le interesaba bien poco. Era simplemente un trabajo, un muy buen trabajo, y había que cumplirlo. Ya llevaba varias horas en eso y quería terminar pronto. Recordó con detalle que luego de aquella frase preguntó a Theodor por qué hacerlo de ese modo, que parecía tan complejo.

—La catedral tiene muy poca seguridad. Creo que bastaría con esconderse adentro y podríamos salir en la noche. La cripta que se ubica debajo del altar mayor

es enorme. Puede sonar medio macabro, pero al medio de ella se encuentra un gran ataúd café de madera, que entiendo es el ataúd en que fueron hallados los restos de Pizarro, los que ahora, sabemos, están en la tumba que se ubica al inicio de la catedral. Yo puedo meterme adentro y esperar allí, para luego abrir una puerta lateral y dejar que entren los demás. Estuve varios días metido en un túnel donde apenas cabía una persona tendida, en la operación Chavín de Huántar. Al menos para mí, la claustrofobia no es problema —le explicó a Theodor, aludiendo al operativo encabezado por Alberto Fujimori y Vladimiro Montesinos, en 1997, cuando se cavaron túneles para acceder a la Embajada de Japón en Lima, tomada por el Movimiento Revolucionario Túpac Amaru meses antes, secuestro múltiple que culminó en un gran baño de sangre, una vez que los comandos militares accedieron al recinto.

Theodor escuchó lo anterior y sonrió para sus adentros. Luego lo miró con sus ojos de zorro. Tenía la nariz pequeña y las cejas prominentes, lo que le otorgaba un aspecto severo. Era un hombre de unos setenta años, con aspecto de alemán, pero que hablaba con un acento que Huanca no reconoció de inmediato si era chileno o argentino. Estaban en una choza ubicada en algún punto indeterminado del desierto, en medio de Ica y Palpa, a unos trescientos kilómetros al sur de Lima.

—Lo que buscamos no solo implica la acción en sí, sino las formas. Después de que usted y sus hombres salgan de allí y se sepa lo que ocurrió, mandarán detectives, equipos de criminalística, Interpol, expertos en inteligencia, que van a reconstruir por completo todo lo que aconteció, así es que piense un poco. Aunque nunca se sabrá el nombre de quién comandó ese operativo, en su fuero íntimo, ¿usted quiere pasar a la historia como el hombre que se escondió debajo de unas osamentas para acceder a la cripta de Pizarro, o quiere que los libros lo recuerden como el osado sujeto que escaló una de las torres de la catedral, en una acción táctica solo comparable a, digamos, lo de Chavín de Huántar? —le respondió.

Huanca pareció no excitarse en lo más mínimo con esa promesa etérea. Por cierto, movió la cabeza, afirmando que haría lo que le mandaran, pero Theodor quería algo más, quería la convicción absoluta de quienes había reclutado el comandante Osorio. No le interesaba que creyeran lo mismo que él, pero sí que actuaran impulsados por sus más profundos odios y rencores, las mejores motivaciones que conocía. Osorio había hecho un muy buen trabajo respecto de todos quienes había reclutado, y en la ficha de Huanca aparecía claramente su filiación antimarxista.

—Este será un fuerte golpe al comunismo internacional —agregó casi al pasar, sorbiendo una Coca Zero que había en la mesita del lado y ajustándose la chaqueta Armani que, pese al calor, no se había sacado.

El cerebro de Huanca intentó encontrar alguna conexión entre Pizarro, la catedral y los comunistas. No halló ninguna.

—¿Qué tienen que ver esos hijos de puta de los comunistas en esto? —preguntó a Osorio, sentado al lado de su jefe.

—No podemos decirle todos los detalles, sargento. Usted entiende, la compartimentación de la información. —Respondió el comandante, con su fuerte acento argentino.

Huanca lo miró fijo por un par de segundos, observando la enorme cicatriz que comenzaba sobre su ceja derecha, atravesaba la cara en forma diagonal y llegaba hasta el lado izquierdo del mentón, pasando por sobre el lugar donde su ojo derecho estuvo hasta la madrugada del 14 de junio de 1982, la madrugada aquella en que, siendo un simple subteniente, se desató la batalla del Monte Tumbledown, en las Malvinas.

En medio de la oscuridad, y desorientado por el estallido de un mortero casi al lado suyo, Osorio perdió el rumbo y caminó a tientas en medio de la noche y el humo, cuando algo lo atacó por atrás, rajándole la cara, para luego huir. Según la versión oficial, fue atacado por un gurkha británico. En su fuero interno, sin embargo, él siempre creyó que había sido un argentino que no lo reconoció y creyó que era un enemigo, dándose cuenta muy tarde de su error. De otro modo, suponía, no lo habrían dejado con vida.

—Entiendo —afirmó Huanca, pero Theodor notó que aún no estaba convencido. Osorio se acomodó el parche negro que tenía sobre la cavidad donde alguna vez estuvo su ojo derecho y movió la cabeza, seña de que era necesario usar artillería de mejor calado con el sargento.

—Mire. Este soy yo. Imagino que conoce al presidente Pinochet, ¿no? Aquí estamos en la casa de La Moneda, en Chile, en 1976. Yo estaba recién empezando en los negocios. Ese señor que aparece al lado, es el general Videla y, en esta otra foto, estamos junto a otro gran presidente, don Alfredo Stroessner, en Paraguay —le indicó, mostrándole una serie de imágenes que tenía en su iPhone.

—¿Y esos señores? —le preguntó Huanca, indicando una cuarta foto que había aparecido en la pantalla casi accidentalmente, pero que Theodor había puesto adrede.

—Grandes personas a las que conocí muy joven, gracias a mi padre. Mire. Este señor de acá es don Klaus Altmann, como se lo conocía en Bolivia, aunque su nombre real era Klaus Barbie, exjefe de la Gestapo en Lyon, y a quien el comunismo internacional persiguió toda su vida, hasta lograr que lo enviaran secuestrado a Francia, donde murió. A su derecha está nada menos que otro gran hombre, también injustamente perseguido, don Josef Mengele, a quien los comunistas bautizaron como «El Doctor Muerte», aunque en realidad lo único que hizo él fue sentar las bases de la investigación sobre genética. En Paraguay ayudó muchísimo a mejorar las razas de ganado y luego continuó sus investigaciones sobre genética en Brasil, específicamente investigando sobre cómo se crean los gemelos. Grandes hombres, satanizados por los comunistas, igual que tantos más, como el coronel Walter Rauff, que vivió en Chile, el capitán Guido Zimmer, que residía en Argentina, o ese brillante oficial que fue Friedrich Schwend, que vivió en Lima, y quien también fue injustamente tratado por los medios de prensa controlados por el marxismo, en

circunstancias que fue el creador de una de las operaciones de inteligencia más increíbles de la historia, al tratar de quebrar la economía británica introduciendo billetes falsos.

—Hay una película sobre eso, *Los falsificadores*. ¿La ha visto, sargento? Esa película es una distorsión sionista de los hechos, que por lo demás ni siquiera menciona al señor Schwend, pero la sucesión de los acontecimientos es bastante fiel a la realidad —acotó Osorio, quien, por medio de su único ojo, comprobó que la cara de Huanca tenía una expresión distinta.

—A medida que el trabajo avance se irá enterando de más detalles, se lo prometo —finalizó Walter, seguro ya de que el sargento estaba comiendo de su mano.

Y así fue como esa noche de mayo el sargento Huanca esperaba sobre el techo de la Catedral de Lima. Un poco antes de las ocho había entrado a un restorán ubicado en el Jirón Lampa, la calle que pasa por detrás de la catedral. Pidió un lomo saltado y luego de comer un poco solicitó la cuenta. La pagó y preguntó por el baño, aunque había estudiado por completo el sitio y sabía que al lado del baño había un cuarto con una ventana que daba a un patio, colindante con la parte trasera de la catedral. Salir por ahí y escalar la pared de la catedral le costó muy poco. De ese modo llegó al techo del principal templo religioso del país, donde se desprendió de la barba, el bigote falso que portaba, así como de la vistosa cicatriz de látex que cubría su pómulo derecho, y que era imposible no observar.

Sentado allí, esperando que avanzara un poco la hora y le llegara la señal, se sintió como el Hombre Araña, su héroe de infancia, observando la ciudad desde las alturas.

A pesar de sus más de cincuenta años se encontraba en un estado físico impresionante y consideró que era mejor subir la torre de una sola vez. Esa era la fase más delicada de todo el operativo. Pese a que su traje de camuflaje se asemejaba mucho al tono pastel de las torres, y a que ascendería por la cara suroeste, que no se veía desde la plaza, el riesgo de ser observado era muy alto, sobre todo si se producía algún problema.

—Al carajo —se dijo a sí mismo. Con su mano derecha hizo la señal de la cruz sobre su cara y pecho, tras lo cual comenzó el ascenso, a mano libre.

Fue mucho más simple de lo que suponía. Antes del operativo había fotografiado el relieve de la torre que escogió para subir, la norte, más pegada al edificio del palacio Arzobispal que la sur y, por ende, más protegida de la vista de curiosos y de los decenas de policías que día y noche custodiaban la casa de Pizarro. Había visto suficientes puntos de apoyo como para subir, pero su gran duda era el tamaño de algunos de los salientes.

En menos de cinco minutos de subida libre llegó a una de las grandes ventanas de la torre. Seguro de que nadie lo había visto, ingresó por ella sin muchos problemas y, menos de tres minutos después, guiando sus pasos con unas gafas de visión nocturna, accedió sin problemas al primer piso.

Sabía que en ese sector podía encontrarse a lo menos con un cuidador, por lo que iba preparado para ello. Cambió las gafas de visión nocturna por unas gafas térmicas y de inmediato observó un cuerpo caliente que se mantenía de pie cerca del altar mayor, por el costado derecho. Calculó que se encontraba en la cripta. Esperó un par de minutos para ver si se movía, pero quien fuera esa persona se mantenía en el mismo lugar. Su víctima se encontraba a unos ochenta metros de distancia, espacio imposible de recorrer sin que la goma de la suela de sus bototos no sonara sobre la losa. Así las cosas, se tiró en el suelo y reptó hacia el costado derecho de la catedral, quedando tendido casi frente al acceso a la tumba de Pizarro y protegido por la mesita en que un trabajador cobraba los diez soles que costaba el *tour* turístico por el lugar. De su bolso extrajo una pistola CZ SP-01, con silenciador y un cargador de dieciocho tiros. Como siempre que la tomaba, sintió un placer casi erótico en el momento que la palma de su mano tomó contacto con la superficie rugosa de la cache del arma.

Del mismo modo, se puso nuevamente el aparato de visión nocturna y apuntó. Apenas se escuchó un leve silbido en el aire al gatillar y el cuerpo aquel cayó, sintiéndose a lo lejos un ruido semejante al de una quebrazón de vidrios, pero muy menor.

Huanca se preguntó si su víctima habría sido un cura, un cuidador, una monja o quién sabe quién, pero no le dio más vueltas al asunto, ni tampoco le interesaba mayormente, como sí le extrañaba algo de sobremanera: todas las luces estaban apagadas en el interior de la catedral. Aún cuando esa figura humana que se desplomó tras recibir la bala 9 milímetros que el sargento Huanca percutió con una perfección pasmosa hubiera sido un extraño, no se entendía que el recinto estuviera en penumbras. Ciertamente, él iba preparado con todos los elementos que necesitaba y siempre asumiendo que debía actuar en el peor de los escenarios posibles (lo que implicaba la oscuridad), pero la situación era rara.

Huanca pensó lo peor. Quizás estaba a punto de caer en una emboscada. Sin embargo, su entrenamiento se impuso por sobre el pánico. Al frente suyo vio que la mesa donde cobraban la entrada estaba al lado de una columna. Miró debajo y, como lo supuso, había un enchufe en la parte inferior. Cambió la pistola a su mano izquierda y se llevó la derecha a la boca. Con la lengua mojó un poco la parte superior de su dedo meñique izquierdo, al lado de la uña. Lo lógico habría sido empaparse alguna yema, pero todas ellas estaban recubiertas por una gruesa capa de pegamento a base de cianocrilato, cuyo fin era no dejar huellas dactilares. La elección del meñique tampoco fue al azar. Si pasaba algo y perdía un dedo, mejor que fuera ese y no otro más útil.

Sin darle más vueltas, acercó el dedo a las salidas del enchufe, pero nada sucedió, ni siquiera un cosquilleo. Acercó nuevamente el meñique y nada, allí no había electricidad.

Por simple lógica caminó hacia el costado izquierdo de la catedral, buscando la misma columna, pero del otro lado, y claro, allí también había un enchufe. Repitió el

experimento, con igual resultado. Un poco más allá, cerca del baptisterio, encontró un juego de interruptores de electricidad, los que seguramente iluminaban esa zona. Confiado, los presionó, comprobando de nuevo que no había luz en parte alguna del interior de la catedral.

Mucho más tranquilo, caminó hacia el sector donde estaba el cuerpo de la persona que acababa de asesinar. Al acercarse a ella, entendió lo que había sucedido y por qué no se movía de allí. Se trataba de un trabajador de la catedral, que en ese momento trataba de cambiar una luz fluorescente, en el acceso a la cripta. En el suelo estaba el tubo original, uno de cuyos extremos se había quemado. Seguramente ese era el origen del cortocircuito, pensó Huanca, observando al otro lado del cadáver un tubo nuevo, pero pulverizado.

—Todo está bien —se dijo a sí mismo, y regresó a la capilla ubicada a la entrada de la catedral, donde antiguamente se encontraba el retablo del Cristo del Auxilio, el cual fue desalojado en 1881, cuando se halló una momia que se creyó era la de Pizarro y la instalaron allí. Durante años se pensó que era el conquistador, pero en junio de 1977 unos trabajadores que efectuaban reparaciones en la cripta ubicada debajo del altar mayor, dieron por casualidad con una caja de plomo en cuya tapa estaba grabada la frase: «Aquí está la cabeza del Señor Marqués don Francisco Pizarro que descubrió y ganó los Reinos del Perú y puso en la Real Corona de Castilla».

A su lado hallaron otra caja, de madera, pero recubierta de tela negra, en la que figuraba la cruz de la Orden de Santiago, una orden religiosa-militar contemporánea a la Orden del Temple —con la cual compartían muchos objetivos— a la que Pizarro se unió en 1529. Dicha caja estaba llena de osamentas, que dan cuenta de una muerte al menos traumática.

Huanca conocía bien la historia. En 1538, Diego de Almagro, el descubridor de Chile, había sido asesinado en Cusco por las tropas dirigidas por los hermanos de Pizarro. Tres años más tarde, el 26 de junio de 1541, los seguidores del hijo de Almagro asaltaron la casa de Pizarro, en el centro de Lima, siendo este embestido a estocadas, hasta que una certera puñalada en la garganta le cercenó el cuello.

Para evitar que el cuerpo fuera desmembrado y su cabeza exhibida como un botín de guerra —como había sucedido con la cabeza de Almagro—, los pizarristas velaron el cuerpo en secreto, lo cubrieron con una tela que tenía bordado el emblema de la Orden de Santiago y luego su cuñada, Inés Muñoz, lo sepultó en una fosa de la entonces Iglesia Mayor de Lima, templo principal que fue erguido por Pizarro sobre otro sitio sagrado, la Huaca (lugar sagrado) de Puma-Inti, el dios Puma.

Luego del hallazgo realizado en aquel helado día del invierno de 1977, los forenses trabajaron ocho años en los restos mortales, dictaminando finalmente que sí, allí estaba el cadáver completo de Francisco Pizarro, lo que obligó a la iglesia a cambiar la momia que usurpaba su lugar hasta entonces por estas nuevas osamentas.

Caminando ya más confiado, pero igual evitando que las gomas de sus suelas

sonaran, Huanca se detuvo frente al magnífico enrejado de color verde que franquea el paso hacia la tumba de Pizarro. A través de su equipo de visión nocturna leyó el lema ubicado sobre la puerta: *Vervm est testimonivm eivs* («Su testimonio es verdadero») y luego se dirigió hacia la primera entrada del templo, un enorme portalón de dos hojas con forma de domo, de unos cuatro metros de altura, que a su vez poseía otras dos puertas a escala humana.

Extrayendo un juego de destornilladores de precisión, inspeccionó la cerradura — que ya había revisado varias veces los días precedentes— e introdujo dos de ellos en la ranura. En menos de treinta segundos hizo saltar la chapa. Luego sacó el teléfono celular que habían comprado para la operación. Abrió el WhatsApp y mandó un emoji de carita feliz, la seña que habían acordado.

Tres minutos más tarde una serie de detonaciones sacudió el ángulo norte del palacio de gobierno, al otro lado de la plaza y en el sentido contrario al lugar en que se ubica la catedral. Los guardias de palacio, así como los policías destacados en la casa de Pizarro, corrieron raudos hacia el lugar de las explosiones, comprobando que solo se trataba de unos petardos que quizá —pensaron— habían lanzado unos turistas alemanes muy enfiestados que pasaron antes por allí.

Toda esa agitación les impidió ver que en ese momento tres desconocidos, vestidos con ropajes oscuros, se deslizaron hacia el interior de la catedral, por la puerta que les acababan de abrir. Relajados después de la falsa alarma, tampoco los vieron cuando salieron de allí minutos más tarde. Posterior a esto, una gran explosión reventó las enormes puertas de la catedral, convirtiendo en mil pedazos el acceso a la iglesia, la cripta de Pizarro y además, a tres turistas japoneses que en ese preciso instante tuvieron la mala idea de tomarse unas *selfies* con la catedral de fondo.

Capítulo 3

**Región Metropolitana de Chile
13-14 de mayo de 2017**

El comisario Esteban Saavedra jugueteaba con su teléfono celular, actualizando cada cinco segundos su cuenta de Twitter, en la que había escrito una palabra en el cuadro de búsqueda: «explosión».

Sentado al interior de su cubículo en la unidad de análisis de la Jefatura Nacional de Inteligencia de la Policía de Investigaciones (PDI), se hallaba tan inquieto como lo había estado casi dos años antes, luego de un frenético operativo que había culminado con la muerte de un exoficial de los servicios de inteligencia de Pinochet, a quien Saavedra había quitado la vida de un certero disparo. La versión que circuló de manera pública por aquellos días fue que el hecho sucedió cuando el exrepresor, un sujeto de apellido Stangl, estaba a punto de disparar en contra de una periodista, en la isla de Chiloé, en medio de una extraña situación.

Por cierto, no era el único individuo del cual Saavedra había dado cuenta. En las horas previas a aquello, el comisario había disparado en contra de otros dos sujetos, pertenecientes a la organización que lideraba Stangl, uno de los cuales murió en la Catedral Metropolitana de Santiago, mientras el otro falleció afuera de una derruida basílica ubicada también en el centro de la capital.

Luego de un mediático proceso en el que la Fiscalía lo imputó por tres homicidios, los jueces lo absolvieron y condenaron al pago de las costas del juicio a los acusadores. Tras ello, Saavedra fue destinado a una cómoda oficina al interior de la Jefatura Nacional de Inteligencia, en gran medida para protegerlo. Demasiados nostálgicos de la dictadura prometieron vengarse de él, no solo por medio de redes sociales, sino también a través de mensajes más directos.

La primera notificación fue un pescado muerto que apareció frente a la puerta de Saavedra, en el sector céntrico de Santiago, envuelto en la portada de un diario que daba cuenta de la absolución del policía. Luego de eso, a regañadientes, accedió a cambiarse de domicilio, al sector oriente de la ciudad, pero igualmente lo encontraron. Pese a haberse ido a vivir a un edificio que se supone contaba con vigilancia las 24 horas del día, un sujeto vestido de negro y cuya cara nunca se ve en la grabación que quedó en el circuito cerrado de televisión del edificio, entró con una llave falsa y, usando una chincheta, clavó una pequeña corona de flores en la puerta del comisario.

Luego del tercer cambio de casa cesaron esas amenazas veladas, aunque no las que cada cierto tiempo emergían por las redes sociales, las más serias de las cuales provenían de grupos neonazis de la zona de Valparaíso, que en los años cuarenta fue uno de los epicentros mundiales de los servicios de inteligencia nazis y que,

posteriormente, por algún extraño motivo, se convertiría siempre en el escenario propicio para el nacimiento de grupos proclives a dicha doctrina.

Como fuera, Saavedra estaba convencido de que nada sucedería y, en caso de que alguien intentara hacerle algo, creía que su Browning 9 milímetros era una defensa suficiente.

El aburrimiento que había vivido durante los últimos meses, confinado por su seguridad a un escritorio donde su trabajo se reducía a efectuar análisis relativos a los informes de campo que enviaban los agentes operativos, así como a revisar informes de Interpol y otros documentos, estaba comenzando a desaparecer en forma dramática esa noche. Cerca de las once de la mañana había recibido un enigmático mensaje de Alberto Prat, el sacerdote jesuita chileno que pertenecía al servicio secreto del Vaticano, y al cual había salvado de ser asesinado por Stangl y su gente. Desde entonces no se habían comunicado, salvo por un breve mensaje que el sacerdote le había enviado meses atrás, anunciándole que había dejado de usar los viejos teléfonos Nokia que tanto le gustaban y que ahora utilizaba un iPhone y, por ende, tenía WhatsApp, vía por la cual le llegó un enigmático mensaje ese día.

Alberto:

Hola Saavedra. Estoy en Bogotá pero viajo esta noche a Santiago. Estuve investigando homicidio de un jesuita acá en Colombia, y parece que está relacionado con otro crimen en Stgo. Me llegó mensaje en clave que quiero analizar con usted. AMDG, Alberto.

Esteban:

OK, avise vuelo y lo voy a recoger a Pudahuel.
Veremos qué podemos conseguir. Abrazos.

Alberto:

LAN 4821.

Esteban:

Ok.

Saavedra sabía que Prat no se metía en asuntos pequeños y que además evitaba pedir ayuda. Debía ser algo interesante aquello, pero su atención cambió dramáticamente de eje un rato después, cuando vio en Twitter el primer aviso sobre una explosión en la Catedral de Buenos Aires y, solo minutos después, algo semejante en la Catedral de Lima.

Pese a que desde la Oficina Regional de Interpol en Buenos Aires —encargada de toda América Latina— aún no enviaban información oficial respecto de lo que había acontecido en esas dos capitales, tomó su celular y llamó de inmediato al jefe de la Brigada de Inteligencia de Santiago.

—Señor, ha habido explosiones en las catedrales de Lima y Buenos Aires, casi simultáneas. En ambos lugares, según lo que distintos testigos están contando vía Twitter, ha habido víctimas fatales —reportó a «Antonio», como conocían al jefe de

la brigada, aunque su nombre real era otro.

—¿Crees que vaya a pasar algo así en la Catedral de Santiago? —preguntó «Antonio» al analista.

Este de inmediato no pudo menos que recordar la última vez que había estado en ese templo religioso, casi dos años antes, cuando el jefe nacional de inteligencia había sido emboscado por uno de los esbirros de Stangl.

—No, no lo creo. Según lo que he estado leyendo en redes sociales los atentados en ambas catedrales se produjeron en el acceso de ellas, en el sector de la tumba de José de San Martín y en la cripta de Pizarro. Teniendo en cuenta que San Martín es el héroe máximo de los argentinos y que Pizarro fue el conquistador del Perú, a mi gusto, de lo que se trata es de atentar contra los restos mortales de los máximos héroes patrios.

—¡O'Higgins! —gritó de inmediato «Antonio».

—Es una posibilidad, pero creo que lo más probable... —dijo el comisario Saavedra, quien intentó seguir hablando, pero «Antonio» se lo impidió en forma enérgica aunque amable.

—Te llamo en breve. Voy a hablar con inteligencia militar —respondió el jefe de la brigada, cortando la comunicación y llamando de inmediato a su enlace en la Dirección de Inteligencia del Ejército, institución que tiene a su cargo la custodia de los restos del Capitán General Bernardo O'Higgins, quien luego de su muerte en Lima, en 1842, fue trasladado a Chile. Aunque él quería ser enterrado en la ciudad de Concepción (donde desarrolló gran parte de su carrera política y donde formó parte de un grupo conspirativo llamado «Los duendes patriotas»), su féretro fue finalmente depositado en el Cementerio General de Santiago, hasta que en 1979 el dictador Augusto Pinochet, quien se otorgó a sí mismo el grado de Capitán General del Ejército de Chile, decidió depositar su cuerpo en el llamado Altar de la Patria, una especie de cripta ubicada frente al Palacio de La Moneda.

El aviso de un posible atentado a la cripta de O'Higgins activó de inmediato todas las alarmas en el Ejército y por primera vez en muchos años un grupo de boinas negras, los temidos comandos chilenos, salió a la calle, armas en ristre, dispuestos a defender al primer —y legítimo— Capitán General. Por cierto, los militares avisaron también a Carabineros, quienes cortaron el tránsito de inmediato en la Alameda, la principal arteria de Santiago, dejando a la metrópolis partida en dos, al tiempo que decenas de detectives de civil patrullaban todo el sector.

Saavedra, que escuchaba el feroz tráfico radial que todo ello producía, intentó llamar a «Antonio», una y otra vez, pero era imposible comunicarse con él, pues su celular estaba ocupado en forma permanente. Mandó varios WhatsApp a distintos destinatarios, y luego insistió con «Antonio» hasta que este contestó.

—Saavedra, sorry viejito, pero no puedo hablar contigo. Me está llamado el subdirector. Chao —fue todo lo que le dijo. Saavedra pensó solo un segundo lo que debía hacer y se acercó al otro comisario que estaba de turno con él.

—Sotito, socio, tengo que salir, es urgente —le dijo.

—Pero huevón, ¡tremendo problema que tenemos y necesitas salir! ¡Imagínate que explota la tumba de O’Higgins y tú no estás! —le respondió su par, dejándole entrever que dicha insubordinación tendría efectos nocivos para él.

—No, no creo que le pase nada a O’Higgins, ese no es el objetivo. Además, está lleno de pacos, ratis y milicos allí. Imposible que algo suceda. No, por ningún motivo. Martínez, ven conmigo. Que no se te quede la pistola y tráete un par de esas —dijo, dirigiéndose a un jovencísimo detective, a quien una breve pelusilla casi transparente cubría el labio superior, indicándole un pañol que estaba en la pared, donde había subametralladoras. El muchacho se paró como un resorte de su asiento, olfateando la posibilidad de acción, algo que no estaba para nada en sus planes esa jornada, aunque le parecía muy atractivo.

—Por lo menos dime adónde vas, para que el prefecto sepa completa la cagada que te estás pegando —reclamó Soto, viendo que el joven oficial sacaba dos armas.

—Si llama «Antonio», dile que estuve tratando de comunicarme con él y no pude —le replicó Saavedra saliendo raudo de allí sin contestar.

En el estacionamiento se subió a su auto particular, un Peugeot 207 un tanto destartalado, que venía saliendo del taller luego de que le cambiaran el rodamiento de cazoleta y la bomba de agua, lo que le había salido tan caro como un trasplante de médula. Martínez abordó el vehículo también. Se puso el cinturón de seguridad y luego sacó su pistola para pasar bala.

—Me imagino que tampoco me va a decir, si le pregunto adónde vamos, señor —le dijo a Saavedra.

—Vamos a El Monte. Es un pueblito que queda a unos cincuenta kilómetros de Santiago, cerca de Talagante, por el camino a la costa. No hay ningún misterio.

—Pero... no le quiso decir al comisario Soto.

—¡Positivo! —le respondió.

—No entiendo.

—Es muy simple. Sotito, que es un muy buen gallo, me preguntó eso delante de las treinta o más personas que había allí: subcomisarios, inspectores, subinspectores, detectivillos como tú, con todo respeto, y varias secretarias y hasta un par de señoras del aseo. Basta que uno llame a la mamá, a la polola, y le haga algún comentario al respecto, como para que el asunto se desparrame.

—¿Qué asunto?

—Que seguramente habrá un nuevo atentado y que será en Chile, pero no en la cripta de O’Higgins, como supuso «Antonio», ni menos en la catedral, sino en el pueblo de El Monte.

—¿Y qué chucha hay ahí? —preguntó el detective, pero justo en ese momento sonó el celular de Saavedra, cuyo auto avanzaba a 150 kilómetros por hora en una de las autopistas urbanas que atraviesan Santiago de lado a lado. El policía contestó con un sistema de manos libres que colgaba desde el techo.

—Aló, ¿comisario? —dijo una voz desde el otro lado.

—¡Qué sorpresa escucharlo, padre! ¿Cómo está?

—Muy bien, pero impresionado con lo que está ocurriendo. Imagino que sabe lo de Buenos Aires y Lima.

—Claro, padre, positivo. De hecho voy con un colega rumbo a El Monte.

—¡Muy bien, Saavedra, muy bien! Lo estaba llamando porque pensando en los acontecimientos, llegué a la misma conclusión que seguro usted sacó: que el siguiente ataque será en la Iglesia San Francisco de El Monte, en la cripta donde se guarda el cráneo de José Miguel Carrera.

—¡Positivo! —gritó el policía.

—Saavedra, ¿me dijo que va con alguien?

—Disculpe por no hacer las presentaciones y por no haber podido seguir con usted en el WhatsApp hace un rato. En todo caso, supongo que ya borró lo que hablamos.

—Sí, tengo muy claro que son treinta segundos los que se demoran los últimos *softwares* de espionaje en copiar los textos de cualquier sistema de mensajería. Pero le pregunté si estaba acompañado.

—Así es, padre. Al lado mío va el detective Martínez, un cabro de toda mi confianza, señor, y creo que mejor tirador que yo. Lo vi en un par de campeonatos de tiro en la escuela de ciencias policiales y es formidable. Saluda, chiporro —ordenó Saavedra, dándole un leve manotazo a Martínez en la nuca.

—Buenas noches —masculló el aludido.

—Quien está llamando es un buen amigo mío, Martínez, es el padre Alberto Prat, un sacerdote jesuita...

—¡Pero claro que lo conozco! —gritó emocionado el detective, reconociendo el nombre del curioso sacerdote que estaba presente en el momento de la muerte de Stangl y que no había declarado en el proceso posterior, amparándose en el fuero diplomático del que gozaba, dado que pese a ser chileno, estaba acreditado como miembro del cuerpo diplomático del Vaticano.

En la Jefatura Nacional de Inteligencia de la PDI, sin embargo, los detectives más jóvenes especulaban con que —como en efecto lo era— Prat pertenecía al afamado y sigilosísimo aparataje de inteligencia de El Vaticano, el mejor organismo de espionaje del mundo, según reconocen la CIA, el Mossad y otras agencias. Martínez se moría de ganas de preguntarle si de verdad era un agente operativo de inteligencia, pero se abstuvo.

—Podemos hablar con confianza, padre. Mi teléfono es seguro, recuérdelo, y presumo que el suyo también, dado que me está llamando y sé que no lo haría de no estar seguro. En todo caso, Martínez es un buen muchacho y aunque se haga el lesa, sabe bien quién es usted. Es el único refuerzo que llevo, además, así es que si me llegan a pegar un *tunazo* en la cabeza, es bueno que quede alguien que sepa lo que está pasando.

—¿No hay una unidad de la PDI cerca de donde va? ¿Por qué no pide refuerzos? —preguntó el cura, al tiempo que el detective joven, cuyas manos transpiraban (aunque no sabía por qué) movía la cabeza afirmativamente, asumiendo que fuese lo que fuese que sucediera, no sería muy sencillo de solucionar.

—Me encantaría, padre, pero en este momento me es imposible saber si están o no intervenidas las comunicaciones policiales, si tienen a alguien infiltrado en mi institución o en Carabineros, en la Agencia Nacional de Inteligencia, en Interpol o en su propio servicio. Lo único que parece evidente es que se trata de una operación militar de gran escala y no me cabe duda de que los responsables son sujetos preparados, que cuentan con buena inteligencia y contrainteligencia.

—Tiene toda la razón, comisario, pero ya están embarcando y una vez arriba del avión no podré seguir hablando. Su hipótesis de que el siguiente atentado será en la cripta donde guardan el cráneo de José Miguel Carrera es totalmente acertada, pues efectivamente él fue de los mismos que usted sospecha, igual que Pizarro y San Martín. Desde ese punto de vista, el blanco más probable no es la tumba de O'Higgins, sino la de Carrera.

—¿Cree que se trate de La Cofradía? —preguntó Saavedra al cura, recordando a la agrupación de exagentes secretos de Pinochet que, junto a otros antiguos represores latinoamericanos, habían formado una suerte de grupo esotérico.

—No lo sé. Entiendo que tras la muerte de Stangl no hubo nadie que fuera capaz de cohesionar de nuevo a toda esa gente, pero todo es posible. Comisario, me están haciendo señas para que suba al avión y usted comprenderá que con alguien sentado al lado no podré seguir hablando con usted.

—¡Padre! Antes que cuelgue, explíqueme qué necesita sobre ese caso de homicidio que me mencionó y ese mensaje del que me habló.

—No alcanzo a explicarle por acá. Mañana lo hablamos. *Ad maiorem Dei gloriam* —dijo el religioso y colgó.

Capítulo 4

Santiago, El Monte, Chile
13-14 de mayo de 2017

—¿José Miguel Carrera? —preguntó Martínez, mientras Saavedra entraba a la Autopista del Sol a unos 160 kilómetros por hora.

—¡Positivo! El gran José Miguel Carrera, el fundador de la Patria Vieja, el eterno rival de O'Higgins y el hombre que quedó en segundo lugar en los libros de historia, aunque su papel en la independencia chilena es tanto o más relevante que el de O'Higgins. La familia Carrera es originaria del pueblo de El Monte. Allí poseían una hacienda que ahora es una viña; luego de un largo deambular, el cráneo de don José Miguel, quien fue ejecutado y decapitado por los partidarios de O'Higgins, en Mendoza, fue devuelto a su pueblo de origen. Allí lo guardan en una pequeña caja de cristal, en una especie de cripta que hay debajo de la Iglesia San Francisco de Asís, cripta que a su vez se conecta con la hacienda de Los Carrera por medio de un túnel que hoy está completamente inundado.

—No entiendo nada —se quejó el detective.

—Me parece muy simple lo que acabo de decir. Carrera vivió en El Monte y su cráneo decapitado hoy se guarda... —replicó Saavedra con una candidez impresionante, pero Martínez lo interrumpió.

—No pues, comisario, no me refiero a eso. Le digo que no entiendo nada de lo que dijo el señor Prat. No entiendo qué tienen que ver Francisco Pizarro, José de San Martín y José Miguel Carrera, y por qué alguien querría causarle daño a sus cadáveres.

—Lo segundo tampoco lo sé, para serle franco. Mientras no sepamos quién está detrás de todo esto nos encontramos a oscuras en esa materia. Sin embargo, lo primero es mucho más sencillo. Yo tenía algunas pistas al respecto, pero el padre Prat me lo confirmó. Los tres pertenecieron o fueron simpatizantes de una antigua y misteriosa asociación secreta.

—¿La Logia Lautarina? —preguntó el joven policía, excitado.

Saavedra, que había estudiado historia antes de entrar a la policía, se largó entonces a explicarle que la Logia Lautaro o Lautarina era una entidad política, por así decirlo, pero no masónica en el sentido estricto. Y en el caso de Pizarro, se sabe que murió en 1541 y que nunca estuvo en Chile o Argentina, los países de América Latina en que se crearon logias lautarinas a partir de la Logia de los Caballeros Racionales en Londres, que fue creada en dicha ciudad a fines del siglo XVIII por Francisco de Miranda.

—Muy interesante. ¿Entonces los de la Logia Lautaro no eran masones

propriadamente tales? —preguntó el detective.

—No, usaban algunos esquemas secretistas de la masonería y crearon algunos rituales, palabras de pase y reconocimiento y cosas así, pero su objetivo declarado era la independencia de Chile, Argentina, Perú y otros países. En la masonería real no se permite hablar de política, por ejemplo.

—De nuevo, no tenía ni idea.

—Así es. En la masonería están prohibidas las discusiones sobre política y religión, bajo el principio de que cada miembro de la orden puede creer lo que quiera en ambos aspectos. Ahora bien, aunque se odiaban con intensidad, San Martín y Carrera fueron masones, de eso no hay duda, pero...

—O'Higgins también lo fue —se adelantó en decir el detective más joven.

Como el profesor que era, Saavedra le explicó que esa era una creencia popular, carente de documentos que la avalasen. En efecto, O'Higgins fue uno de los fundadores de la Logia Lautaro, grupo muy distinto de la Logia Independencia, que existió en Argentina hacia 1795 y que sí era una logia «regular», como los masones llaman a aquellas logias que son reconocidas como tales.

O'Higgins, incluso, se quejaría durante su exilio de ser perseguido por los masones. Existe una carta que le mandó a San Martín en 1832, desde Lima, en la que cuenta que su correspondencia era interceptada por la Logia de Santiago, donde según él se reunía «lo más corrompido de la facción».

De hecho, como bien lo apunta el historiador Jaime Eyzaguirre, la primera logia chilena había sido fundada en 1827, en Santiago, y su venerable maestro, es decir, su jefe, era Manuel Blanco Encalada, uno de los peores enemigos de O'Higgins. Pese a ello, después de que el padre de la patria muriera en Lima en 1842, fue el principal impulsor de la repatriación de sus restos. Cuando estos llegaron a Santiago en 1869, fue Blanco Encalada quien pronunció el discurso oficial al ser sepultados. Carrera, sin embargo, está acreditado que sí fue masón, pues se incorporó en Nueva York, en Estados Unidos, mientras que San Martín fue iniciado en una logia de Cádiz.

—¿Y Pizarro? —inquirió el oficial más joven.

—Pizarro vivió en una época en que la masonería no existía como organización. Claro, podría haber sido miembro de la llamada masonería «operativa», pero habría sido muy raro, pues los masones «operativos» eran arquitectos, maestros de obra, albañiles, que por lo general se dedicaban a la construcción de enormes catedrales góticas en Europa, formando confraternidades a través de las cuales se transmitían en forma compartimentada los secretos de la construcción. Sin embargo, existen algunos indicios de algunas logias no «operativas» que se formaron en Europa algunos siglos antes incluso del nacimiento de Pizarro y que captaron miembros provenientes de distintas capas sociales, pero, a diferencia de lo que sucedió una vez que la masonería se institucionalizó, no hay registros que permitan decir quién fue o no masón —replicó Saavedra.

—Entonces es imposible saber si Pizarro fue masón —apuntó Martínez.

—En sentido estricto sí, pero en el caso de Pizarro, lo que lleva a muchos a pensar que lo fue —y que perteneció de hecho a una especie de subrama de la masonería— es el único cuadro que queda de él, una pintura que se encuentra en el Museo de América, en España, una pequeña tela de veinte centímetros, con suerte, que tiene la peculiaridad de mostrar al conquistador con su mano derecha metida en medio de su chaqueta, dejando fuera solo los nudillos y parte del dedo pulgar. Búsquelo en su teléfono, le va a aparecer de inmediato en Google. El detective así lo hizo y vio la imagen a la cual se refería el comisario:



—¿Y eso qué significa? Creo que he visto varias pinturas con ese gesto. ¿George Washington aparece así en una, no?

—Hay muchos cuadros de estadistas o conquistadores con la mano en esa posición. Napoleón es uno de ellos y muchos atribuyen la posición de la mano en esa forma a una especie de clave masónica, a una suerte de sistema que permitiría reconocerlos como tales. Algunos amantes de las conspiraciones le llaman «el signo de la mano oculta», pero en realidad pareciera ser un signo de reconocimiento ocupado en los llamados grados capitulares de la masonería, los más altos, específicamente en el grado del Arco Real.

—¿Napoleón fue masón? —preguntó Martínez, ante lo que Saavedra le indicó que no estaba claro, pese a que no existen dudas respecto de su nieto, Napoleón Tercero, que intervino por medio de un decreto en la masonería francesa, en 1862, nombrando a un Gran Maestro que era un títere suyo.

El comisario recordó que en aquel tiempo en Francia existía un «Gran Oriente», una especie de súperorganización masónica de la cual dependían diversas logias a nivel mundial, entre ellas las cuatro que había en Chile hasta ese momento (en Copiapó, Valparaíso y Concepción), las que, como consecuencia de aquello, decidieron independizarse y fundar su propia gran logia, la que quedó establecida en Valparaíso y luego se trasladó a Santiago.

—Washington, en todo caso, claro que fue masón, eso es un hecho, lo mismo que Simón Bolívar, quien también fue pintado así, aunque no hay que olvidar que en algún momento no solo abandonó su adscripción francmasónica, sino que además dictó un decreto en 1828 que abolía todas las logias —agregó el policía.

—OK, entonces Pizarro fue masón —respondió Martínez, mientras el Peugeot pasaba raudo por las afueras de Talagante.

—En realidad no sé si estamos hablando en propiedad de los masones. El padre Prat debería explicarnos eso con mayor detalle, cuando lo vayamos a buscar mañana al aeropuerto.

—¿Y de qué estamos hablando entonces? —le preguntó Martínez, sacando la cuenta de que esa sería una noche muy larga.

—¿Ha oído hablar de los templarios? ¿Sí? Bueno, por allí hay que comenzar.

Capítulo 5

El Monte, Chile
14 de mayo de 2017

El operativo en El Monte poseía una complicación nada despreciable, y es que a pocos metros existe una unidad de Carabineros. Se trata de una pequeña tenencia con no más de quince funcionarios, de los cuales unos cinco trabajan durante la noche: uno de ellos en el cuartel y dos de patrullaje en el centro del pueblo, mientras otros dos rondan en las zonas rurales. Como fuera, el jefe operativo del grupo que actuaría en Chile planteó de inmediato sus aprensiones al respecto cuando supo el plan en detalle.

—Los pacos son cosa seria. Sí, ya me dijeron que en Buenos Aires y en Lima habría distractivos destinados a movilizar a otros lados a la policía, pero usted no conoce a los carabineros chilenos, me parece. Son milicos para sus cosas. Los funcionarios que están en el cuartel no se moverán de allí ni aunque haya un terremoto y por ende estaremos actuando todo el rato al lado de al menos dos policías que, hay que decirlo, por lo general cuentan con bastante armamento y no dudan en usarlo —explicó a Theodor.

Osorio, que también se encontraba presente, sabía a la perfección que Moreira decía la verdad. Ese sujeto torvo, que había sido expulsado del Ejército por la brutalidad con que había golpeado a dos conscriptos, era, sin embargo, uno de los mejores expertos en *Black Ops* (operaciones oscuras) del Cono Sur de América.

Theodor tomó la palabra. Estaban en el piso 22 de la torre 1 del World Trade Center de Montevideo, donde el exoficial chileno había sido citado para recibir sus instrucciones, en una oficina que al menos en apariencia no tenía nada que ver con Theodor.

—Sé que la policía chilena tiene una fama distinta de la que posee la argentina, la peruana, la colombiana o de otros países, se lo concedo. No obstante, me impresionaría mucho que usted temiera a dos simples policías que seguramente estarán somnolientos o viendo televisión.

—Hay una posibilidad de que eso suceda, por cierto, pero créame que la posibilidad mayor es que estén en sus puestos de guardia, despiertos e incluso peinados, con las puertas del cuartel abiertas y sus armas al lado, con bala pasada. ¿O no, mi comandante? —se defendió Moreira, mirando a Osorio. Este asintió levemente con la cabeza. Sabía que eso era bastante cierto.

Theodor se puso de pie y se acercó a una de las ventanas que daba hacia el río de La Plata. Por un instante se quedó observando sus aguas turbias y la inmensa vastedad del río, en cuyo horizonte se veía cómo avanzaba rápidamente uno de los inmensos catamaranes que varias veces al día cubrían los más de 170 kilómetros de

distancia que hay entre Montevideo y Buenos Aires.

Pocos días antes, el 20 de abril, como cada año en la fecha del cumpleaños de Adolf Hitler, Theodor se había dirigido en silencio hasta el Cementerio Alemán de Buenos Aires —ubicado a un costado del Cementerio de la Chacarita— en compañía de varios otros empresarios que, al igual que él, eran hijos de criminales nazis fugados a América Latina después de la Segunda Guerra Mundial. Una vez dentro, el primer homenaje lo rindieron casi en el acceso al camposanto, a mano derecha del mismo, a los pies de un monumento a los alemanes caídos en la Primera Guerra Mundial, mausoleo compuesto por un águila tras la cual se alza una gran columna en cuyo centro se halla una cruz de Malta.

Luego, un poco más al interior, esos cinco señores de aspecto respetable y de indesmentible germanidad caminaron hasta la tumba de Thilo Martens, uno de los principales agentes nazis en Argentina, dueño de una gran fortuna y quien para todos esos alemanes que paseaban por allí era, en sus infancias, un cariñoso y enérgico anciano, el *onkel* Thilo, el tío Thilo.

Respetuosamente depositaron unas flores en su tumba, más bien modesta para un hombre que detentó una gran fortuna en vida, y luego caminaron casi en línea recta hasta el otro lado del cementerio, en medio de un gran silencio que solo era interrumpido por el sonido de la gravilla que rozaba las suelas de sus zapatos y por el ronroneo del agua que manaba desde la manguera de un jardinero que regaba al fondo del camposanto. Antes de llegar al destino final, Theodor se detuvo en una tumba de granito negro, donde se leía el nombre de «Gustav Theodor». La miró un par de minutos, observado desde detrás por sus acompañantes, y luego depositó un clavel en ella, no sin antes, utilizando su filosa uña del pulgar derecho, limpiar un poco el tallo, que tenía algunas hojas adheridas.

Posteriormente, el grupo avanzó un poco más. Muy pronto estuvieron frente a otra tumba, compuesta por cinco cruces con el emblema de Malta grabado en ellas. La principal se encontraba sobre la cripta donde reposan los restos del comandante del acorazado Graf Spee, Hans Langsdorff, rodeada por las tumbas de cuatro de sus oficiales.

En 1939, el Graf Spee, el buque más buscado por la marina británica (luego de hundir a lo menos nueve cargueros en el Atlántico) había sido emboscado en las afueras del Río de la Plata y, tras huir hacia Montevideo, su capitán finalmente optó por hundirlo ante la imposibilidad de reparar los daños que la nave había sufrido. Más tarde, internado en Buenos Aires, Langsdorff decidió suicidarse.

—Estaba acordándome de tantos y tantos soldados que murieron inútilmente, muchos de ellos en defensa de ideales que les eran totalmente ajenos. A unas cuantas millas náuticas de aquí está hundido el Graf Spee, historia que me imagino usted conoce, ¿no? Esa era gente de valor, gente que no trepidó en enfrentarse a un peligro inconmensurable y que, al verse derrotada, optó por cometer suicidio. Eso es honor, señor Moreira —dijo Theodor con la voz contenida, pero mirando en forma

amenazante al exoficial chileno.

Cualquier observador externo podría haber entendido que el cuadro no era favorable para el exmilitar, pero este evidentemente no tuvo la misma percepción, quizá debido a que confiaba plenamente en Osorio, con quien ya habían efectuado varios trabajos juntos.

—Mire, señor, nadie me ha dicho su nombre, pero no importa. No me hable de honor, ¡por favor! Si aquí estamos hablando de dinero. Por intermedio de mi comandante Osorio usted me hizo llegar hasta aquí, me hizo viajar con pasaporte falso, me alojó en un hotel bajo un seudónimo y ahora lo único que le estoy diciendo es que la operación entraña varios riesgos; más de los que se pensaba al principio, y frente a eso... —decía, pero en ese mismo instante Osorio lo tomó por la espalda, envolviendo la cabeza del chileno con sus dos brazos. En una milésima de segundo movió esas verdaderas tenazas hacia la izquierda y se escuchó un sonido seco, casi imperceptible, un leve sonido que revelaba la fractura raquímedular que acababa de quitarle la vida al mercenario.

—Me leíste la mente —fue todo el comentario de Theodor.

—Lo siento mucho, era un buen pibe cuando joven, pero ahora estaba maleado, la guita lo perdió. Aunque hubiera aceptado, al final habría hablado. En la noche lo sacaremos en helicóptero. Los de migración y aduanas se van normalmente a las ocho del helipuerto, así es que a esa hora desconectamos las cámaras, lo subimos y luego lo lanzamos al mar —explicó, refiriéndose al terminal aéreo situado en la terraza del edificio.

—Me parece. De todos modos, estamos con el tiempo encima y veo difícil que podamos encontrar alguien más para que asuma lo de Chile.

—¿Quiere que yo encabece el operativo?

—Sí. Es un país que conocés bien e imagino que un par de policías no serán problemas para vos.

—Desde ningún punto de vista, aunque lo que este fiambre decía es cierto. Los pacos son cosa seria, pero nada que me asuste. El único problema que observo es que no podremos hacerlo a las doce horas local, como usted quería, dado que estamos en el mismo horario con Argentina y a esa hora estaré supervisando el operativo de Buenos Aires.

Theodor se quedó pensativo.

—Los gestos, los signos, son importantes, comandante, muy importantes. Me habría gustado que fuera tal como lo planifiqué, pero entiendo la imposibilidad.

—Tenga en cuenta que pese a estar relativamente cerca de Santiago, El Monte es un pueblo más bien retirado y de ritmo parsimonioso. La noticia de todos modos va a demorar más en conocerse que en el caso de Lima y Buenos Aires, por lo que atrasar el operativo en, no sé, una hora, no será algo tan decisivo.

—Tiene razón, Osorio. Tiene toda la razón. Supervise los operativos en Lima y Buenos Aires. Déjelos andando y luego dedíquese a Chile.

Fue así como Osorio, junto a otros tres sujetos, se estacionaba esa noche en la calle Los Carrera, en la comuna de El Monte. La parte esencial de los atentados en Buenos Aires y Lima había sido todo un éxito y la retirada de los equipos que operaron en ambas megalópolis se había efectuado sin mayores complicaciones.

Con esa tranquilidad, Osorio en persona condujo el SUV que utilizarían para la última fase de la operación, aparcando afuera del acceso posterior a la iglesia, al lado opuesto del cuartel de Carabineros. Vestidos con ropajes oscuros, los asaltantes se calzaron *jockeys* grisáceos y, sentados dentro del mismo auto en que habían llegado (que había sido robado el día anterior, en la ciudad de Valparaíso), revisaron sus armamentos antes de entrar.

Saltar la reja de acceso fue extremadamente simple. A esa hora El Monte dormía y no se veía alma alguna en las inmediaciones. Con el visor térmico que llevaba sobre el gorro Osorio comprobó que en la casa parroquial, bastante alejada de la antigua iglesia, había tres personas sentadas, al parecer en una mesa. Pensó que debían ser el párroco y un par de feligreses. «Mejor», musitó para sus adentros. Formado en el más estricto integrismo católico, la idea de tener que disparar sobre un sacerdote no le agradaba en lo más mínimo.

Armados con fusiles AR-15 provistos de miras láser, y llevando visores nocturnos sobre sus ojos, los cuatro hombres ingresaron al recinto por un costado de la añosa iglesia, una construcción de casi trescientos años que había quedado en condiciones inutilizables luego del terremoto de 2010. En realidad, solo les interesaba llegar al patio, donde se enfrentarían al primer problema.

Una semana antes, uno de los miembros del comando, un exinfante de marina, había visitado el lugar, haciéndose pasar por turista y siendo atendido por un profesor retirado que mantenía el museo de la iglesia, además de un museo dedicado a Naltagua (una antigua fundición de cobre cercana a Isla de Maipo) y otro más, ubicado a algunos metros de allí, consagrado a la historia local.

Con una gran erudición, el profesor le mostró con toda la paciencia del mundo los dos ciervos que vivían en el patio interior del antiguo recinto religioso, así como los dos enormes perros negros que lo custodiaban, un par de animales de raza indefinida que, por muy amistosos que se mostraron en presencia del visitante, seguramente debían ser feroces de noche.

Luego de algunas preguntas en apariencia inocente, el militar entendió de inmediato que ambos canes quedaban sueltos en el patio en las noches, por lo que acceder hacia las escalinatas ubicadas a un costado de la iglesia, por las cuales se descendía a una suerte de cripta (desde la cual partía el túnel de unos seiscientos metros que conectaba la iglesia con la antigua hacienda de la familia Carrera, en las afueras de El Monte), implicaba antes que nada sortear a los dos perros y eso no era nada simple. Por cierto, no se les podía disparar, pues ello alertaría de inmediato a los Carabineros, ni tampoco era factible acercarse sin que comenzaran a ladrar, cuestión que otro integrante del equipo operativo comprobó a la noche siguiente, al

aproximarse caminando al lugar. Apenas alguien se asomaba comenzaban los ladridos muy fuertes, que solo cesaban cuando el desconocido desaparecía de las inmediaciones.

Sin embargo, cuando Osorio y sus tres hombres ingresaron esa noche, el problema de los perros ya estaba resuelto. Minutos antes, por medio de un *drone* en extremo silencioso, habían lanzado medio kilo de carne inyectada con una dosis de pentotal lo bastante fuerte como para dormirlos. Con el mismo aparato y la cámara térmica de que estaba provisto, comprobaron minutos más tarde que ambos animales dormían plácidamente.

Una vez en el patio llegaron en segundos hasta el acceso a la cripta y descendieron por una escalerilla de cemento y piedra, la que tenía una puerta de lata como única defensa del exterior. Hicieron saltar la cerradura sin problema alguno e ingresaron.

El lugar era muy pequeño. Edificado de ladrillo, se componía de tres espacios separados entre sí, pero conectados por un pasillo central. En la bóveda de la izquierda, descansaba una caja de madera con una tapa de cristal, dentro de la cual estaba el cráneo del prócer de la independencia de Chile, José Miguel Carrera Verdugo.

Casi sin dientes y desprovisto de su mandíbula inferior, parecía una calavera cualquiera, como las que se encuentran en las salas de anatomía de las universidades. Al lado, varios pendones relataban que Carrera había sido fusilado en la plaza de Mendoza (Argentina) el 4 de septiembre de 1821, a los 35 años, junto a sus dos hermanos, tras lo cual le cortaron las manos y la cabeza, la que pusieron en una picana. Siete años más tarde, un empleado de la familia Carrera, Toribio Rojas, quien había sido una especie de ayudante de José Miguel, viajó a Mendoza con la misión de recuperar el cráneo. No se sabe muy bien cómo lo logró, pero lo hizo y en secreto lo trasladó a Chile, cruzando la cordillera de Los Andes y depositándolo en el convento de San Francisco de El Monte.

En algún momento, y luego de que el cráneo se convirtiera en un objeto de devoción popular, pues se le atribuía todo tipo de milagros, fue trasladado hasta la parroquia de El Paico, muy cerca de allí, pero después de ello una supuesta descendiente de Los Carrera, una mujer de nacionalidad argentina, se lo llevó hasta el Museo Histórico Nacional. Tras varios años allí, finalmente se le hicieron distintos peritajes que comprobaron que era el cráneo del prócer, siendo finalmente devuelto a El Monte en 2014.

—Muy bien señores, todos saben a la perfección lo que deben hacer. A trabajar —ordenó Osorio.

En menos de dos minutos la faena a la que iban estaba concluida. Habían instalado una serie de artefactos explosivos en los pilares que sustentaban la cripta y ello garantizaba que esta no solo desaparecería, sino que además se hundiría el suelo de la antigua iglesia y esta se partiría por la mitad. Además, habían tapizado de

explosivos el acceso al túnel, quedando bloqueado por una buena cantidad de tierra y piedras, evitando así que el agua que tapaba casi todo el interior de ese pasaje secreto inundara la cripta. Ello sucedería de todos modos al momento de la explosión, que había sido programada para diez minutos más tarde, tiempo suficiente para alcanzar una buena distancia de allí.

Así como entraron, lograron salir sin mayores dificultades. Todos saltaron la reja y corrieron hacia la Hyundai Santa Fe robada estacionada al frente, pero cuando estaban a punto de abordarla escucharon un grito inconfundible:

—¡Policía! ¡Deténganse ahí!

Capítulo 6

Sobre el océano Pacífico Madrugada del 14 de mayo de 2017

Casi aplastado por un hombre de unos 130 kilos que dormía profundamente en el asiento del pasillo, el sacerdote jesuita Alberto Prat trataba de descansar, apretujado contra la ventana, mientras el Boeing 787 de LAN que lo conducía desde el aeropuerto El Dorado, de Bogotá, hasta Santiago, daba tumbos en medio de una tormenta eléctrica.

Dos años antes estaba a bordo de un yate anclado en la bahía de Dalcahue, en Chiloé, cuando tuvo que tomar una drástica decisión: optar entre huir con una copia del valiosísimo Manuscrito Voynich, o dejar que le dispararan a la mujer que lo había acompañado en todo ese periplo, la periodista chilena Sandra Guzmán Hess.

Fiel a sus juramentos y al mandato que lo guiaba, como miembro del único servicio de inteligencia que no posee una sigla o un nombre oficial (el del Vaticano), optó por lo primero, confiando en que el hombre que los había acompañado en todo ese lance, el entonces subcomisario Saavedra, una vez más los sacaría del atolladero.

Y claro, así fue, pues de un certero disparo, ejecutado a mucha distancia y en medio de la penumbra, el oficial de la Policía de Investigaciones chilena logró darle en medio de la frente al hombre que les apuntaba, el excoronel de la DINA Franz Stangl.

De ese modo terminaba la misión que le había sido encomendada, aunque con un daño que nadie percibió de inmediato. Solo minutos después de que el yate en que escapaban iniciara su marcha hacia el norte, rumbo a la ciudad de Puerto Montt, y mientras Sandra lloraba y pateaba al religioso gritándole que era un maricón, que cómo se le ocurría dejar que le dispararan a ella por salvar una mierda de libro, el sacerdote sintió un dolor muy agudo en la mano derecha, aunque al principio no pudo localizar la fuente inicial de su aflicción ni entender bien qué había sucedido.

Solo al mirar el libro que aún apretaba con ambas manos y palpar sus tapas, completamente humedecidas con un líquido viscoso de color oscuro, comprendió que de algún lado manaba sangre. Fue recién en ese momento cuando se percató de que le faltaba completa la primera falange del dedo pulgar de su mano derecha.

Haciendo un gesto, le mostró la herida al policía Saavedra y a Sandra, tras lo cual se desmayó. En los breves lapsos de conciencia que tuvo a continuación recordaba levemente la cara de Sandra muy cerca de la suya y, más que imágenes, aún rondaba en su cara la sensación del aliento de ella sobre sus mejillas.

¿Lo habría acariciado durante su desmayo? ¿Le habría dado besos? ¿Se habría preocupado de él esa mujer, la misma a la que había optado por dejar a manos de un asesino profesional a cambio de cumplir con su deber?

Nunca lo supo. Cuando despertó estaba en una habitación de la Clínica Alemana, en el elegante barrio de Vitacura en Santiago, custodiado por dos detectives de la unidad de Reacción Táctica de la PDI, vestidos con trajes negros blindados y con armas automáticas en sus manos.

Al lado suyo había un abogado que había enviado el arzobispo de Santiago, quien le informó que estaba protegido por fuero diplomático y que apenas estuviera en condiciones de viajar sería enviado a Italia, a uno de los mejores hospitales del mundo, una clínica privada del Vaticano.

—Lo agradezco, pero es solo un dedo. No creo que sea algo tan complejo de recuperar —se quejó.

—El problema no es su dedo, padre, eso es lo de menos. Parece que no alcanzó a darse cuenta, pero el mismo disparo que le destrozó la punta del dedo le perforó el hígado. Los médicos tuvieron que extraerle casi la mitad de ese órgano. Dicen que usted se podrá recuperar a plenitud, pero para serle franco estuvo bastante crítico. Después de la operación recuperó la conciencia con cierta rapidez, pero hablaba puras cosas sin sentido, pues el hígado no le estaba funcionando y por ende las toxinas que había en su sangre lo mantenían en un estado, ¿cómo decirlo?, un tanto alterado. En medio de la fiebre decía que estaba en París, que conversaba con las palomas y varias cosas por el estilo. Eran bastante graciosas algunas de las insensateces que decía, si me lo permite —dijo el abogado, intentando reprimir una sonrisa.

—Debo haber hablado muchas pelotudeces. Imagino que se deben haber entretenido bastante con ello —replicó riendo.

—Un poco —reconoció el abogado, aún tratando de no sonreír.

Luego de ello, Prat preguntó por Sandra.

—Sé que hay una mujer que la PDI sacó del país, pero no tengo más detalles sobre ella. La gente con la que se metieron es muy peligrosa, padre. Debería agradecer que está con vida —le respondió el asesor del cardenal, un hombre de unos setenta años que vestía un riguroso traje negro.

—Ese no es el punto. Necesito que me explique qué va a pasar conmigo. Sé que tengo fuero, pero quizá podrían tratar de quitármelo para hacerme comparecer en un juicio o para tomarme una declaración y eso sería fatal. ¿Es posible?

El abogado se rascó la cabeza.

—Sinceramente, no lo sé padre. No es mi especialidad. Soy un simple abogado experto en abuso sexual infantil —respondió, sin el menor asomo de vergüenza por su especialidad.

—Lo entiendo. No se preocupe. Una última duda. ¿Sabe algo acerca del oficial de la PDI que estaba con nosotros, el hombre que le disparó a Stangl?

—El fiscal lo formalizó por homicidio, un verdadero escándalo. En la audiencia de formalización pidieron la prisión preventiva en su contra.

—¡Qué! ¡Pero si ese hombre es un héroe! —gritó escandalizado el cura.

—Tranquilo, padre, si el juez de garantía pensó lo mismo y lo dijo en la

audiencia. Reprendió al fiscal, un tal Escobedo, un tipo llegado de alguna provincia perdida y que evidentemente quiso hacerse famoso a costa de todo esto. Por cierto, le fue mal en la Corte de Apelaciones y además entiendo que sus superiores lo reprendieron por la torpeza que cometió. La prensa le dio muy duro, además.

Tres días más tarde, Prat estaba ya descansando en una clínica privada ubicada en algún lugar que no pudo distinguir de inmediato. De hecho, no era una clínica propiamente tal, sino una de las tantas mansiones que la Iglesia posee en distintos sitios de Italia. Después sabría que esta se ubicaba en algún punto entre Savona y Génova, lo que constataría cuando salió de allí.

Al día siguiente de su arribo a esa especie de clínica clandestina recibió una visita que no esperaba. Estaba dormitando por efecto de los analgésicos que le habían inyectado, cuando escuchó algún barullo afuera que terminó abruptamente cuando alguien ingresó a toda velocidad, llegando hasta su lado.

—Santo Padre —dijo Prat sobresaltado, al ver la inconfundible figura del máximo jefe de la Iglesia católica al lado suyo.

—Vengo a darle mi bendición, padre. Su servicio a la Iglesia ha sido muy importante. El libro que vos recuperaste ya está a buen recaudo en la Biblioteca del Vaticano. Sé que hubo decisiones complejas, pero vos los sabés bien: somos simples siervos del señor, soldados de su causa —le comunicó, haciendo la señal de la cruz sobre la cabeza de Prat, cuyos ojos se humedecieron.

Vaya tranquilidad. El Papa en persona, que sin duda ya estaba enterado de todos los detalles, pues Prat había dado una declaración completa a sus colegas del servicio secreto del Vaticano, lo absolvía de algún modo.

Sí, Prat había sido claro en explicar a sus colegas el desenlace de la operación y el momento en que se vio confrontado a decidir entre recuperar ese valiosísimo manuscrito o salvar la vida de esa mujer cuyo aroma lo trastornaba, lo que no escondió a los dos espías que lo interrogaban. Estos se limitaron a dejar plasmados todos los detalles en el informe, que solo sería entregado al Papa y que luego se iría sellado y lacrado a las bodegas de la Biblioteca Vaticana, uno de los lugares más inexpugnables y secretos del mundo.

—La doctrina de la Iglesia es clara respecto del valor de la vida humana —masculló el padre Fiorentti, luego de cerrar el Macbook en que habían escrito la declaración durante el viaje.

—Lo sé, padre. Estoy consciente... —intentó decir Prat, pero Fiorentti lo interrumpió.

—No obstante, usted sabe tan bien como yo que a veces hay cosas superiores en juego —consintió Fiorentti, un filósofo que, al igual que Prat, llevaba ya varios años formando parte del servicio secreto.

Prat nunca tuvo totalmente claro si el Papa aprobaba o no su actuación en ese sentido, pero al menos estaba satisfecho con su desempeño, eso era claro, y el mes de descanso que se le concedió fue una prueba más que evidente.

Sin embargo, había algo que lo desvelaba profundamente y era aquella inquietante mujer que conoció en Santiago de Chile y que aún ahora, dos años más tarde, se le seguía apareciendo en sueños, así como en sus momentos de vigilia, cada vez con más frecuencia. Sabía a la perfección que no debía buscarla y sabía también que si quería hacerlo no le costaría mucho encontrarla, pero cada vez que tomaba la determinación de hallarla se terminaba arrepintiéndose.

Lo que había sucedido con ella era simplemente lo mismo que ocurre en cualquier operación que implica riesgos y se generan daños colaterales indeseados, intentaba convencerse. Más aún, suponía que pese a aquellas confusas escenas en que Sandra aparecía a su lado, luego de recibir el disparo, ella seguramente no querría saber nada de él.

En fin. Intentó pensar en lo que estaría pasando en ese momento en Santiago, en qué estaría haciendo el comisario Saavedra, y trató de entender si todo ello tenía alguna conexión con los eventos que había estado investigando en Colombia durante los últimos días, y que ahora habían tomado un extraño giro.

El 5 de mayo de ese año Prat había sido enviado a Bogotá con el fin de averiguar todo lo que se pudiera —de manera extraoficial, como siempre— acerca del crimen de un sacerdote jesuita perteneciente a la Pontificia Universidad Javeriana, el prestigioso centro de estudios que la Compañía de Jesús mantiene desde hace cuatrocientos años en la capital de Colombia, enclavado en la falda del cerro de Monserrate, ese inmenso pulmón verde que se alza majestuoso a un costado de la metrópolis.

Allí, muy cerca del cerro, el padre André Duverger había sido asesinado. Se sabía que el día de su muerte caminó por la calle 8, en el histórico barrio de La Candelaria, donde la ciudad empieza ya a empinarse sobre la montaña.

Pese a que Duverger llevaba ya varios años en Bogotá, nunca había podido habituarse a los más de 2700 metros sobre el nivel del mar en que se encuentra dicha megalópolis y si bien los soportaba, el ascender un poco más, aunque fueran solo algunos metros, le resultaba de suyo trabajoso, pues respiraba lenta y pesadamente, como lo describió el único testigo que recordaba haberlo visto subiendo. Por cierto, Duverger era un hombre de setenta y tres años y como fumador empedernido que había sido hasta poco antes, se entendía lo dificultoso de su desplazamiento. Ante la policía, el testigo, un estudiante universitario, lo describió como un anciano que subía muy despacio, como si estuviera muy cansado.

Sin embargo, cuando Prat lo pudo ubicar y conversar con él —haciéndose pasar por un investigador privado uruguayo, país del cual Duverger era originario—, descubrió un par de cosas que al parecer el joven no había dicho antes.

—¿Sabe?, se veía preocupado. Miraba para todos lados. Yo iba apurado y cuando pasé a su lado el señor este casi se lanzó contra la pared, como temeroso de mí e, imagino, de cualquier persona. Como me llamó la atención su actitud lo miré después y vi que seguía mirando a todos lados, nervioso, como si estuviera a punto de hacer

algo malo —aseveró el muchacho.

Lo siguiente que se sabía era que Duverger había llegado a la esquina de la calle 8 con la carrera 5, como se denomina en Bogotá a las calles más antiguas, en las cuales se hacían carreras de caballos.

El testigo lo vio por última vez dirigiéndose hacia el Colegio Salesiano de León XIII, contiguo a una de las más impresionantes iglesias del continente americano, la de Nuestra Señora del Carmen, un edificio gótico construido por el sacerdote salesiano Giovanni Buscaglione, que contrasta violentamente con la sobriedad de la catedral bogotana o de otras iglesias bogotanas tradicionales. A diferencia de ellas, la Iglesia de Nuestra Señora del Carmen está pintada con líneas horizontales blancas y burdeos, rematada de dorados en distintas partes, provista de una cúpula enorme y con más de una decena de cúpulas menores, lo que la hace parecer más bien un castillo encantado que una iglesia.

Su interior es igual de impresionante: siguiendo los mismos patrones de colores, sus columnas y sus arcos ojivales en burdeos y blanco parecen barras de caramelo de un cuento de Hans Christian Andersen, las que resaltan con fuerza gracias al celeste agua de las paredes, generando un espectáculo de colores poco frecuente en América Latina, imagen que fue lo último que se sabe que el padre Duverger alcanzó a ver.

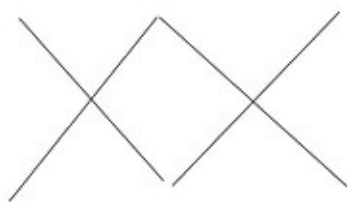
Había llovido hacía poco, y las huellas de barro que dejaron los bototos del sacerdote sobre las baldosas verdes del suelo demostraban fehacientemente que el cura ingresó a la iglesia, que caminó por el centro de esta hasta casi el altar, deteniéndose debajo de la cúpula, y que luego regresó hacia la salida, donde una o más personas lo atacaron.

¿Iba a reunirse con alguien? ¿Vio algo que lo asustó y lo compelió a salir de allí de inmediato?

Tal como lo señalaba el protocolo de autopsia, el sacerdote había recibido una puñalada certera en el corazón que le quitó la vida, quedando tirado justo en el acceso a la iglesia. Además, extrañamente, presentaba lesiones en la frente, cortes casi simétricos que la policía atribuyó a heridas de defensa. Cuando Prat leyó por primera vez el informe policial se quedó azorado. ¿Lesiones de defensa en la frente de alguien? «¡Mis polainas!», pensó. Cuando alguien es atacado con un cuchillo, por lo general las heridas de defensa quedan en los antebrazos, en las manos, incluso en la cara o el tórax.

Cuando vio las fotografías del cadáver, Prat comprobó que dichas heridas seguramente eran *post mortem*, pues el sangrado era muy menor. Más allá del posible error forense (que era algo discutible), lo que para el jesuita parecía inexplicable era que, a ojos de cualquiera con algún mínimo grado de conocimiento, resultaba obvio que las lesiones poseían un patrón demasiado evidente: desde el centro de la frente se extendían dos cortes muy simétricos, en 45 grados, los que eran cruzados por otros dos cortes del mismo tipo, pero que iban en sentido inverso; es decir, que nacían en medio de las cejas del muerto y culminaban en la mitad de su frente,

aproximadamente. «El compás y la escuadra», musitó al ver aquella figura.



Según el reporte de la policía, el autor del crimen había despojado a Duverger de su reloj, su billetera, su teléfono celular y su bolso. Del posible homicida solo quedaron imágenes parciales captadas de refilón con una cámara de seguridad ubicada a casi cien metros de distancia, en las cuales se veía a un hombre muy corpulento pasando por un costado de ella, seguramente cuando huía, en dirección al casco histórico de Bogotá.

Para la policía fue un simple robo que terminó mal, como tantos que acontecen día a día en toda América Latina, pero Prat sabía que ese bolso de cuero raído que Duverger había comprado años antes en una feria libre de Usaquén contenía documentos muy valiosos, aunque no había podido comprobar de qué se trataba.

Teniendo en cuenta el área de especialización del asesinado, que era doctor en Historia y experto en agrupaciones secretas de toda índole, el símbolo que habían grabado en su frente alentaba una sospecha que desde hacía mucho tiempo subsistía al interior del Servicio Secreto Vaticano: que Duverger y otros sacerdotes formaban parte de una logia de antiquísima data.

Dicha sospecha pareció cobrar más fuerza aún cuando, dos días antes, la Oficina Regional de Interpol (ubicada en el elegante barrio de Palermo, en Buenos Aires) envió su reporte diario de incidentes a la Central de Interpol en Lyon (Francia), la que a su vez la distribuyó a sus asociados en todo el mundo, llegando así a las oficinas de Interpol en Ciudad del Vaticano.

Cada vez que arribaba dicho reporte, que en Lyon armaban con los informes provenientes de las oficinas regionales de todo el mundo, el agente a cargo de este en la Interpol de la Santa Sede lo sometía a una búsqueda por palabras claves, pues de otro modo, tendría que pasarse todo el día leyéndolo.

Así lo hizo e inmediatamente apareció una de las palabras claves más relevantes para ellos, que el computador le hizo notar con una furiosa alarma sonora.

Se trataba de una noticia contenida en el informe de Argentina, pero que se refería a Chile. El agente la copió y pegó en un correo electrónico y luego la envió por un servidor seguro al obispo Camillo Giustiperi, uno de los hombres más importantes de la Secretaría de Estado del Vaticano, aunque formalmente no aparezca en su organigrama. Como jefe del servicio secreto, Giustiperi leyó el *mail* con cuidado, agregó un par de anotaciones y lo reenvió de inmediato a Prat.

El correo era breve y daba cuenta del hallazgo, en Santiago de Chile, del cadáver

de un conocido profesor universitario, quien había sido asaltado al interior del amplio y señorial departamento en que residía sin compañía, en la elegante Avenida Santa María, en la comuna de Providencia, al lado norte del río Mapocho.

De acuerdo con las informaciones enviadas desde Interpol Chile a la oficina regional en Buenos Aires, la víctima era el profesor Gastón Etchevers, un excéntrico especialista en textos medievales de fama mundial, que además era un destacado miembro de la masonería santiaguina. Y claro, «masonería» era la palabra clave que había hecho saltar la alarma del computador del agente que se encontraba en ese momento de turno en la pequeña oficina de Interpol en el Vaticano, ubicada en la plaza Santa Marta, al interior del edificio de la gendarmería vaticana.

El *mail* especificaba que Etchevers se encontraba disfrutando de un año sabático en la Universidad de Chile y lo último que se sabía de él era que dos semanas antes había viajado a Bogotá. Asimismo, decía que si bien poseía un pasaje de vuelta para tres semanas después, había regresado a Chile en menos de veinticuatro horas después de su arribo.

Prat reconstruyó todos estos hechos en su cabeza. Aunque la revisión del computador de Duverger en la Universidad Javeriana no arrojaba nexo alguno entre ambos homicidios, estaba seguro de que debía de existir alguna relación, pues Duverger viajaba constantemente a Chile, sin que en realidad se supiera bien a qué se dedicaba allí, como tampoco se sabía bien a qué obedecía una serie de viajes que había realizado en los últimos años a Perú, Argentina, Uruguay y Ecuador, entre otros países.

Los acontecimientos tomaron un cariz distinto, sin embargo, cuando Prat llegó la noche del 13 de mayo al aeropuerto El Dorado. Mientras esperaba que avanzara la cola de migración, se puso a revisar su correo electrónico en el iPhone encriptado que ahora usaba, cuando se dio cuenta de un mensaje que antes no había visto, perdido en medio de tanto *spam*.

En efecto, tenía un *mail* desde el remitente *getcheversa@gmail.com*. Al notar el apellido Etchevers, el corazón le dio un brinco. No había *subject* ni explicación alguna. Al ver la fecha, notó que el correo le había sido enviado hacía varios días ya, el 07 de mayo, y por cierto, a simple vista no se entendía el contenido del mismo, aunque era evidente que se trataba de un mensaje en clave, una suerte de juego de adivinanzas cifradas. El texto decía:

En la ciudad que en sus inicios estuvo donde nadie sabe dónde...

De meridión a Septentrión, el lugar del atlante que sostenía el imperio con sus manos.

¿Quién está entre Dante y Leonardo?

El número del nivel que contiene del 122 al 159 en el edificio que iba a ser el mausoleo. En la pirámide esto es igual a la quinta palabra tras «aquí yacen cenizas polvo».

En la ciudad donde las fuerzas oscurantistas atacaron a la luz de Oriente...

El total de columnas al oriente que tiene el faro de Oriente.

El total de los dos primeros números de la casa de la luna. La cifra bajo 183 y sobre la libertad.

En la ciudad de la iglesia dorada...

Ocho puntas marcan la indicación del número buscado.

Donde Grau y O'Higgins casi se encuentran...

El total de las estatuas inmediatamente a los lados del judío rebelde.

En el lugar donde el camino secciona la nada y la geometría...

¿Cuántos moái se ven en medio del desierto?

Allí, donde la piedra se alinea con el templo...

¿Cuántos niveles tiene el templo mayor desde el nadir hasta el zenit?

Donde Grau y O'Higgins casi se encuentran...

Cuenta los depósitos de skull and bones y sabrás la cifra.

En la ciudad donde Hermes Trismegisto mira a las antípodas de Oriente...

¿Cuántos monstruos con cola de lagarto dejó Luciano?

Allí, donde nació la primera estrella del océano Pacífico...

El día del crimen de aquel cuyo corazón se desprendió de su cuerpo. ¿Cuántas cruces hay debajo del ojo que todo lo ve y que tiene cejas, párpado, córnea y pupila?

En la ciudad donde Hermes Trismegisto mira a las antípodas de Oriente...

La cifra de las columnas delante de los elefantes.

O era una broma muy bien hecha, autoría de alguien que sabía de su interés en el crimen de Etchevers, o el mismo Etchevers le había enviado eso horas o quizá minutos antes de su muerte. Se le hacía imprescindible revisar la carpeta de la investigación por el crimen del profesor.

Fue en ese momento cuando contactó por WhatsApp a Saavedra, pidiéndole su cooperación. Luego de pasar migración y aduanas el sacerdote partió al segundo piso del aeropuerto y se sentó en una mesa vacía del Burger King. Mientras se comía una *Whopper*, comenzó a revisar con detalle todo lo que sabía del crimen de Etchevers, que no era mucho. Aparte del informe enviado por Interpol había un par de notas de prensa, muy breves, en los diarios *El Mercurio* y *La Tercera*. Ninguna de esas notas se adentraba en la forma en que había sido muerto ni mencionaba algo que para Prat era vital saber: si había alguna marca en su frente.

Con el iPhone comenzó a leer las defunciones en el diario *El Mercurio*. Al día subsiguiente del crimen había casi una página de ellas. La mayoría era de la Universidad de Chile, y muchas llevaban el compás y la escuadra en su parte superior: allí estaban los saludos fúnebres de tres logias a las cuales Etchevers había pertenecido y una de la Gran Logia de Chile. También había un par de defunciones del Cuerpo de Bomberos de Chile, institución de la cual el profesor había formado

parte, y de muchos, muchos amigos.

En medio de esa última categoría de defunciones, Prat encontró por fin algo que le interesó. Era una defunción que, a diferencia de casi todas las demás, no poseía arriba el signo del compás y la escuadra y que, por cierto, no informaba del lugar de los funerales ni nada semejante.

«Querido hermano Gastón, borraremos de tu frente la marca de la ignominia con que te han ensuciado. Los criminales responderán. Fidelis por siempre, Antonio».

Había que encontrar a ese Antonio, eso estaba claro. Luego de ello, y mientras daba cuenta de una segunda hamburguesa (lo que le habían prohibido terminantemente, debido a los problemas hepáticos que ahora tenía), leyó unas cien veces el mensaje que ese supuesto Etchevers le había enviado, tratando no solo de descifrar su significado, sino de entender por qué le había llegado a él.

Desde los incidentes en el sur de Chile su nombre ya no constituía un gran misterio, pero su dirección de correo electrónico era un secreto de Estado en el Vaticano. Muy poca gente tenía acceso a esa casilla (que en realidad era un simple correo de Gmail a nombre de una mujer que no existía). Supuso que si su hipótesis de trabajo era correcta, en el sentido de que Duverger estaba relacionado con Etchevers, era probable que el jesuita tuviera alguna forma de conseguir su *mail*, pero, ¿para qué?

Por unos instantes, mientras comprobaba que el vuelo estaba a la hora, trató de entender el significado de ese críptico mensaje, pero en eso se enteró de lo que estaba pasando en Buenos Aires y Lima y ya no le cupo dudas de que todo estaba conectado.

Ya en el avión siguió pensando en todo ello, pero al final decidió que nada sacaría con romperse la cabeza y extrajo desde su bolso el libro que estaba leyendo, la novela *Andinia, la catedral antártica*, del chileno Francisco Ortega, el gran éxito editorial del año anterior. Intentó disputarle un pedazo del apoyacodos al sujeto enorme del asiento del lado, que roncaba de lo mejor, pero fue imposible.

Así las cosas, trató de leer lo mejor que pudo, sin darse cuenta de que cinco asientos más atrás un hombre muy corpulento no despegaba sus ojos de él.

Si lo hubiera visto de pie y caminando apurado, Prat había entendido que, inequívocamente, era el mismo sujeto que aparecía en el video grabado a cien metros de distancia de la Iglesia Nuestra Señora del Carmen, en Bogotá, la noche del crimen de Duverger.

Capítulo 7

**El Monte, Chile
14 de mayo de 2017**

Ante el grito de «¡policía!», la respuesta de los encapuchados fue inmediata: comenzaron a disparar sin piedad en contra de los dos carabineros que habían tenido el infortunio de verlos. Los dos policías regresaban de una ronda nocturna por el pueblo y estaban a poco de llegar a su cuartel, a bordo de un furgón de Carabineros, cuando vieron las figuras que saltaban desde la reja del antiguo convento hacia la calle. Sin pensarlo, se estacionaron y apuntaron sus armas hacia los desconocidos.

No obstante, tuvieron apenas un par de segundos para darse cuenta de que lo que estaban enfrentando en ese momento no era la clásica pandilla de adolescentes que entraba a robar metales viejos a distintas estancias de la zona, sino algo muy diferente. Caniulef, uno de los carabineros, lo comprendió cuando vio el cañón del fusil AR-15 apuntando directo hacia él. En el mínimo instante de vida que pensó que le quedaba entendió que era ridículo, absurdo, infructuoso siquiera disparar con su revólver Taurus calibre 38, un juguete comparado con aquello a lo que se estaba enfrentando.

De todos modos, Caniulef y Bustos, su compañero, se parapetaron detrás de la puerta del furgón y respondieron el fuego, pero debieron retroceder rápidamente, pues los primeros disparos que recibieron no solo atravesaron la puerta del copiloto donde estaban, sino que hicieron saltar la puerta por los aires.

Los policías corrieron hacia la parte trasera del furgón, gritando por la radio que eran atacados. Sabían que el cabo Moreno, que estaba de guardia esa noche en el cuartel, trataría de ir en su rescate. Pero los verdaderos refuerzos solo llegarían cuando acudieran los carabineros de Talagante, que demorarían a lo menos unos quince minutos, tiempo que no serían capaces de resistir.

Tratando de hacer blanco, los dos carabineros seguían refugiados en la parte trasera del furgón mientras los atacantes disparaban sin piedad en contra de ellos, destruyendo casi por completo el vehículo. De pronto, una bala 5.56 disparada por uno de los fusiles logró hacer blanco en la pierna derecha de Caniulef, justo en un muslo. El suboficial, que estaba en cuclillas, cayó al suelo tratando de contener el chorro de sangre. Le habían dado en una arteria y si el flujo no era detenido, en pocos minutos la anemia le quitaría la vida. Bustos dudó sobre qué hacer, si ayudar a su compañero o seguir resistiendo, pero ninguna de las opciones parecía viable. No había más vehículos donde esconderse y tratar de correr por la calle con Caniulef en esas condiciones era un suicidio.

Viendo que casi no le quedaban balas, vació las últimas en contra de los asaltantes y se tiró al lado de su compañero, abrazándolo, en un último acto de protección.

Estaba seguro de que los iban a ejecutar.

Se quedó viendo cómo los hombres avanzaban de a poco y con cautela hacia donde estaban. Su compañero ya había perdido por completo la conciencia y el oficial pensó que era mejor así. Evangélico convencido, Bustos se encomendó a Dios y esperó el momento final.

Pero justo cuando sentía los pasos casi al lado de su cabeza, escuchó un fuerte chirrido de neumáticos, seguido de una ráfaga que provenía desde aquel automóvil. Bustos vio cómo varios de los tiros impactaron el furgón policial y luego cómo los asaltantes corrían hacia atrás, buscando donde resguardarse. Sin entender mucho lo que estaba ocurriendo, observó a dos hombres que corrían disparando en dirección a los asaltantes. El que parecía de mayor edad se acercó corriendo a los policías y de su cinto extrajo una pistola 9 milímetros que lanzó al carabinero.

—¡Policía de Investigaciones! ¡Quietos, conchasdesumadre! —gritó el otro de los recién llegados. Como respuesta, una ráfaga estuvo a punto de volarle la cabeza.

El cabo Bustos, tomando el arma que le habían pasado, se asomó por el costado izquierdo del furgón policial y se percató de que uno de los sujetos abría la puerta de la Hyundai Santa Fe estacionada unos metros más adelante. Sin pensarlo, saltó hacia delante y vació el cargador de la pistola contra los dos neumáticos traseros. El izquierdo estalló de inmediato, levantando incluso la carrocería del vehículo, mientras que el derecho no reventó, pero se desinfló en cosa de segundos.

El comandante Osorio entendió que todo estaba saliendo mal. Había un vehículo de recambio a un par de kilómetros, pero así como iban no alcanzarían a llegar. Como siempre, había diseñado una tercera vía de evacuación, solo para él, y decidió utilizarla.

—¡Cúbranme! —ordenó a los tres sicarios que lo acompañaban, y estos abrieron fuego al unísono en contra de los detectives y el carabinero, los que debieron replegarse detrás de lo que quedaba del furgón.

Para sorpresa de los compañeros de Osorio, este aprovechó el momento para volver a saltar dentro del convento.

—¡Qué mierda hace mi comandante! —gritó uno de ellos, un exsuboficial de la Fuerza Aérea colombiana que había cumplido misiones en distintos países, y los otros dos pensaron lo mismo: hacía pocos minutos habían dejado un poderoso explosivo en la cripta y quedaba muy poco tiempo para que detonara, cuatro minutos, con suerte.

Osorio, no obstante, sabía muy bien lo que estaba haciendo. Mientras corría en dirección a la cripta pensó que era una lástima, pues ese era un buen grupo de hombres. Pero así tenían que ser las cosas.

Y no se equivocaba en su piedad ante el destino que sufrirían sus hombres. Luego del último embate, Saavedra cambió el selector de disparo de la subametralladora SAF que portaba, de ráfaga a tiro a tiro. Sintió el sonido que confirmaba el cambio y se sintió reconfortado. Apuntar disparando ráfagas era casi imposible, pero en tiro a tiro era otra cosa.

Esperó un par de segundos para ver qué sucedía y en eso uno de los sicarios, que quizá había comprendido que su jefe debía tener un plan de escape, corrió hacia la reja del convento disparando. Aunque la mayoría de las luminarias estaban ya destruidas a causa del tiroteo, la poca luz fue suficiente para que Saavedra apuntara directo al cuello del individuo, percutando un disparo que lo atravesó de lado a lado y lo dejó muerto allí mismo. Hizo un movimiento de cabeza a Martínez y al cabo Bustos y los tres avanzaron en dirección a sus oponentes, que ahora se guarecían detrás de la Hyundai.

Al interior del convento, en tanto, Osorio había llegado ya hasta la cripta, a cuyos pies estaba la bomba. Miró el reloj y vio que quedaban tres minutos y dieciocho segundos. Corrió rápido hacia el otro costado de la bóveda y de su mochila impermeable extrajo con mucho cuidado una pala pequeña, una botellita de oxígeno con boquilla que se puso en la boca, unos lentes de agua y una linterna de submarinismo que acomodó sobre su cabeza. Pese a que un estudio académico realizado hace unos años decía que el túnel entre el convento y la antigua hacienda de Los Carrera estaba inundado, él sabía que eso no era un inconveniente. El único problema sería entrar y salir de él, pues tanto el acceso en la cripta, como la salida a lo que ahora era el patio de la viña, se encontraban bloqueados por tierra y ladrillos.

Pero situaciones desesperadas exigen respuestas desesperadas. Con mucho cuidado, sacó de su mochila cerca de 250 gramos de explosivo plástico. Tenía medio kilo reservado para la situación y sabía que las chances eran pocas. De todos modos, puso una mecha conectada a esa especie de plastilina y la encendió, corriendo hacia el otro lado de la cripta.

Una explosión muy fuerte la sacudió entonces, llenando además de humo y polvo el lugar. Osorio supo que el plan había funcionado cuando sintió el agua corriendo entre sus piernas. Miró el reloj y comprobó que quedaban un minuto y treinta y cuatro segundos. Corrió sin pensar en nada más y se introdujo en el viejo túnel construido en 1579.

En la superficie, en tanto, justo en el momento en que se oyó la primera explosión, Martínez acababa de disparar a uno de los sicarios en el pecho. Al acercarse, se dieron cuenta de que tenía una herida de bala bajo la axila, que había penetrado por una zona no cubierta por el chaleco antibalas. El tercer sicario, en tanto, estaba aún escondido detrás de la camioneta, sin emitir sonido alguno, hasta que se escuchó un disparo y su cuerpo inerte cayó hacia el lado de la vereda, sosteniendo todavía en su mano izquierda la pistola con la cual acababa de dispararse en la boca.

Fue en ese instante cuando se escuchó la gran explosión, la definitiva, la que lanzó al suelo a los tres policías y también botó la torre de la iglesia, y la que sepultó bajo cientos de kilos de mampostería destrozada la cripta donde hasta poco antes reposaba el cráneo del masón José Miguel Carrera.

SEGUNDA PARTE

Capítulo 8

Viena, Austria
12 de abril de 1945

Los soldados rusos entraron al viejo convento del mismo modo como lo habían hecho en todas partes de Austria: pateando puertas, pegando culatazos, lanzando improperios, tirando a quien pudieran al suelo, exultantes en su avance dentro de las fauces del Tercer *Reich*. Los generales del Ejército Rojo calculaban que en veinte días, más o menos, estarían en Berlín y todo, incluido Adolf Hitler, habría terminado.

Sin embargo, había mucho qué hacer aún.

En el comedor de la misión de San Gabriel, el principal recinto de los sacerdotes del Verbo Divino en Austria, al sur de Viena, un capitán muy nervioso miraba desafiante a los casi treinta sacerdotes que estaban en el suelo y con las manos en la nuca. Con la barba crecida y un cigarrillo sucio colgándole de la comisura de los labios, lo único que quería era pegarle un balazo en la cabeza a alguno de esos curas de mierda, nazis de seguro —pensaba—, mientras pasaba bala a su pistola Tokarev TT-33, una excelente copia de la Browning americana.

La entrada a esa especie de castillo medieval lleno de curas había sido incruenta, pues poseía estrictas instrucciones de que no se podía matar a ninguno de ellos ni tampoco dejar que alguien escapara.

De pronto, las puertas se abrieron de par en par y varios sujetos de civil entraron, avanzando hacia el oficial. Al medio de ellos iba un hombre de más de cuarenta años, vestido con chaqueta de tweed, anteojos con marco de carey y botas café de equitación, bien lustrosas. Rubio y de ojos azules, el recién llegado parecía venir saliendo de una dacha de descanso, en vez de estar metido en medio de la guerra. Sin duda era un comisario del NKVD, el Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos, como se llamó hasta 1946 a la policía secreta soviética, luego conocida como KGB.

El comisario avanzó hasta llegar al lado del capitán. Con una sonrisa en los labios, lo saludó con un movimiento de cabeza y contempló a los sacerdotes, tirados en el suelo, mientras los soldados los apuntaban.

—Uno de ustedes vivió muchos años en Chile y conoció muy bien la Patagonia de ese país y de Argentina, la famosa Tierra del Fuego —dijo en un español casi perfecto, meciendo el fino bigote que recubría su labio superior.

La estratagema surtió efecto. Solo uno de los sacerdotes, que estaba al inicio del comedor, levantó la cabeza al escuchar ese idioma medio musical, pero pronunciado en forma mecánica y que allí sonaba fuera de lugar.

—¿Padre Gusinde, Martín Gusinde? —preguntó el comisario casi con amabilidad.

El aludido movió la cabeza en señal de asentimiento, pero en ese momento el

sacerdote que estaba al lado de él, un hombre de casi ochenta años, le pegó un codazo, como tratando de convencerlo de que no cooperara con los rusos. El soldado que estaba más cerca reaccionó de inmediato y le dio un fuerte golpe en la nuca con la culata de su fusil. El anciano se desplomó inconsciente.

El comisario suspiró y se dirigió al capitán.

—¿Cuáles le dijeron que eran sus órdenes? —le preguntó en forma amable pero imperiosa. El oficial olió de inmediato el peligro. Cuadrándose y manteniéndose muy firme, respondió a toda velocidad:

—Tomar prisioneros a todos los sacerdotes que encontráramos y asegurarnos de que ninguno fuera dañado —recitó el capitán, mientras una gota de sudor se deslizaba desde su abundante patilla hacia la mejilla derecha.

—Es evidente que dichas órdenes estaban perfectamente claras, camarada capitán. Usted es el responsable de lo que hacen sus hombres. Queda relevado del mando. Usted, teniente, preocúpese de que el capitán sea mantenido en detención, de acuerdo a su rango —ordenó a un bisoño oficial que miraba todo esto muy asombrado.

El teniente no supo de inmediato qué hacer y el comisario del NKVD captó de inmediato la duda.

—Le di una instrucción. Cúmplala —le ordenó en forma imperativa, pero sin alzar la voz, mirándolo con las pupilas más terribles que aquel militar hubiera visto. Sin necesidad de más palabras, el oficial movió los ojos hacia los soldados, quienes tomaron de inmediato detenido al capitán y lo sacaron del recinto.

—Muy bien, teniente. Ahora voy a conversar con el padre Gusinde —dijo casi con placidez, indicándole a otro soldado que ayudara al religioso a ponerse de pie. Mirándolo de reojo, el sacerdote se paró y lo miró desafiante.

—Solo quiero hablar con usted, padre, ya lo dije. No me ponga en la absurda posición de tener que apuntarle con un arma. Por favor, acompáñeme por aquí y no tema por sus compañeros, que quedarán en buenas manos —le indicó, tomándolo por el codo y conduciéndolo hasta una especie de salón que se encontraba a un costado.

Entraron y el ruso se sentó en un confortable sillón de terciopelo. Indicó a Gusinde que hiciera lo mismo. El soviético lanzó un suspiro y luego extrajo varias carillas mecanografiadas, que llevaba dobladas en el bolsillo interior de su chaqueta. Se puso los anteojos y las miró.

—Mi nombre es Stefan Stepanovich, padre, y solo quiero conversar con usted acerca de algunos antecedentes que hay aquí. ¿Sabe qué es esto? Es parte de la ficha que los nazis hicieron de usted. Imagino que está al tanto de la atracción que genera en ellos.

—Claro que estoy consciente. La Gestapo ha irrumpido varias veces acá y se ha llevado muchos libros y manuscritos míos.

Al pronunciar aquellas palabras, Gusinde percibió un leve ensombrecimiento en el semblante del hombre del NKVD.

—En estas fichas no hay constancia alguna de algo así y son documentos oficiales. No son falsificaciones ni nada semejante. Imagino que usted debe saber que hace pocos días en el norte de Italia, el Ejército Alemán se rindió ante los aliados, ¿no? Pues bien, uno de los artífices fue un oficial de la Gestapo llamado Walter Rauff, el jefe de la Gestapo en Milán, un hombre muy conectado con las altas esferas del Vaticano, paisillo de opereta que, imagino usted debe saber, ha sido muy filonazi.

—No tengo idea de qué me está hablando. La política no me interesa. Soy un religioso, pero antes que nada soy un hombre de ciencia —contestó Gusinde.

—Presumo que no se da cuenta de la contradicción que implica hablar de religión y ciencia en la misma frase. Pero en fin, no vengo a hablar con usted acerca de sus creencias sobrenaturales, que no me interesan, sino a preguntarle por el producto de sus investigaciones. Déjeme ver... Aquí dice que usted nació en 1886, en Breslau, y que luego estudió antropología en San Gabriel. Llegó en 1912 a Santiago de Chile, donde creó el Museo de Antropología y Etnología, estuvo en la zona de los indios mapuche, en la Araucanía chilena, y en 1918 comenzó a viajar a Tierra del Fuego, entre Chile y Argentina, donde estudió las costumbres y mitos de diversas tribus. Hay una en particular, la *selk'nam*, que a usted parece haberle gustado mucho. Según se menciona aquí, es uno de los pocos blancos que se sabe ha sido admitido en ella.

—Fui como antropólogo. Conviví con esa gente maravillosa, que está siendo exterminada, y fotografié uno de sus rituales más complejos, el *Hain* —contestó.

—Pero usted no es un simple antropólogo. Según señalan aquí: «Gusinde cree que el cristianismo es la religión fundamental del mundo y su interés en tribus ancestrales deviene del hecho de creer que mientras más antigua sea una tribu, más cerca estaría de la religión original». Usted es un ideólogo, un teólogo en el fondo —leyó Stepanovich de uno de los documentos.

—No es tan simple como dice ese pedazo de papel, pero no entiendo por qué lo menciona, si usted mismo acaba de decirme que no le interesan mis creencias sobrenaturales, como las acaba de calificar —se quejó el cura.

—En efecto, no me interesan *per se*, pero sí me interesan en la medida que tengan repercusiones en lo que estoy buscando, que imagino es lo mismo que interesaba tanto a la Gestapo como para haber mantenido una extensa ficha acerca de todas sus actividades. De hecho, aquí en Viena había dos agentes que estaban día y noche pendientes de usted, que le mandaban copias de todo a *herr* Walter Rauff, en Milán, quien a su vez compartía la información acerca de sus pasos con un par de cardenales y obispos del Vaticano, muy siniestro todo eso, debo decirlo. Y por si se pregunta de dónde obtuve estas fichas, el señor Rauff se las entregó voluntariamente a sus nuevos amigos norteamericanos.

—¿Me está diciendo que los nazis ahora son amigos de los americanos?

—No hay ningún misterio en eso, padre, no sea ingenuo. La rendición de los alemanes en Italia fue negociada por el general Karl Wolff, el comandante de Rauff, a quien ya le mencioné, y un capitanocho de apellido Zimmer, en una negociación que

comenzó a fines de 1944 y, ¿sabe dónde se hizo? Nada menos que en los cuarteles de la Oficina de Servicios Estratégicos norteamericana en Viena, la famosa OSS. Nosotros lo sabemos todo desde hace mucho rato. Tenemos muchas fotos de Rauff reuniéndose con Allen Dulles, el jefe de la OSS en Viena. Es más, le puedo vaticinar el futuro de al menos dos de los implicados en esta operación: a cambio de convencer a Wolff, Rauff y Zimmer tendrán pase libre para esconderse en cualquier parte del mundo. Le apuesto lo que quiera a que terminarán tranquilamente sus días en algún país latinoamericano de aquellos que parecen gustarle tanto a usted, como Chile o Argentina —explicó el oficial ruso.

—Es asombroso, pero más raro sería entonces que los norteamericanos compartieran información con ustedes —replicó Gusinde, con cierta sorna. El soviético dibujó en su rostro una mueca en que se mezclaba la ironía con la complacencia. Sacó un cigarrillo y lo encendió. Luego de exhalar la primera bocanada de un humo que olía a pasto seco ardiendo, habló de nuevo.

—Usted puede decir lo que quiera, padre, pero no trate de engañarme diciendo que no entiende de política. Ha viajado por todo el mundo y ha estado en contacto con todo tipo de gobiernos y pueblos. Entiende a la perfección que el nuevo conflicto que atravesará al mundo será el que daremos nosotros bajo la conducción del camarada Stalin, en contra del fascismo encubierto de los norteamericanos y el liberalismo. Por eso su pregunta es atingente. Y, claro, la respuesta es muy simple: todo es transable, aunque debo reconocer que si hubieran sabido el valor que tiene, no habrían accedido a vendernos esta carpeta a tan bajo precio. A ellos no les interesa, los americanos son gente pragmática y solo estaban concentrados en las redes de inteligencia de Rauff, en sus informantes y en los antecedentes que él tiene sobre los comunistas en el norte de Italia y en Austria.

Gusinde limpió la parte inferior de su antejo izquierdo con su sotana. Se acomodó los lentes y miró fijo al ruso.

—Ni siquiera sospecho qué interés podría tener yo para la Gestapo o para usted, que imagino también es de algún organismo de inteligencia. Soy un simple cura y un simple antropólogo. No sé de política. Solo le dije un par de cosas basado en el sentido común. No poseo secretos ni nada que se le parezca. Es más: todo lo que he investigado se ha publicado y lo que aún no se publica, aparecerá cuando termine de escribir. No tengo nada que ocultar.

Stepanovich tuvo un momento de duda. O el cura este era un gran agente de inteligencia, capaz de mentir en forma imperturbable, o estaba siendo sincero.

—Solo queremos el mapa, padre. Luego de eso lo dejaremos tranquilo —le dijo.

Gusinde lo miró como si le estuvieran hablando acerca de los distintos métodos de cultivo del café en Colombia.

—¿El mapa? ¿De qué mapa me está hablando? Tengo mapas de Chile, de Argentina, y uno muy bueno de Tierra del Fuego, hecho por los militares chilenos. Aquí hay mapas de todo el mundo y en especial de... —alegaba, cuando el soviético

le hizo un gesto con la mano, conminándolo a callarse.

—Usted sabe muy bien de lo que le estoy hablando. Sabemos, por los documentos de la Gestapo, que hay un sacerdote europeo que recibió de parte de los selk'nam una serie de indicaciones muy precisas respecto de algún lugar ubicado en el fin del mundo, donde se encontraría una ciudad llena de oro, una ciudad como...

—¿Está hablando de la Ciudad de los Césares? No sea infantil, señor...

—Stepanovich.

—Sí, claro, como sea que se pronuncie su apellido. Además de que no tengo ni he tenido ningún mapa por el estilo, hay que ser muy ingenuo como para creer que existe un lugar así, una especie de reino perdido en el que todos los edificios son de oro.

—No lo entiendo como algo literal, no es necesario que me insulte. He sido bastante condescendiente con usted y me estoy cansando. Conozco muy bien la leyenda de El Dorado y de todas las otras ciudades perdidas que supuestamente hay en América Latina. He leído con suma atención todo lo que se ha publicado acerca de cómo Hiram Bingham descubrió la ciudad perdida de Machu Picchu en 1911, y sé hasta los más increíbles detalles sobre la forma en que Percy Fawcett se perdió en el Amazonas en 1925, buscando otra ciudad perdida. Conozco todo lo que hay que conocer acerca de la ciudad de Las Infantas, que estaba en algún lugar del sur de Chile y que desapareció para siempre luego de ser arrasada por los mapuches hacia el 1600 y, créame, he estudiado todos los documentos que existen acerca de la leyenda de la Ciudad de los Césares, como aquellos que atribuyen su descubrimiento en Argentina a la expedición de Francisco César, o los otros que la sitúan en el estrecho de Magallanes, o aquellos testimonios prohijados por los jesuitas, según los cuales estaría en algún lugar de la frontera entre Chile y Argentina, a la altura de una ciudad llamada Osorno —se jactó el comisario político.

Gusinde entendió de inmediato que aquel sujeto de modales refinados era un académico como él, un profesor, quizá un antropólogo o un historiador reconvertido ahora en cazador de tesoros por encargo del Sóviet Supremo.

—¿Stepanovich me dijo, no? —preguntó el religioso. Al hombre de la KGB se le relajó de inmediato el rostro. Era una buena señal que el cura al menos hubiera retenido su apellido.

—Sí, padre, Stepanovich.

—¡Qué gran coincidencia! Si es que Lenin o Stalin no mandaron ya a quemar todos los libros del gran Dostoievski, le recomiendo mucho la lectura de *Los demonios*. Si no lo leyó, hágalo ahora. Uno de los personajes principales tenía el mismo apellido que usted.

—Sé de lo que habla, Gusinde. Si cree que me va a menoscabar comparándome con ese anarquista cruel de la novela, solo porque tengo el mismo apellido, está muy equivocado.

—No, no pretendo menoscabarlo, solo quería decirle una verdad: que usted es tan

estúpido como el Stepanovich del libro —lanzó, sabiendo que por más violento que se pusiera, el ruso no le haría nada.

En efecto, el oficial apagó la colilla de su cigarrillo lanzándola contra la chimenea, como si no lo hubiera escuchado.

—Le daré solo una posibilidad de disculparse o explicar su insulto. Luego de eso, lo dejaré en manos del capitán que usted ya vio, ese que no respeta órdenes ni sabe controlar la violencia de los soldados borrachos a los que comanda.

—Se lo explicaré de forma muy simple. Usted dice que un sacerdote europeo recibió algo de parte de los selk'nam, y que al parecer, con esos datos confeccionó un mapa con la ubicación de esa supuesta ciudad, ¿no?

Stepanovich movió la cabeza en forma afirmativa, sin abrir la boca.

—Es probable que los selk'nam, ese gran pueblo que está al borde del exterminio, hayan encontrado algo, se lo concedo, aunque no creo que se trate de una ciudad legendaria. También es probable que algún navegante les haya entregado algo, incluso un mapa, por qué no. Donde usted se equivoca, sin embargo, y ello lo convierte en un estúpido digno de novela, como el Stepanovich de Dostoievski, es en pensar que ese sacerdote europeo soy yo. Pese a ese rasgo de erudición que acaba de mostrar y a su impecable manejo del castellano, que sin duda debe haber aprendido en España, por el acento, usted no sabe nada de América, de Chile, Argentina o mucho menos de los selk'nam. Si supiera, tendría en cuenta que antes que yo hubo muchos otros sacerdotes europeos en Tierra del Fuego, en especial salesianos. No soy espía ni sé de política, pero cualquiera puede ver que le vendieron una información incompleta, y eso lo hace un estúpido —finalizó Gusinde.

El ruso se puso de pie, molesto, ya que entendió que, en efecto, lo habían engañado.

Era un engaño sutil. Le habían vendido informes de la Gestapo sobre Gusinde, y además le dijeron que un cura europeo había estado mucho tiempo en Chile y que tenía un mapa con la ubicación de aquella dichosa ciudad, un lugar que Stepanovich nunca entendió como algo literal, sino que —por el contrario— pensaba que podía ser un enorme depósito de oro. Pero nunca le dijeron que Gusinde era el mismo cura europeo que había recibido el mapa. Se lo hicieron creer y por muy oficial de la NKVD que fuera, había caído en el engaño.

Sintiendo cómo le ardían las mejillas, habló por última vez.

—Padre, le comunico que usted y los demás religiosos van a quedar detenidos a disposición de las fuerzas soviéticas de ocupación. Nos veremos de nuevo —aseguró Stepanovich, saliendo de ese lugar, al tiempo que pensaba que sería difícil obtener aquello que estaba buscando, el mapa donde se señalaba la entrada al mítico lugar que había sido el motivo por el cual los antiguos conquistadores españoles colonizaron todo el sur de América Latina.

Capítulo 9

Naltagua, Chile
14 de mayo de 2017

Casi seis minutos después de la explosión, Osorio llegó al final del túnel, un corredor de gran tamaño en el que —de no haber estado inundado— habría podido caminar sin la más mínima dificultad. Mientras avanzaba por el sitio, se acordaba de lo que había alcanzado a leer acerca de ese lugar y de cómo los hermanos Carrera lo utilizaron varias veces hacia 1814, cuando los realistas retomaron el poder en Chile, luego de los casi tres años de gobierno de José Miguel Carrera. Tras ello, él y sus dos hermanos evadieron varias veces a los soldados que iban a buscarlos a la antigua hacienda familiar de El Monte, escondiéndose en el túnel secreto que conectaba la residencia familiar con la iglesia San Francisco.

De hecho, además del infante que había enviado a la cripta, Osorio en persona había ido al lugar un par de semanas antes. Y estuvo en esa enorme casa que revela —aún hoy— la inmensa fortuna de que gozaba la familia Carrera.

También pudo apreciar los salones donde los hermanos Carrera planearon la independencia de Chile, el mítico lugar donde doña Javiera Carrera bordó la primera bandera de Chile, la llamada bandera de la Patria Vieja, izada por primera vez el 4 de julio de 1812 allí mismo. Eso ocurrió en medio de una cena que se ofreció en homenaje al cónsul de Estados Unidos Joel Poinsett, hombre clave en la vida de Carrera, pues no solo fue quien lo ayudó a redactar la primera Constitución chilena, sino porque sus contactos posteriores facilitarían al patriota chileno su iniciación en la logia Saint John Número 1 de Nueva York, donde recibió en una misma ceremonia los grados de aprendiz, compañero y maestro.

A partir de la visita, Osorio sabía que en la actualidad no existía un lugar preciso en el cual se ubicara la salida del túnel, pero también había comprobado que la casona se conservaba prácticamente igual que cuando el padre de los Carrera la adquirió, en 1773, por lo que era muy difícil que hubiera una losa encima. Y si la había, pensaba el argentino, siempre quedaban otras opciones de escape.

No obstante, no le costó mucho salir del túnel. La fuerza de la succión del agua, como consecuencia de la explosión en la cripta, había desmoronado buena parte de la pared de piedras que tapiaba la salida y, con un poco de trabajo y su pala, en pocos minutos pudo emerger en medio de un prado hermosísimo ubicado en el acceso de la viña, a metros del portón principal de esta.

Para su fortuna, el guardia nocturno no se encontraba en ese sector, así es que solo tuvo que saltar el cerco y llegar a la calle ripiada. A unos cincuenta metros de allí, en dirección al pueblo, había dejado estacionado un Toyota Yaris blanco, automóvil que no llamaba para nada la atención, y con el cual esperaba llegar hasta el

único lugar que podía servirle para salvarse, muy cerca de allí, lo que en ese momento no parecía algo muy sencillo.

De hecho, a esa hora había dos helicópteros de Carabineros sobrevolando la comuna. En uno de ellos llevaban de urgencia al cabo Caniulef al hospital y en el otro buscaban cualquier movimiento sospechoso desde el cerrado cielo nocturno. Varios buses de Fuerzas Especiales y jeeps del Grupo de Operaciones Especiales (GOPE) de Carabineros acudían al lugar, al igual que decenas de vehículos de la PDI, que procedían de Talagante, Melipilla y Santiago. Martínez y Saavedra, en tanto, corrían raudos en el auto del comisario por las calles de la comuna, buscando a su prófugo y sabiendo que no podría haber llegado muy lejos. De pronto salieron del pueblo y comenzaron a avanzar por un camino rural, aunque pavimentado, en dirección al occidente.

—Mansa cagadita que se mandaron estos gallos, comisario. Ese carabinero tiene bien pocas posibilidades de sobrevivir, diría yo. Y eso no es nada: ¡destruyeron los restos de don José Miguel Carrera!

—Tremendo lo que hicieron, pero no se podía esperar otra cosa, después de lo ocurrido en Lima y Buenos Aires, donde me imagino que Pizarro y San Martín deben haber corrido la misma suerte. Aunque no sea un gran consuelo, en todo caso, no era el único vestigio del prócer: parte del cuerpo de José Miguel Carrera se conserva en la cripta de la Catedral de Santiago, donde está enterrado junto a sus hermanos Juan Luis y Miguel, fusilados tres años antes que él, y su hermana Javiera, que murió en 1862.

—¿Parte del cuerpo?

—Sí, aparentemente están su tronco, sus piernas y pies. Las manos se sabe que le fueron cercenadas por sus enemigos y se especula que lo mismo sucedió con sus brazos. Y claro, no olvidemos que lo decapitaron y que su cráneo quedó clavado en una picota en la plaza de Mendoza. O'Higgins y San Martín lo acusaron de haber instigado una rebelión en contra del gobierno chileno y del argentino, por lo que quisieron enviar un mensaje muy poderoso a sus seguidores —explicó el comisario.

—No entiendo. Usted dice que San Martín lo mandó a matar, ¿cierto?

—Hubo un tribunal pero, en la práctica, sí, así fue...

—¿Pero no que ambos eran masones?

—Claro que lo eran, pero se trataba de sujetos completamente opuestos en lo político, enemigos mortales y jurados, que probablemente si se hubieran encontrado en una logia se hubieran saludado con amabilidad, pero nada más.

—Yo entendía que los masones eran una hermandad, que están obligados a ayudarse y todas esas cosas.

—Conozco hartito el tema, Martínez. Como usted recordará, antes de entrar a la PDI estudié historia. Además de que estos asuntos siempre me han gustado, me han interesado más a contar de los hechos que me tocó vivir junto al padre Prat. Claro, son una hermandad, una fraternidad, como muchas otras, como lo son también el

Opus Dei, la Compañía de Jesús, algunos grupos evangélicos, etc. Pero en cualquier grupo humano siempre hay diferencias y enemistades, y estas suelen ser más poderosas que los juramentos prestados a medianoche en medio de algún templo decorado con símbolos que la mayoría de los mortales no entiende.

—¡Los templarios! Ellos también eran una hermandad. Usted me dijo que debíamos remontarnos a ellos, comisario.

—¡Positivo! Es un tema interesantísimo, y mire qué llamativo, Martínez. Ese es el primer auto que vemos en todo el camino. Allá atrás tengo una baliza. Póngala encima del techo y paremos a este amigo, a ver qué nos dice —ordenó Saavedra, observando un Toyota Yaris blanco que acababa de aparecer desde un camino lateral.

El detective hurgueteó en medio de latas de Dr. Pepper vacías, revistas *National Geographic* e *Historia*, un suéter viejo y varias bolsas, hasta que dio con la baliza azul. La conectó al encendedor del auto y luego la puso en el techo, tras lo cual la activó.

Pese a que el camino era estrecho, Saavedra apretó el acelerador de su auto y ocupó la calzada del frente, alcanzando rápidamente al Yaris, que no iba a más de ochenta kilómetros por hora. Cuando estuvieron uno al lado del otro, Martínez le hizo un gesto inequívoco al conductor del auto japonés para que se estacionara. El chofer del Yaris los miró y les sonrió con simpatía, tras lo cual comenzó a disminuir la velocidad, pero sin hacer el menor ademán de estacionarse.

Osorio los había reconocido y sabía que ambos detectives eran buenos tiradores, por lo cual su mejor opción era disparar primero. Extrayendo una pistola desde el bolso que tenía en el asiento del copiloto, enarboló el arma en un rápido movimiento. Martínez portaba su pistola al interior de la sobaquera y aunque era muy veloz para desenfundar, al ver ese cañón apuntándole a menos de un metro de distancia comprendió que solo un milagro lo salvaría.

Saavedra alcanzó a percatarse de lo que ocurría y frenó con brusquedad, en el mismo momento que Osorio percutió el primer tiro. Pese a ello, la bala quebró el vidrio del copiloto. Luego de ello, Saavedra sintió que se quebraba otro vidrio más, sin entender bien qué pasaba. Siguió frenando y vio cómo el Toyota se alejaba a toda velocidad, apagando sus luces. Aún confundido, miró a su joven acompañante, cuya frente estaba bañada en sangre. «¡Mierda, mierda, mierda!», gritó, sintiendo cómo los nubarrones de culpabilidad le nublaban el rostro. Sin poder contenerse, hundió la cabeza en contra del volante, totalmente abatido.

—¿Qué chucha le pasa, comisario? —escuchó de pronto. Sin poder creerlo, levantó la cabeza y vio a Martínez, todavía manchado en sangre, observándolo entre divertido y preocupado.

—¡Estás vivo, conchatumadre! —gritó.

—¡Pero claro, si en ningún momento he estado muerto! Solo estoy un poco sordo, por el estallido de la ventana, y con la frente un poco adolorida, pues las esquirlas del vidrio me hicieron un par de tajos bien feos, pero...

—¡Pero nada, cabro de mierda, pensé que te habían volado los sesos! —respondió el comisario, que recién entonces comprendió que el sonido que sintió al lado suyo se había producido al salir la bala que, increíblemente, no había tocado a ninguno de ellos.

—¡Tenemos que seguir a ese gallo, señor! —gritó el joven.

—Sí, pero tienes que limpiarte esas heridas. Bájate y saca de la parte de atrás del auto un botiquín que tengo ahí.

—Gracias señor —respondió el joven policía, descendiendo del Peugeot.

Justo en el momento en que tuvo los dos pies sobre el pavimento, comprendió lo que iba a pasar a continuación: Saavedra apretó a fondo el pedal del acelerador y se alejó de allí a toda velocidad, con la puerta del copiloto abierta y sabiendo que ya no volvería a sentir esos segundos de culpa brutal que tuvo cuando creyó que ese muchacho, que él se había llevado desde la Jefatura de Inteligencia, estaba muerto.

Capítulo 10

Lima, Perú
14 de mayo de 2017

A las dos de la mañana Sandra Guzmán ya estaba levantada y lista para partir. En unos minutos más la pasarían a buscar en la van de la empresa de turismo para la cual trabajaba y partirían en un viaje larguísimo, que había sido pedido por los turistas norteamericanos que lo habían contratado. El viaje implicaba ir a unos doscientos kilómetros al norte de Lima, a Caral, una de las tres ciudades más antiguas del mundo.

Ese era uno de los sitios que más sobrecogía a la periodista chilena de todos cuantos le tocaba mostrar en los recorridos que llevaba haciendo desde hacía más de un año, cuando, luego de varios periplos, había decidido quedarse a vivir en Lima. En dicha ciudad poseía una buena amiga con la cual ahora compartían un cómodo departamento en el distrito de Barranco, al lado de Miraflores, sector muy seguro, agradable y con vista al mar, motivos que le resultaban suficientes como para obviar la angustia que le producían los cerros desprovistos de vegetación que había, sobre todo en la zona norte de Lima, así como la humedad constante que no solo le rizaba el pelo, sino que la hacía sentirse todo el día transpirada.

En el camino hacia Caral su trabajo sería muy simple: contar a los turistas la historia del descubrimiento de la ciudad, su importancia arqueológica (debido a la cual la Unesco la declaró Patrimonio de la Humanidad) y luego tendría que explicarles de manera sutil que su ruta implicaba atravesar el río Supe que, en todo caso, durante esos días estaba muy bajo. Luego llegarían a Caral y desde allí una guía turística perteneciente a una de las comunidades indígenas locales les haría el recorrido de costumbre, de casi una hora de duración y bajo un sol desértico inclemente, que hacía refulgir la arena blanca, como si fuera aluminio al desnudo.

Les mostraría las pirámides ya descubiertas, el anfiteatro, la piedra solar, la pirámide central y luego los regresaría al acceso del lugar, donde podrían comprar *souvenirs* y alguna gaseosa, antes de correr de regreso a la van y el aire acondicionado.

Después, venía lo más pesado del día y por ello, aparte de Sandra y Julio —el chofer titular—, iba otro conductor, un viejito llamado Andrés, ya que al salir de Caral regresarían a Lima para atravesarla por completo y enfilarse hacia el sur, con dos destinos.

El primero, a unos treinta kilómetros de Lima y frente a la costa, era la Huaca de Pachacámac, uno de los sitios arqueológicos más imponentes del Perú. Está compuesto por docenas de pirámides, entre ellas el Templo del Sol, el sitio sagrado más importante de las diversas culturas que habitaron la zona de Lima, como los

lima, los huari, los ichma y los incas.

Luego de visitar el lugar, ver si los turistas estaban con suerte y descubrían algún cráneo o fémur en medio de la arena —lo que sucedía con cierta frecuencia— y visitar el museo del sitio, partirían a más de cuatrocientos kilómetros al sur, a Nasca, donde Sandra y los cuatro estadounidenses abordarían un Cessna que los llevaría al clásico recorrido de poco más de media hora sobre la imponente pampa, para mostrarles los más conocidos dibujos del lugar: el mono, la araña, la ballena, etc.

Después pasarían a la Casa Museo María Reiche (la alemana que dio a conocer al mundo la existencia de las famosas y enigmáticas líneas), y de regreso comerían algo en uno de los restaurantes del oasis de Huacachina, muy cerca de Ica, para luego reemprender el viaje con destino a Lima.

A las tres de la mañana el transporte que la había pasado a buscar estaba ya afuera del Marriot de Lima, frente al centro comercial Larcomar, en pleno Miraflores. Se bajó y partió a la recepción. Avisó que la van estaba afuera y en menos de cinco minutos aparecieron sus tres pasajeros, todos norteamericanos, pero de evidente origen latino.

Eran tres hombres de aspecto sombrío, musculosos, de pelo corto y que subieron sin preguntar mucho. Julio comenzó a guiar el móvil hacia el norte de Lima y Sandra inició de inmediato el relato de rigor, explicándoles que Caral era una de las tres ciudades más antiguas del mundo, pues sus inicios databan del 3600 antes de Cristo, que había 113 arqueólogos trabajando allí desde que Ruth Shady comenzara a explorar de forma profesional el sitio a partir de los años noventa, etc., pero muy pronto se dio cuenta de que no la estaban escuchando.

Dos de ellos, los que iban sentados atrás, miraban por las ventanas con expresión de indiferencia, mientras frente a ellos desfilaba un enjambre de mototaxis, de esos que abundan en el norte de Lima. El tercer pasajero, en tanto, un hombre de unos cuarenta años que según su pasaporte se llamaba Andrés Leguía, se encontraba absorto leyendo un libro que parecía fuera de lugar allí: se trataba de *Synco*, del chileno Jorge Baradit, una novela distópica sobre la intención del derrocado presidente chileno Salvador Allende de crear una suerte de internet en los años setenta.

Eso no le cuadró para nada. Los tres gringos hablaban con un acento que parecía cubano o portorriqueño, quizá centroamericano. Por su forma de caminar, sus pelos muy cortos y sus ademanes, era evidente que se trataba de exsoldados, quizá exmarines veteranos de alguna guerra olvidada en África o en alguna parte de Irak. Eso no cuajaba con los típicos turistas que atendía día a día, ansiosos de fotografiar cuánto pudieran, de preguntar, de bajarse en cuanto chinchel había y de comer lo que fuera que se les ofreciera y por antihigiénico que pareciera.

Estos turistas, sin embargo, si bien llevaban cámaras a la vista, no hacían uso de ellas. Tal vez tengan sueño, pensó Sandra, pero no era así. Los dos de atrás iban muy despiertos, mientras Leguía parecía absorto en su lectura.

Algo no está bien, pensó la periodista, a quien no solo le molestaba la actitud atípica de los turistas que llevaba, sino la lectura que tenía Leguía en las manos. Ella conocía bien a Baradit, el autor, a quien había entrevistado un par de veces y había leído ese libro. Por lo tanto sabía bien que esa edición era antigua, de unos nueve o diez años por lo menos, y chilena, algo muy raro de encontrar en Lima. Quizá, pensó, ese turista lo había hallado en alguna de las pocas librerías de viejo de la avenida José Larco, en Miraflores, o quizá lo había hallado en la famosa Librería del Virrey, pero no, no calzaba. Como chilena que era, evidente por su acento, eso parecía ser más bien algún tipo de mensaje.

Fue en ese momento cuando comenzó a preguntarse respecto del extraño viaje que esos desconocidos habían contratado en la agencia. En realidad, carecía de sentido recorrer más setecientos kilómetros de ida y de vuelta en una sola jornada. Era un viaje agotador. La explicación de los turistas era que solo les quedaba ese día en Lima y que por ende querían conocer todos esos lugares, por lo cual estaban dispuestos a pagar el valor que fuera.

Guzmán tomó su celular y aprovechando las últimas briznas de señal, antes de salir a la Panamericana Norte envió un WhatsApp a Normita, la encargada de los pagos en la agencia, que seguramente dormía en ese momento.

Sandra:

Hola Normi, sorry x molestar a esta hora, pero es importante. Voy con los turistas al norte. Pregunta: cómo pagaron?

Normi:

Holi, no hay drama, estoy en una disco. Fue muy raro. Pagaron en efectivo, 1150 dólares, incluyendo el pasaje en avión x Nasca.

Sandra:

Raro x qué?

Normi:

Porque todo el mundo paga con tarjeta.

Sandra ni siquiera contestó. El vehículo ya estaba llegando al distrito de Ancón y sabía que a contar de allí la señal de internet era cada vez más escasa. Respiró profundo y buscó en el *chat* un número que hacía mucho tiempo que no digitaba, pero estimó que debía hacerlo.

Sandra:

Saavedra, si algo me pasa, voy en una van por el norte de Lima con tres sujetos que dicen ser norteam, pero al menos uno me parece chileno. Tengo mal presentimiento con ellos.

Apretó el botón de «enviar» y se quedó mirando la pantalla. Calculó que a esa

hora debían ser cerca de las cinco y algo de la mañana en Chile, pero supuso que el tono de WhatsApp despertaría al comisario Saavedra, si es que estaba durmiendo. Sin embargo, no aparecían los ansiados tics azules en la pantalla del mensaje. Fue en ese momento cuando Sandra se dio cuenta de que Leguía había dejado a un lado el libro y, en cambio, la miraba fijo.

Capítulo 11

Naltagua, Chile
14 de mayo de 2017

El comisario Saavedra aceleró su Peugeot casi al punto de reventarle el motor. Sabía que tenía que remontar varios minutos de ventaja que le llevaban y que si erraba el camino, perdería al delincuente. Su automóvil rodaba a unos ciento cincuenta kilómetros por hora sobre una estrecha carretera de una vía por lado, que serpenteaba en medio de un paisaje lleno de vegetación a lado y lado, en dirección al poniente. De cuando en cuando, en medio de las curvas que se insinuaban más adelante, veía algunas luces rojas del Toyota, que indicaban cómo su conductor frenaba.

Sabiendo que lo tenía muy cerca, siguió acelerando hasta que llegó a una curva muy pronunciada, a cuyo costado izquierdo se alzaba una enorme construcción semiderruida según lo que logró ver en medio de la oscuridad; una especie de fortaleza de concreto encajada en medio de un cerro, algo que parecía una suerte de ciudadela de cemento, con puertas y escalas fantasmales y vacías.

Al ver esa edificación enquistada en el cerro no pudo menos que recordar la famosa base nazi de submarinos en el puerto francés de La Rochelle, que tantas veces se había usado en el cine como escenario de megaproducciones.



Este lugar, sin embargo, tenía a sus pies unas piedras negrísimas y filosas, en vez de agua, y mostraba al menos tres niveles de construcción. El primero, todo rayado con *graffitis*, exhibía unas pequeñas ventanas cuadradas a lo largo de todo el recinto. El segundo eran columnas semiderruidas, algunas de ellas ladeadas, con seguridad producto de los terremotos, mientras que del tercero solo quedaban vestigios. Apenas se habituó un poco más a la oscuridad, Saavedra constató que hacia la izquierda había otra construcción igual de grande, que parecía asentada en una especie de codo que

formaban los dos cerros. Debajo de ella fue que vio el Toyota. Pese a que el prófugo lo había dejado con las luces apagadas y lo más alejado que pudo del camino, allí estaba, con las puertas abiertas y sin rastros de su ocupante.

Un poco más allá, en la zona ubicada justo debajo de esa enorme construcción en desuso, había algunas casas de planta baja que estaban habitadas, pues varias de ellas tenían sus luces encendidas, de seguro como reacción al ruido de los frenazos de los dos autos que acababan de llegar. Incluso, pudo ver que en el patio de una de ellas había algo que parecía ser dos antiguas y grandes calderas o cisternas, edificadas en ladrillo y con cúpulas de fierro forjado, que ahora posiblemente estaban destinadas a algún uso doméstico.

Si Saavedra hubiera ido al museo que el profesor retirado mantenía en el interior de la Iglesia de San Francisco se habría enterado de que ese edificio de dimensiones colosales que se alzaba al frente suyo, y donde era evidente que se había escondido el fugitivo, eran las ruinas de la antigua fundición de cobre de Naltagua.

De hecho, de estar más iluminado, habría visto en el suelo las verdosas vetas que aún dejaba el cobre en el lugar, así como las escorias negras asentadas por todo el suelo, razón por la cual dicho lugar era conocido como El Escorial. Se trataba de la que en algún momento fue una de las mayores fundiciones de cobre de Chile, que comenzó a funcionar en 1909, debido a una inversión efectuada por capitales franceses, y que dejó de existir en 1945.

Sin embargo, su preocupación en ese momento era encontrar al individuo.

Por un instante tuvo el impulso de comenzar a recorrer de inmediato la estructura. Pero en una milésima de segundo entendió que ese sujeto no se había bajado del auto por casualidad en ese lugar. O bien tenía refuerzos allí, agazapados en medio de los túneles y escondrijos que había por todos lados, o era un punto de extracción, el lugar acordado para rescatar a los sobrevivientes de la operación si algo salía mal.

Sin previo aviso, comenzó a llover de forma torrencial. Un violento chubasco azotó Naltagua luego de una impresionante estampida de truenos y relámpagos.

—Por la puta madre —dijo para sí mismo el oficial de la PDI, mojado hasta el tuétano. Siguió maldiciendo su mala suerte por unos segundos, pero recién ahí entendió que estaba equivocado: era una bendición del cielo, pues en medio de los relámpagos pudo advertir a la perfección un bulto humano que ascendía hacia la cúspide del pequeño cerro en cuyo costado se asentaban las ruinas.

—Quiere llegar al Maipo —masculló Saavedra, suponiendo que el sujeto pensaba atravesar el cerro y alcanzar el lecho del río ubicado a pocos kilómetros de allí, donde quizá tendría un zódiac esperándolo.

Pero se equivocaba.

Al principio no escuchó el sonido de los rotores, confundidos en medio de la sonajera que reverberaba por todos los rincones de ese fértil valle, pero el potente foco que manaba desde el vientre del Bell 407 que apareció sobre el cerro le hizo entender con rapidez que el asunto era mucho más sofisticado de lo que suponía. De

hecho, recién comprendió a cabalidad lo que ocurría cuando el helicóptero ya estaba posado a unos cuarenta metros sobre el tope del cerro y una figura humana trataba de asir el final de una escalerilla de nylon que le habían lanzado, complicado a causa del viento y la lluvia.

Saavedra no lo pensó dos veces. Sacó su pistola y trató de apuntar, pero era complejo hacerlo, porque aún estaba muy oscuro y la única fuente de luz estable, el foco del helicóptero, zigzagueaba de un lado a otro.

—¡Policía, deténganse! —gritó, dándose cuenta de lo absurdo de su intento, pues apenas se escuchó él mismo. Apuntó de nuevo y en ese instante se percató de que el hombre ya se había tomado de la escalerilla, pero con evidente dificultad. No lo podía ver muy bien, pero parecía que el helicóptero comenzaba a izar la escalerilla, de la cual el sospechoso pendía de una sola mano, mientras en la otra sostenía un bulto.

Por el ángulo de visión en que se encontraba, Saavedra calculó que con suerte alcanzaría a hacer un solo tiro. Una opción era disparar en contra del helicóptero, pero sabía que si la bala no daba en alguna parte vital, como el rotor de cola o la cabeza del piloto, era muy difícil que cayera.

Así las cosas, sin pensarlo más, apretó el gatillo justo en el momento en que el hombre que colgaba empezaba a desaparecer de la escena, dando en el blanco, aunque de manera parcial.

Saavedra no supo en ese momento dónde había impactado, pero en alguna parte le había dado a ese sujeto. Si bien había apuntado a la cabeza, con la distancia, la oscuridad y el movimiento, lo más probable —pensó— era que le hubiere pegado en un hombro, la clavícula o un brazo, lo que deducía de un hecho muy sencillo: vio cómo el cuerpo se estremeció y cómo la mano que sujetaba el bulto lo soltaba, aunque con la otra mano Osorio seguía aferrado a la escalerilla y al aparato que se alejó de allí.

Subir hasta la cima fue una tarea titánica, pues además de empinado, estaba lleno de lodo. El detective estuvo un par de veces a punto de desistir, cuando sintió que se iba a caer, pero al final logró llegar arriba. Cubierto de barro de pies a cabeza, y casi a tientas, empezó a buscar el paquete o lo que fuera que habían dejado caer.

Le costó muy poco. Casi al borde del precipicio se encontraba una mochila negra impermeable, de corte militar. Saavedra sabía a la perfección que para abrir eso lo mínimo que debía hacer era solicitar a expertos en explosivos que la revisaran, pero obvió ese detalle. Con las manos palpó la superficie de la mochila y sintió una forma que le hizo pensar que quizá no todo estaba perdido.

La abrió e introdujo las manos en ella. Había varias cosas que no pudo distinguir de inmediato, pero sabía que lo que buscaba parecía estar al fondo, y así fue. Tratando de ensuciar lo menos posible, tomó el cráneo de José Miguel Carrera y lo sacó de esa bolsa. Parecía estar incólume. Pensó entonces que esos atentados ocurridos horas antes quizá no buscaban destruir los restos de San Martín y Pizarro, sino adueñarse de ellos.

Su teléfono ya no tenía ni la más mínima señal de batería. Debía regresar de inmediato al auto, donde tenía un cable USB para cargarlo. Quería llamar a su jefe y pedirle que se comunicara con Interpol, a fin de que se informara a Buenos Aires y Lima que quizá no todo estaba perdido.

Se puso de pie pensando en buscar algún otro camino por el cual descender cuando, en medio del intenso aguacero que aún caía, una potente luz se posó frente a su cara.

—¡Tírate al suelo, conchatumadre! ¡Deja la bolsa en el suelo! —le gritó uno de los tres hombres vestidos de civil que tenía al frente suyo, y que le apuntaban con subametralladoras UZI con la bala pasada.

Capítulo 12

Santiago de Chile
14 de mayo de 2017

Eran ya casi las siete de la mañana cuando el Peugeot de Saavedra se detuvo frente a la salida internacional del Aeropuerto de Pudahuel, donde lo esperaba el sacerdote Alberto Prat, quien se quedó mirándolo asombrado: el comisario no solo tenía unas ojeras fenomenales, sino que además estaba embarrado de pies a cabeza.

Hasta las cuatro de la madrugada el oficial de la PDI había estado en la comisaría de Carabineros de Melipilla, luego de que tres carabineros de civil lo detuvieran en lo alto del cerro El Escorial, convencidos de que era alguno de los implicados en el ataque a la Iglesia de San Francisco.

De hecho, los carabineros estaban tan nerviosos que cuando le apuntaban, el dedo de uno de ellos tiritaba sobre el gatillo de la UZI, y no era para menos. Saavedra también estaba muy asustado y como los policías no se identificaron al principio, pensó que quizás eran cómplices del sujeto que se acababa de fugar en el helicóptero; es decir, lo mismo que pensaron de él los carabineros, máxime porque al momento de enfrentarlo tenía en sus manos nada menos que el cráneo de Carrera.

—Tranquilos, soy oficial de la PDI —les dijo con toda la calma que pudo, dándose cuenta de inmediato que eran policías. De otro modo habrían disparado al instante. Sin embargo, uno de los carabineros, el de mayor edad, seguramente un sargento primero, respondió con sarcasmo.

—Sí, huevón, y yo soy Diego Armando Maradona.

—Mi placa está en el bolsillo interior de la chaqueta. Muestran las tuyas y yo les muestro la mía —replicó, pero en ese momento le pegaron un fuerte golpe en la nuca con la cacha de un revólver. A diferencia de lo que sucede en el cine, no se desmayó ni nada semejante, sino que sufrió un dolor de los mil demonios y por un par de minutos creyó que le habían quebrado una vértebra.

Luego de ello lo lanzaron al suelo, lo esposaron y lo bajaron a la rastra del cerro, metiéndolo en una «zapatilla», un viejo furgón blanco y verde, lo que terminó por convencerlo de que, afortunadamente, sus captores eran carabineros de verdad y no cómplices del comando que había penetrado en la iglesia.

Una vez en el cuartel, no obstante, el trato cambió de inmediato, no solo porque vieron su placa y comprobaron que era auténtica, sino porque ese era el rati que, junto al detective más joven, había ayudado a los dos carabineros de El Monte. Caniulef, según le dijeron allí, había sido ya trasladado al Hospital de Carabineros, en Santiago, y se encontraba muy grave, pero estable.

—Putá, disculpe amigo, no quería sacarle la chucha, pero es que no tenía cómo saber en ese momento que era poli —se disculpó en la comisaría el suboficial que le

había dado el cachazo.

—No hay problema, sargento. No tenga duda de que yo le habría dado uno igual si la situación hubiera sido a la inversa. No había cómo saber quién era quién en ese momento —explicó.

Pocos minutos después de ese diálogo, el fiscal a cargo de la investigación ordenó que Saavedra prestara declaraciones en la Brigada de Homicidios (BH) metropolitana. Conduciendo su auto, al cual reincorporó al detective Martínez, quien reclamó solo un par de minutos por haber sido abandonado en un camino perdido, partió a la BH, en Santiago, y luego de una breve declaración y dos cafés bien cargados, se dirigió al aeropuerto.

Apenas se estacionó revisó su teléfono, cuya batería se había agotado por completo durante la madrugada, así es que aprovechó de cargarlo en el trayecto hacia Pudahuel. Fue recién entonces cuando vio el mensaje de Sandra. Sin pensarlo un segundo la llamó, pero la respuesta desde el otro lado fue inmediata: el teléfono se encontraba apagado o fuera de servicio.

Saavedra tuvo un mal presentimiento. Si bien sabía que ella trabajaba como guía y que la mayoría de los lugares a los cuales viajaba eran sectores con escasa o ninguna cobertura, su olfato le decía que esa no era la razón de que su celular no respondiera.

Le mandó un mensaje diciéndole que se comunicara con él apenas pudiera y se bajó del auto. Llegó a la salida de los vuelos internacionales del aeropuerto y, cuando se aprestaba a entrar, notó que un guardia lo miraba con el ceño fruncido. Recién entonces vio su reflejo en las puertas de vidrio que estaban delante de él: parecía un estropajo humano.

Estaba completamente sucio, con el pelo tieso de barro y pese a que se había lavado la cara y las manos en el cuartel, en su frente aún había rostros de suciedad. Sus ropas estaban sucias y húmedas y, en definitiva, más parecía un vagabundo que un comisario de la policía. Reflexionaba sobre aquello cuando frente a él apareció un incrédulo Prat, siempre vestido con chaquetas Brooks Brothers, zapatos de gamuza italianos y camisas de algodón Nautica. Como siempre, también, el cura exudaba un aroma de Versace y parecía fresco y recién duchado, aunque venía bajando de un avión luego de un vuelo de más de seis horas.

—¿Saavedra? —le preguntó, mirándolo asombrado.

—¡Positivo! ¡Él mismo! —gritó el policía de perfil aguileño, dándole un fuerte abrazo al sacerdote, sabiendo este que eso significaría el final de la impecable chaqueta que llevaba puesta, pero que poco importaba, pues era el hombre valiente que le había salvado la vida más de una vez en el pasado—. ¡Tanto tiempo padre! ¿Cuánto será que no nos vemos? ¿Unos dos años?

—Más o menos, Saavedra. Supe que había ascendido a comisario, mis felicitaciones.

—Gracias, padre. La verdad es que las vi bien verdes en el sumario interno que

me hicieron, pero al final se concluyó que todas mis acciones estaban justificadas dentro del marco de la legítima defensa y de la defensa de otras personas, así es que la única sanción que recibí por todo lo que pasamos juntos fue una amonestación por haber perdido esas casaquillas y gorros policiales que utilizamos. ¿Se acuerda?

—¡Pero claro! ¡No me diga que tuvo que pagar esa ropa!

—Así fue. El fisco de Chile no le perdona un peso a nadie.

—Pero, comisario, me siento muy avergonzado. Todas las veces que hablamos por WhatsApp y por *mail* usted nunca me dijo sobre eso, déjeme reembolsarle ese dinero, por favor.

—Por ningún motivo, padre. No se preocupe. Es una nimiedad y además me lo descontaron por planilla, así es que ni lo noté. Mejor siéntese, que le voy a contar lo que pasó esta madrugada. Todo esto que ha sucedido de algún modo implica a Sandra Guzmán también —le contestó, ya entrando en el auto.

Prat quedó de una pieza al escuchar eso.

—¡Sandra! ¿Le pasó algo? —preguntó sin poder disimular su preocupación. Saavedra le relató el mensaje que le había enviado y el hecho de que no contestaba su celular.

—Puede ser cualquier cosa, comisario, es posible que simplemente se encuentre en una zona sin cobertura telefónica —razonó el religioso, tratando de tranquilizarse, pero sabiendo también que nada de ello podía ser coincidencia.

—¿Y el libro, padre? —le preguntó el comisario, tratando de cambiar un poco el tema.

—¿Qué libro?

—El libro pues, esa copia del Manuscrito Voynich que en tantos problemas nos metió. Recuerdo que las tapas estaban completamente manchadas de sangre. No sé si usted lo sabe también, pero hubo un tremendo lío con todo eso, pues cuando llegamos a Puerto Montt en yate, mis colegas incautaron el libro alegando que era evidencia, pero los abogados del cardenal pusieron un recurso de protección que ganaron rapidito, apelando a que era material propiedad de un diplomático.

—Algo de eso supe —respondió el cura, mirando por las ventanas. Santiago aún estaba de noche, pero ya se notaba movimiento por todas partes y, como es habitual en la ciudad, miles de vehículos a exceso de velocidad se disputaban las autopistas urbanas.

—¿Y dónde lo dejaron? —preguntó de pronto el policía, que miraba fijamente por el espejo retrovisor.

—¿El libro? Donde corresponde, en la Biblioteca del Vaticano.

—Escondido, me imagino —comentó el detective.

—Claro, como siempre se hace. ¿Adónde vamos, a todo esto? No le he dicho dónde me alojaré —respondió Prat.

—Mis disculpas padre, claro, tiene razón. Solo manejé en forma automática —contestó el comisario, efectuando en ese mismo momento un brusco giro en noventa

grados hacia la derecha, lo que le permitió tomar muy encima la oreja de un nudo vial, algo que hizo tan intempestivamente, que Prat vio la barrera de contención a pocos centímetros de sus ojos.

—¡Pero Saavedra! —reclamó el religioso. El comisario ya había atravesado en forma perpendicular la Costanera Norte, por un paso sobre nivel, y estaba tomando la oreja izquierda del mismo paso, lo que lo llevó a descender exactamente en el mismo carril en que iban antes, en una maniobra aparentemente sin sentido.

—¿Ve ese Nissan que ahora quedó delante de nosotros, padre? —preguntó mostrando un automóvil gris que, en efecto, ahora iba delante de ellos.

—Claro que lo veo. ¿Nos venía siguiendo?

—Sí. Va un chofer y un sujeto muy gordo, sentado al lado. No nos perdieron de vista en ningún momento y tampoco lo hacen ahora. Nosotros demoramos unos cuarenta segundos en toda la maniobra y si ellos hubieran seguido a la velocidad que iban, unos 120 kilómetros por hora, deberían estar poco menos que llegando al centro de la ciudad, pero allí van, unos metros nomás delante de nosotros, como si nos esperaran. Parece que usted viene con cola desde Bogotá, padre —comentó Saavedra, justo en el momento en que el gordo giró su cabeza, lo que el comisario aprovechó para poner las luces altas.

Gracias a ello Prat pudo ver perfectamente al copiloto.

—Ese tipo venía sentado al lado mío. Es chileno. Entró casi detrás de mí a Inmigración. Puede que sea solo coincidencia. Más sospechosa me parece esa camioneta que viene detrás de nosotros también, todo el rato —indicó Prat, aludiendo a una Mitsubishi Montero llena de hombres jóvenes que efectivamente venía cerca de ellos.

El comisario Saavedra movió la cabeza.

—Uf, quizá nos estemos poniendo paranoicos, padre. Será mejor que nos tomemos todo esto con calma. ¿Dónde me dijo que iba?

—Mi servicio tiene ahora un departamento en Providencia a un par de cuadras del Costanera Center —explicó, aludiendo a uno de los centros comerciales más grandes del continente y a la Gran Torre Santiago, el edificio más alto de América Latina, con trescientos metros y 62 pisos.

—Muy elegante el sector. Harto mejor que el chinchel que tenían antes en el centro. Si quiere lo paso a dejar, pero yo tengo que ir a ducharme y cambiarme de ropa.

—Debería tratar de dormir un poco.

—Imposible, padre, con todo esto. Si quiere, espero que deje sus cosas y luego me acompaña a mi departamento, en Ñuñoa. De ahí podemos ir a desayunar a alguna parte y discutir todo esto —le propuso.

—Me parece muy bien —respondió el cura, que no perdía mirada sobre el Nissan, en cuyo interior el gordo hablaba por teléfono con toda calma.

Sin embargo, el compañero de avión de Prat recibía en ese mismo momento una

reprimenda bastante severa.

—Lo sé, señor. Tenía órdenes de no perderlo de vista. Lo sé, lo tengo claro — repetía una y otra vez ante su interlocutor, mientras el chofer del Nissan guardaba un silencio sepulcral, como si no estuviera escuchando.

—No volverá a pasar, señor, se lo prometo. Muchas gracias por su confianza — finalizó, apagando el teléfono. Resopló y habló al conductor:

—El comandante Osorio dice que esto se hará a la antigua. En la oreja más próxima nos desviaremos y dejaremos que otro equipo, que ya salió, continúe con el seguimiento.

Capítulo 13

Caral, Perú
14 de mayo de 2017

La camioneta de Sandra y Julio estaba cerca de la ciudad sagrada de Caral. Iban por un camino de tierra en el sector donde se cruza el río Supe, un curso de agua que a veces sube de manera peligrosa su caudal y por el cual es habitual que se internen los vehículos pues, a pesar de no haber puente, es la ruta más corta.

La otra opción era rodear el río y andar muchos kilómetros más, pero ello no se compadecía con el apretado horario y la gran cantidad de lugares que los supuestos turistas querían visitar.

Pese a ello, Sandra entendió que esa era quizá la única oportunidad que tendría para conseguir algo de información.

—Un poco más adelante está el río Supe, que por lo general es muy bajo y que Julio ha cruzado miles de veces, pese a lo cual debo hacerles saber que a veces sube bastante, aunque eso es apreciable a simple vista. Si así ocurre, deberíamos retroceder y rodearlo —explicó.

Leguía pareció salir de la modorra en que iba y la miró con interés.

—¿Es seguro cruzar por allí?

—Depende de cómo esté el río. Si está crecido no nos meteremos en el agua, téngalo claro, pero deberemos retroceder y, entonces, como ustedes están apurados...

Los tres turistas se miraron, escrutándose. Sandra pensó que eran unos tipos muy raros.

Leguía tomó la palabra, pero apenas comenzó a hablar, el estruendo de un helicóptero lo interrumpió.

—¡Qué mierda! —gritó Julio, al percatarse de que ese sonido ensordecedor estaba casi encima suyo. El helicóptero, un enorme MI-17 de fabricación rusa, pintado de camuflaje café, aterrizó delante de ellos, pero su tren de aterrizaje aún no terminaba de posarse en el suelo cuando varios sujetos vestidos como militares y con gorros pasamontañas se lanzaban hacia abajo, llevando en sus manos fusiles israelíes TAR21, los famosísimos Tavor.

Sandra no entendió de inmediato qué estaba pasando. Parecían efectivos militares, pero ciertamente no lo eran. ¿Narcos? Para nada. Estaban muy lejos de la zona de Alto Huallaga. ¿Alguna guerrilla? Absurdo, estimó. Sendero Luminoso y sus remanentes —dedicados al narcotráfico— eran simples vestigios de un pasado horrible, que ahora se veía muy difícil de reeditar en un Perú que quería entrar de manera definitiva en la modernidad.

Era muy probable que esos sujetos que corrían hacia ellos estaban de algún modo coludidos con los extraños pasajeros, así es que, sin esperar nada más, propinó un

fuerte codazo en la nariz a Leguía, abrió la puerta de la van y se puso a correr en dirección opuesta a la de los hombres que descendían del helicóptero, aprovechando para ello la enorme nube de polvo que generaban las aspas de aquel ingenio volador.

Mientras corría, teniendo de telón de fondo el ruido del helicóptero, escuchó decenas de ráfagas de disparos, que sintió que pasaban muy cerca de ella. También explosiones pequeñas, quebraciones de vidrios, sonidos metálicos, gritos ahogados, dolores ajenos que sus oídos y cerebro no quisieron procesar, pero en algún momento cesó todo ese sonido adicional y lo único que escuchaba era el rumor de sus pies corriendo sobre la arenisca del camino, y varios pares de bototos militares que corrían tras ella.

De pronto una mano de gran fuerza la asió del cuello. Al sentir cómo ese cepo se cerraba sobre ella, pensó que su captor era Leguía, ese sospechoso sujeto, pero se equivocaba. Las mismas manos la tiraron al suelo y la esposaron, luego de lo cual entre varios sujetos la levantaron y corrieron con ella, como si fuera un bulto, en dirección al helicóptero, cuyas aspas aún rugían. Al pasar al lado de la van de turismo, vio que estaba casi destruida a balazos.

Recién entonces, al ver los ríos de sangre que caían desde la puerta que ella dejó abierta y notar los cadáveres, comprendió que los atacantes no tenían nada que ver con los turistas, que yacían destrozados a balazos calibre 5.56 junto a su chofer.

Si lo hubiera conocido, además, habría sabido que quien la tomó del cuello era un exsargento del «Grupo Colina», un hombre temible de apellido Huanca.

Capítulo 14

Providencia, Chile
14 de mayo de 2014

El Peugeot 207 del policía rodaba por la avenida Andrés Bello de Providencia, entrando al sector conocido como «Sanhattan», el centro financiero de Santiago, donde se ubican decenas de hoteles de lujo, el World Trade Center y las dos torres más altas de la ciudad: el edificio Titanium y la torre del Costanera Center. Amanecía ya y la lluvia de la noche anterior tenía bastante anegadas las calles y el tráfico era, como de costumbre, muy denso. Saavedra supo de inmediato que algo anómalo ocurría, cuando un Hyundai Santa Fe se cambió de pista de forma repentina, impactando su auto por el costado derecho.

—¡Qué mierda! —exclamó Prat, enojado por la imprudencia del conductor, pero Saavedra le gritó a todo pulmón que se quedara dentro del auto. En ese momento, el cura se dio cuenta de que aquello era una emboscada, lo que le quedó completamente claro al ver a cuatro sujetos vestidos de negro, que descendían desde la Hyundai con fusiles AR15 en sus manos.

Pese a sus rostros cubiertos, el tipo de vehículos, armas y su *modus operandi* indicaban a Saavedra que se trataba de un comando del mismo tipo como el que había enfrentado horas antes en El Monte. A diferencia de ese momento, sin embargo, ahora no llevaba una subametralladora consigo. Su pistola había tenido que dejarla en la Brigada de Homicidios, debido a que era necesario efectuarle una serie de peritajes, pero de todos modos le habían pasado una pistola fiscal, una Sig Sauer con quince tiros.

—Quédese tranquilo, padre. Estos hijos de puta no saben la sorpresita con la que se van a encontrar —comentó, mientras Prat veía cómo los sujetos avanzaban hacia ellos en medio de la estupefacción de los demás automovilistas.

—¿De qué habla, Saavedra? —le preguntó.

—¡De eso! —gritó el comisario, mostrando seis o siete figuras que saltaban en medio de los capós de los automóviles en dirección a los encapuchados. Eran hombres de civil, sin ninguna identificación visible, pero al ver que Saavedra se bajaba con su arma en la mano, se dio cuenta de que algunos de ellos eran los ocupantes de la Mitsubishi Montero que los venía siguiendo y que había quedado un poco más atrás. Varios de los hombres descendieron también de un Toyota Corolla que Prat no había visto en momento alguno, pero que los siguió todo el rato.

Prat no tenía cómo saberlo, pero durante la madrugada, cuando Saavedra prestaba declaraciones en la BH, había llegado hasta ese lugar en medio del máximo sigilo el subdirector operativo de la PDI, quien, luego de imponerse de lo que había ocurrido, fue a saludar a Saavedra. Este le relató con lujo de detalles lo sucedido y además le

había informado acerca de la próxima llegada del sacerdote.

El subdirector, un hombre que había trabajado durante años en el área de inteligencia, razonó que dada la dinámica de los acontecimientos, el mensaje de la periodista y el arribo de Prat, era dable suponer que habría más sucesos de la misma naturaleza. Así, junto al jefe de inteligencia y Saavedra diseñaron una estrategia: en vez de esconder al comisario y acogerlo al sistema de protección de testigos, lo dejarían circular, siempre escoltado por dos vehículos de civil repletos de funcionarios de la Brigada Táctica de la PDI armados hasta los dientes. De otro modo, razonó Saavedra, no habría cómo encontrar a quienes estaban detrás de estos ataques, sobre todo porque a esas alturas ya estaban convencidos de que se trataba de un esquema organizado y de nivel continental.

Eran justamente ocho oficiales de la Brigada Táctica, vestidos de civil, los que avanzaban hacia los atacantes aquella mañana en la avenida Andrés Bello. Al primer grito de «¡Policía!» que lanzó el subprefecto que encabezaba el grupo, dos de los enmascarados se volvieron para abrir fuego de inmediato y la respuesta no tardó, generándose un enfrentamiento que causó el caos en el sector, pero que duró menos de cuarenta segundos, cuando ambos atacantes cayeron muertos en medio de la calle. Los otros dos trataron de apoyarlos, pero al ver que era imposible enfrentar a los detectives, decidieron emprender la huida, seguidos de cerca por Saavedra y el cura que, envalentonado al parecer por estar en el bando vencedor, también corría tras ellos.

Los sujetos corrieron hacia el acceso vehicular que conecta la mole del Costanera Center con la calle, sembrando el pánico en medio de la marea humana que a esa hora comenzaba a llegar a las oficinas y bancos del sector.

Mientras los perseguía, Saavedra pensó que era poco probable que pudieran llegar muy lejos. Todas las avenidas importantes ubicadas hacia el sur, como Vitacura o Nueva Providencia, estaban por lo general colapsadas a esa hora.

Un poco más allá, se encontraban los accesos a la estación Tobalaba del Metro de Santiago y quizás esa podía ser una escapatoria, pensaba Saavedra, pero en ese momento los desconocidos hicieron algo que ni el comisario ni los otros cuatro oficiales que se le sumaron en la cacería entendieron de inmediato: en vez de avanzar, los sujetos corrieron hacia la primera entrada del centro comercial.

Pese a que aún estaba cerrado, dispararon contra las mamparas de vidrio, quebrándolas y accediendo a un primer pasillo, que conecta la torre con el *mall* mismo. Un guardia, sin comprender qué sucedía, apareció en escena solo para ser tomado por la espalda, mientras sonaban a todo volumen las alarmas del lugar.

Saavedra y los detectives estaban ya a muy pocos metros de ellos, pero el ángulo de disparo era muy cerrado y las posibilidades de rescatar con vida al rehén, escasísimas. Uno de los desconocidos lo llevaba tomado desde el cuello, caminando hacia atrás, mientras el otro iba delante, pegado a la espalda de su compañero, avanzando hacia el interior del Costanera. Al llegar a la primera mampara

procedieron del mismo modo, la destruyeron a tiros, ingresando al primer nivel.

—¿Qué diablos están haciendo? —se preguntó en voz alta uno de los subcomisarios de la Brigada Táctica.

—Van a subir al último piso. Es un mirador abierto. Los van a rescatar en helicóptero, igual que anoche —razonó Saavedra. Al tiempo que decía eso, los sujetos avanzaron con su rehén hasta el subsuelo, donde se encontraban las boleterías y el acceso al ascensor ultrarrápido que asciende en un minuto hasta el piso 61. En la boletería hallaron a un supervisor de piso, que terminó convertido en su segundo rehén. Tal como lo esperaban, el hombre tenía en su poder un listado con todas las claves de acceso.

Acosados por los detectives, que ya habían irrumpido en el *mall*, los asaltantes entraron rápido al elevador, cerrándose las puertas. Uno de los policías corrió hacia allá, pero Saavedra le advirtió que sería inútil, pues de seguro los dejarían bloqueados.

En ese momento, sobresaliendo en medio del ruido ensordecedor de las alarmas, sintieron un fuerte estruendo afuera y luego otro y otro más. Eran ráfagas que caían del cielo.

Los detectives corrieron de inmediato hacia fuera, pero apenas asomaron sus narices, una violenta descarga destrozó las baldosas frente a ellos y los pedazos saltaron como hojas de sables. De hecho, una de ellas le cortó toda la cara a uno de los oficiales.

Tal como Saavedra lo había supuesto, había un helicóptero posado sobre el techo del Costanera Center y era evidente que desde una de sus puertas había alguien disparando hacia abajo con un arma de gran poder. Era probable que fuera una ametralladora calibre 50, contra la cual no había nada qué hacer.

Dos de los detectives comenzaron a tomar posiciones para ver si podían disparar hacia el helicóptero, pero además de que no había desde dónde hacerlo sin exponerse a la lluvia de balas, el riesgo era demasiado elevado, pues si conseguían derribar dicha aeronave, existía el peligro de que cayera sobre personas inocentes, como de seguro sucedería.

En medio de toda esa confusión, magnificada por el ruido del motor, se escuchó un segundo sonido similar: un helicóptero de Carabineros avanzaba desde el oriente.

Saavedra pensó que venía desde la base de la Prefectura Aeropolicia de Carabineros, en el aeródromo de Tobaraba, a unos kilómetros de allí, y que lo más probable es que hubiera sido despachado con el fin de ver desde el aire lo que estaba ocurriendo, sin tener idea de que allí había otro aparato, artillado.

—Por la cresta, no se acerquen —musitó entre dientes, sabiendo que los helicópteros policiales en Chile no llevan armamento, salvo el reglamentario de los tripulantes, que en caso alguno podría contrarrestar el poder de la ametralladora.

Pero era muy tarde. El helicóptero de Carabineros avanzó directo hacia el de los asaltantes, recibiendo una ráfaga impenitente que dio de lleno en el fuselaje y en las

aspas. Una columna de humo surgió de aquella estructura, que además parecía haber sufrido daños en su rotor de cola, por lo cual, girando sobre sí misma, comenzó a caer. Saavedra pensó que el helicóptero se estrellaría sobre el lugar en que se encontraba, o encima de los automóviles atascados en medio del enfrentamiento que había ocurrido minutos atrás, pero no fue así. Producto de un esfuerzo sobrehumano, el piloto logró maniobrar y forzar el dañado aparato para que cayera en medio del río Mapocho, a un costado del puente Nueva Tajamar, lo que incluso pareció suceder con cierta suavidad.

—¡Hay que rescatarlos! —gritó Saavedra a sus compañeros, corriendo hacia allá, pero se detuvieron en seco al sentir el estruendo de una violenta explosión que lo destruyó por completo, mientras comenzaba a arder en medio del importante caudal que llevaba el río, producto de la lluvia previa.

Recién en ese momento Saavedra y Prat volvieron a mirar hacia el cielo y allí, en medio del *smog* que esa helada mañana cortaba el aire de Santiago, observaron cómo el helicóptero de los atacantes se alejaba raudo hacia el sur, con dos figuras humanas que se veían minúsculas a lontananza, colgando ambas desde cuerdas que se desgajaban desde la barriga del aparato.

Capítulo 15

Santiago de Chile
14 de mayo de 2017

—El objetivo era claro. El padre Prat. Fue tal como lo habíamos supuesto — explicaba el comisario Saavedra al subdirector de la PDI. Ya era cerca del mediodía y tanto él como el sacerdote se encontraban en la oficina de este, en el segundo piso del cuartel central de la PDI, en calle General Mackenna, a pocos kilómetros del sitio donde habían sido emboscados.

—Es necesario saber qué buscan de usted, padre. Hace poco mencionó ese *email* donde le enviaron un mensaje que aparentemente implica algún tipo de código. ¿Ha pensado qué puede significar? —preguntó el subdirector.

—Tengo varias ideas al respecto y todas dicen relación con un mensaje velado, un mensaje cifrado de tipo esotérico. Si uno revisa algunos de los conceptos que aparecen en él, resulta claro que hay una confluencia de doctrinas cristianas, masónicas y herméticas, entre otras. Hay una mención a un atlante, por ejemplo, que uno debería suponer hace referencia a la Atlántida, la tierra de la utopía creada por Platón, pero sobre la cual también escribieron genios como Francis Bacon y Atanasius Kircher, ambos bien inclinados al esoterismo. Por cierto, también se menciona a Dante y a Leonardo, otros dos genios que igualmente exploraron en el mundo del ocultismo, el primero con mayor énfasis que el segundo. Y eso no es todo. Se habla de las columnas, signo de elevación que muchos identifican con la masonería, pero que en realidad tiene mucha significación en el cristianismo también. Otro concepto que se repite varias veces en el mensaje que recibí es el de «Oriente».

—El Este, hacia donde están orientados todos los templos masónicos —comentó Saavedra.

—Así es, comisario, así es. De hecho, en el mismo mensaje se menciona a «los masones» y se habla de algo entre Grau y O'Higgins. El primero, uno de los héroes máximos del Perú, fue masón, de eso no hay duda, y respecto del segundo...

—No hay documentos que acrediten dicha condición —terció el policía.

—Efectivamente. Muchos creen que por haber sido miembro de la Logia Lautaro era masón, pero esa era una agrupación paramasónica, formada con fines instrumentales.

—¡Positivo! —gritó el comisario, entusiasmado con el tema, lo que despertó una sonrisa de parte del subdirector.

—Y hay más: están las menciones a la geometría, una de las ciencias base de la masonería en el sentido original de la palabra, entendiéndose que un masón es un constructor, un maestro de obras, un albañil, y que por ende su trabajo se cimienta sobre la geometría.

—De otro modo les habría sido imposible erigir las magníficas catedrales que levantaron por toda Europa —dijo Saavedra.

—Claro, pero no solamente en Europa. Acá en América Latina hay muchos templos y construcciones de marcada influencia masónica —reconoció el sacerdote.

—Usted también mencionó el tema del hermetismo —dijo el subdirector.

—Así es, señor. En el texto se habla de Hermes Trismegisto, Hermes «El tres veces sabio», personaje legendario sobre el cual se basa el ocultismo egipcio y al cual se atribuye uno de los textos más herméticos que se conoce por su lenguaje, *El Kybalión*.

—Recuerdo que en la investigación acerca de La Cofradía, aquella secta de exagentes de Pinochet, aparecieron antecedentes respecto de la doctrina que ellos practicaban: hermetismo con rituales egipcios. ¿Cree usted, padre, que todo esto se encuentre relacionado con dicha agrupación? —preguntó el subjefe de la PDI.

—No lo sé. Creo que la única posibilidad de saber eso con exactitud es por medio de dos vías.

—¿Cuáles son? —preguntó el subdirector.

—La primera es averiguando quién es «Antonio», el hombre que puso una defunción dedicada a Etchevers prometiendo venganza. En ese texto hay una expresión que tiene sentido respecto de todo lo demás: dice «Fidelis por siempre».

—¿Fieles? —preguntó el número dos de la policía civil.

—Exacto. *Fidelis* en latín, significan «fieles». Hubo una agrupación de aparente orden masónico o templario que... —explicaba el cura, cuando Saavedra no se aguantó más y lo interrumpió.

—¡Positivo! ¡Ya lo sabía yo! —exclamó casi fuera de sí de felicidad.

—Explíqueme usted la historia, entonces —le concedió el cura.

—Es muy simple. ¿Conoce la historia de los templarios? Imagino que sí, si usted es un hombre muy ilustrado. Por ende, debe saber que cuando el rey de Francia, Felipe El Hermoso, decidió acabar con la orden en 1307, debido básicamente a lo poderosa que se estaba convirtiendo, acusó a sus altos mandos de satanismo, de adorar a Lucifer y Baphomet y varias otras cosas, hasta que el 18 de marzo de 1314 el Gran Maestro de la Orden, Jacques de Molay, fue quemado vivo frente a la Catedral de *Notre Dame*, momento en que alguien, entre medio de la multitud, gritó: «¡Te vengaremos, Jacques de Molay!» —explicó el comisario, quien se detuvo un momento para sorber un poco del café que tenía frente a él.

—Lo que el señor Saavedra acaba de explicar es muy exacto. A partir de ese minuto surgen distintos grupos que se proclaman continuadores del templarismo. Hay muchos estudios que atribuyen esa especie de herencia a la masonería, particularmente porque es un hecho que muchos templarios lograron escapar y establecerse en Escocia, donde surgen las primeras logias masónicas de las cuales se tenga memoria —agregó el sacerdote.

—¡Positivo! Pero hay más. Casi inmediatamente después de la muerte de Molay,

surge una especie de grupo, no sabría bien cómo llamarlo, que se denominaba la Fede Santa; es decir, la «Fe Santa»; el nombre no dice mucho y si se revisa la poca historiografía que existe acerca de ellos solo se encontrarán cosas inofensivas, como que eran personas dedicadas a la contemplación y a leer textos románticos. Pero eso no es del todo cierto. En realidad era una logia, al parecer masónica, que tenía como uno de sus máximos líderes a Dante Alighieri, el autor de *La Divina Comedia*, uno de los libros más leídos y menos comprendidos de la historia del mundo —recitó el policía.

—Dante es una figura muy especial en toda esta historia. Su libro estuvo durante mucho tiempo bajo sospecha de ser herético. Posee un lenguaje velado que es evidente y que, de hecho, ni siquiera se esconde. Deme un segundo —pidió el sacerdote, sacando de su bolso un lector digital Kindle—. Mire, señor subdirector, lea aquí —le dijo, mostrándole una página de una edición digital de *La Divina Comedia*.

Vosotros que tenéis el intelecto sano, Mirad la doctrina que se esconde
Bajo el velo de estos versos extraños

»¿Ve? El mismo Dante lo dice en forma bastante evidente. Ni siquiera lo esconde. Señala abiertamente que su libro, y esto sale en la parte de “El Infierno”, contiene una doctrina oculta, una sublectura. Para un lector desprevenido, *La Divina Comedia* es un hermoso libro en el cual Dante, de la mano del poeta Virgilio, pasa por el Infierno, el Purgatorio y el Cielo, para llegar allí hasta su amada Beatriz, la musa inspiradora de su obra.

—Muy lindo, por cierto —dijo Saavedra.

—En todo caso, eso es una fachada para una doctrina hermética, muy cerrada, muy difícil de comprender, algo que muchos creen que en definitiva contiene el corpus de creencias de los Fede Santa. Hay antecedentes que indican que Dante en persona presencié la muerte de Jacques de Molay, pero no es lo único. Todos los atentados cometidos anoche ocurrieron después de las cero horas en cada ciudad, ¿no? Pues bien, eso obedece a una lógica: todos esos hechos acontecieron un 14 de mayo, una de las dos fechas que se estima como probables de la muerte de Dante —argumentó el jesuita.

—No deja de ser abrumadora la cantidad de elementos que usted pone sobre la mesa, padre, y es igual de inquietante la coincidencia que señala entre esos hechos y la fecha. No obstante, no entiendo qué podría tener que ver un grupo medieval italiano con ataques acontecidos en medio de grandes metrópolis latinoamericanas.

—Es un hecho que Dante fue miembro de la Fede Santa, orden que a su vez siguió funcionando hasta los tiempos modernos.

—Disculpe que lo interrumpa, padre, pero quisiera preguntarle cómo sabe eso —le preguntó el subdirector, cada vez más intrigado.

—¿Conoce el Palacio Barolo, en Buenos Aires, señor subdirector? —preguntó el

sacerdote.

El subdirector operativo de la PDI se arrellanó en su asiento. Como si fuera un eximio jugador de póker, mantuvo el rostro impávido.

—¿Qué tiene que ver dicho edificio con la Fede Santa? —preguntó, mientras un avión *jet* de caza cruzaba a toda velocidad el cielo sobre ellos en dirección norte, generando un fuerte estruendo sobre el antiguo barrio de La Chimba, hoy ocupado por las comunas de Independencia, Recoleta y Providencia, recostadas sobre el cerro San Cristóbal.

Observando en esa dirección, el subdirector recordó un informe de la Brigada de Derechos Humanos que había leído hacía poco y que figuraba en la investigación que el juez especial Mario Carroza había efectuado respecto de la muerte del presidente Salvador Allende, en el golpe de Estado de 1973. Allí, en ese reporte, se detallaba que los aviones Hawker Hunter que bombardearon el palacio de La Moneda habían disparado sus cohetes a la altura del cerro, y el subdirector trató de imaginarse cómo habría sido observar dicho momento desde la misma ventana.

Prat se preguntó qué sucedería en ese instante en la mente del subdirector, pero decidió que era necesario reenfocarlo.

—Usted me preguntaba qué tiene que ver el Palacio Barolo con la Fede Santa. La respuesta es: mucho. Los dos creadores del palacio, el arquitecto italiano Mario Palanti y su compatriota Luis Barolo, quien ordenó levantar ese magnífico rascacielos en plena Avenida de Mayo, eran miembros de la Fede Santa y no solo eso: ese edificio es un enorme y verdadero mausoleo, cuyo destino final era ser el sitio donde Dante descansara para siempre. En efecto, en medio de indicios que señalaban que pese al Tratado de Versalles habría una nueva guerra en Europa, y temiendo que en medio del conflicto pudieran ser dañados los restos del poeta, Palanti y Barolo querían llevarlos desde Italia hasta Argentina.

—Esa es una idea muy alocada —apuntó el subdirector.

—Creo que es menos alocada que bombardear catedrales o atacar un helicóptero de Carabineros —respondió Prat.

—Tiene razón. Lo que ha sucedido es tan excesivo, tan inusual, que incluso cuesta reaccionar, además, es imposible no pensar en que seguirán sucediendo hechos terribles. Siga, por favor.

—La historia es muy simple. Teniendo todo ello en cuenta, Palanti edificó una mole de 22 pisos que no solo es uno de los edificios más impresionantes del mundo, por su diseño neobarroco, sino que además está lleno de referencias a *La Divina Comedia* y a la masonería. Pero imagino que no es eso lo que quería saber —comentó.

—Lo que usted relata es muy interesante, pero aquí hay un problema político enorme y me presionan de todos lados. El Gobierno necesita respuestas y rápido, y no las tengo, y todo se pone a cada momento más complejo. Ahora que mencionan el Palacio Barolo, creo que es importante que sepan que en dicho edificio se ubican

varias oficinas del Servicio de Inteligencia argentino. El año pasado, hacia marzo, hubo un robo bastante sonado allí; salió en varios diarios argentinos. Según recuerdo, se decía que fueron robadas varias oficinas de la AFI, la Agencia Federal de Inteligencia, como rebautizaron a la antigua SIDE.

—La Secretaría de Inteligencia del Estado —recitó Saavedra.

—Exacto. Una mañana de marzo, antes de que abriera la galería que está en el primer piso, y que conecta Avenida de Mayo con Hipólito Yrigoyen, un sujeto que se hizo pasar por dueño de un departamento logró que el nochero abriera la reja. Apenas entró, redujo al cuidador, ingresando otros cuatro hombres. Con aerosol negro pintaron las cámaras de seguridad y luego se dirigieron hacia dos pisos, el quinto y el décimo si no me equivoco. Esperen un segundo —pidió, poniéndose de pie.

El subdirector, un hombre de mediana edad, pelo canoso y muy delgado, caminó hasta su escritorio. Abrió un laptop y tecleó algo.

—Aquí tengo el informe que llegó desde Interpol. Si le sirve, señor Prat, le cuento que luego de maniar al vigilante, los sujetos desvalijaron siete oficinas: 103, 105, 109 y 110, y...

—Atacaron en el primer piso, entonces —comentó Saavedra.

—No, comisario. El texto dice que las oficinas 103, 105, 109 y 100 están en el quinto piso, y que las oficinas 267, 271 y 274, que también fueron robadas, se encuentran en el décimo piso, y no en el segundo, como cualquiera pensaría.

—Curioso detalle —dijo Prat.

—¿El robo? —preguntó el subjefe de la PDI.

—No, la numeración. En fin. Usted decía que allí funcionaban oficinas de la AFI.

—Así es, o al menos así lo informó la prensa argentina. Allí operaban algunas oficinas del Departamento de Contrainteligencia y no solo eso: una de las oficinas asaltadas habría sido también una especie de bodega donde se habrían mantenido almacenados documentos importantes relativos al atentado en contra de la AMIA.

—¡Diablos! —exclamó el comisario.

—Nunca sabremos si fue así o no. La AFI desmintió que tuvieran oficinas en ese lugar, aunque obviamente si las hubieran tenido no lo podrían haber admitido. Lo que es claro es que quienes ingresaron allí eran profesionales, seguramente agentes expertos en operaciones negras, algo muy semejante a lo que hemos visto anoche y esta mañana en El Monte y en Providencia, aquí en Santiago, y a lo que aconteció en Buenos Aires y en Lima. De hecho, el nochero debería agradecer que está vivo —dijo el subdirector.

—Todo lo de anoche y esta mañana pareciera, además, estar relacionado con el homicidio cometido en Bogotá en contra del padre Duverger, y en Santiago, en contra del profesor Etchevers, ¿no lo cree? —opinó Prats, dirigiéndose al subdirector.

—Usted sabe muy bien que importa poco lo que yo crea. Lo que importa son las evidencias que podamos reunir en esto —explicó el jefe policial.

—Se lo planteo de otro modo entonces: mi servicio necesita de su cooperación

para determinar quién es ese tal «Antonio».

—No hay problema. Nosotros debemos hacerlo de todos modos. Le ordenaré al jefe de la Brigada de Homicidios para que su unidad coopere con usted.

—Muchas gracias, señor subdirector, pero no necesito una brigada completa a mi disposición. Seguramente su gente tiene cosas mucho más importantes a las cuales dedicarse. No, solo le quisiera pedir que «me preste» al comisario Saavedra por todo el tiempo que sea necesario —dijo el sacerdote.

El subdirector comprendió de inmediato qué era lo que quería el cura: además de la confianza que le tenía a Saavedra, siendo este miembro de la inteligencia chilena estaba regido por una ley especial que le impedía comunicar cualquier cosa de la cual tuviera conocimiento y que implicara una investigación, lo que no regía en el caso de los demás detectives. Para un agente de inteligencia de otra potencia, como era Prat, eso era una garantía enorme.

—Mire, padre, no tengo inconveniente respecto de eso, pero usted comprende que no puedo arriesgar la vida de mi gente. El comisario Saavedra puede cooperar con usted, en el entendido de que estamos ayudando a un servicio amigo dentro de los marcos que la ley chilena impone, pero además estarán todo el tiempo con escolta.

—Se lo agradezco mucho, pero usted también comprenderá que deberemos efectuar una serie de diligencias bastante delicadas y en realidad andar con ocho detectives a las espaldas no es algo que...

—Debo recordarle que esos ocho detectives le salvaron la vida esta mañana, señor Prat, o quizá su libertad. Por la dinámica de lo ocurrido, la cantidad de sujetos y el hecho de que no dispararan a matar, estoy convencido de que el objetivo primigenio de ellos era secuestrarlo.

—Estoy muy agradecido por el servicio de sus funcionarios, señor. Pero no volverán a intentarlo, ya que deben suponer que seguiré con escolta y está claro que no les fue muy bien. Si me permite decirlo, me parece innecesario.

—Bueno, lamento decirle que no comparto su parecer. A contar de este minuto el comisario Saavedra queda con una escolta permanente de la Brigada Táctica y no me siga cargoseando con esto, pues si lo hace, le prometo que llamaré al Fiscal Nacional y le diré que a mi juicio, lo que es cierto, es necesario que usted también cuente con una escolta.

Prat sabía que no tenía sentido reclamar.

—Lo entiendo, muchas gracias —respondió el sacerdote.

—Muy bien. Daré instrucciones a fin de que la escolta siga acompañando al comisario Saavedra. ¿Había un segundo tema que usted quería plantearme, padre?

—Sí. Quisiera ver la carpeta de la investigación por el homicidio del profesor Etchevers. Quizás allí exista algún antecedente que me permita identificar a ese tal «Antonio» y, por cierto, quisiera ver el protocolo de autopsia y en especial las fotos del sitio del suceso.

El subdirector lo miró fijamente.

—Lo que usted me está pidiendo es imposible. Usted no es miembro de la PDI —le respondió, tapando con su mano derecha una de las tantas carpetas que había sobre su escritorio.

—Es que yo esperaba...

—Lo siento. No hay nada que yo pueda hacer a este respecto y ahora, por favor, excúsenme unos minutos, que iré a hablar con el jefe del grupo táctico, a fin de que disponga la escolta. Vuelvo en cinco minutos —dijo, dejando la carpeta sobre la mesa.

Apenas salió de allí, Saavedra se abalanzó como un felino sobre la carpeta.

—¡Comisario! —susurró enojado el cura.

—¿Qué? Yo soy miembro de la PDI, así es que no hay problema —replicó el oficial con cierta molestia, creyendo que lo estaba reprendiendo.

—Obvio. ¡Déjeme mirar! —le pidió el cura.

—Positivo —murmuró Saavedra. Sosteniendo la carpeta, se la empezó a mostrar al sacerdote, que comenzó a recorrerla en forma desesperada. Allí fue donde vio las fotos del homicidio, en las cuales se apreciaba claramente que a Etchevers le habían tatuado en la frente el mismo símbolo —el compás y la escuadra— que a Duverger.

Luego venían las declaraciones de los vecinos, de colegas de la universidad, de amigos, de amigas, de parientes y de un tal Antonio Råber, quien figuraba con un domicilio en la calle Purísima, en el barrio Bellavista, Santiago. El cura memorizó la dirección, que era muy simple, y luego de hacerle un gesto a Saavedra, ambos regresaron a sentarse donde estaban.

Justo en ese momento el subdirector reapareció en escena junto a un prefecto de aspecto muy joven, su ayudante.

—Está todo coordinado. El prefecto Gómez les indicará los detalles. Acogiendo la idea de que es poco probable que lo intenten secuestrar de nuevo, vamos a reducir la escolta a cuatro hombres. Nos están solicitando gente que efectúe custodia en distintas partes, así es que les daremos en el gusto. Que les vaya muy bien —les dijo despidiéndolos y mirándolos con perspicacia.

Capítulo 16

Providencia, Chile
14 de mayo de 2017

Pocos minutos después, el Peugeot del comisario intentaba avanzar en dirección norte, pero estaba detenido en un atasco de tránsito de dimensiones colosales, frente a la Estación Mapocho, una antigua estación de trenes de imponentes formas, reconvertida en uno de los principales centros culturales de Chile, y situada a escasas tres cuadras del cuartel central de la PDI.

Fue en ese preciso instante cuando entró una llamada al celular del sacerdote. Era su superior, el obispo Giustiperi, quien le entregaba instrucciones: debía abocarse de inmediato y en forma exclusiva a investigar los atentados y olvidarse del crimen del padre Duverger en Bogotá.

—Hay una relación, monseñor. No sabría explicarle aún cuál es, pero hay una relación. El homicidio de Duverger y el del señor Etchevers, en Santiago, están relacionados con todo lo que está ocurriendo —le dijo, sin dar más detalles. Aunque sabía que las comunicaciones que tenía eran seguras, su veta paranoica lo hizo dudar de aquello.

—Confío en usted, pero no puede trabajar solo en esto. El Santo Padre está exigiendo explicaciones sobre lo que sucede y tengo a los cardenales de Chile, Argentina y Perú desesperados, pidiendo que se haga algo. La iglesia de El Monte quedó en pie, pero deberá ser demolida, y es probable que parte del acceso de la Catedral de Lima sufra la misma suerte. El único edificio que aparentemente no tiene daños estructurales es la Catedral de Buenos Aires, pero debemos hacer algo sobre esto, y pronto —demandó Giustiperi, con su habitual tono de voz calmado, pero imperativo.

—Lo tengo claro, monseñor, muy claro. Como es obvio, deberé viajar a Perú y Argentina, como mínimo. ¿Existe la posibilidad de contar con el «G»? —preguntó, refiriéndose a un avión Gulfstream G550 de 52 millones de dólares, inscrito a nombre de una empresa que en principio no parecía tener relación con el Vaticano, y que permitía a determinados jerarcas de la iglesia viajar en forma confidencial y silenciosa a casi cualquier parte del mundo, a una velocidad de 0,8 Mach y con una autonomía de vuelo increíble, pues permitía volar hasta trece mil kilómetros de distancia en catorce horas.

—Claro. Por coincidencia se encontraba en Sao Paulo, en una misión con monseñor Barbieri, quien ahora deberá retornar a Roma en Alitalia, nomás. Lo despacharé de inmediato hacia Santiago, así es que en unas cuatro o cinco horas más debería estar aterrizando allá.

—Excelente, monseñor. Eso facilitará mucho las cosas. Muy amable.

—Una última cosa, padre. Todo lo que está sucediendo es de primera prioridad y usted necesitará refuerzos, por lo cual en ese avión mandaré a alguien que usted conoce muy bien que se sumará a su investigación. Espero que no tengamos inconvenientes. Sabe a qué me refiero —le dijo colgando.

Ante la mención de Sao Paulo, Prat había ya sospechado que existía alguna posibilidad de que entrara en escena Marita Mariangel, la agente del Servicio Secreto Vaticano que se encargaba de la costa atlántica. Con residencia en Sao Paulo, viajaba habitualmente a Buenos Aires y Montevideo, efectuando el mismo tipo de trabajos que el sacerdote chileno realizaba en los países de la costa pacífica de América Latina.

A diferencia de Prat, sin embargo, ella no pertenecía a orden religiosa alguna. De hecho, eran muy pocos los que sabían —incluso en el Vaticano— que había una mujer trabajando para ellos, pero el espionaje, así como la política, es una actividad eminentemente pragmática y en ello Giustiperi no tenía remilgos.

Mariangel, una mujer muy atractiva, que ya se encontraba en el tercio final de la treintena o quizás al inicio de los cuarenta, había sido, muy joven, una de las mejores agentes operativas de la antigua SIDE argentina. Durante mucho tiempo había trabajado en la investigación oficiosa que hizo el Vaticano respecto del atentado contra la AMIA, pero además de eso había estado implicada en varios otros casos de alto perfil, entre ellos, las indagatorias relativas a la penetración de los carteles de la droga mexicanos en la zona de Rosario.

No obstante, su trabajo más importante había sido la identificación de un importante miembro de Al Qaeda en la zona de la Triple Frontera, hacia el año 2012. Haciéndose pasar por una turista española, y solo provista de algunas mínimas señas, se movió por Puerto de Iguazú, Foz de Iguazú y Ciudad del Este, hasta que en dicha ciudad paraguaya dio por fin con el objetivo que andaba buscando: un hombre muy cercano a Khálid Sheikh Mohammed, el jefe operativo de los atentados del 11-S, que estaba encargado de una serie de aspectos financieros de Al Qaeda, y de quien nadie habría jamás sospechado que era un radical salafista. De rostro afeitado, vestido con trajes Armani y manejando un Audi A6, parecía más bien un exitoso empresario occidental que un hombre dedicado a exportar la guerra santa.

Marita logró acercársele e incluso —decían las malas lenguas al interior del servicio secreto— dormir con él, tras lo cual terminó ganándose su confianza, al punto que grabó muchas de sus conversaciones, las que finalmente se utilizaron para detenerlo durante un viaje a Estados Unidos, luego de lo cual terminó en Guantánamo.

—¿Algo le molestó, padre? —pregunto Saavedra, al notar el cejo fruncido con que el sacerdote había quedado, luego del llamado de su superior.

—No sabría decirle. En fin. Esos vehículos de allí no se mueven ni un centímetro. Avanzaríamos más si fuéramos trotando —respondió, fastidiado también por la congestión vehicular. Para tratar de pensar en otra cosa subió el volumen de la radio.

Estaba comenzando el noticiario de la una en la radio Cooperativa, y abrían relatando el estado de pánico que se vivía en todas las capitales de América Latina, ante la posibilidad de que se produjeran nuevos ataques terroristas.

Según se informaba, personal militar armado hasta los dientes custodiaba el fabuloso Museo del Oro de Bogotá, uno de los mejores museos del continente y del mundo, que alberga miles de piezas de oro de valor incalculable, entre las cuales se cuenta la máxima joya que existe en América Latina: la famosa balsa muisca de oro, rescatada desde el fondo de la laguna de Guatavita y que se enraiza en el origen de la leyenda de El Dorado, la fabulosa ciudad de oro que motivó a los conquistadores españoles a avanzar cada vez más hacia el sur de América en su busca.

En Caracas, en tanto, el arca que contiene los restos del libertador Simón Bolívar y que se ubica en el Panteón Nacional de Venezuela, había sido trasladada hasta un lugar desconocido, mientras que el edificio se mantenía bajo la vigilancia de una división completa del Ejército.

Según las noticias, no había catedral o basílica de América Latina que estuviera desprovista de protección. Solo en Santiago, relataba Sergio Campos, el emblemático conductor de las noticias de Cooperativa, había cerca de cuatrocientos carabineros de las Fuerzas Especiales desplegados en torno del principal centro religioso de la capital chilena, armados con fusiles de asalto y ropas blindadas.

En un hecho inédito, que ni siquiera se había visto durante la dictadura, la policía uniformada había estacionado dos tanquetas Mowag en la Plaza de Armas, frente a la catedral. Los techos de los edificios ubicados al frente y a los costados de ese templo estaban plagados de tiradores escogidos del GOPE apuntando hacia todas partes, listos para disparar si era necesario. Todo el centro de Santiago estaba repleto de detectives de civil, muchos de ellos de la Brigada de Reacción Táctica, tratando de detectar cualquier movimiento sospechoso.

Tanto la PDI como Carabineros estaban, a su vez, copando el espacio aéreo. Salvo los helicópteros policiales y militares, se había prohibido el vuelo de cualquier otro helicóptero. Una flotilla entera de cazas F-16 —uno de los cuales había pasado sobre el edificio de la PDI— sobrevolaba Santiago con la instrucción de derribar cualquier aparato que no contara con autorización para volar. En El Monte, más de cien peritos de la PDI trabajaban en la reconstitución exacta de los hechos y en la recolección de evidencias, así como en la búsqueda del helicóptero.

Desde Buenos Aires, en tanto, se informaba que el gobierno de la Ciudad Autónoma había suspendido todo el tránsito en el barrio de Monserrat; es decir, la zona antigua de la ciudad, mientras una gran cantidad de detectives de la PFA trabajaban igual que en Chile. Durante la mañana, la misma policía había desalojado de la Plaza de Mayo, ubicada frente a la catedral, a decenas de piqueteros que alojaban allí en verdaderos campamentos, y había denuncias desde el kirchnerismo respecto de que, aprovechando la coyuntura, el gobierno de derecha estaba ejecutando una virtual «limpieza étnica» de ese histórico lugar.

Varios blindados se habían instalado en todo el sector de La Manzana de las Luces, la cuadra más antigua de la capital, ubicada a pocos metros de la Casa Rosada y propiedad de los jesuitas. Más allá de la antigua iglesia de San Ignacio, a alguien en el Gobierno se le había metido entre ceja y ceja que uno de los objetivos podrían ser los antiguos y enigmáticos túneles que existen bajo esa manzana, construidos con fines desconocidos. Por ello, se había prohibido todo tránsito en las inmediaciones y se habían instalado policías del GEOF (Grupo Especial de Operaciones Federales), el equipo de élite de la policía federal, en toda la zona.

En Lima, en tanto, pasaba algo semejante. Se había suspendido el acceso de turistas y peatones a la zona de la Plaza Mayor, e incluso se había decidido no efectuar públicamente el tradicional cambio de guardia de la Casa de Pizarro. En la catedral trabajaban decenas de policías, apoyados por un equipo de peritos forenses del FBI que justo se encontraban en la capital peruana dictando una capacitación sobre trabajo en el sitio del suceso. Gracias a los equipos con que contaban, ya habían llegado a una conclusión asombrosa: aparte de las víctimas inocentes, cuyos cuerpos estaban bien localizados y a cierta distancia de la cripta de Pizarro, no existía evidencia de que hubiera piezas óseas.

En otras palabras, se habían robado el cadáver de Pizarro.

—Lo mismo que estos hijos de puta querían hacer con el cráneo de Carrera —dijo Saavedra, tratando de cruzar el río Mapocho, al tiempo que intentaba esquivar a un enorme bus oruga fuera de recorrido, que amenazaba con aplastar su abollado auto.

—El objetivo, entonces, no era destruir los restos de nadie, sino robar cadáveres —respondió Prat.

—¡Positivo! Son unos vulgares salteadores de cementerios, gente que andaba robando estos restos de gente importantísima con un solo objetivo: negociarlos a cambio de algo. Imagino, padre, que usted tiene conciencia de que probablemente querían secuestrarlo a cambio de algo que usted tiene —deslizó el policía, pasando por delante del bus, luego de lo cual bajó el vidrio de su costado y le mostró el dedo medio al chofer de la máquina de la locomoción colectiva que, a su vez, le respondió lanzándole un beso.

—¡Qué se ha creído este conchasumadre! —gritó el detective, haciendo el ademán de sacarse el cinturón.

—Calma, Saavedra, calma. Solo está tratando de provocarlo. No le haga caso. Sí, tengo claro que por algún motivo querían secuestrarme, seguramente por esa especie de código. Es evidente que estamos frente a gente que sabe quién soy y qué hago. Si saben eso —dijo, sin terminar la frase.

Saavedra lo miró y por primera vez desde que se conocían supo que estaba de verdad preocupado.

—¿Teme que le haya pasado algo a Sandra, no? —preguntó el oficial.

—Claro. ¿Usted piensa lo mismo, no?

—Así es, padre —respondió. El policía notó en los ojos del cura una mirada

melancólica.

—Mire, yo quisiera explicarle que entre Sandra y yo... —dijo el jesuita, pero un estruendo enorme lo dejó mudo.

—¡Qué mierda! —gritó Saavedra, llevándose por instinto la mano a la cartuchera de la pistola.

—¡Ni idea! —gritó el cura, bajándose del auto en medio del puente que atraviesa el Mapocho, justo al frente de la estación. Al mirar ese lugar, recordó cuando tiempo antes anduvo por ese mismo sector eludiendo a los esbirros de Stangl, que terminaron destruyendo, a pocas cuadras de allí, la magnífica biblioteca del convento de la Recoleta Dominica.

—¡Increíble! —exclamó el detective, asomándose por la ventana, al ver una sombra de gran tamaño que pasaba como una exhalación sobre ellos en dirección al oriente. Era un F-16 volando a muy baja altura, que se perdió de inmediato en dirección a los contrafuertes cordilleranos.

En eso, una segunda sombra asomó en la misma dirección. Era otro avión volando sobre el lecho del Mapocho, volando con suerte a unos quinientos metros de altura, y que cientos de personas intentaban captar con sus teléfonos celulares. Prat regresó al auto.

—Ojalá que esto se mueva —decía, cuando un nuevo estallido de sonido hizo temblar el auto, pero a diferencia del vuelo de los F-16, esta vez la vibración pareció un terremoto que hizo ondular la losa del puente. Prat y Saavedra vieron horrorizados como un jeep ardía por los cuatro costados. Era un Mitsubishi Montero. Si ambos hubieran podido ver más atrás, en dirección a calle Bandera, habrían logrado apreciar al sujeto que, desde la escotilla de un Lexus, acababa de disparar un cohete LAW en contra del vehículo de los detectives que seguían al religioso y el policía.

—¡La escolta! —gritó Saavedra, desenfundando su arma y comenzando a bajarse.

—¡Saavedra, reaccione! ¡No hay nada que pueda hacer por ellos! ¡Si corre hacia allá lo van a matar! —le espetó el religioso.

Saavedra dudó. Su sentido del deber, del compañerismo, su instinto de policía, lo obligaban a ir en ayuda. Intentó sacarse el cinturón de seguridad, pero la mano de Prat se lo impidió. Tuvo que hacer un esfuerzo enorme para no golpearlo.

—Piense, Saavedra, piense. Nos están buscando, nos van a matar.

—No me importa morir —replicó el comisario.

—¿Y si algo le pasa a Sandra? —le preguntó de repente el sacerdote, sabiendo que se estaba jugando su última carta. Una bien peligrosa y que de algún modo implicaba reconocer que Saavedra —un hombre soltero, sin compromisos y, además, laico— tenía algún tipo de interés sobre aquella mujer, cuyo aroma aún perduraba en la memoria del cura.

—Tiene razón —fue todo lo que Saavedra respondió, apretando a fondo el acelerador de su auto y abriéndose paso a golpes entre los otros vehículos con el fin de llegar a la otra orilla del río y encontrar al tal Räber.

Capítulo 17

Lugar indeterminado
4 de mayo de 2017

Sandra Guzmán despertó en un lugar desconocido y en medio de la penumbra. Le dolía mucho la cabeza y no comprendió de inmediato qué sucedía. ¿Estaría en Lima, en Chile, en algún lugar cercano a Caral? Recordaba el tiroteo, los disparos, los cuerpos, pero no mucho más. Tanteando con las manos, se dio cuenta de que estaba en un lugar muy pequeño, quizá de unos tres por tres metros cuadrados, enchapado con madera de pobre calidad. El único «mobiliario» era un colchón de espuma nuevo —a juzgar por su olor— sobre el cual había despertado.

Hacía mucho calor allí dentro y no había respiraderos o ventanas. La única luz que se filtraba, en forma muy mínima, era la que lograba traspasar las juntas de la puerta. Era de madera barata y estaba provista de un pomo comprado en un supermercado. Trató de hacerlo girar, pero estaba trabado.

Justo entonces sintió movimientos afuera. Sandra corrió a refugiarse al colchón y en ese instante alguien entró a la habitación. La gran cantidad de luz que ingresó la dejó ciega por un par de segundos. Cuando pudo enfocar un poco más distinguió la silueta de un hombre parado frente a ella. Vestía de negro, con una especie de uniforme, y cubría su cara con un pasamontañas que solo dejaba ver un par de ojos muy azules y una boca de labios finos. Era un hombre de gran estatura, que portaba una pistola Glock en su mano derecha.

—Quédese tranquila. Usted no es nuestro objetivo —le ordenó el sujeto.

—¿Qué hago aquí? ¿Qué es esto? —preguntó ella, completamente desorientada.

—Usted es una simple moneda de cambio, señorita.

—¿Moneda de cambio para qué?

—Nos interesa un viejo amigo suyo, señorita, el señor Alberto Prat —respondió el recién llegado, quien evidentemente que no preveía la reacción que sus palabras causarían en la periodista. Ella, al escuchar el nombre, se levantó a toda velocidad y caminó hacia el desconocido, poniéndose casi al frente. Al ver aquel movimiento, el encapuchado soltó el seguro del gatillo, pero no se movió ni un centímetro.

—¡Ese conchasumadre no es mi amigo! ¡Páseme esa mierda de pistola que tiene ahí y yo misma le meteré un par de balas en las bolas! —clamó.

El hombre se rio de buena gana.

—Siéntese y cálmese. Créame que si él no nos entrega lo que estamos buscando, yo mismo le pasaré esta arma para que le dispare donde estime conveniente. Mientras tanto es nuestra prisionera, pero haremos todo lo posible por mantenerla lo más cómoda posible.

—¡Suélteme, yo no le importo a ese canalla! ¡Me tiene secuestrada por error!

¡Ese hijo de puta dejó que me dispararan! —gritó, mientras su plagiador cerraba la puerta. El hombre dudó un segundo, pero volvió a abrirla.

—Quizá lo odie, pero él no piensa del mismo modo sobre usted. Lo sabemos con certeza. De otra manera, usted no estaría en esta situación. Somos profesionales.

—¿Son de La Cofradía? —preguntó ella, aunque le daba pánico saber la respuesta.

El desconocido sonrió.

—No, señorita Guzmán. Ya le dije que somos profesionales. Somos un ejército y nuestros fines no son tan espurios como los de esos sujetos. Lo nuestro es algo importante de verdad. Algo superior. Y el señor Prat nos va a ayudar a conseguirlo.

—¡Agarre entonces a Prat! —se exaltó ella.

El sujeto pensó en lo que había pasado más temprano en las afueras del Costanera Center, en cómo se les había escapado el cura. Aún no sabía que había logrado zafar de una segunda emboscada, pero estaba seguro de que en algún momento lo tendrían en sus manos.

—En eso estamos. Cuando usted deje de ser necesaria, tenga la seguridad de que la dejaremos en libertad y completamente ilesa —le mintió Walter Theodor saliendo de aquella habitación, mientras ella quedó pensando en si eso sería verdad, si sería cierto aquello de que Prat se preocupaba de ella.

Cavilando sobre aquella idea, se quedó dormida de nuevo sobre el colchón.

Capítulo 18

Recoleta, Chile
14 de mayo de 2017

La calle Purísima se extiende por unas pocas cuadras que terminan en las faldas del cerro San Cristóbal. Cerca de donde estacionaron está la entrada al Parque Metropolitano, y un par de cuadras más allá, «La Chascona», una de las casas del poeta Pablo Neruda, hoy en día, una de las principales atracciones turísticas del barrio Bellavista, como se llama el sector bohemio que se ubica allí mismo.

Hacia el occidente, en tanto, se ubica el complejo de la Recoleta Dominica y el inmenso Cementerio General de Santiago, uno de los camposantos más grandes de América y lugar que alberga extrañas construcciones, como varias pirámides que Prat conocía muy bien.

Lo que también sabía bien era la dirección adonde iban. Cuando la memorizó viendo la carpeta en la oficina del subdirector de la PDI, le pareció familiar, pero a medida que avanzaban recordó que hacía cinco o seis años, cuando había levantado un «mapa» de organizaciones esotéricas en Santiago a pedido de Giustiperi, se había encontrado con que una de las sedes principales del movimiento Rosacruz funcionaba allí, en calle Purísima, a la altura del 200.

Cuando encontraron la casa que estaban buscando, casi al lado de donde antes estaban los rosacruces (supuso que ya no funcionaban allí, pues antes había una indicación al respecto en el timbre, la que ahora había desaparecido), tocaron la puerta casi con desesperación, mirando para todos lados.

Un hombre en pantuflas, de unos setenta años, más bien bajo, con poco pelo, ojos azules y muy blanco, les abrió la puerta despacio.

—¿Don Antonio Räber? —preguntó Saavedra, mostrándole su placa—. Policía de Investigaciones. Necesitamos hablar urgentemente con usted —le dijo, casi empujándolo dentro de la casa.

El lugar era una antigua construcción de dos pisos, que estaba forrada de libros. Y la palabra es literal: en vez de papel mural, sus paredes estaban cubiertas por libros en todas partes. No había una sola pared desnuda: todas estaban llenas de estanterías de madera, rebosantes de volúmenes de las más increíbles formas y colores. Eso incluía también el pasillo, cuyas dos paredes estaban tapadas por estanterías de piso a techo, repletas de textos.

—Soy profesor de literatura —les dijo, como excusándose, al ver la expresión de asombro de los dos recién llegados y que, de seguro, debía tener cualquiera que visitara esa vivienda.

Los invitó a pasar a una sala de estar que daba hacia la calle, la cual estaba —por cierto— llena de libros.

—No es una buena idea. ¿Tiene algún lugar más discreto donde podamos conversar? —preguntó el comisario.

—La cocina. Vamos —les indicó. Caminaron unos metros y entraron a un amplia cocina, compuesta de un refrigerador antiguo, una cocina a gas, un comedor de diario y más estantes y más libros.

—¿No se le echan a perder los libros aquí? Es decir, aquí debe haber mucho calor, vapor y todo lo que es propio de una cocina —preguntó Prat, sentándose en una de las sillas.

—Vivo solo y para serle franco, casi nunca me cocino. Hay tanto restorán y café por aquí que en realidad sería absurdo hacerlo. De todos modos, aquí solo quedan los libros que aprecio menos o algunos que no aprecio en lo más mínimo —respondió, y Saavedra pegó una rápida ojeada a los títulos. Prat decidió no perder más tiempo.

—Señor Räber, necesito saber si usted es el mismo «Antonio» que escribió un obituario en que prometía vengar la muerte del profesor Gastón Etchevers, quien imagino debe haber sido su colega. ¿O me equivoco?

Räber lo miró por completo, de arriba a abajo.

—¿Quién pregunta? Porque no me venga con cosas, usted no parece un oficial de la PDI.

—Soy un investigador privado. Estoy averiguando lo que pasó en El Monte, en Buenos Aires y en Lima, y las conexiones con el crimen del jesuita Duverger, en Bogotá, y del señor Etchevers, acá.

Räber lo inspección con cara de interés, vertió café descafeinado desde un termo y, tomando la taza, le dijo que no le creía.

—Usted quiere conocer mi verdad, ¿cierto? Muy bien, estoy dispuesto a contarla. Quiero que se investigue lo que ocurrió con Gastón y que se castigue a los responsables. Pero no me venga con esa gamberrada de que es un detective privado. Como es evidente, soy un hombre viejo y «leído», como decimos acá. Es cosa de que mire las paredes para darse cuenta.

Prat tenía por costumbre no solo ocultar su identidad, sino también su ocupación real, como suelen hacerlo todos quienes hacen labor de inteligencia. Y su caso era mucho más complejo, porque trabajaba para un Estado cuyo funcionamiento muy poca gente comprende, y del cual no se espera que tenga espías. Por otra parte, era evidente que ese señor de aspecto germánico que tenía al frente era masón o algo semejante, y eso auguraba cierta hostilidad hacia un miembro de la Iglesia. La única opción que le quedaba era arriesgarse.

—Está bien, disculpe, pero no suelo identificarme muy seguido debido a la naturaleza de mi ocupación. Mi nombre es Alberto Prat, soy chileno, sacerdote de la Compañía de Jesús y además presto servicios para el sistema de informaciones que posee El Vaticano. Hace varias semanas partí a Bogotá a indagar el homicidio de otro sacerdote jesuita, caso que está conectado al homicidio del señor Etchevers. Anoche, cuando me aprestaba a viajar a Chile para revisar esos antecedentes, encontré un

email que no había visto antes, que me fue enviado por el señor Etchevers, y necesito que usted me ayude a decodificarlo —decía, cuando Råber lo interrumpió.

—¡Así es que usted es el famoso Prat! Venga para acá esa mano, déjeme saludarlo. Sé muy bien quién es usted. He leído todo lo que se ha escrito respecto del incidente que hubo en Chiloé. Gastón también lo conocía bien. Ambos, junto con otros miembros de la logia, opinábamos que si hubiera más curas como usted y menos viejos pedófilos, la Iglesia sería una institución mucho más respetada —respondió, apretándole la mano derecha con entusiasmo. No, no era un comecuras, pensó Prat.

—Siempre he tratado de mantener un perfil bajo, pero en este caso fue muy difícil —trató de excusarse Prat.

—Lo imagino, lo imagino. No sé cómo habrá hecho Gastón para conseguir su correo electrónico, pero me parece genial que lo haya hecho. Aunque no tenía idea que hubiera hablado con usted, ni nada semejante.

—Por favor, díganos qué sabe o presume acerca de su homicidio. Mal que mal, usted puso un obituario en el diario amenazando a los criminales —le replicó Saavedra, aunque se sintió un poco ridículo al decir esas palabras, pues ese inofensivo señor que tenía al frente, vestido con chaleco, pantalón de lana y zapatillas de levantar, con suerte podría lanzar un libro por la cabeza a alguien.

—Por favor, no vayan a creer que esa «amenaza» era algo en serio. Para nada, en caso alguno. Déjenme ver cómo explicarles. No hay ningún misterio en el hecho de que Gastón era miembro de la francmasonería, al igual que yo. Pese a que pertenecemos a talleres distintos; es decir, a logias distintas, nos conocíamos desde la universidad y fuimos encontrándonos en diversas ceremonias celebradas en el templo de la Gran Logia de Chile, en Marcoleta, donde nos fue uniendo un lazo muy especial: nuestro fanatismo por la figura de Dante Alighieri y en especial por ese magnífico tratado esotérico que es *La Divina Comedia*. Si tienen el agrado de acompañarme luego a mi biblioteca, les podré mostrar las 57 ediciones que tengo de ese fabuloso libro.

—¿Usted es miembro de la Orden de la Fede Santa? —le interrumpió Prat.

—A ver. Es complejo explicar eso. No podría decirles que existe una orden como tal, como sí existe la masonería, que tiene personalidad jurídica, autoridades, estatutos, inmuebles, etc.

—O de los rosacruces —acotó Prat, aludiendo a los antiguos vecinos del académico.

—Así es. Imagino que debe saber que antes funcionaba aquí una sede de ellos, aunque no tengo muy claro qué tan rosacruces puedan ser en realidad. Por cierto, tengo todos los libros que se han escrito al respecto y uno de los principios básicos del rosacrucismo era la discreción, que nadie supiera quiénes eran o dónde estaban, pero los tiempos cambian. Es como lo que pasa con los grupos que se denominan neotemplarios, que se designan a sí mismos como herederos de los antiguos

templarios, o incluso, no voy a desconocerlo, de la Fede Santa.

—Como usted —acotó el comisario.

—Como yo, como Gastón y como el finado Duverger, antecedente que me imagino usted debe conocer, padre —respondió, mirando a Prat.

—Lo suponía, así como suponía que él también era miembro de la francmasonería, pese a la bula papal aún vigente que prohíbe a los miembros de la Iglesia católica ser miembros de una asociación como la masonería.

—Bueno, la Iglesia católica también prohíbe violar a adultos o niños, y ahí tiene las evidencias sobre la mayor organización pederasta del mundo, defendida por esa misma Iglesia. Creo que es un punto que ni siquiera admite discusión, ¿no?

—Tiene razón. Siga, por favor, explíquenos cómo funciona o funcionaba esta orden.

—Es muy simple, todo se estructura en torno a Dante, y no es que haya una orden como tal. Nada. Simplemente sucede que en determinados grados de la enseñanza masónica se estudian, con mayor o menores grados de rigurosidad, distintos pasajes de *La Divina Comedia*, así como se hace con otros libros de gran significación, como *El Quijote*, respecto de cualquier tema que se considere socialmente relevante. Pues bien, fanáticos de *La Divina Comedia* como yo hay en todos lados y, como sucede en cualquier ámbito, en algún momento se reúnen, se encuentran, por ejemplo, en los conventos masónicos, como llamamos a nuestros congresos, y van intercambiando trabajos de investigación al respecto, libros, etc. En Latinoamérica, de hecho, desde hace más de cien años que hay un grupo que ha funcionado con cierta regularidad, reuniéndose cada uno o dos años en alguna capital para hablar del gran Dante, de su obra, de *La Vita Nuova*.

—Palanti y Barolo, ¿no? —preguntó Prat, refiriéndose a los autores del Palacio Barolo.

—Claro, grandes masones ambos y expertos cultores de la figura de Dante. De hecho, me atrevería a decir que son ellos, junto a algunos hermanos uruguayos, quienes iniciaron en la década del veinte las reuniones anuales de la Fede Santa. Al menos en la época moderna, pues han de saber, caballeros, que la Fede Santa se reúne desde la misma época de Dante en diversos lugares y épocas, celebrando siempre regadas celebraciones en las cuales además se reivindican algunas de las virtudes del templarismo, como el compañerismo —recitó el dueño de casa.

—¿Y también adoran a Baphomet? —preguntó el sacerdote, sabiendo que llevar a Räber a ese plano era riesgoso. Podría resentirse y no seguir colaborando, pero nuevamente mostró tener un buen humor.

—Claro que no, padre —dijo riendo—. Déjeme decirle que al menos yo soy un ateo absoluto, y por ende no creo en entidades sobrenaturales de ninguna especie. Entiendo que le llame la atención. Seguro que usted leyó las actas del juicio en contra de los templarios, en las que «confesaron» —hizo el gesto de dibujar las comillas en el aire— adorar a un supuesto ídolo llamado Baphomet, una supuesta cabeza con

barba. ¿Sabe?, espere un segundo, por favor —expresó, poniéndose de pie y saliendo de la cocina. Regresó en menos de un minuto.

En sus manos traía el libro *La otra historia de los templarios*, de Michel Lamy.

—De verdad, señor Råber, era solo una pregunta sin ninguna intención...

—Calle un poco —dijo el hombre, cambiando por primera vez el semblante.

—No es necesario que... —quiso intervenir el comisario, pero un fuerte «shhhht» de parte de Råber lo hizo desistir.

—Mejor escuche. Dentro del auto de acusación emitido por la Inquisición en contra de los templarios, el artículo número 46 decía lo siguiente: «Que en todas las provincias tenían ídolos; es decir, cabezas, en algunos casos con tres caras y en otros con una sola, y se encontraban algunas de ellas que tenían una cráneo de hombre». El artículo 47 reza como sigue: «Que en las juntas, y sobre todo en los grandes capítulos, adoraban al ídolo tal como si fuera Dios, como si fuera su salvador, diciendo que esta cabeza podía salvarles, que concedía a la orden todas las riquezas y que hacía florecer los árboles y germinar las plantas de la tierra». ¿Tan bobo me cree, señor Prat? —le reclamó, mirándolo fijo.

—No me malentienda, profesor Råber.

—No lo malentendo. Lo que sucede es que usted insulta a alguien cuando le pregunta si es seguidor de una cabeza que de acuerdo a la Iglesia hablaba y reproducía mensajes demoníacos. ¿Acaso no conoce los métodos de la Inquisición para obtener confesiones, padre? Le recomiendo que salga de aquí y tome un avión directo a Lima. El vuelo demora algo así como cinco horas. Bajándose del aeropuerto, en la zona de El Callao, puede tomar un taxi, y si no hay mucho tránsito, alcanza a llegar antes de que cierren el Museo del Congreso y de la Inquisición, que queda en el centro, muy cerca de la catedral que algún terrorista casi hizo volar anoche. Vaya, señor Prat, vea los métodos que sus antecesores usaban para extraer confesiones absurdas como estas. Observe el potro, los aparatos para estirar el cuerpo. Incluso, puede recorrer los túneles que usaban como calabozos. ¡Vaya y aprenda, pero no me insulte! —tronó el académico.

Tanto Prat como Saavedra pensaron que el hombre estaba a punto de sufrir un ataque.

Se miraron y, sin decir palabra alguna, entendieron que era Saavedra quien debía seguir hablando.

—Tiene razón, señor Råber. Le tengo mucha estima al padre Prat, pero, claro, a veces es complejo hablar con un sacerdote y comparto su indignación. Fue una pregunta fuera de lugar, pero necesitamos que se concentre. Solo hoy hemos sido objeto de dos atentados. Quizá no nos quede mucho tiempo. La lógica indica que hay algo que saben o se encuentra en poder de la Fede Santa que, por algún motivo, alguien quiere a toda costa. Sabemos que los ataques de anoche no buscaban destruir los restos de Carrera, San Martín y Pizarro, sino secuestrarlos. Necesitamos entender por qué.

—¿Necesita que se lo explique? —replicó el profesor.

—¿Ellos eran de la Fede Santa? —preguntó Saavedra.

—Los tres fueron hermanos masones. No existen actas que lo prueben en el caso del hermano Pizarro, pero es un hecho que lo fue y sí, los tres fueron personas que en distintos estadios de sus vidas estudiaron a Dante con mucho énfasis. Sé que me van a preguntar por la enemistad entre San Martín y Carrera y ella es efectiva, pero hay que entender que ellos nunca se cruzaron en una logia.

—¿Tanto así? —preguntó Prat.

—Por supuesto. Las logias son clubes sociales, lugares en que se desarrollan relaciones de mucha amistad y compañerismo entre cincuenta, sesenta, quizás ochenta personas, no más, y muchas veces son casi endogámicas: se encierran mucho en ellas y no comparten con las demás. No hay un listado de masones y nunca lo ha habido, y es porque existen sistemas de reconocimiento, como ciertas frases o saludos. Es probable que ni siquiera supieran que los otros también eran masones.

—Pero todo el mundo sabía que San Martín lo era —acotó Saavedra.

—De acuerdo. San Martín fue muy activo en la masonería a inicios del siglo XIX, mientras Carrera recién se inició en 1816, en Estados Unidos, años después. Sabemos que fue allá donde él tomó contacto con hermanos que estudiaban a Dante, como anteriormente lo hicieron Pizarro y San Martín en Europa. Desde esa perspectiva, podríamos decir que sí, que los tres fueron de la Fede Santa, como lo prueban algunos documentos que han ido pasando de mano en mano entre nosotros, como algunas planchas o trabajos realizados por Carrera en Estados Unidos. Desde esa perspectiva, usted tiene razón. Lo que hicieron fue secuestrar cadáveres, pensando en que quizá los podrían canjear a cambio de algo que nosotros tenemos —explicó en forma dramática.

—Por favor, explíquenos qué es aquello que tienen y que justifica tanto ataque —le pidió el oficial de la PDI.

Räber suspiró.

—Es un mapa, un mapa que conduce a la mítica Ciudad de los Césares, una ciudad de oro que según las leyendas chilenas y argentinas existe en algún punto ignoto del sur del continente, una ciudad habitada por seres que hablan idiomas extraños y que poseen una riqueza invaluable.

—La versión chilena y argentina de la leyenda colombiana de El Dorado —acotó Prat.

—Es un forma bastante poco elegante de simplificar un tema de suyo complejo, señor Prat, pero en esencia eso es. La diferencia con El Dorado es que esta ciudad, o este complejo cultural, existió. Hace una infinidad de años un sacerdote salesiano que estuvo durante mucho tiempo en contacto con los antiguos selk'nam, en la Tierra del Fuego, recibió este mapa de parte de ellos, luego de que los nativos lo recuperaran decenas o cientos de años antes, tras un naufragio ocurrido en esa zona.

—¿Está seguro de eso? —interrogó el jesuita.

—Totalmente. Existen antecedente documentados respecto de que la Gestapo y los servicios de inteligencia rusos anduvieron buscando ese mapa, creyendo que lo poseía el padre Martín Gusinde, quien hizo las últimas y famosas fotografías que existen acerca del pueblo selk'nam. Pero todos ellos se equivocaron, pues quien recibió dicho mapa fue un francés, el sacerdote salesiano José María Beauvior. No me pregunten, porque no tengo más información, cómo fue que dicho mapa terminó en manos de un hermano nuestro. Lo único que sé al respecto es que el famoso asesino de los selk'nam, el rumano Julius Popper, estaba obsesionado con ese mapa y toda la operación que efectuó en Tierra del Fuego a fines del siglo XIX, estaba basada en su confianza de que en algún momento se apropiaría de ese mapa, lo que nunca sucedió.

—Disculpe la pregunta, pero hace poco usted se indignaba ante una pregunta que revestía ciertos caracteres sobrenaturales, pero ahora usted da por hecho que esa ciudad existía. ¿Puedo preguntarle en qué basa dicha afirmación? —lo cuestionó el oficial de la PDI.

—Como le he dicho, la Fede Santa está formada por personas de distintos países, amantes de Dante. Profesores universitarios, casi todos. Existe una gran cantidad de documentación respecto de la leyenda y, si se coteja lo que dicho mapa señala respecto de los antecedentes que existen, en especial la investigación efectuada por el fiscal general del Reyno de Chile, hay coincidencias que son casi absolutas. De hecho, ya hubo expediciones al lugar, y está completamente acotado —dijo el profesor.

Prat entendió que había algo más que estaba ocultando.

—¿La encontraron, no?

Räber guardó silencio.

—Profesor, es importante que nos cuente todo —apeló Saavedra.

Räber se tomó la cabeza y trató de justificarse.

—Quiero que me entiendan. Hay rituales, compromisos. Yo he efectuado una serie de juramentos. He empeñado mi palabra y he prometido guardar secreto respecto de muchas cosas.

—Lo entendemos, profesor, pero mucha gente ha muerto en las últimas horas, gente inocente, trabajadores, policías, turistas. El silencio lo único que hará en este momento es contribuir a que siga muriendo gente —dijo Saavedra. El académico relajó el rostro.

—Tiene toda la razón. Disculpen. Sí. La encontraron. La vieron, la fotografiaron. Hubo una expedición en febrero de este año. Debido a mi estado físico yo no pude ir, pero sí viajó hasta allá Gastón y él estaba trabajando los datos junto al padre Duverger.

—¿La encontraron en Tierra del Fuego? —preguntó ansioso Prat.

—No, para nada. La Ciudad de los Césares está mucho más cerca de lo que usted cree. Se encuentra entre la ciudad chilena de Osorno y la ciudad argentina de Bariloche, tal como lo supo hace casi doscientos cincuenta años el capitán Ignacio

Pinnuer, que fue el primero que la buscó en esa zona.

Saavedra, abandonando las buenas formas, le pidió que le dijera donde está el mapa.

—El original lo tenía Duverger. La única copia que existía estaba en manos de Gastón. No hay más.

—De todos modos, uno podría suponer que se lo robaron y que quizá los mismos que nos persiguen ahora tienen el mapa en sus manos —razonó el jesuita.

—Es probable, pero no les servirá de nada si lo tienen aún. Yo solo vi un par de veces la copia que tenía Gastón y era muy críptica. A nuestra gente, muchos de ellos los mejores académicos del continente, les tomó años entenderlo y situarlo en un contexto. Tiendo a pensar que si tienen el mapa no entenderían ni jota.

—¿Y cómo interpreta esto, profesor? —exclamó Prat, poniendo la pantalla del teléfono en frente de los ojos del académico, mostrándole el *email* que le había enviado Etchevers.

Räber se acomodó los anteojos y leyó con interés.

—Me parece bastante simple si lo entendemos desde la óptica de Gastón, un amante de América Latina. Esos destaques en negritas son lugares, y me parece reconocer allí algunas de las ciudades favoritas de mi amigo Gastón. Aquello de la ciudad que en sus inicios estuvo en un lugar «donde nadie sabe dónde» es muy simple: Buenos Aires, la maravillosa capital argentina. No olviden que fue fundada por Pedro de Mendoza, pero fue reducida a cenizas por los indígenas y luego refundada por don Juan de Garay. Hasta un niño de secundaria podría resolver eso. La ciudad donde las fuerzas oscurantistas atacan también es bien simple: eso es Montevideo. No sé si lo conoce, pero años atrás la Gran Logia de Uruguay fue objeto de un atentado por parte de lo que los hermanos uruguayos catalogaron como «las fuerzas oscurantistas». Y vamos, la ciudad de la Iglesia Dorada es muy simple, señor Prat, usted lo debe saber mejor que yo: es Quito, donde se encuentra una enorme iglesia jesuita llena de oro, algo muy *ad hoc* al tema, digo yo.

—¿Y dónde se encuentran Prat y Grau? —preguntó Saavedra.

Räber lo miró con enfado.

—Lo excusaré solo porque usted es policía y no profesor —dijo Räber. Saavedra lo miró ofendido y no pudo evitar callarse.

—Para su conocimiento, soy profesor de Historia. Ingresé a la Policía de Investigaciones después de graduado —reclamó.

—Entonces debería saber que eso es Lima, por supuesto. En el centro histórico de la ciudad, en la misma cuadra, pero por calles diferentes, está la casa donde vivió el almirante Miguel Grau, que ahora es un museo administrado por la armada peruana, mientras que a la vuelta de la esquina se halla la casa donde vivió su exilio Bernardo O'Higgins, también un museo, aunque propiedad de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

—¿Y aquello del lugar donde el camino secciona la nada y la geometría? —

interrogó Prat.

—Nasca, al sur de Lima. Hace un par de años viajamos allá con Gastón y él se encontraba muy molesto porque hay una carretera, creo que la Panamericana Sur, que corta varias de las líneas, la expresión máxima de la geometría, la letra «G» que, como ustedes sabrán, es muy importante para nosotros los masones. Si no lo han hecho, deben sobrevolar ese sitio. Les quitará el aliento.

—¿Y la piedra que se alinea con el templo? —interrogó Prat.

—Me parece que es Caral, que es también parte de los lugares que recorrimos con Gastón. Allí existe una piedra solar, una piedra de aspecto fálico que se alinea perfectamente con el templo principal de ese complejo.

—¿Y dónde está aquello de que Hermes Trismegisto mira a las antípodas de Oriente; es decir, al Occidente?

—Muy sencillo también. Esto está muy cerca de aquí, en la Fuente Alemana del Parque Forestal. Como recordarán, en 1912, y con motivo del primer centenario de la República de Chile, la comunidad alemana regaló a la ciudad de Santiago una hermosa fuente de agua que se instaló en una de las primeras cuerdas del Parque Forestal. Seguramente la han visto miles de veces, pero no le han prestado mayor atención, en circunstancias de que es muy interesante, y no solo eso: es muy críptica. Tiene un mensaje oculto.

—¿En qué sentido? —preguntó Saavedra, exponiéndose a un nueva pulla.

—En todos sus sentidos —siguió Råber, sin molestarse. La imagen fue edificada por el masón Gustav Eberlein y muestra un bote, un bote que navega de Oriente a Occidente, y que lleva sus velas desplegadas. Un hombre joven y musculoso saluda con su mano derecha y a la altura de sus piernas hay dos figuras humanas. Una de ellas es una mujer, que abraza su pierna derecha, al lado de la cual hay una sirena, una mujer de pechos desnudos y cuerpo escamado, que en su mano derecha sostiene la cabeza de una serpiente, con su boca abierta. Es un claro mensaje antibíblico. En el mensaje velado que usa Eberlein, esta sirena, símbolo de la mujer liberada y sensual, con sus senos al aire, domina a la serpiente, la misma que en el árbol de la ciencia del bien y del mal del Génesis, es la que la seduce y la lleva a seducir al hombre, generando la desobediencia divina.

—Muy interesante —acotó el detective.

—Así es. A la izquierda de la fuente; es decir, hacia calle Merced, aparece un hombre que según la historiografía sería un mapuche, pero que en realidad tiene más aspecto de vikingo. Justo debajo de este se encuentra Tritón, tocando su corno. No olvidemos que Tritón es un ser de los abismos, mitad hombre mitad pez, igual que la sirena, pero que cumple funciones diferentes en la mitología.

—El mensajero de las profundidades —acotó Prat.

—Claro, pero su personalidad es dual. En la historia de los argonautas Tritón ayuda a los náufragos, pero en otras leyendas aparece como un terrible monstruo marino —agregó Saavedra.

—Muy bien, señor policía. Siga así, reivindicándose —comentó Råber con cierta mordacidad—. Lo que dice es cierto. En la proa, en tanto, va la diosa Victoria, llevando como siempre en su mano un ramo de laurel, pero momento: la diosa Victoria siempre es alada. En su espalda siempre, siempre, hay un par de enormes alas emplumadas. No obstante, Eberlein la representó aquí sin alas. ¿Un simple olvido? No lo creo. Las alas de cisne, de gaviota u otras semejantes, como las que habitualmente se utilizan para dibujar ángeles o a la diosa Victoria, son por lo general símbolo de elevación, de delicadeza, de ideales superiores. ¿Qué nos dice entonces una diosa Victoria sin alas?

—Que la victoria que ella representa es una victoria impura, una victoria injusta quizá, inmerecida —razonó el comisario.

—¡Exacto, mi buen detective! ¿Sabe qué es lo que interpreto yo? Que, claro, Eberlein, que era un hombre instruido y culto, recibió este encargo y se preocupó de hacerlo, pues le pagaron, pero dejó un par de mensajes ocultos incluidos allí.

—¿Mensajes cómo cuáles? —preguntó el religioso.

—Uno de ellos es evidente: que la independencia chilena, que se fecha en el 18 de septiembre de 1810, es una victoria falsa, una añagaza, pues como usted bien sabe, lo que hizo ese día el cabildo de Santiago no fue independizarse de España, como se le enseña a los niños, sino todo lo contrario: jurar fidelidad a la Corona española, dado que dos años antes Napoleón había invadido España y hecho prisionero a Fernando VII. Ello motivó la creación de la Junta de Cádiz, nacida con el fin de autogobernarse mientras el rey estuviera detenido, y eso mismo hizo la junta de gobierno que creó el cabildo de Santiago: calentar el asiento del gobierno hasta que el rey regresara —declamó el profesor universitario, entusiasmado.

—¿Y Hermes Trismegisto? —preguntó Saavedra.

—Ah, disculpe. Don Hermes va sentado al final de la barca. Está sentado sobre el arca, quizás el arca sagrada, que contenía las Tablas de la Ley, y en sus manos lleva la vara de Hermes, un caduceo igual al que se usa como símbolo de la medicina, pero en este caso no se trata de eso, sino de un indicativo de que ese hombre joven, que además lleva el timón de la barca, no es el Hermes de la mitología griega, el Mercurio de la mitología romana; es decir, el simple mensajero de los dioses. Para nada. Este es Hermes Trismegisto, el máximo símbolo de lo oculto, el tres veces grande, el creador de la alquimia, el supuesto ser del cual surge el conocimiento hermético. En dicho sentido, leamos herméticamente, si quieren, la Fuente Alemana de Santiago, y entendamos entonces que lo que nos dice Eberlein en este mensaje velado es que este país del Occidente, construido a partir de una ficción, como fue la independencia de 1810, era manejado por saberes herméticos, por gente que no está al frente, por personas que son las portadoras de conocimientos ocultos. Ese es el sentido. Sobre el cóndor que está detrás, con sus alas desplegadas, podríamos hacer una clase completa, pero en fin —declamó Råber.

—Impresionante. ¿Y donde nació la estrella del Pacífico? ¿Cree que se refiere a la

Logia Masónica de ese nombre? —cuestionó Saavedra.

—Exacto. Dicho acertijo, que en realidad es muy simple, se refiere a la Logia Masónica L'Etoile Du Pacifique, la Estrella del Pacífico. Esa fue una logia fundada por distintos franceses avecindados en Valparaíso hacia 1848, la mayoría de ellos marinos mercantes o comerciantes que por entonces se establecieron en el que era el puerto más importante del Cono Sur de América. Al mismo tiempo, también en Valparaíso, otro grupo de extranjeros, pero estos ingleses, creó una logia llamada «Bethesda», y luego fue también allí, en Valparaíso, donde nació la Logia «Unión Fraternal», que pasaría a ser la primera logia netamente chilena. En 1862 había ya otra logia en Valparaíso, llamada «Progreso», una en la ciudad de Concepción, «Aurora de Chile», y otra más en el norte, en Copiapó, «Orden y Libertad». Ese año los miembros de estas logias decidieron agruparse y formar una Gran Logia para dejar de depender de la de Francia, como era hasta ese momento, dado que Napoleón III había decidido intervenir en la masonería y nombrar como Gran Maestro de la Orden Masónica de Francia a un hombre de su confianza, el mariscal Pierre Magnan, un hecho insólito, aunque no único, pues al menos desde diez años antes ya Napoleón estaba interviniendo en la orden. De hecho, el anterior Gran Maestro, Lucien Murat, era un simple títere de Napoleón III —exclamó, siendo esas las últimas palabras que pronunció el profesor Antonio Rüber, pues en ese mismo momento una bala calibre 5.56 penetró en su cráneo y le quitó la vida en forma instantánea.

Capítulo 19

Recoleta, Chile
14 de mayo de 2017

Luego del primer disparo, una andanada de balas cayó sobre ellos. Sin entender aún muy bien de dónde procedían, Prat y Saavedra intentaron buscar refugio debajo de la mesa de la cocina, mientras el cadáver de Råber seguía muy sentado en su silla, aunque un chorro de sangre comenzaba a empozarse debajo de él, llegando a los pies del cura y el policía. Este sacó la pistola que usaba desde la madrugada y comprobó que el cargador estuviera lleno. Levantando la mano lanzó un par de tiros en cualquier dirección, pero las ráfagas no se detenían, destruyendo libros, estantes, anaqueles, vidrios, todo.

No obstante, no llegaban disparos hacia el suelo, por lo cual el oficial de la PDI comprendió que el que disparaba, de seguro con un fusil AR-15 o algo semejante, estaba afuera y había acertado solo de casualidad el disparo que le quitó la vida al profesor.

—Salgamos por atrás —susurró a Prat.

Aunque era su mejor posibilidad, pues el o los tiradores de seguro iban a ingresar por el frente, también sabían que era muy probable que hubiera alguien esperándolos en la salida trasera.

Como fuera, tratando de correr lo más agachados que pudieron, llegaron hasta la puerta trasera, y salieron a un pequeño patio de unos veinte metros cuadrados, a lo sumo, colindante con un muro de concreto de unos tres metros de alto, por el costado izquierdo, con la pared de una casa, por detrás, y con un muro de unos dos metros por la derecha. Esa era su mejor opción, sobre todo teniendo en cuenta que a simple vista no se apreciaban tiradores allí, pero ambos estaban conscientes de que se encontraban muy cerca del cerro San Cristóbal y que podía haber francotiradores observándolos desde cualquier ángulo.

—¡Quietos allí! —tronó una voz, justo en el momento en que ambos intentaban escalar el muro mediero de la derecha. Al voltearse vieron a un solo hombre, un sujeto vestido de negro, que cubría su rostro con un pasamontañas y un casco balístico, y que les apuntaba con un AR-15.

—¡Al suelo! ¡Bota la pistola! —gritó el desconocido, dirigiéndose a Saavedra. Este sacó el dedo del gatillo y comenzó a bajar lentamente el arma hacia el pasto, tratando de hacer durar el momento. Prat, en tanto, miraba la escena con una extraña muestra de calma.

Se encontraba a unos cinco metros del desconocido y calculó si había alguna posibilidad de abalanzarse sobre él, pero parecía una misión suicida.

Justo en el momento en que Saavedra terminó de dejar el arma en el suelo se

escuchó el inconfundible sonido de la sirena de una patrulla de Carabineros, un sonido seco y duro, acompañado por una multitud de balizas. Aún apuntando, el desconocido escuchó los frenazos de las patrullas, el sonido de decenas de hombres corriendo e, incluso, en medio de una milésima de segundo en que no hubo ruido alguno, oyó cómo afuera, en la calle, pasaban balas en algunas armas.

—Mejor que deje su arma en el suelo —dijo el oficial de la PDI, levantándose del suelo y recogiendo su pistola, con la cual apuntó al paramilitar.

Capítulo 20

Berlín, Alemania
04 de agosto de 1944

El comandante de las SS, Gustav Spengler, se cuadró marcialmente frente al líder supremo de las SS, Heinrich Himmler. Pese a la admiración que el primero albergaba por el segundo, había varias cosas de él que le inquietaban. La primera era su evidente carencia de los rasgos físicos arios que Spengler y todos los oficiales de las SS tenían.

Himmler, por el contrario, no solo era un hombre bajo y medio cojo, sino que además su casi inexistente mentón llevaba a muchos a suponer que podía tener un antepasado semítico. Más allá de esos rumores malintencionados, sin embargo, había algo mucho más profundo en Himmler que producía un fuerte efecto en el espíritu de Spengler, y aquello era la idea absurda —como Spengler se repetía a sí mismo constantemente— de que ese ridículo hombrecillo poseía alguna facultad sobrenatural.

Sí, Spengler, un hombre racional antes que nada, había sospechado aquello en más de alguna oportunidad, sobre todo cuando junto a otros diez oficiales de las SS, además de Himmler, era invitado a sentarse en la mesa redonda del castillo de Wewelsburg, un enorme edificio de forma triangular que Himmler hizo acondicionar como su cuartel general, instalando al centro una mesa redonda, en la cual se sentaba junto a once oficiales de su confianza, en una evidente recreación de la leyenda del rey Arturo.

Había sido en esa misma mesa, así como en los subterráneos del castillo, donde se recreaban los solsticios en medio de rituales celtíberos, que Spengler había percibido un aura sobrenatural en Himmler.

No es que lo hubiera visto levitando o haciendo desaparecer objetos, para nada, pero había algo, una suerte de fuerza invisible que atemorizaba, pero que a la vez resultaba electrizante y quizá por esa especie de subyugación que ejercía hacia sus subordinados, es que resultaba imposible decirle que no, incluso frente a las ideas más descabelladas, como la que le planteó esa mañana. Sentado frente a él, en una silla Luis XV que había hecho traer desde el Palacio de Versalles, no usó eufemismo alguno.

—Spengler, usted sabe tan bien como yo que la guerra es insostenible. Hace algunas semanas me hice leer las manos, gran ejercicio, y la hermosa joven alemana que lo hizo, una chica sin el más mínimo rasgo de sangre eslava, no vaya a pensar que era una basura gitana, llegó a dos conclusiones. La primera es la que le acabo de mencionar. No tenemos posibilidad alguna. Seremos derrotados y por eso he autorizado al general Wolff en secreto para que negocie con los norteamericanos que

están estacionados en Suiza, en mi nombre —dijo con la misma naturalidad con que se pide un chocolate o un café, obviamente esperando ver la reacción de Spengler.

Este sabía a la perfección que a Himmler no le gustaban los oficiales impresionables, pero también había presenciado ocasiones en las cuales había deslizado críticas a Hitler, solo con el fin de ver quién se sumaba a ellas para descubrir oficiales desleales y mandarlos al paredón. Era muy complejo determinar cuál era el fondo de aquello, así es que solo respondió lo que le pareció más neutral.

—No pongo en duda las habilidades esotéricas de la joven que le leyó las manos, pero espero de todo corazón, por el bien del *Reich*, que se equivoque —dijo casi sin mover la boca e intentando gesticular lo menos posible.

De hecho, fue tanto lo que se contuvo, que su expresión denotaba una evidente falta de naturalidad, en especial para alguien habituado al juego psicológico, como Himmler.

—Spengler, no lo estoy poniendo a prueba, relájese. Lo estoy haciendo partícipe de lo que sucederá, y además quiero explicarle lo segundo que dijo esa muchacha: que una vez que caiga el Tercer *Reich*, estoy destinado a construir un nuevo imperio, un cuarto *Reich*, un imperio mundial, y para ello debo mantenerme..., digamos, a resguardo durante varios años. Me explicó que será en algún lugar del fin del mundo. Eso quedó dando vueltas en mi cerebro. ¿El fin del mundo? ¿Groenlandia, la Antártica, África del Sur, Birmania, Argentina? No lo sabía, pero hace poco llegó a mis manos un informe de la Ahnenerbe, nuestra sección de estudios científicos que usted tan bien conoce —explicó, extendiendo un documento hacia el comandante, quien leyó el título:

Informe sobre mapa que confirma existencia de una ciudad subterránea en algún punto ubicado entre Chile y Argentina.

»El asunto es muy simple, Spengler. En el sur de Chile y Argentina existe un lugar lleno de salvajes, denominado Tierra del Fuego. Quizá alguna vez lo vio en el mapa, en la preparatoria. Pues bien, nuestros científicos se encontraban estudiando una serie de leyendas sudamericanas hasta que dieron con una muy particular, la leyenda de la Ciudad de los Césares. Se supone que existe una ciudad de oro habitada por seres rubios y que hablaban un idioma que los nativos no entendían, claro está, leyenda que de algún modo remite a la de la ciudad de El Dorado, en Colombia, pero tiene varias particularidades. ¿Sabe? Mejor lea usted mismo. Vea la síntesis —le instruyó, así es que Spengler abrió la carpeta y comenzó a leer:

A fines del 1500, la colonización española había avanzado muy fuerte en el sur de Chile, donde los españoles habían fundado al menos siete ciudades de relativa importancia estratégica para la guerra de exterminio que estaban

llevando a cabo contra las tropas de mapuches, huichilles y pehuenches que se habían rebelado ante el avance de los conquistadores. En realidad, luego de colonizar, estos avanzaron hacia el sur a causa de la leyenda de El Dorado, que si bien tiene su origen en la historia colombiana de una laguna llena de oro, Guatavita, los incas la fueron contando a diversos grupos de españoles a fin de motivarlos a alejarse de sus tierras.

En ese contexto, después de la destrucción del Imperio inca, algunos caciques relataron a los conquistadores que más al sur existía un pueblo portentoso, con ciudades de oro, lo que los llevó a avanzar hacia Chile, con gran desilusión para los esperanzados soldados, pues lo que menos encontraron fueron metales preciosos.

Pese a ello, no cejaron en su intento de encontrar algo valioso y de ese modo siguieron hacia el sur, donde fundaron la ciudad de La Concepción, último baluarte antes del río Bío-Bío, que marcaba la frontera natural entre las dos realidades que comenzaron a coexistir, pero pronto los españoles se encapricharon y siguieron más al sur, fundando las siete ciudades ya mencionadas, todas las cuales fueron destruidas por los naturales hacia el año 1600.

Uno de los episodios más cruentos se vivió en la ciudad de Osorno, donde además de la masacre sufrida por los ibéricos, los indígenas saquearon y quemaron la iglesia matriz de la ciudad, obligando a los escasos sobrevivientes a resistir en el fondo de un fuerte ubicado a la orilla del río Rahue. En ese tiempo estaba muy de moda el concepto de la civita diaboli, la ciudad del diablo, como muchos sacerdotes católicos se referían a América del Sur. Para ellos, la gran cantidad de infieles convertía al continente en una gran ciudad dominada por el diablo, y por eso es que viajaban verdaderos ejércitos de curas, muchos de ellos jesuitas, convencidos de que asistirían al Armagedón, al monte Meggido, a librar la batalla final contra las fuerzas del mal.

Cuatro años resistieron los osorninos los embates de las hordas mapuches, hasta que finalmente fueron rescatados por soldados españoles. Según algunas historias, el acoso sufrido durante esos cuatro años trastornó a tal grado a los sobrevivientes, que estos habrían incurrido incluso en canibalismo, lo que se apoya en el hecho de que hacia el 1600 eran trescientos los españoles que se encontraban al interior del fuerte, pero al momento de ser rescatados solo había cien, los que no pudieron explicar razonablemente qué había sucedido con los restantes doscientos. La tesis más popular señala que, urgidos por el hambre, se comieron a los más débiles, aunque los que vivieron aseguraban que aquellos que ya no estaban en realidad habían huido hacia el este, fundando una ciudad maravillosa.

Una vez más, se utilizó la historia de la ciudad dorada para escapar de la

verdad.

Los sobrevivientes de Osorno la conocían bien. Ya en 1526 una patrulla enviada por el conquistador Sebastián Cabot, al mando del capitán Francisco César, había avanzado cerca de cuatrocientas leguas al sur, desde el norte de Argentina, buscando una fabulosa mina de plata. Eso implicaba que habían llegado a la altura de Osorno, aunque por el otro lado de la cordillera. Según César, él había encontrado una ciudad de oro gobernada por un rey llamado Lin, ciudad que pasó a ser conocida en la historiografía popular como «La Ciudad de César» y que más tarde, por las típicas deformaciones del uso, pasó a denominarse «La Ciudad de los Césares».

Independientemente de su origen, ese fue el nombre con el cual se comenzó a designar a una ciudad fantástica situada en algún punto intermedio de la cordillera de los Andes, entre Chile y Argentina, siempre al sur del río Bío-Bío, la excusa perfecta de los sobrevivientes del asedio huilliche para evadir una verdad muy lógica: que se habían comido entre ellos.

La historia de la ciudad perdida siguió creciendo. Aparte de las tesis de una ciudad indígena ancestral y de la población de la Ciudad de los Césares contadas por parte de los osorninos que lograron salvar con vida, otra de las teorías populares para explicar su nacimiento es que fue fundada por los sobrevivientes de los antiguos tripulantes de una serie de barcos que encallaron en Magallanes, demasiadas leguas al sur de allí como para que hubieran avanzado tanto.

Fuere cual fuere su origen, todas las fuentes documentales situaban la supuesta ciudad en lo que hoy son las cercanías de Osorno, por el lado chileno, y Bariloche, por el lado argentino, como lo supusieron diversas expediciones enviadas a esas latitudes: la de Diego de Rozas, en 1543; la de Francisco Villagra, en 1563; la de Hernando Arias de Saavedra, en 1604; la de Gerónimo Luis de León, en 1622, y la del capitán Juan Fernández, en 1624. Lo mismo pensaban los jesuitas, que buscaban ahí «una población de gente europea» que se creía podía existir por aquellos lares, aunque, como ya está dicho, la motivación de fondo, en el caso de los curas, era evidentemente religiosa.

La ciudad, de acuerdo a la leyenda, estaba rodeada de un gran lago, que en otros escritos es reemplazado por un foso gigantesco, y habría tenido una sola entrada, a través de un puente levadizo. También habría estado rodeada de forma permanente por niebla, la cual es muy frecuente en esa zona.

Todos los curas que se conoce que emprendieron la búsqueda de la civita diaboli o la Ciudad de los Césares perecieron en el intento. El más tenaz fue Nicolás Mascardi, que efectuó cuatro viajes entre 1669 y 1673, en los cuales incluso atravesó el continente, alcanzando el Atlántico, siempre acompañado

de una princesa mapuche reconvertida al catolicismo a quien bautizó como Estrella, y es de presumir que la amancebó.

A principios del 1700 los jesuitas (pese a que varios de ellos fueron empalados en los años previos) reactivaron una antigua misión en Bariloche, Argentina, con la esperanza de evangelizar a los césares. En 1707 un tal Silvestre Díaz de Rojas llegó contando a Buenos Aires que tras ser hecho prisionero por los pehuenche se convirtió en su cacique y que en tal calidad conoció la Ciudad de los Césares.

En función de ello, en 1715 el rey Felipe V ordenó investigar a fondo los dichos de Díaz de Rojas. Varios años después, en 1781, el doctor Pérez de Uriondo, fiscal general de Chile, recibió una orden del gobernador de Chile, Agustín de Jáuregui, para instruir una investigación sobre la existencia o no de la ciudad, debido a la insistencia al respecto del capitán Manuel Josef de Orejuela, pero más que nada por razones políticas, pues temía que pudiera tratarse de una colonia de ingleses, corsarios a más saber.

En el sumario de la investigación del fiscal aparecen los informes de Díaz de Rojas, quien aseveraba que la ciudad estaba en las cercanías de los indios pehuenche que habitaban la cordillera de los Andes entre Concepción y Osorno, aproximadamente. Otros antecedentes que figuran allí son la carta que en agosto de 1746 el jesuita José Cardiel envió al gobernador de Buenos Aires, en la cual relata que por orden de su provincial emprendió un viaje a la zona de el Volcán con el fin de descubrir la Ciudad de los Césares. Además de ello, Cardiel aportaba un dato bastante interesante: que desde el Volcán había seis días de caminata hasta la Ciudad de los Césares.

Aunque hoy sabemos que la mayoría de las montañas de la cordillera de Los Andes son volcánicas, en aquellos años el estereotipo de volcán se limitaba al de un cono perfecto, de nieves eternas. El único de esa forma en dichas latitudes es el Osorno, que, dicho sea de paso, está flanqueado por varios lagos.

La búsqueda se constriñe mucho más si se tiene en cuenta que las historias más serias hablan siempre de la laguna de Poyehué (que podría corresponder al lago Puyehue) y de un estero llamado Chiquihué (que podría corresponder al lago Llanquihue), ambos ubicados en los alrededores del volcán Osorno.

Parte importante de la investigación del fiscal son los testimonios del capitán Ignacio Pinnuer, un militar destacado en la ciudad de Valdivia que emprendió en 1774 la búsqueda de la ciudad encantada. Para Pinnuer, los antiguos habitantes de Osorno eran los que habían poblado los Césares. De acuerdo con los antecedentes de que él dispuso, tras comerse unos a otros, lograron matar a una buena cantidad de huilliches, los nativos del sector, y decidieron llevarse sus cadáveres de allí, para alimentarse, partiendo a una

península situada varias leguas al sur, aunque Pinnuer no especifica cuántas. El oficial, de hecho, hablaba concretamente de que estaba situada a los pies del volcán Osorno.

Como consta en la investigación del fiscal general, Pinnuer reunió el testimonio de quince caciques, todos los cuales le confirmaron la existencia de la ciudad y le dijeron que había dos formas de llegar. La primera era remontando el río Bueno hasta subir al lago Ranco, y la segunda caminar hacia el sur de la ciudad de Valdivia, siguiendo los llanos. Pese a sus excelentes relaciones con los huilliches, ninguno le quiso acompañar por temor. Salió entonces con ochenta soldados a buscar la ciudad y para ello fundó un fuerte en la actual ciudad de Río Bueno, treinta kilómetros al norte de Osorno.

Con 27 hombres Pinnuer siguió al sur y llegó a Puyehue y Llanquihue, pero no pudo encontrar la ciudad. Pese a que quiso continuar hacia el este, los indios que lo acompañaban se lo impidieron, por temor a morir más allá.

Decepcionado, Pinnuer regresó a Valdivia. La consecuencia de aquello significó el repoblamiento de la ciudad de Osorno, ya que tras la aventura el entonces gobernador de Chile, Ambrosio O'Higgins, que luego sería virrey del Perú, ordenó volver a fundarla, lo que se hizo hacia 1793, pues al darse cuenta de la cantidad de territorio inexplorado, los españoles quisieron evitar que cayera en manos de los ingleses y que estos les cortaran las líneas de abastecimiento hacia la isla de Chiloé.

Por ello es que las autoridades volvieron a poner su atención en esa zona e incluso, a partir de las expediciones de Bernardo Philippi al lago Llanquihue, en 1846, se extendió la población a lo que hoy es la provincia del mismo nombre, que en su mayoría fue realizada por colonos alemanes atraídos por el gobierno de Chile con la promesa de recibir grandes latifundios a cambio de su trabajo, tal como sucedió.

—Muy interesante, *Reichsführer*, muy interesante —dijo Spengler, al terminar el resumen, sin saber qué diablos decir.

—Eso que usted acaba de leer es solo la síntesis de la introducción. Quiero que se dedique a leer completo ese informe. Son unas seiscientas páginas, pero usted sabe tan bien como yo hacia donde va todo esto.

Spengler comenzó a desesperarse. Miró con atención el legajo que tenía en las manos, mientras sentía los ojos de buitre de Himmler posados sobre su persona. ¿Era una nueva prueba? «¿Usted sabe tan bien como yo hacia donde va todo esto?». ¿Qué mierda quería decir Himmler? Ya era demasiado.

—Disculpe mi falta de atención, *Reichsführer*, pero parece que me perdí de algo —se sinceró Spengler, sintiendo cómo un calor húmedo subía desde su columna vertebral hacia todos los rincones de su cuerpo.

Himmler lo miró con esa rara expresión neutra que tenía cada vez que se sentía frente a una encrucijada, y que podía culminar en un estallido de rabia sin igual o en la pasividad más absoluta. Spengler sintió que un hilillo de orina corría en medio de sus piernas.

—Disculpe usted, comandante, disculpe. Tengo tanto en la cabeza que pensé que ya habíamos hablado acerca del resultado del trabajo de nuestra gente en El Vaticano, pero en realidad con quien lo comenté fue con el bueno de Kaltenbrunner. Perdón, ando muy distraído —se excusó Himmler.

—No hay problema —respondió el oficial de las SS, sin agregar el acostumbrado «*Reichsführer*» de rigor, pero no podía. Tenía tan seca la boca que apenas pudo pronunciar las primeras palabras. Himmler pareció no darse cuenta de la falta de protocolo.

—Se lo resumiré, aunque, claro, necesita leer el informe completo. Los buenos amigos que tenemos en El Vaticano nos informaron que aquellas expediciones que se hicieron en el 1780 no eran tan inocentes como quedaron estampadas. ¿Ha oído hablar de la Pesquisa Secreta?

—¿La Pesquisa Secreta? Para nada, señor —respondió Spengler, ya más repuesto, pero extremadamente incómodo, debido a que sus elegantes pantalones de uniforme (diseñados por Hugo Boss) estaban ya totalmente empapados de orina. Pese a ello, le asustaban más otras dos posibilidades: que comenzara a expeler olor a baño público o, mucho más aterrador, que se formara una poza debajo de sus pies.

—La Pesquisa Secreta fue una unidad de inteligencia, una de las primeras del mundo, formada por Carlos III para expulsar a los jesuitas de sus territorios en 1767. Los oficiales de la Pesquisa Secreta, que actuaron en el máximo sigilo por muchos años, incautaron enormes cantidades de documentación jesuítica que nunca se ha conocido públicamente, pero que por razones lógicas ha ido a dar a la biblioteca secreta del Vaticano.

—Uno de los lugares más inexpugnables del mundo —comentó Spengler.

—Así es. Pese a ello, los buenos amigos que el general Wolff y el teniente coronel Rauff han logrado en la curia vaticana han entregado información muy interesante: es un hecho que la dichosa ciudad aquella existió. Hubo jesuitas que la vieron, pero por motivos absurdos decidieron mantenerla oculta.

—¿Y qué podría justificar esa decisión? —exclamó Spengler alarmado.

—Imbecilidades. Usted sabe que hay mucho cura comunista, y no se olvide de que eran amantes de las razas inferiores. Recuerde esas misiones escandalosas que establecieron en Paraguay, en el norte de Argentina, o en Chile, donde le enseñaban música a los indígenas.

—Repulsivo —se quejó Spengler.

—Más encima, estos sacerdotes del demonio se jactaban de ello. ¡Cómo si a un inferior se le pudiera enseñar arte!

—¡Ya quisiera verlos tocar algo de Wagner! —se burló Spengler, mucho más

relajado.

Pese al terror que su jefe le provocaba, no había tema que le fascinara más que el racial, en especial cuando implicaba destacar de algún modo la presunta superioridad de los «arios».

—Imposible. Son simples simios con aspecto humanoide, pero por algún motivo a los jesuitas les producían una enorme fascinación. Lo que sabemos gracias a nuestras fuentes en el Vaticano es que, antes de ser expulsados de Chile y Argentina, una expedición jesuita halló esa famosa ciudad, pero inhabitada. Se trataba de una fortaleza excavada en medio de un farellón de la cordillera de Los Andes. De los recuentos que dejaron los jesuitas, queda claro además que fue levantada por alguna civilización superior a todas las culturas indígenas que hubo en América Latina. Quizá alguna civilización nórdica —expresó Himmler, con los ojos brillantes de la emoción.

—No podía ser de otro modo, *Reichsführer*. No podía ser de otro modo.

—Y eso no es todo. Efectivamente era una ciudad de oro, una gran ciudad de oro, pero no porque los techos estuvieran cubiertos de ese material, sino porque hay yacimientos enormes allí mismo. Es de una riqueza inexplicable, como también es un enigma la desaparición de sus antiguos habitantes. Como sea, los jesuitas hicieron un mapa muy detallado, pero el barco en que eran enviados a Italia, luego de que los detuvieran los agentes de la Pesquisa Secreta, encalló en Tierra del Fuego. Murieron casi todos, pero por algún extraño motivo, el mapa estaba en un cofre sellado con brea que fue encontrado casi intacto por los indios del lugar, los selk'nam. Durante mucho tiempo el mapa estuvo perdido, pero pronto se supo de su existencia. Un judío de apellido Popper anduvo mucho tiempo buscándolo, igual que varios sacerdotes. Pero a esta fecha, no sabemos dónde está. Usted debe encontrarlo y permitir que muy pronto nos asentemos en esa zona o, al menos, explotemos esa inmensa riqueza.

Spengler lo miró con escepticismo. Era un hombre racional y sabía muy bien que el final del régimen estaba cerca, pero había algo que no le cuadraba.

—Cumpliré a cabalidad con su mandato, *Reichsführer*, pierda cuidado. Me honra. Sin embargo, no puedo negarle que me causa cierta inquietud la idea de una Alemania fuera de Alemania, en terrenos salvajes.

Himmler lo inspeccionó de nuevo con sus ojillos inertes como el acero.

—La verdad es que tenemos muchos intereses en América Latina. Usted lo sabe bien. Hay miles de compatriotas nuestros asentados allá y una serie de amistades entre los gobiernos imperantes en algunas de esas republiquetas. Además de nuestros equipos de inteligencia, en algunos meses más voy a enviar a esa zona a un grupo de expertos de la Ahnenerbe, que debe buscar un libro muy extraño que probablemente tenga relación con este tema, aunque aún no puedo saberlo. Tenga fe en esto, Spengler, pues es nuestro pasaporte a una nueva vida para usted, para mí, para Alemania y, más importante que todo, para nuestra sociedad, para la querida Thule — le dijo, mirando un cuadro que tenía a un costado que mostraba un puñal, detrás del

cual había una swástica redondeada que despedía algo así como rayos de luz.

Capítulo 21

Lugar desconocido
14 de mayo de 2017

Theodor mantenía una extraña calma. A pocos metros de él se encontraba la periodista Sandra Guzmán y, aunque las cosas no estaban saliendo como las había planeado inicialmente, se había convencido de que más temprano que tarde lograría su objetivo, que a esas alturas ya era uno solo: capturar al cura aunque, claro, ese era solo un medio para el fin que buscaba con denuedo.

Después de que su gente diera muerte a Duverger y a Etchevers, sin hallar señal alguna del mapa, la revisión del correo de este último había revelado algo inesperado.

Pese a que había borrado casi todos los *emails*, especialmente los más recientes, había un mensaje antiguo que se le había quedado en la bandeja de recibidos. Era un correo enviado por Duverger casi un año antes y en él solo le decía: «Si algo me sucediera, mándale el mapa, codificado de algún modo, al padre Alberto Prat, compatriota tuyo, a quien recordarás por un incidente que hubo en el sur de Chile. Su *mail* es a.olguin.24@hushmail.com».

Hushmail. No podía ser de otro modo, pensó Theodor, quien también usaba un correo de esa compañía canadiense, muy poco conocida a nivel general, pero muy utilizada en el mundo de la inteligencia y las comunicaciones, al proveer un servicio de correos pagado que se jacta de ser impenetrable.

Pues bien, el mapa, el famoso mapa de la Ciudad de los Césares que de algún modo había recibido el sacerdote francés de manos de los selk'nam, el mismo mapa que erradamente había buscado Julius Popper en la Tierra del Fuego, y de cuya existencia se habían enterado también la Gestapo y los servicios de inteligencia rusos (por lo cual habían espiado e interrogado al padre Martín Gusinde, creyendo que él era el religioso que lo tenía), en realidad parecía no existir ya. No había señal alguna de su paradero. No estaba ni en el bolso de Duverger ni en la pieza en que vivía en Bogotá, ni mucho menos en su laptop, como tampoco se encontraba en el computador, departamento y oficina de Etchevers en Santiago, todo lo cual había sido cuidadosamente revisado.

Ante ello, la posibilidad era seguir, uno por uno, a todos los sujetos que en distintos países de América Latina la gente de Theodor había identificado como miembros de la Fede Santa, pero eran demasiados, más de doscientos, aunque la mayoría de ellos estaba en Argentina, Chile y Perú. Pertenecían a diversas logias masónicas, lo que hacía aún más complejo identificarlos, pues no existía una logia que se llamara «Fede Santa». Theodor sabía aquello desde hacía un buen tiempo, y por ello es que el plan de acción que él mismo había diseñado consideraba dos fases iniciales, a las cuales se añadió una tercera: el ataque en contra de los dos principales

sospechosos de tener el mapa (Duverger y Etchevers) y, si no lo tenían ellos, apremiar de algún modo a todo el grupo, en forma directa e indirecta.

¿Cómo? Secuestrando los cadáveres de tres connotados y controversiales masones, en Buenos Aires, Lima y las cercanías de Santiago.

Dicho proyecto implicaba, a posterioridad, establecer un contacto con los Venerables Maestros de las logias masónicas que concentraban mayor cantidad de seguidores de Dante, a fin de ofrecerles un intercambio: el mapa, a cambio de los restos de Pizarro, San Martín y Carrera.

Podía parecer una idea ridícula a simple vista, pero el fondo era brillante, pues habría una presión pública enorme, en especial por parte de la Iglesia católica. Mal que mal, dos de las más importantes catedrales de América Latina se habían visto comprometidas, y lo mismo había sucedido con una de sus iglesias más antiguas en Chile.

No obstante, apareció un tercer factor, no considerado al principio: el cura Prat. Quizá ese era un *fast track*, una vía rápida para acceder al mapa, pero Theodor decidió poner en acción de forma simultánea todos sus recursos, convencido de que algo debería resultar.

Durante varios años había participado en operaciones de inteligencia. No solo había aprendido de su padre, sino que además había tenido a uno de los mejores profesores que se pudiera imaginar: *onkel* Klaus, el tío Klaus, Klaus Altmann, como se denominaba al criminal de guerra nazi Klaus Barbie.

Cuando a fines de los años setenta asumió como asesor de inteligencia de la dictadura boliviana y formó el grupo paramilitar «Los novios de la muerte», uno de sus principales asesores fue un joven Walter Theodor. De poco más de treinta años, había hecho el servicio militar en su país natal, Argentina, y aunque ya había iniciado una carrera exitosa como corredor de bolsa, decidió unirse a ese grupo de mercenarios, y no dudaba en calificar aquella aventura como una de las más hermosas de su vida. Junto a «Los novios de la muerte» había participado del famoso golpe de los «cocadólars», destinado a instalar una narcodictadura en Bolivia, patrocinada por quien alguna vez fuera el narcotraficante más rico del mundo, Roberto Suárez.

Más allá de todo lo que se había divertido y de todo lo que había aprendido junto a *onkel* Klaus —uno de los mejores amigos de su padre—, Theodor sabía que era un aprendizaje necesario.

Desde niño, su padre, cuyo nombre original era Gustav Spengler, le había explicado sin ambages la forma en que había llegado a establecerse en Argentina. Le había contado muchas veces aquella conversación con Himmler, en medio de la cual se había orinado, los viajes que a continuación de eso emprendió por el Vaticano, tratando —sin éxito— de tener acceso a los documentos de los jesuitas, las conversaciones que sostuvo con obispos y cardenales y todo lo que hizo al respecto, hasta que al finalizar la guerra fue atrapado por tropas norteamericanas y enviado a

Rimini, un campo de detención ubicado en Italia donde todos los días era interrogado por oficiales de la OSS, y donde compartió con otros criminales célebres, como Walter Rauff, el inventor de las cámaras de gas, y Erich Priebke, conocido por su papel en la Matanza de las Fosas Ardeatinas.

Cuando estos dos lograron fugarse de Rimini a fines de 1946, Spengler entendió que había una posibilidad para él también y pocos meses después lograba su objetivo sin mayores problemas.

De hecho, sucedió que a alguien se le «olvidó» cerrar su celda, luego de que entregara una serie de informaciones relativas a los aparatos de inteligencia soviéticos, algo que por aquel entonces desvivía a los norteamericanos. Por cierto, la primera información que ofreció tenía que ver con un mapa relativo a una supuesta ciudad perdida que contenía un inmenso yacimiento de oro, pero eso no impresionó en lo más mínimo a la gente de contrainteligencia de los Cuerpos del Inteligencia del Ejército (CIC).

Una vez en libertad, le costó poco contactar a algunos camaradas en Italia. Después de casi tres años escondiéndose y sobreviviendo con cierta tranquilidad, por medio de un pasaporte que la Cruz Roja le había facilitado (gracias a sus contactos en el Vaticano) bajo el nombre de Gustav Theodor, finalmente pudo hacer uso de la llamada «Ruta de las ratas», como se denominó al sistema diseñado por Rauff y otros criminales, que apoyaba la fuga de exnazis desde Génova hasta distintos países de América Latina.

Spengler, ahora rebautizado como Theodor, llegó casi con lo puesto a Buenos Aires, una ciudad que de inmediato lo asfixió con su calor húmedo, pero que lo sorprendió por su aspecto europeo. Pese a que esperaba encontrar chozas con techo de paja y nativos descalzos, lo que Gustav Theodor vio en Buenos Aires fueron los últimos brillos de la que hacia los años veinte fuera una de las capitales más importantes del mundo, y mucho de ello aún se mantenía, como las mansiones francesas que repletaban las calles del centro y sectores como Recoleta, así como el dinero que por aquellos años aún fluía a raudales y que Perón distribuía a su antojo.

Muy pronto, el exnazi comenzó a trabajar en la Mercedes Benz local como vendedor. Un par de años más tarde ya era agente de una sucursal y a mediados de los cincuenta ya poseía su propia empresa de automóviles de lujo. Se había casado con una joven descendiente de alemanes que habían llegado a la Argentina a fines del siglo XIX y habían comprado un departamento en un exclusivo edificio de Avenida de Mayo, casi al lado del Palacio Barolo. En 1953 nació su primer hijo, a quien bautizaron como Walter. Frecuentando los círculos alemanes de la ciudad, pronto entró en contacto con numerosos excamaradas, aunque a otros se los encontraba incluso en la calle, como sucedió con Adolf Eichmann, con quien se topó cierto día en plena Avenida Santa Fe, a la entrada de un cine. Lo mismo le ocurriría algunos años después con Joseph Mengele, a quien vio saliendo de un burdel.

Junto a ellos y varios otros, se juntaban cada 20 de marzo en el cementerio

alemán para rendir un homenaje a sus camaradas caídos en combate, y participaban además de excursiones a la zona de Bariloche, donde esquiaban de día y en la noche entonaban, muy borrachos, viejas canciones nazis en el Club Alemán.

Esa suerte de celebraciones nazis pronto comenzaron a realizarse en distintas partes de América. Hubo regados encuentros en Lima, organizados por Friedrich Schwend; en La Paz, con *onkel* Klaus; en Valparaíso, en Sao Paulo, en Bogotá, en Caracas.

No había ciudad importante de América Latina en la que no existiera un círculo de nostálgicos de Hitler, y cada vez que se atragantaban con salchichas, chucrut y cerveza bock, Spengler, ahora llamado Gustav Theodor, se acordaba de las palabras de Himmler, aquellas relativas a esa ciudad perdida en el sur de Chile o Argentina, llena de oro, donde se refundaría el imperio, donde partiría el Cuarto *Reich*. Cuánto extrañaba su vieja profesión de espía. Es cierto, tenía un bienestar material que sus padres, unos pobres campesinos que vivían al sur de Hamburgo, jamás habrían sospechado que existiera, pero le faltaba la adrenalina, la emoción de aquellos días llenos de ideales que vivió en las SS, los que añoraba el nazi.

Su primera oportunidad de retomar aquel mundo, aunque en forma casi tangencial, devino durante un viaje de negocios a Santiago de Chile, en 1961. Allí, sentado en el señorial Club de La Unión, a menos de doscientos metros del palacio de gobierno, conoció a un «industrial alemán» que estaba interesado en conversar con él acerca de negocios. El intermediario, un exagente del Banco Transoceánico en Chile, los dejó solos luego de pedir pisco sour para ellos.

Después de algunas palabras intrascendentes, el «industrial» se presentó: era Gerhard Mertins, un exoficial de las SS que ahora poseía una de las mayores empresas de tráfico de armas del mundo, Mercedes Export, más conocida como Merex. Mertins, un hombre muy cercano al BND, el aparato de inteligencia de la Alemania Occidental, y especialmente cercano a la llamada «Gehlen Org» (como se denominaba a quienes rodeaban al exgeneral nazi Reinhardt Gehlen, el jefe máximo del BND), necesitaba un profesional como Theodor para sus negocios en América Latina.

—No me malentienda, *herr* Theodor. Tengo varios representantes oficiosos en estos países, como Schwend, Rudel, Rauff y otros, excelentes patriotas alemanes y grandes soldados. Por ende, son una garantía para muchos de mis clientes. No obstante, y le pido absoluta confidencialidad respecto de lo que diré a continuación, debo ser pragmático: cualquiera de ellos puede ser objeto de un intento de detención en cualquier momento o, peor aún, de un secuestro por parte de los judíos, como le pasó al pobre de Eichmann. Usted entenderá que estoy muy bien conectado en Alemania y por eso tengo la certeza de que el antiguo nombre que usted utilizaba en la madre patria no es objeto de pesquisa alguna. Es como si no hubiera existido. Eso, sumado a su trayectoria como hombre de negocios, me ha llevado a hablar con usted. ¿Le interesa? —planteó.

Claro que le interesaba. No solo era una oportunidad de sacudirse el tedio, sino que —además— significa regresar al trabajo compartimentado, a la clandestinidad, a las reuniones en medianoche, a los mensajes dejados en buzones, a la criptografía. ¡Vaya si le interesaba!

Gustav Theodor comenzó a trabajar de inmediato y así fue como logró ir organizando ventas clandestinas de fusiles Galil a la inteligencia y (al mismo tiempo) a la guerrilla de Colombia; helicópteros al Gobierno chileno; aviones a los argentinos, morteros a los peruanos y los ecuatorianos, tanques a los brasileños, y así sucesivamente.

En un par de años gozaba ya, de nuevo, de una red de informantes y de agentes de inteligencia de todos los países con los cuales se relacionaba, y además poseía mucho más dinero, tanto que casi no lo podía manejar. Apenas su hijo Walter egresó de la secundaria lo mandó a la universidad, en Frankfurt, y a su regreso lo incorporó en sus negocios. De a poco comenzó a independizarse y pasó a especializarse en un nicho más pequeño, pero más rentable: el de los grupos paramilitares, las guerrillas y los carteles.

¿Los narcos colombianos necesitaban dos Cessna Skymaster sin papeles? No había problema: Gustav Theodor los conseguía. ¿Armas para los agentes de la CIA que harían una incursión en la selva de Teoponte, en Bolivia? Para eso estaba. ¿Un submarino para el cartel mexicano que quiere llevar dos toneladas de coca hasta la costa de Luisiana? Costaría un poco, pero podía conseguirlo, tenía un proveedor en Kiel.

Hacia fines de los años setenta fue necesario construir estructuras legales que justificaran el dinero que ingresaba a raudales, y el joven Walter, junto con los mejores abogados chilenos, argentinos y norteamericanos, fueron los encargados de ello.

Crearon decenas de empresas ficticias en Panamá, Suiza, Las Bahamas, las Islas Caimán y otros paraísos fiscales, así como empresas reales en toda América Latina, aunque la mayoría de ellas estaba en el Cono Sur, con su base de operaciones entre Buenos Aires y Montevideo. En la década de los ochenta, y ya con el fundador del grupo Theodor en sus últimos años, contaban con cadenas de supermercados, constructoras, universidades particulares, estaciones de combustible e incluso una línea área.

Por cierto, nunca abandonaron el giro principal del negocio, las armas, pero surgieron competidores en el campo en que se desempeñaban, especialmente dos muy poderosos. Uno de ellos era el sirio Monzer Al Kassar, un asiduo visitante de Argentina, donde siempre llegaba junto a su secretario chileno, Felipe Moreno, y quien tenía además excelentes vínculos con la dictadura de Augusto Pinochet. Incluso, existían antecedentes que indicaban que por medio de un pariente suyo de origen chileno, un tal Edgardo Batich, que a la vez era muy amigo del hijo menor de Pinochet, Marco Antonio, habría estado también implicado en el tráfico de cocaína

negra desde Chile hacia Europa con el fin de financiar así a la policía secreta de la dictadura.

El otro competidor que apareció en el escenario era el ruso Viktor Bout, un exagente de la KGB que comenzó a edificar un pequeño imperio en la década de los ochenta y que pronto eclipsó a traficantes como el viejo Mertins —quien murió en 1993— y a Al Kassar —que fue detenido por la DEA norteamericana junto a Moreno—, debido al desmoronamiento del imperio soviético, lo que le dio acceso a una cantidad increíble de armas, tanques, aviones y elementos bélicos de todo tipo, que compraba a precios absurdos, para luego revenderlos miles de veces más caros hasta su detención.

En medio de todo ello, de tiempo en tiempo el viejo Theodor se acordaba de la historia del mapa aquel. Visitó varias veces junto a su hijo Walter las zonas del sur de Chile y Argentina que recordaba aparecían mencionadas en ese informe que Himmler le había dado a leer y soñaba con algún día encontrar ese lugar, solo por el gusto de hacerlo. Aunque claro, también le atraía el oro. Se convirtió además en un visitante frecuente de la famosa y antigua librería de Ávila, frente a la Iglesia de los Jesuitas en el centro de Buenos Aires, donde compraba todos los libros viejos y nuevos que aparecían sobre la Ciudad de Los Césares, y los estudiaba una y otra vez.

Durante su larga vida, el viejo Theodor estuvo varias veces a punto de morir de manera violenta. Poco antes del secuestro de los hermanos Born en Buenos Aires, los Montoneros lo habían tenido como uno de sus posibles blancos, pero poco después se decantaron por los hermanos Born, debido a que se sabía que su fortuna era mayor, aunque en realidad eso no era cierto. Theodor tenía mucho más dinero, pero era un maestro haciéndolo parecer menos en sus declaraciones de impuestos.

Unos años más tarde, en Nicaragua, un cohete LAW impactó en medio del auto en que viajaba por Managua. Nunca se supo de dónde había sido lanzado, pero sobrevivió con heridas leves. En Santiago de Chile, en 1987, dos sujetos desconocidos lo atacaron a balazos en pleno Paseo Ahumada. Sus guardaespaldas acribillaron a los atacantes y la versión de la dictadura fue que se había tratado de un intento de asalto en contra de una farmacia, y que los ladrones habían sido abatidos por las fuerzas de seguridad locales.

Todo parece indicar que escapó de aquellos encuentros cercanos con la muerte porque todavía no era su momento pero, como ocurre con todos, al final no pudo esquivarla más y el viejo Theodor murió una mañana de 1995, cuando intentaba atravesar la esquina de Corrientes con 9 de Julio, en pleno centro de Buenos Aires. Según los testigos, él y dos hombres —sus guardaespaldas— cruzaron desde la plazoleta del Obelisco en dirección al oriente, con luz verde, pero un destartalado Ford Falcon año 63 que iba a toda velocidad atropelló a Theodor y a uno de los guardias, muriendo en el mismo lugar. El que sobrevivió corrió detrás del automóvil tratando de alcanzarlo, pero fue embestido por un ómnibus, que también le quitó la vida. Nunca se pudo encontrar al chofer ni el automóvil, en un caso que fue

caratulado de «homicidio» por la PFA y el fiscal que lo investigó.

Fue así como su hijo Walter, quien en la práctica ya era el líder máximo de la organización empresarial que había fundado su padre, asumió la presidencia de todas las compañías, reorganizándolas y profesionalizándolas mucho más. Se rodeó de gerentes y administradores capaces, de manera que el negocio le quitara el menor tiempo posible, pues ya entrando en la madurez, no quería pasar su vida detrás de un escritorio, sino tras la pista de algo mucho más valioso: la extraña ciudad que su adorado padre sabía con certeza que existía en algún lugar de la cordillera de Los Andes.

Por cierto, ello requería de un marco filosófico, si se quiere, y Walter había trabajado afanosamente en ello, reconstruyendo un grupo esencial para el hitlerismo, y dándole un nuevo sentido a la necesidad de encontrar esa ciudad. Ya no se trataba de buscarla solo por el afán de hacerlo, sino porque era necesaria para la reconstrucción de un nuevo nacionalsocialismo, de un nuevo *Reich*, del Cuarto *Reich*.

En todo eso pensaba Walter Theodor sentado esa tarde a pocos metros del lugar en que mantenía secuestrada a Sandra Guzmán, que había sido trasladada a Santiago de Chile en el doble fondo de un avión y ahora, a pocas horas de haber sido secuestrada al norte de Lima, se hallaba en una casona ubicada en Colina, muy cerca del aeropuerto internacional de Santiago, donde había aterrizado poco antes el avión de Theodor Corp en que había sido trasladada. Estaba tan drogada que no tenía conciencia alguna de haber estado en un avión.

Capítulo 22

Recoleta, Chile
14 de mayo de 2017

Una docena de carabineros del GOPE rodeó el lugar donde estaba el encapuchado que acababa de asesinar al profesor Räber, ahora apuntado por Saavedra y los uniformados.

—¡Al suelo, conchatumadre! —gritó el capitán que lideraba el piquete de policías, mientras apuntaban sus subfusiles automáticos hacia el asaltante, que aún tenía en posición de tiro el fusil que llevaba en las manos.

El individuo calculó en breve cuáles eran sus opciones: si les hacía caso y se dejaba atrapar, aquello terminaría costándole la vida a su esposa e hijas, dos chicas de quince y trece años. Cuando aceptó el trabajo le explicaron muy claramente que nadie podía ser tomado detenido. Él había preguntado qué pasaba si alguien era aprehendido por la policía y la respuesta fue la misma: «No es opción», le dijo Moreira.

Como exsargento de los boinas negras de Chile, hombre formado en el rigor y en el profesionalismo, sabía que en el mundo de las operaciones encubiertas «no es opción» significaba una sola cosa: si te detienen, si hablas, si determinan cómo te llamabas, si les entregas tu teléfono celular, pones toda la operación en riesgo y eso no es opción. En otras palabras: habla y vamos por tu familia, ese era uno de los motivos por los cuales Moreira solo había seleccionado hombres casados y con hijos para la misión.

—Váyanse a la mierda —dijo el asaltante a los carabineros, casi sin convicción y girando el cañón de su fusil hacia ellos. De inmediato tronaron decenas de ráfagas. No fueron más de veinte segundos, al cabo de los cuales el sujeto yacía tirado en el suelo, cubierto por una nube de pólvora, que emanaba de entre su cuerpo y las balas que se habían incrustado en las protecciones de keblar que cubrían sus piernas, brazos, genitales, torso y cuello.

Saavedra lo habría querido vivo para interrogarlo, pero sabía que no había posibilidad alguna de ello, dado lo que acababa de hacer.

—¿Están bien, señores? —preguntó el capitán del GOPE.

—Sí, todo bien, gracias, aunque todavía no entendemos bien que sucedió —le respondió Prat.

—Un vehículo de la PDI fue emboscado a unas cuadras de acá por parte de sujetos que estaban vestidos igual que este tipo. Presumo que eran escoltas o algo así de ustedes —dijo el oficial de Carabineros.

—En efecto, así lo eran. ¿Sobrevivió alguien? —preguntó Saavedra.

—No lo sabemos. Fue un ataque con un RPG-7 o un cohete LAW, aún no lo

determinamos. Hay gente de Carabineros y la PDI trabajando en el sitio del suceso. Nadie vio muy bien desde donde salió el cohete, pero aparentemente fue desde este lado del río. Es probable que este sujeto que acabamos de dar de baja haya sido el autor del disparo.

—En otras palabras, corrimos hacia la boca del lobo —razonó Prat.

—Sinceramente no lo sé, ni tampoco sé cómo los encontró. Quizá los vio pasando, o quizá sean más de uno.

—Son más de uno capitán, son varios. Y ahora permíteme, que debo llamar a la central y pedir que envíen a la Brigada de Homicidios, a fin de periciar este desastre, junto con el cuerpo del pobre profesor Råber y el de este sujeto. Es imprescindible determinar su identidad. Además, debemos irnos de inmediato de aquí, a fin de... —decía el comisario de la PDI, cuando el capitán lo interrumpió haciéndole con su mano un gesto de silencio. Por medio del intercomunicador que tenía en su casco balístico estaba recibiendo un mensaje radial, muy breve, al que solo respondió tres veces diciendo «afirmativo».

—Señores, lamento comunicarles que todos los detectives que estaban en ese vehículo fallecieron —les dijo sacándose el casco en señal de respeto. Los demás carabineros imitaron el gesto.

—Por la remierda, capitán, va a seguir muriendo gente si este buen señor y yo nos quedamos aquí —aseveró Saavedra, avanzando hacia la cocina. El oficial se interpuso delante de él.

—Usted sabe tan bien como yo que no se puede ir. Ya dimos cuenta al fiscal de turno y estamos esperando instrucciones sobre qué policía trabajará el sitio del suceso y quién interrogará a los testigos y víctimas, que son ustedes. No me haga más difícil el día, señor.

—Saavedra, capitán. Comisario Saavedra. Sé que tiene toda la razón y yo, de estar en su lugar, haría lo mismo. No obstante, este no es un procedimiento ordinario, en el que un fiscal puede huevear todo el día si quiere. Usted entiende que aquí está en juego algo muy importante, ¿no?

El oficial, un hombre de apellido Jara, era un sujeto muy instruido. Lector voraz de cuanto caía en sus manos, lo único que veía en la televisión eran los noticiarios. Estaba al tanto de todo lo que había sucedido en las últimas horas y sabía de igual modo que ese detective y ese cura estaban en el centro de lo que ocurría. Si de él dependiera, los dejaba ir de inmediato, pero se metería en un problema de procedimientos importantísimo.

Miró a sus hombres y luego se acercó al comisario, musitándole algo al oído.

—Mire. Usted va a hacer como que le llegó un mensaje de alguien muy importante, el Papa, el presidente de Estados Unidos, qué sé yo, autorizándolo a irse. Yo me encargo del resto.

—Gracias —respondió el comisario quien, acto seguido, buscó su teléfono en el bolsillo. Lo sacó con un gesto teatral y lo miró.

—¿Pasó algo? —le preguntó el capitán.

—Sí. El director general de la PDI me dice que debemos estar de inmediato en su oficina, que es una orden —aseveró, sabiendo que para los policías que estaban allí, formados militarmente, eso era casi un mandato divino.

—¿Cómo sé que eso es verdad? —le preguntó el capitán.

—Mire —respondió Saavedra, pasándole su teléfono, en el cual figuraba una serie de mensajes de su lista de WhatsApp de la universidad donde había estudiado historia. Para tratar de dar mayor realismo al asunto, el capitán leyó en voz baja algunos de los mensajes. Había textos sobre la importancia de hacer deportes, fotos de los hijos de algunos excompañeros, mensajes insinuantes sobre gente que había sido pareja en la universidad y cosas así.

—Ok, ¿y qué hago si me llama el fiscal de turno y me pregunta al respecto? —preguntó el capitán.

—Muy simple, mándelo a la mierda —replicó el funcionario de la PDI, causando una risotada entre los carabineros. Despidiéndose de ellos, Saavedra y Prat salieron de allí, no sin antes lanzar un último vistazo al cadáver de Räber.

Viendo a la muchedumbre que se agolpaba afuera, Saavedra se dio cuenta de que estaba lleno de cámaras. Obvio. No solo estaban en el centro de Santiago sino que, además, se hallaban a pocas cuadras de las sedes de Canal 13 y Canal 7.

—Esto será muy complejo —reclamó Prat, pero justo en ese momento un automóvil inmenso, un Lexus, se estacionó al frente, descendiendo de él dos gorilas en medio de los cuales iba el fiscal Escobedo, un hombre de escasísima estatura que, pese a un par de fracasos muy sonados, se había hecho muy popular entre los periodistas, debido a su tendencia a hablar de todo. De hecho, apenas lo vieron, los periodistas se abalanzaron sobre él, perdiendo todo el interés en lo que pasaba en la casa.

Fue en ese momento que Prat y Saavedra salieron. Con un poco de esfuerzo lograron entrar al Peugeot, sin que Escobedo (el mismo fiscal que había imputado a Saavedra por la muerte de Stangl) o los medios lograran verlos. Con cierta dificultad, lograron salir de allí y llegar a la Costanera Norte.

—¿Hacia dónde vamos? —preguntó Prat.

—Al aeropuerto, ¿no? Entiendo que debería haber un avión esperándonos allí. Al menos eso pidió usted —le respondió el oficial de la PDI.

—Tiene toda la razón. ¿Dónde nos dirigiremos primero? —preguntó el sacerdote.

—Si estimamos que el finado Räber no se equivocaba, deberíamos partir a Buenos Aires, la ciudad que en sus inicios estuvo en algún lugar que nadie ha podido precisar con exactitud. Usted viene llegando desde Colombia, así es que debe andar con su pasaporte encima, ¿no?

—En efecto, tengo mi pasaporte diplomático a mano. ¿Y u s t e d?

—Tengo un pasaporte también, en la guantera del auto, de pura casualidad. Hace poco hice un viaje de placer fuera de Chile y por motivos que ni atino a entender se

quedó para siempre allí. Lo vi hace unos días nomás.

—Sería ideal que su pasaporte fuera diplomático también. Simplificaría mucho el asunto en aduanas y migración.

—Lo sé, padre, pero no tengo cómo obtener un pasaporte diplomático.

—¿Y no le puede pedir al subdirector de la PDI que solicite uno?

—Usted está loco. Voy con mi pasaporte ordinario de siempre. Si no funciona, mala suerte.

—Tiene toda la razón, Saavedra, disculpe. Es que estoy cansado y muerto de hambre.

—También yo. Deberíamos tratar de comer algo en el aeropuerto.

—Gran idea, gran idea —dijo el cura, sumiéndose en la pantalla de su celular, en el cual comenzó a revisar Twitter.

—¡Saavedra, Saavedra! Tengo una mala noticia. Hay un tweet aquí, de *El Comercio* de Lima. Dice que esta mañana hubo un ataque a una van de turistas en las cercanías de Caral, en el valle del Supe, al norte de Lima. Hay varios muertos y una persona desaparecida.

—No, padre, no lo diga —pidió el policía, conteniendo la respiración, luego de lo cual el sacerdote no volvió a abrir la boca hasta que llegaron al Aeropuerto Internacional de Santiago.

Capítulo 23

Lugar desconocido, Chile
14 de mayo de 2017

Por un fin una buena noticia, pensó Theodor, luego de colgar el teléfono. Abrió el Ipad que tenía al lado suyo y revisó su bandeja de entrada. Ahí estaba el correo original. Miró un par de veces la dirección `getcheversa@gmail.com`. Y luego, con el lápiz del Ipad, corrió la pantalla hacia abajo y comenzó a leer: «En la ciudad que en sus inicios estuvo donde nadie sabe dónde».

Por fin el *hacker* que había contratado, un joven estudiante de informática de la Universidad de Santiago, había logrado lo que ningún cerebritito de Silicon Valley: quebrar los códigos de acceso de una cuenta Hushmail y no dejar rastro alguno. Gracias a ello, había entrado a la cuenta de Prat, copiando el mensaje que le mandara Etchevers.

Theodor leyó una y otra vez el texto. Aquello de Dante le hizo sentido de inmediato, pues sabía a la perfección de la relación entre aquellos viejos masones y la Fede Santa, lo mismo que las menciones a Oriente y todo aquello. ¿Moáis en el desierto? Eso sí que era raro, lo mismo que lo de las colas de lagarto y los elefantes.

Pero Theodor comprendía que todo aquello debía tener un significado oculto, alguna razón de tipo esotérico. Él mismo era un hombre más bien pragmático, un obrero de la causa, pero asumía que más allá de cumplir con la obsesión de su padre por el mapa, había una doctrina a la cual era necesario honrar, y el proyecto político de largo plazo al cual se debía así lo demandaba.

Sin embargo, no era momento de filosofar. Teniendo ya eso en las manos, solo faltaba precisar algunos detalles. Miró hacia el cuarto donde mantenía secuestrada a Sandra Guzmán. Ya no era del todo necesaria, como tampoco lo era mantener todos esos huesos rescatados en Lima, Buenos Aires y El Monte escondidos. Llamó a Osorio. Este, no solo lesionado físicamente, sino que herido hasta en lo más profundo de su orgullo, respondió de inmediato.

—¿Alguna novedad sobre esta gente? —preguntó.

—Sí. El hombre que tenemos en la Dirección de Aeronáutica avisó hace poco que en la zona de vuelos VIP del aeropuerto aterrizó un avión Gulfstream G550, que aparece inscrito a nombre de una empresa de fantasía que está en Panamá, Holly Services. Obviamente viene a buscar a alguien.

—Estos curas imbéciles ni siquiera tienen imaginación —se rio Theodor, debido al nombre de fachada de la compañía: «servicios sagrados», en español.

—Estoy de acuerdo con usted, señor —respondió el exmilitar, sabiendo que en realidad no podría estar en desacuerdo.

—¿Tienes gente en la zona?

—La misma unidad artillada que usamos al mediodía, donde perdimos a un hombre, se encuentra muy cerca. De hecho, ante la posibilidad de que algo suceda con ese avión, les ordené estacionarse en las inmediaciones y con vista al despegue.

—Excelente. Ya no necesitamos más a ese cura —dijo el empresario. Su voz tronó al otro lado de la línea. Osorio sabía perfectamente bien qué significaba aquello.

—¿Está seguro?

—Totalmente seguro. Ya no es necesario. Gracias a lo que nos envió nuestro amigo experto en computadores, el señor Prat se volvió prescindible. Tampoco necesitamos nada más. Puede botar todo a la basura.

—¿Todo, señor?

—Todo. No me interesan los huesos viejos.

—A su orden —respondió el mercenario.

—Así me gusta.

—Una última pregunta, señor. Imagino que con la mujer haremos lo mismo, ¿no?

—Claro. Tampoco sirve de mucho en este momento, pero esperemos un poco. Deje que nuestro buen amigo González se entretenga un poco con ella.

—A su orden —respondió el exoficial argentino, comprendiendo también que luego de ello esa mujer pediría ser asesinada.

Capítulo 24

Santiago, Chile
14 de mayo de 2017

Ya era media tarde cuando Prat y Saavedra pudieron por fin abordar el Gulfstream G550 que la curia vaticana conocía como el «G»: un hermoso avión de color blanco sin logos que los esperaba en la calle de rodaje de Santiago FBO, una de las empresas que provee servicios a aviones privados en el Aeropuerto de Santiago.

Luego de que un funcionario de Policía Internacional revisara sus documentos y mirara con cierta suspicacia a Saavedra, pese a lo cual lo dejó entrar sin problemas, pasaron directo a la losa y apareció extendida frente a ellos la escalerilla del estilizado avión.

—¡Diantres! —fue lo primero que Saavedra exclamó al entrar al lujoso aeroplano de dos turbinas, dividido en dos secciones interiores: la primera equipada con cuatro asientos de primera clase, tapizados de cuero de un color castaño claro, mientras que la segunda sección constaba solo de dos butacas, una especie de sofá y un escritorio.

—Muy lujoso. Una vergüenza de lujo —replicó el sacerdote, sin entender que lo que había manifestado el comisario no había surgido de su cerebro, sino de sus hormonas, debido a la fuerte impresión que le causó la vista de Marita Mariangel, una hermosa morena de ojos verdes, alta, delgada y poseedora de una sonrisa que Saavedra más tarde describiría como «la más sublime del mundo».

La agente estaba de pie al interior del avión, casi rozando el techo de este. Vestía unos jeans desgastados y un *blazer* azul, que dejaba entrever un cuerpo evidentemente trabajado en gimnasio.

—Comisario Esteban Saavedra, Policía de Investigaciones de Chile —se atarantó el oficial, al saludarla con la mano.

—Marita Mariangel —respondió ella con una amplia sonrisa, dejando ver una dentadura casi perfecta. De reojo, Saavedra observó cómo Prat la miraba con desenfado, como molesto ante la amabilidad de ella.

—Algo he escuchado de usted —respondió el policía chileno. Ella entornó los ojos con coquetería, como si se sintiera muy halagada.

—Yo he escuchado más que algo respecto de usted, comisario, en especial sobre su buena puntería y sagacidad. Mi colega aquí presente no estaría vivo de no ser por usted —respondió ella con la misma y enorme sonrisa, pero con un tono burlón que gustó muy poco al sacerdote.

—¡Supiera todo lo que hemos pasado hoy! —agregó Saavedra, tratando de alisar un poco su enmarañado pelo.

—Hemos tenido un día bastante ajetreado, comisario. Creo que debemos aprovechar la hora y media de viaje que tenemos hasta Buenos Aires para descansar y

pensar qué hacer con la situación que afecta a Sandra —acotó el jesuita.

—Yo creo que deberíamos revisar ese código que tiene usted, padre. Entiendo que la señora Mariangel... —decía el policía, cuando ella lo interrumpió.

—Señorita —comentó moviendo las pestañas. Prat miró hacia arriba suspirando.

Saavedra asumió que estaba siendo notificado de manera oficial de la situación de soltería de esa bella mujer. Se preguntó si alguna vez habría estado casada, si tendría hijos, si existiría un novio secreto en algún lado. Del mismo modo, trató de captar su acento, pero era difícil de precisar su origen.

¿Brasileña, argentina, cubana, peruana? No lo supo de inmediato. Chilena no era. ¿Viviría con alguien más, con su madre, con alguna amiga, con algún amigo, con una hermana? Necesitaba saber más de esa mujer y el cura no parecía ser la vía más adecuada, por lo que no insistió. Prat le había reenviado el correo con el código, así es que no dudó en abrir su celular.

El piloto del avión, un alemán muy severo que los había recibido en la escalerilla, anunció en un español horripilante que iban a despegar, por lo cual pidió que se abrocharan los cinturones. Luego pronunció un par de palabras ininteligibles en alemán, mientras el avión comenzaba a rodar hacia una de las dos pistas principales.

Saavedra quedó esperando que el capitán dijera algo en inglés, como es habitual en cualquier vuelo, pero al parecer el piloto tenía modales bien poco diplomáticos, aunque en realidad estaba preocupado del carreteo que, en la pista del lado, efectuaba un Lear Jet que despegaría antes.

—Le pido que le pegue una mirada a esto, señorita. Entiendo que usted trabaja en la zona oriental del continente, así es que quizá pudiera ayudarnos. De acuerdo a la última persona con que conversamos hoy, un profesor que fue asesinado delante nuestro, esta mención en el texto sobre la ciudad que en sus inicios estuvo donde nadie sabe, podría corresponder a Buenos Aires, por aquello de... —decía el comisario mostrándole su teléfono, cuando Prat lo interrumpió.

—Señor Saavedra, ¿acaso no sabe que cuando un avión despegue debe apagar su teléfono? —preguntó molesto.

—Positivo. Pero no he escuchado al piloto decir nada al respecto —respondió, sin percibir la hostilidad del sacerdote.

No obstante, Marita sí que se dio cuenta.

—No seas pesado, Prat. Sigues siendo un amargado —le reclamó, poniéndose de pie y partiendo hacia la parte trasera del avión.

—Yo solo le hice presente al señor Saavedra que el teléfono... —trató de defenderse el sacerdote, mientras el policía guardaba un riguroso silencio, pensando que lo ocurrido entre Marita y Prat debía haber sido una bronca de magnitudes importantes, lo que se confirmó con el portazo que la mujer dio al entrar al baño ubicado al final del avión.

—Tiene su carácter —comentó el comisario, aún embelesado.

—Usted no la conoce Saavedra, no tiene idea de quién es ella. Esa mujer es una

serpiente, Saavedra, una verdadera serpiente —le dijo Prat, con los ojos furiosos.

—No tengo cómo opinar al respecto, pero presumo que tendremos que trabajar con ella, así es que no entiendo su posición.

—Ya la entenderá —replicó el cura, mirando por la ventana y viendo cómo Santiago de Chile comenzaba a desdibujarse a los pies de ellos.

Un poco más allá, a no más de dos kilómetros de distancia, los dos hombres de Osorio esperaban a un costado de la autopista Vespucio Norte, en el acceso a un camino vecinal, a bordo de una pequeña camioneta que a un costado decía «reparaciones varias». No vestían como militares ni lo parecían a simple vista. Más bien, su aspecto era el de dos trabajadores que hacían labores a domicilio.

Sin embargo, si se los observaba bien, había cosas en su aspecto que desentonaban con la imagen que querían proyectar, principalmente el pelo escrupulosamente bien cortado, así como las afeitadas casi castrenses en sus caras, y los dos finos bigotes que usaban.

Uno de ellos tenía un manos libres *bluetooth* en uno de sus oídos y se encontraba sentado en la parte trasera del vehículo fumando un cigarrillo. El otro sujeto estaba dentro de la cabina, con algo entre las manos.

—Ya despegó y tenemos instrucciones de atacar —le dijo a su compañero tras recibir el telefonazo de Osorio. El hombre que estaba atrás alzó desde el suelo un lanzacohetes, semejante al que horas antes habían utilizado para volar el vehículo donde iban los escoltas de Saavedra y Prat.

Gracias al plan de vuelo sabían que el destino del Gulfstream era la capital argentina, por lo cual, independientemente del cabezal que usara para despegar, giraría hacia el oriente y probablemente estaría a tiro de cañón.

Tal como lo suponían, el *jet* apareció casi en forma instantánea en el horizonte, a muy pocos metros de ellos, aún montando. El hombre que operaba el lanzacohetes era un exsoldado boliviano, un antiguo ranger con muchas batallas en el cuerpo que jamás había fallado un solo tiro y que muchas veces había lanzado el mismo tipo de cohetes en diferentes operaciones clandestinas en las cuales había participado no solo para el Ejército boliviano, sino también para distintas milicias que habían contratado sus servicios.

—¿Lo tienes a la vista? —le preguntó el otro sujeto, abriendo la puerta del conductor, a fin de tener a punto el móvil para huir de allí.

—Sí, no hay problema —respondió mientras apuntaba por la mira telescópica y calculaba que el avión estaba a no más de setecientos pies sobre ellos, altura que de por sí resultaba muy compleja, pues el viento hacía fácilmente desviable la ojiva. No obstante, estaba utilizando una de las más pesadas, y confiaba en que la presa no se escapara.

Esperó un par de segundos a que el avión blanco pasara sobre sus cabezas y, mientras transitaba sobre la comuna de Quilicura en dirección a la cordillera de los Andes, apretó el gatillo del lanzacohetes.

El misil salió a toda velocidad en dirección al blanco, girando sobre sí mismo y dejando una densa estela de humo, lo que generó que varios automovilistas que transitaban en ese momento por la autopista se detuvieran a ver lo que sucedía.

Uno de ellos, un hombre que iba en un destartado Toyota, ya había visto por su ventana izquierda cómo el hermoso avión subía a toda velocidad. En ese mismo momento, el conductor se percató de un estallido a su derecha y luego vio pasar por encima un bólido que parecía puro fuego. Sin tener forma de calcular en qué parte exacta del cielo se encontraba el avión, frenó y se abrazó del volante. Por un milisegundo pensó en tomar su celular, en llamar a la policía, a los bomberos, una ambulancia, lo que fuera, pero se dio cuenta de que todo eso se terminaría en breve, cuando el cohete diera contra el fuselaje.

Y así fue. El impacto de la ojiva contra la estructura del avión se produjo justo debajo de la cabina, causando una explosión inmensa. Los automovilistas que estaban detenidos tuvieron la sensación de estar viendo de nuevo la explosión del transbordador espacial Challenger y, de hecho, como se puede apreciar en un video que alguien subió a Youtube solo unos minutos después, fue muy semejante: el avión se desintegró por completo. En el video se ve una llamarada que corre desde la cabina hacia atrás, en milésimas de segundos, como si el fuego fuera un ácido que elimina todo a su paso.

Luego de ello, lo único que se aprecia son restos que saltan hacia el vacío y caen sobre las casas, cenizas, humo y polvo. De fondo, en el mismo video, se escucha a alguien que dice «conchatumadre, conchatumadre. ¡Es imposible que alguien haya sobrevivido!».

Un segundo video que alguien logró grabar, minutos después, muestra los destrozos que los restos del avión causaron en una calle de Quilicura. Basta ver las casas destrozadas y los restos metálicos del avión esparcidos por toda la calle, en medio de brasas humeantes, para entender por qué esa misma noche se dictó estado de sitio en toda la Región Metropolitana de Chile, decretándose además duelo nacional, debido a la muerte de las 36 personas que perecieron producto del atentado en contra del avión, incluyendo a más de treinta pobladores y a todos quienes viajaban en la aeronave.

TERCERA PARTE

Capítulo 25

Santiago-Buenos Aires
14 de mayo de 2017

El avión de Walter Theodor despegó casi tres minutos antes de aquel ensordecedor estallido sobre el cielo de Quilicura. Pese que Walter estaba ansioso por enterarse de cómo terminaría aquel operativo, sabía también que si era exitoso y la aeronave era destruida automáticamente, se suspenderían todos los despegues hasta que no se supiera medianamente bien qué había sucedido, por lo cual se apuró en llegar desde Colina, de la casa donde estaba secuestrada Sandra Guzmán, hasta otra de las empresas FBO del aeropuerto de Santiago, donde abordó su Embraer Legacy 600, un avión *jet* de dieciséis pasajeros, fabricado en Brasil, y diez veces más barato que el Gulfstream. Quizá un poco más lento y con menos autonomía, era de todos modos casi igual de lujoso y servía a sus propósitos en plenitud. De hecho, ya estaban sobre la precordillera cuando se produjo el estallido.

Sentado en uno de los primeros asientos, Theodor percibió el destello, pero no escuchó el rugido de la estructura resquebrajándose en medio del cielo ni tampoco la pudo ver.

Tras ello pidió a Osorio —quien viajaba con un pasaporte brasileño a nombre de Joao Vasconcellos— que conectara el audio de la torre de control de Santiago a su estación de entretención, y fue así como escuchó la desesperación de los controladores de vuelo y los llamados a la aeronave, después de que esta desapareciera del radar, al mismo tiempo que se producía la explosión.

Casi quince minutos después, Osorio se le acercó con una buena noticia. Junto con enviar a los hombres que debían disparar al Gulfstream, mandó a la misma zona a un equipo de dos observadores, también vestidos de civil, cuya misión era evaluar los resultados del operativo.

Tal como se hace siempre en este tipo de operaciones negras, los dos sujetos, un taxista y su pasajero, fueron de los primeros en aparecer en la zona de Quilicura afectada por la caída del avión. Solícitos, llamaron a las ambulancias y comenzaron a recorrer los escombros del aeroplano y de las casas buscando sobrevivientes.

En una de las primeras viviendas que pudieron revisar, de hecho lograron sacar a una mujer de setenta años, a la cual un pedazo de alerón había amputado la pierna derecha a la altura de la rodilla, luego de destrozar el techo de su modesta casa. Entre ambos la arrastraron hacia la calle y con la casaca del supuesto taxista aplicaron un torniquete en la herida, tratando de contener la hemorragia. Un poblador que vio la escena la inmortalizó para siempre al fotografiarla con su teléfono celular. Se trata de la famosa imagen en que se ve a un hombre con cara de desesperación y todo manchado de sangre, mientras el otro toma tiernamente la cabeza de la mujer, al

tiempo que detrás de ellos arde un trozo de avión.

Pues bien, esos héroes anónimos que fueron objeto de miles de *likes* en la cuenta de Instagram del autor de la foto, y motivo de siete notas en *Las Últimas Noticias* de los días siguientes, nunca fueron hallados por los reporteros que los buscaron denodadamente, por una razón muy simple: no podían ni debían ser hallados.

Sin embargo, luego de ayudar a la mujer y a otras personas en un radio de más de un kilómetro cuadrado, comprobaron que nadie había sobrevivido al accidente. Debido al impacto y a la carbonización de los restos era casi imposible contar los cadáveres de inmediato, pero algo era claro: todos los supervivientes eran habitantes de las casas del sector, automovilistas o personas que iban caminando por la calle sobre la cual cayeron la mayoría de los restos del aparato.

Estaban seguros de ello, y por eso es que el mensaje que enviaron a su jefe, a Osorio, solo contenía un emoji riendo en pleno, la señal convenida para avisar de un resultado ciento por ciento satisfactorio. Osorio tuvo el impulso de llamarlos, pero se refrenó.

Si bien la red de telefonía con que contaban era inexpugnable para las policías chilenas, sabía que la Fuerza Aérea, que revoloteaba Santiago desde temprano, debía estar a esa hora no solo sobrevolando por todos lados, sino que además debía tener sus equipos de escucha actuando a cabalidad y esas eran palabras mayores, así es que prefirió esperar a llegar a Buenos Aires para obtener más detalles.

Ello, sin embargo, no le impidió informar de los hechos a su superior.

—Señor, se acaba de reportar el equipo de observación. Hay un resultado positivo al ciento por ciento —le anunció, tratando de erguirse lo más derecho que le permitió el techo del Embraer y la herida que tenía.

—Excelente, Osorio, excelente. Muy buen trabajo. Ahora váyase a descansar, que tenemos mucho trabajo por delante. Me interesa finiquitar luego lo de la mujer aquella, la periodista.

—Muchas gracias por sus palabras, señor. González ya va en camino —dijo, refiriéndose al que quizás era el sujeto de mayor edad en todo su equipo, un hombre de más de sesenta años que, pese a ello, se mantenía en un estado físico envidiable. En su juventud había sido empleado civil de la tenebrosa DINA, la Dirección de Inteligencia Nacional de Augusto Pinochet, donde se había especializado en una materia en particular: hacer desaparecer cadáveres.

—Ojalá que lo haga rápido.

—Así será, señor. No pasa de esta noche. Aprovecho de preguntar, para decirle al piloto, si aterrizaremos en Aeroparque o en Ezeiza —preguntó Osorio, refiriéndose al aeropuerto de Buenos Aires al cual llegarían.

—Vamos a Aeroparque. En Ezeiza seguramente estará todo alborotado con esto del avión y los de la SIDE andarán husmeando por allí.

—Podríamos irnos directo a Montevideo —propuso el exmilitar.

—No, estamos contra el tiempo. Debemos llegar lo antes posible a Buenos Aires

—expresó Theodor.

Aquí hay gato encerrado, pensó Osorio. Ya habían eliminado a ese molesto cura y al rati chileno, los únicos que también tenían el código, y solo quedaba esa chica, que en un par de horas más estaría picada en mil pedacitos para ser comida por los peces frente a Valparaíso. ¿Cuál era el apuro?

Para evitar problemas en la aduana chilena (pero pensando especialmente en la argentina), habían subido al avión sin armas, pero su instinto le dijo a Osorio que era mejor prevenir. Si bien los otros dos exsoldados que viajaban con ellos eran un par de argentinos de su absoluta confianza, de credenciales políticas impecables, pues ambos habían sido parte del intento de golpe de Estado de los «carapintadas», encabezados por el coronel Mohamed Alí Seineldín, en 1988, ya no podía confiar en nadie.

—Claro, jefe. Como usted diga. Permiso. Iré a comer algo y luego trataré de dormir un poco —le respondió, dirigiéndose a la cocinilla ubicada al final del avión. Allí se confeccionó un sándwich de jamón y queso, y luego ocultó en su casaca el cuchillo que usó para cortar el pan. Puso el sándwich en una bandeja y desde el refrigerador sacó una Coca-Cola Light. Con todo ello se acomodó en el penúltimo asiento e hizo como que dormía, aunque nunca había estado tan despierto en su vida entera.

Capítulo 26

Buenos Aires, Argentina
14 de mayo de 2017

El *jet* de pasajeros aterrizó cuando ya era de noche. Al aproximarse desde el occidente, la capital de Argentina parecía una gigantesca mancha de luz que solo terminaba siendo tragada por el vacío del Río de la Plata. Al fondo, al otro lado de este, se veían los brillos, mucho menores en tamaño, de Montevideo.

El ocupante del primer asiento se quedó embelesado mirando esa imagen. Pese a que conocía todo el mundo, y especialmente Europa con detalle, la impronta europea mezclada con lo latino que poseía esa megalópolis siempre lo impactaba. Cada vez que podía, decía que Buenos Aires era una de las ciudades más bellas del mundo. Por supuesto, no faltaban los diletantes que se lo rebatían, algunos de ellos ofendidos.

—¿Buenos Aires la más bella? ¡Pero señor, de qué habla! ¡No insulte a París, Londres, Nueva York, Praga, Viena o Berlín! ¡Esas son ciudades bellas, pero Buenos Aires es solo una imitación de París! —le había replicado en alguna ocasión un alemán muy mal genio, a quien había conocido en el famosísimo café Tortoni, en pleno centro histórico de Buenos Aires.

Le contestó que más allá de que la majestuosa arquitectura del Buenos Aires de principios del siglo xx fuera de estilo francés, lo que de verdad la hacía bella no era solo eso, sino la conjunción de esas edificaciones con el clima, con el idioma italiano, con el río más ancho del mundo, con el ambiente de sus barrios, con su vida cultural, etc., pero el alemán, muy molesto ya, le replicó en forma cortante.

—Muy civilizados se creerán por aquí, ¡pero en el baño hay un cartel que prohíbe escupir en el suelo! —respondió, poniéndose de pie y saliendo de allí.

Alberto Prat ni siquiera alcanzó a explicarle al alemán que aquella placa que efectivamente dice «se prohíbe escupir en el suelo, Ordenanza Municipal Abril 11-1902», es parte del atractivo del lugar, que incluso afuera exhibe una placa que lo declara «lugar de interés cultural», pero en fin.

—¿En qué piensa, padre? —lo interrumpió de pronto Saavedra, sentándose al lado suyo. Marita había ido al baño, así es que ese era ciertamente el motivo por el cual el policía recobraba el interés en él. La verdad era que la advertencia respecto de que aquella mujer «era el demonio», parecía haber obrado en contra de los deseos de Prat y solo había servido para estimular al oficial en sus afanes por pavonearse delante de ella. De hecho, no se había alejado de Marita en todo el viaje.

—Pienso en el destino, en la gente que iba en ese otro avión.

—El Learjet que despegó antes que nosotros.

—Ese mismo, Saavedra. Pobre gente —le respondió.

Era cierto que luego del brutal estallido, que vieron en el momento en que el Gulfstream despegaba sus ruedas de la losa de Pudahuel, pensó todo el rato en ello. A ninguno le cupo la más mínima duda de que el objeto de esa bomba o misil, o lo que fuera, eran ellos, y solo una casualidad había permitido que librarán con vida, debido a que los atacantes habían disparado contra el primer *jet* blanco privado que vieron en el horizonte. Sin embargo, en ese momento el religioso no estaba pensando en ello, pero no quiso quedar como un frívolo ante su colega, si es que le confesaba su atracción por el espectáculo de luces.

—¿Usted tiene claro que todo esto no puede ser por ese simple código, no, padre?
—le preguntó Saavedra.

El cura venía sospechando eso desde hacía un buen rato y había llegado a la misma conclusión.

—Pienso lo mismo, Saavedra. Es evidente que hay algo muy poderoso detrás de todo esto. Lo que ha sucedido revela una organización impresionante. Dudo que cualquier gran cartel de drogas mexicano o alguna guerrilla pudiera hacer todo lo que han hecho desde ayer. Hay una capacidad logística increíble.

—Y no solo eso, padre. Deben ser cientos de milicos, exmilicos o expolicías, los que han trabajado en esto. Hay helicópteros, explosivos, vehículos, armas de todo tipo, viajes, seguramente. Hay mucho dinero involucrado.

—¿Qué cree usted, Saavedra, paramilitares al estilo colombiano?

El comisario de la PDI se rascó la cabeza, como pensando, pero justo en ese momento la agente Mariangel salió el baño, así es que el policía abandonó la actitud levemente simiesca en que se encontraba y se puso muy derecho y con cara de interesante.

—No, los paramilitares colombianos eran unos simples narcos de ideología nacionalista, sujetos muy básicos en definitiva. Las FARC colombianas, en sus buenos momentos, eran muy sofisticadas, pero nunca salieron mucho de su territorio, ni tampoco habrían tenido motivos para todo esto. Creo que, de fondo, hay algo ideológico, sin duda. Ningún grupo mafioso, ya sea de narcos, traficantes de armas o lo que sea, se toma tantas molestias para conseguir algo. Mi impresión es que hay algún intento de dejar algo por sentado, de decir algo con todo esto.

—¿Algo cómo qué? —preguntó Marita Mariangel, sentándose en el asiento del otro lado del pasillo.

Saavedra pensó rápidamente que era su momento para decir alguna gran frase, algo que la dejara impresionada.

—Mire, Marita. Hace un par de años estuvimos muy cerca de un exsoldado nazi, el abuelo de doña Sandra Guzmán, la periodista que tan gentilmente ayudó al padre Prat y que ahora está secuestrada, hasta donde entendemos. Pues bien, ese hombre fue enviado a Santiago a fines de la Segunda Guerra Mundial, junto a otros sujetos de una unidad especial de las SS, a buscar un objeto que se encontraba al interior de la tumba perdida de La Quintrala, la mujer más perversa que ha conocido la historia

chilena.

—Conozco la leyenda, continúe, Esteban —respondió la espía, causando un revuelo en todas las hormonas de Saavedra, quien solo recordaba a su madre llamándole por el nombre de pila.

—La historia es larga y enrevesada, pero entiendo que incluso algún sujeto desconocido escribió la historia por allí, en un libro casi artesanal que circuló en los grupos underground de Santiago. Creo que tengo una copia por allí y si le interesa se la puedo enviar —dijo el comisario casi con desinterés, sabiendo que en realidad todas sus acciones aparecían explícitamente relatadas en dicho texto.

—¡Sería genial! —replicó la agente con entusiasmo.

—Lo buscaré. En fin. El punto es que dicha investigación evidenció el interés de exmilitares de la dictadura chilena en un objeto de una elevada significación esotérica, sobre todo para los nazis.

—Los antiguos nazis, querrá decir —contestó Mariangel.

—Hay distintos tipos de nazis en este continente. Están los nazis que adaptaron la imaginería del NSDAP alemán a las razas criollas, por ejemplo, y también están los neonazis, los skinheads y muchos otros tarados que se creen nazis, pero hay un tipo de nazis en particular que son los más preocupantes: los de verdad —dijo, quizá esperando alguna exclamación de asombro ante la dramática forma en que cerró la frase, pero solo encontró una expresión de burla en el rostro de Prat y una mueca en la cara de la mujer, que parecía decir «no entiendo».

—Creo que el señor Saavedra se confundió. Imagino que cuando se refiere a los nazis «de verdad» está hablando de aquellos pelotudos que son hijos o nietos de criminales nazis, o de oficiales de las SS, la Gestapo o el Abwehr, que huyeron tras la Segunda Guerra Mundial y se vinieron a vivir a América Latina. ¿Está bien mi doblaje, comisario? —preguntó con sorna el cura.

—Sí, padre, a eso me refería. Así como en los años cincuenta y sesenta los criminales que huyeron desde Europa a América Latina se reunían para festejar el cumpleaños de Hitler, pero también para ayudar y proteger a sus camaradas, sus hijos y nietos, hacen lo mismo.

—Es broma, ¿cierto? —preguntó la colega de Prat.

—En ningún caso. La ideología nazi sigue muy firme en América Latina y cuando le hablo de ideología nazi no solo me refiero a la política, sino también a sus aspectos esotéricos, a sus creencias sobrenaturales, aquellas que eran el motor de sujetos como Himmler y otros más, que como consecuencia de la reinterpretación de mitos celtas, drúidicos, vikingos, pero también cristianos y de otros orígenes, se convencieron de que eran una raza elegida, indestructible y destinada a gobernar el mundo.

—No puedo creer que a estas alturas de la historia haya gente que piense de ese modo, es absurdo —objetó la agente.

—No tiene nada de increíble, Marita. Piense que hace cerca de ochenta años, en

Alemania, el país que es cuna de la filosofía y el pensamiento político, uno de los países más cultos e industrializados del mundo, una pandilla de papanatas liderada por Hitler asumió el gobierno de ese país. Y por voluntad popular, porque fueron el partido más votado en el parlamento y ello obligó al canciller Hindenburg a negociar con los nazis.

—Las condiciones han cambiado, Esteban. Alemania estaba saliendo de una crisis enorme.

—No estoy diciendo que estos sujetos se vayan a tomar el poder, pero quién sabe cuál es el proyecto que tienen. Desde hace algo así como un año estoy fuera de la operatividad, dedicado a análisis, enterrado en una silla de la Jefatura de Inteligencia Policial y, en realidad, ahora que lo pienso, estuvo frente a mis ojos todo el tiempo.

—¿Qué cosa? —le preguntó Prat.

—Lo que les estoy diciendo. Hay una serie de informes que establecen que un grupo de empresarios muy poderosos, todos ellos descendientes de nazis, se están reuniendo desde hace un buen tiempo en distintas partes del continente para inofensivas celebraciones, como el cumpleaños de Hitler. Uno de ellos, es líder de uno de los más grandes grupos industriales de Argentina, un tal Theodor, hombre que ha viajado mucho a Chile en los últimos meses. ¿Le suena, Marita?

—No solo me suena. Pese a que es un hombre de un perfil público muy bajo, manejamos muchos antecedentes de él, aunque en lo ideológico, solo sabemos que es un hombre de derecha.

—Y traficante de armas —acotó el policía chileno.

—En realidad, sobre su padre pesaban muchas acusaciones de ese tipo, pero entiendo que nunca se probaron judicialmente. Respecto de Theodor hijo ha habido algunos comentarios malintencionados, pero no mucho más que eso —comentó la mujer, lo que hizo reaccionar al sacerdote.

—Parece como si lo defendieras —la acusó.

—Solo estoy diciendo que no se le ha probado acusación alguna, nada más. Todos somos inocentes hasta que se demuestre lo contrario, ¿no? —se defendió, logrando un convencido movimiento de cabeza afirmativo de Saavedra y una mueca irónica de parte del jesuita.

—Sabes bien que nuestro negocio no se basa en si se es inocente o no. Nadie lo es, de hecho. Podrás convencer a Saavedra, que no te conoce, pero yo sé bien cómo eres y sé que estás escondiendo algo —replicó el cura con suavidad.

—¡Me odias porque soy mujer, cura misógino! —gritó, pero el sacerdote no se conmovió.

—Errada en ambas afirmaciones. No, no te odio, pero no te creo ni lo que rezas, que es nada, por lo cual no puedo creerte algo, imagino que lo entiendes. Y eso de odiarte por ser mujer es un argumento muy facilista. Creo que sería mejor que nos dijeras lo que no quieres que se sepa acerca de Theodor —insistió, mientras el avión enfilaba ya hacia la pista del Aeropuerto Internacional Ministro Pistarini, en Ezeiza.

Saavedra estaba francamente molesto con la situación, pero decidió no meterse.

—OK, te lo diré, ya que te crees tan hábil en todo. ¿Sabes cuál es el problema que representa Theodor para tu investigación, si es que tiene algo que ver? Que se trata, ni más ni menos, que de uno de los mayores donantes a la Iglesia católica no solo en Argentina, sino que en toda América Latina. Ese es el problema y me extraña que ninguno de ustedes lo supiera. Si te metes con Theodor, Prat, deberías saber entonces que lo primero que te quitarán será el *jet* privado, luego te quedarás sin este trabajo que tanto amas y luego de ello quizá quedes a cargo de alguna capilla en la Patagonia, con tres pingüinos como feligreses —exclamó indignada, en el preciso instante en que el Gulfstream posaba sus neumáticos sobre el suelo.

Prat decidió no seguir discutiendo con ella y miró por las ventana. El avión carreteó suavemente y en eso el cura se acordó de su celular, que había estado apagado todo el viaje. Lo encendió y luego de encontrar señal, aparecieron decenas de notificaciones y llamadas perdidas en su pantalla. No obstante, entró a Twitter y escribió «avión chile» en el cuadro de búsqueda. Aparecieron miles de resultados, pero el segundo de ellos era el que le interesaba.

Se trataba de una nota en la cual el ministro del Interior chileno confirmaba a la agencia EFE que el avión derribado era un Learjet, propiedad de un empresario brasileño, en el cual viajaban cuatro personas, cuya nómina figuraba en el mismo texto.

—Tenemos que salir de aquí lo más rápido que podamos. Ya deben saber que estamos vivos —exclamó.

Capítulo 27

Buenos Aires, Argentina
14 de mayo de 2017

Durante el viaje, Saavedra había mostrado el código a Marita Mariangel. Esta lo observó varias veces, tomó notas en una Moleskine pequeña que llevaba en su bolso y preguntó varios detalles acerca de Duverger, Etchevers y Räber, pero no dijo mucho. Pese al *impasse* que había tenido con Prat, en esa hora y media de vuelo Saavedra se había sentido fascinado por esa misteriosa mujer.

Apenas aterrizaron en Ezeiza y pasaron los primeros controles, abordaron la van del arzobispado de Buenos Aires que los estaba esperando con un conductor porteño muy malhumorado, a juzgar por el gesto de su cara.

—¿Adónde? —preguntó sin saludar.

—Buenas noches don Ítalo —le saludó Mariangel.

—Buenas —respondió el hombre, con desgano, momento en el cual intervino Prat.

—Vamos a la iglesia San Ignacio de Loyola, en el microcentro. El párroco es un buen amigo mío y además un gran conocedor de la historia de Buenos Aires. Tenemos que descifrar una serie de asuntos muy complejos al respecto, y el padre Iñaki será para nosotros una ayuda definitivamente importante. Allí podremos organizarnos.

—¿No que estamos apurados? ¿Sí? Pues bien, entonces no perdamos tiempo yendo a ver a tus amigos, Prat. Ítalo, llévenos a la esquina de Belgrano con Perú —ordenó en forma imperativa la mujer, y el hombre le hizo caso. Puso en marcha el motor y salió hacia el norte.

—¿A qué vamos allí? —le preguntó Prat.

—A mostrarte cómo se soluciona ese código de niños que te mandaron.

—¿De qué habla, Marita? —interrogó Saavedra.

—Ya se los mostraré cuando lleguemos. Ahora, déjenme dormir un poco —les pidió, poniéndose los audífonos de un Ipod y arrebujiándose en el asiento, luego de lo cual se quedó dormida en forma casi instantánea.

Ya eran cerca de las nueve de la noche cuando el furgón que iba por la avenida 9 de Julio, con el enorme Obelisco de fondo, se desvió por Belgrano, deteniéndose en la esquina con Perú. Estaban a cuatro cuadras de la Casa Rosada y a unas dos de la iglesia de San Ignacio, ubicada en la zona posterior de la antigua Manzana de las Luces, la cuadra donde los jesuitas fundaron el Colegio de San Ignacio y donde después se levantó el prestigioso Colegio Nacional de Buenos Aires (que sigue allí hasta hoy), la Universidad de Buenos Aires y donde también estuvo la Junta de Representantes. Hoy en día, declarada monumento nacional, dentro de la Manzana de

las Luces se efectúan excavaciones arqueológicas destinadas a determinar la real extensión de los misteriosos túneles que los jesuitas construyeron bajo esa zona.

No obstante, apenas el vehículo se detuvo en avenida Belgrano y Marita Mariangel se estiró, lanzó un pequeño bostezo y luego, con su mano izquierda, indicó hacia el frente.

—Allí está el atlante que andan buscando, señores —les dijo, pero Saavedra solo vio frente a él un café Starbucks.

—¿Qué? ¿Eso andamos buscando? ¿Un Starbucks? —se quejó el policía, haciéndose el ingenuo, estrategia que de algún modo funcionó, pues Marita le respondió con una sonrisa en el rostro.

—No pues, comisario. Ese es un café que está en el primer piso nomás, pero arriba están los atlantes. Les presento el edificio Otto Wulff, uno de los rascacielos más peculiares de Buenos Aires y el mundo —les dijo.

En efecto, frente a ellos se alzaba una enorme construcción basada en el estilo Juggendstil (la versión alemana del *Art Nouveau*), aunque ciertamente en él se fundían otros elementos, como los del neogótico.

Pese a que solo tenía sesenta metros, parecía mucho más grande, quizá por las dos enormes cúpulas gemelas que se rozaban en la esquina, quizá por la mezcla de estilos, o quizá por las decoraciones de rasgos completamente esotéricos.

—Miren el tercer piso. Tal vez no se vean a cabalidad como se verían con luz de día, pero los atlantes se aprecian bastante bien. Bajemos del vehículo para que los observen. ¿Recuerdan aquello de «el atlante que sostenía el imperio con sus manos»? Pues bien, este edificio fue construido en 1914 por Otto Wulff y Nicolás Mihanovich, para ser utilizado como embajada del Imperio Austrohúngaro en Argentina —dijo Mariangel mostrando las estatuas.

En efecto, desde el suelo era posible ver ocho inmensos atlantes, de cinco metros de altura cada uno, confeccionados con hormigón armado. Cada uno de ellos estaba parado sobre una suerte de pedestal, ubicado entre las ventanas del segundo piso. Por calle Perú había cinco. El primero, el más cercano a Belgrano, era un atlante musculoso, solo cubierto con una especie de taparrabos cuadrado y recubierto de imágenes aparentemente egipcias. En su mano derecha, formada por cinco dedos muy alargados, portaba algo semejante a un globo terráqueo, sobre el cual había una figura humana, de un décimo del tamaño del atlante. El rostro de este se encontraba fruncido, casi enojado. Sobre sus hombros descansaba una columna que soportaba el resto del edificio hacia arriba y al lado de sus piernas había más figuras egipcias, distinguiéndose dos búhos.

—M. F. Rönnow —leyó Saavedra. Ese nombre figuraba a los pies del atlante.

—Ese atlante es una representación de Morten Rönnow, el arquitecto que construyó este edificio, por encargo de Wulff y Mihanovich, quien era cónsul del Imperio Austrohúngaro —explicó Mariangel.

—Ah, entonces por eso lo usaron como sede —comentó Saavedra.

—En realidad no hay constancia de que alguna vez efectivamente haya llegado a funcionar la legación diplomática en este edificio, salvo por las oficinas del propio Mihanovich. Sea como sea, así pasó a la historia. Y no me mire así, comisario. A diferencia suya, no soy profesora de historia, pero al igual que mi colega aquí, el señor Prat, que anda como un niño amurruñado por mi presencia, me ha tocado estudiar una serie de edificios y símbolos un tanto curiosos, como parte del trabajo que desempeñamos para quien usted sabe que es nuestro empleador, pero cuyo nombre no puedo decir.

—Vaya que ha investigado —la alabó el detective chileno.

—No es algo muy complejo, en realidad si casi todo está a la vista. Fíjese que mucha gente confunde a estos atlantes que usted ve ahí con personas provenientes de la Atlántida, la supuesta civilización fabulosa descrita por Platón en los diálogos con Critias, pero las estatuas que estamos viendo se remiten a la idea del atlante griego, al titán Atlas, condenado por Zeus a cargar sobre sus hombros el arco del cielo.

—¡Positivo! —respondió el comisario.

—Por eso no es casualidad que las dos cúpulas estén rematadas respectivamente con una figura del sol y la otra con una figura de una corona, que se cree representaba al imperio. Por cierto, desde acá no las podemos ver. Un poco más debajo de ellas, aunque tampoco se distinguen bien, pues están a unos 45 metros de altura en cada esquina, hay cuatro cóndores monumentales en el piso siete. Cada uno mide cinco metros también. En la esquina, por cada lado, hay dos, mientras los otros dos se ubican en cada ángulo en que termina el edificio. Son pajarracos muy grandes, contruidos en fierro forjado, que vigilan hacia abajo. Las columnas que se encuentran debajo de esos buitres enormes terminan en cabezas de leones, y en otras partes hay representaciones de loros y pingüinos.

—Es un edificio con una serie de significaciones esotéricas —apuntó Prat interviniendo de pronto, como si se le hubiera pasado el enojo.

Saavedra se acordó de inmediato del cóndor en la Fuente Alemana de Santiago.

—Así es, es muy interesante y solo comparable a ese otro gran monumento al hermetismo que es el Palacio Barolo. No es coincidencia, de hecho, que hayan sido contruidos en la misma época, que posean estéticas semejantes y que además se encuentren a una distancia tan peculiar —explicó la mujer.

—¿A qué te refieres con eso? —le preguntó el cura, retomando el tono hostil.

—A que entre el Palacio Barolo y el Otto Wulff hay 1111 metros exactamente, si se mide la recta entre ambos lugares —respondió Mariangel.

—No lo sabía. Una reiteración del uno, el origen, el principio, el alfa de todo —comentó Prat.

—Exacto, pero hay más. Si uno se fija bien, todos los atlantes son distintos. Supuestamente cada uno representa un trabajo determinado, como herrero, carpintero y eso, pero es difícil adivinar cuál es cuál. Si vemos el que está al lado de Rönnow, veremos que es un hombre que usa un taparrabos de género y que tiene sus manos en

las caderas. Al costado de él hay otro muy parecido de cara, pero las manos toman unas cadenas que rodean su cintura, atándolo al edificio y cayendo entre sus piernas. Luego viene otro que a simple vista pareciera tener pena o algo así, pues tiene las manos al lado de la cara, como si se estuviera secando los ojos.

—O tocando las sienes —dijo Saavedra, entornando los ojos y tratando de ver mejor.

—Y quizá lo más curioso de todo es la cara de ese otro. Pareciera tener una especie de bigote como felino... pero no, es una barba y un bigote —comentó Prat.

—En efecto. Y el último, por calle Perú, es ese atlante calvo, de nariz muy ancha en su base, y que tiene una mano bajo su mentón, en actitud de pensador —replicó la mujer, quien los invitó a mirar por el lado de avenida Belgrano. Caminaron unos metros y allí pudieron ver un poco mejor, aprovechando la gran luminosidad de la calle y sus luminarias y semáforos.

El primero, el más cercano a la esquina, tenía aspecto de estar enojado y las dos manos a la altura de las caderas. Al lado suyo había otro con expresión ensimismada y sus manos sostenían, en medio de las piernas, un martillo. El último era un hombre cuya mano derecha indicaba hacia abajo.

—Fíjense que aparte de todo lo que hemos visto, este edificio posee miles de detalles en toda su fachada. En todas partes hay caras grotescas, figuras humanas, trazos ininteligibles. Hubo una cantidad enorme de trabajo en la construcción de este edificio y no me cabe duda de que alguno de sus dueños, quizá los dos, o probablemente el arquitecto, pertenecían a alguna orden de corte esotérico.

—¿La Fede Santa? —preguntó el comisario.

—No lo sé. Para serles franca, no veo muchas referencias a *La Divina Comedia* aquí. Hay que pensar que por la época, la ubicación y el tamaño de Buenos Aires, sin lugar a dudas que los arquitectos Palanti y Rönnow se deben haber conocido, e incluso es probable que se influyeran mutuamente. Tampoco es descartable que Barolo se conociera con Wulff, Mihanovich o los dos. De Palanti y Barolo sabemos fehacientemente que pertenecieron a la masonería, pero no tengo los datos al respecto en el caso de los constructores del Otto Wulff, como tampoco hay datos concretos acerca de su pertenencia o no a alguna logia en el caso de los otros dos enigmáticos arquitectos de Buenos Aires, Rafael Però y Manuel Torres Armengol, quienes levantaron el teatro Gran Splendid en el sector de la Recoleta, edificio donde hoy se encuentra la librería El Ateneo, una de las más hermosas del mundo.

—Una verdadera maravilla —comentó Prat.

—Claro, es de una gran belleza interior, pero pocos, sin embargo, se fijan que en la fachada del edificio, en los balcones del segundo piso, hay seis atlantes que «sostienen» el tercer piso. Y claro, no sabemos, porque nadie ha confirmado que estos señores fueran masones, pero mire qué curioso: en calle Ayerza, en pleno centro, muy cerquita de avenida Córdoba, hay un edificio de unos cinco o seis pisos, construido por ellos mismos. Si usted pone atención verá que en la penúltima planta

hay una gran cuerda anudada, la representación de la llamada «cadena de unión» que hay en todos los templos masónicos.

—Bastante evidente —reaccionó el detective.

—Hay más. Casi en el techo de ese edificio de calle Viamonte hay dos seres de rasgos antropoides y simiescos, sentados con las piernas cruzadas. Se parecen a las gárgolas, pero son unas especies de simios de orejas puntiagudas y barbas largas, que miran hacia el frente. Son figuras extrañas que no encajan con el imaginario esotérico ni de la masonería, ni del rosacrucismo, ni mucho menos del esoterismo cristiano. Lo mismo sucede con el Gran Splendid, que en el último piso, sobre un balcón, hay una suerte de cara humana que mira hacia abajo, un rostro diabólico que se ríe.

—Entonces ni los unos ni los otros son masones —reflexionó el policía.

—No se puede decir eso con tanta firmeza. El suelo del edificio de Viamonte 740 es un damero, una mezcla de baldosas negras y blancas, igual que cualquier templo masónico. Si lo ves desde ese punto de vista, entonces, es una alegoría de una logia, con el suelo tal como lo tienen estas y con las paredes decoradas con la cadena de unión, igual que los templos masónicos. Lo mismo sucede con este edificio, el Otto Wulff. Cualquier experto en símbolos puede ver de inmediato una gran cantidad de elementos herméticos muy reconocibles —acotó la mujer.

—¿Cómo cuáles? —inquirió el comisario, cada vez más embobado con esa mujer de ojos verdes.

—Los cóndores, por ejemplo. Si bien son aves nativas de América Latina, son buitres al fin y al cabo, iguales a los que hay en todo el mundo, aunque enormes, por cierto. Los atlantes son el elemento misterioso más dominante de las fachadas, y eso nos indica ciertamente que quienes decidieron ponerlos allí eran de algún modo admiradores o seguidores de la mitología griega, ¿sí? Claro. Siguiendo ese razonamiento, deberíamos tratar de entender qué eran entonces los buitres para los antiguos griegos.

—Eran aves que poseían la capacidad de la videncia, que predecían el futuro —disparó Saavedra.

—Y además, era un ave consagrada a Apolo, al dios de la belleza, pero también de la plaga y la enfermedad. No es casualidad que estén casi en la zona más alta del edificio. Desde allí cuidan a los titanes.

—Muy interesante, pero aún no veo hacia donde va esta idea —bostezó el cura.

—Ya que estás tan impaciente, te lo resumo. Esto va hacia un hecho muy simple: quienes hicieron este edificio pertenecían o eran simpatizantes de alguna asociación secreta que rescataba o reivindicaba la antigua religión helénica. Puede sonar descabellado, pero al mismo tiempo, casi en la misma época, a 1111 metros de aquí, hacían un edificio destinado a ser un mausoleo para Dante. Buenos Aires es una ciudad de locos, estamos claros —acotó ella.

—Muy bien, muy bien. No me cabe duda de que el señor Etchevers debe haber pensado lo mismo que piensas tú y seguramente por eso escogió este edificio para

partir su código. De meridi3n a septentri3n, entonces, significa buscar a un atlante que sostiene al imperio con sus manos —respondi3 el cura.

—Septentri3n es el norte y meridi3n el sur. Belgrano tiene sentido de oriente a poniente, por lo tanto a lo que se refiere este se3or en su mensaje velado es a calle Per3, que corre de norte a sur o de sur a norte, como quieran —agreg3 Marita Mariangel.

—¡Positivo! El problema ahora es saber cu3l es el atlante que sostiene al imperio con sus manos —acot3 el detective.

—Eso no es problema. Es ese —dijo el sacerdote, apuntando al cuarto atlante de calle Per3.



—¿El que tiene las manos sobre las sienes? —pregunt3 la mujer.

—No las tiene sobre las sienes. Le tom3 varias fotos a cada uno. No son muy buenas, pero en esta se ve claramente que sus manos est3n afirm3ndose sobre una especie de cepo que cae encima de sus hombros. Es el 3nico de toda la serie que sostiene algo con sus manos levantadas.

—¡Positivo! Muy buena observaci3n, padre. El acertijo aquel pregunta cu3l es el lugar del atlante, ¿no? Si es as3, entonces es el cuarto, desde el sur hacia el norte —agreg3 Saavedra.

—En efecto. Es el cuarto o el cuatro. Lo anotar3 —dijo Prat, sacando una libreta.

—No pueden negar que mi presencia les ha servido —se jact3 la colega del jesuita, moviendo con coqueter3a los ojos en direcci3n a Saavedra.

—¡No habr3amos podido hacer nada sin usted! —respondi3 el aludido, generando una mirada de reprobaci3n de parte de Prat.

En ese mismo momento son3 el WhatsApp en el tel3fono de Saavedra.

—¡Putalaeuev3! Me tomar3n detenido si regresamos a Chile —se quej3 en voz alta.

—¿Qu3? —le pregunt3 Prat, alarmado.

—Un colega me acaba de avisar que Escobedo fue designado para ver los

acontecimientos de las últimas horas y emitió una alerta roja a Interpol pidiendo mi búsqueda. Eso incluye, en la mayoría de los casos, tomar en custodia al sospechoso y enviarlo del modo más rápido posible al país que emitió el aviso.

—¿Pero qué diablos le pasa a ese tipo? —preguntó el jesuita, indignado.

—Está claro que no le caemos bien, padre. La alerta lo incluye a usted también, así como al piloto del avión.

Capítulo 28

Santiago, Chile
14 de mayo de 2017

González era un hombre enorme. Quizá su excesiva estatura, unos dos metros, fue el motivo por el cual Manuel Contreras, el jefe de la DINA, nunca lo quiso como un agente operativo. Fumador empedernido desde los quince años, tenía una voz ronquísima, semejante a la de un locutor radial. Era un vozarrón profundo y estentóreo que le confería un aura intimidante, que se incrementaba a causa de una extensa cicatriz que iba desde la parte superior de la oreja derecha hasta la comisura de su boca.

Por cierto, aquello no era producto de sus tareas represivas, sino de un accidente de infancia, sufrido cuando un volatín con hilo «curado» (es decir, se trataba de hilo recubierto de vidrio molido), le seccionó la mejilla cual bisturí quirúrgico. Quizá fue esa misma enorme cicatriz, que siempre alejó de él a las mujeres, lo que más marcó su carácter, convirtiéndolo en un verdadero sicópata, alguien en cuya conciencia no existían remordimientos.

Desde pequeño, hostigado por los demás debido a su cicatriz y el aspecto maléfico que ella le confería, se entretenía cazando y torturando pequeños animalitos. Allá en el sur de Chile donde se crio, en un pueblo llamado Cancura, se iba a las orillas del río a cazar sapitos de Darwin y apancoras, unos pequeños cangrejos, los cuales descuartizaba poco a poco, viendo cómo intentaban escapar de él.

Al crecer, sus víctimas también fueron de mayor tamaño, e incluían perros y gatos, seres cuya tortura le producían aún más placer, pues a diferencia de los crustáceos y los anfibios, con los mamíferos podía sentir el terror que infundía al ir mutilándolos. Su primera víctima humana fue uno de los muchachos que lo había hostigado desde pequeño, Valdivia, un rapaz de pocas luces y que se creía muy inteligente, al cual encontró un día caminando a solas a las orillas del río.

A esas alturas, González ya era un sujeto bastante más alto y corpulento que todos quienes lo hostigaban desde pequeño, producto de lo cual las pullas en su contra habían disminuido exponencialmente, hasta que ya no existieron más. No obstante, tenía cuentas pendientes que saldar. Era un día de invierno y Valdivia caminaba con unas botas de goma por la orilla del río, seguramente buscando apancoras para llevar a su casa y comer. González lo vio y lo saludó amistosamente. Le preguntó qué andaba haciendo. Como era lógico, el otro joven le respondió que buscaba cangrejos.

—Encontré un pozón que está lleno de apancoras gorditas. Es por acá —le respondió, llevándolo hacia un recoveco del bosque, según él, un «atajo» para llegar a un brazo de agua donde estaba el pozón.

No obstante, lo estaba conduciendo hacia una caverna natural cuyo acceso

mantenía cubierto con ramas, y cuyo interior estaba repleto de huesos y cráneos de perros, gatos, y de todos los otros animales que había logrado cazar, incluyendo un par de zorros, un chingue (un mustélido) y varios conejos. Estaban llegando al lugar y apenas Valdivia expresó sus dudas, González lo golpeó en la cabeza con un martillo, su arma favorita. Sintió cómo el plomo de dicha arma se hundía en el cráneo de su antiguo rival, quien perdió la vida de inmediato.

Luego sacó desde uno de sus bolsillos su segunda arma favorita: una cuchara sopera que utilizaba para extraer los globos oculares de sus víctimas de mayor tamaño. Para las menores usaba una cuchara de té. Lo sometió a una enucleación de ambos ojos y luego jugó un poco con ellos para al final lanzarlos —como lo hacía siempre— al pozón de las apancoras, ubicado a pocos metros de allí.

Observó cómo los cangrejos se comían los ojos de Valdivia y luego regresó a la cueva. Allí tenía un viejo serrucho con el cual destazaba a sus víctimas. Esa fue su primera vez con un humano. Comprobó lo duros que eran la columna vertebral y los hombros de un hombre, y le extrañó lo mucho que le costó seccionar el cráneo del resto del cuerpo, pero al final lo logró. Se rio del reducido tamaño del pene de Valdivia y una vez cortado en trozos, fue distribuyendo los restos por distintas partes. El cráneo lo lanzó río abajo, mientras que la mayoría de los pedazos del cuerpo los depositó en el chiquero de su abuela, donde los cerdos se los comieron con gusto.

Un par de años después, cuando se produjo el golpe de Estado, puso sus habilidades al servicio de la dictadura y durante mucho tiempo fue un hombre clave en hacer desaparecer a quienes eran ejecutados en los falsos enfrentamientos y en los centros de tortura, siendo además un hombre esencial en la operación «Retiro de Televisores», el operativo efectuado en 1978, destinado a remover los cuerpos de las personas que habían sido sepultadas en fosas clandestinas luego del golpe. A esas alturas, González ya era un especialista en la aplicación de cal viva, de diferentes tipos de ácidos y en la eliminación de cualquier tipo de rastro orgánico.

Aprendió química y biología y se convirtió en un funcionario importante para el régimen. Compró una casa en uno de los sectores más elegantes de Providencia, se casó y tuvo cuatro niños. Pese a ello, de cuando en cuando, sus antiguos instintos lo hacían salir a cazar en las noches. Su coto de caza eran las márgenes del río Mapocho y las famosas «caletas», donde por lo general vivían a la sombra de los puentes niños famélicos que sobrevivían ejerciendo el comercio sexual o escarbando en la basura.

Allí escogía a uno de ellos, que nunca regresaba a su caleta y cuyos restos —los que se encontraban— por lo general aparecían semanas después flotando a muchos kilómetros de distancia, sin que jamás se ubicara al asesino.

Ese era el hombre que esa noche del 14 de mayo esperaba que la penumbra fuera completa, a fin de entrar a la especie de celda en la cual se encontraba retenida Sandra Guzmán. Mientras aguardaba a que la noche cayera por completo sobre Santiago, revisó algunos mensajes de WhatsApp en su teléfono.

Ahora era dueño de una empresa de seguridad privada que proveía de guardias a

varias multitiendas, y coordinó algunos turnos mientras esperaba el cese de la luz natural. Por experiencia, sabía que siempre era mejor «trabajar» al amparo de la noche que con luz de día, y así lo hizo.

Terminó de enviar mensajes y luego miró por la ventana, comprobando que la luz se había ido por completo. Por costumbre, se palpó la casaca, a la altura del pecho, comprobando que su excelente cuchara de bronce que había usado durante toda la dictadura estaba allí mismo, como una fiel compañera.

En la camioneta que utilizaría para ese trabajo tenía los demás instrumentos: además del martillo —pues había decidido que se daría un «gusto» y la mataría en persona— y el consabido serrucho, llevaba una serie de bidones de ácidos diversos que utilizaría a fin de descomponer los restos del cuerpo en diversas partes.

Cuando estimó que ya era hora de activar el operativo, abrió el candado que cerraba la celda de la mujer. Nunca había fallado en una eliminación y por eso no cubría su rostro con alguna capucha, como habitualmente lo hacían los funcionarios de la DINA. Por el contrario, a él le gustaba que las víctimas vieran su cara antes de morir.

Fiel a ello, abrió la puerta y encendió desde fuera la única ampolleta que había dentro de esta. Sandra Guzmán estaba adormilada sobre el colchón y tiritando, aparentemente de frío.

—Levántese. Me tiene que acompañar —le ordenó con su voz ronca e inigualable.

Sandra se restregó los ojos, atontada por el sueño, el frío y el miedo. Se sentía muy cansada, adormilada. Le pareció que ese vozarrón era un sueño, una mala pesadilla, y tumbó de nuevo su cabeza sobre la almohada que formaba con sus antebrazos.

—Que se levante. No lo voy a repetir. Si no lo hace por las buenas, lo haremos por las malas —la amenazó González.

Al escuchar de nuevo aquella voz, entendió que algo terrible estaba por suceder y se puso en alerta. Se paró, enceguecida por la luz que brotaba desde el techo, y apenas sus ojos se pudieron adaptar un poco al brillo, comprendió que estaba frente a un hombre de gran estatura, un sujeto del doble del tamaño y peso de ella al menos. Al ver su cara la dominó el más profundo de los terrores. El sujeto que tenía al frente era como el personaje de un cómic.

—Necesito ir al baño —anunció ella, observando que, salvo ese sujeto, el lugar estaba silencioso, sin que se percibiera alguien más.

—En serio, necesito ir al baño —reiteró, y era verdad. Durante la tarde le habían llevado en una ocasión una bacinica, donde pudo orinar, pero en ese momento su vejiga estaba a punto de reventar.

González pensó que eso era absurdo. Esa mujer moriría en un par de minutos y no quería atrasarse más, pero por otro lado sabía perfectamente bien que muchas veces una muerte violenta significa que a la víctima se le relajen todos los esfínteres. Si

bien le agradaban (y mucho) la sangre, los ojos y los interiores de cualquier ser viviente, las vísceras, las fecas y los orines eran algo que le molestaba profundamente. Así las cosas, pensó en que apenas hundiera su martillo en el cráneo de esa mujer, lo primero que pasaría sería que los orines correrían por todas partes.

—OK. Por acá —le dijo, conduciéndola al baño, que estaba casi al frente de la celda. Abrió la puerta y le pidió que ingresara.

Sandra entró al baño y se quedó de pie.

—¿Qué? ¿Se va a quedar mirando? —le preguntó.

—Obvio —respondió González con fastidio.

—Cosa suya, pero le advierto que no es solo pipí lo que necesito hacer —le respondió.

—Por la chucha, la mujer complicada —masculló el sicario, cerrando la puerta de un portazo. Ya sabía que allí no había ventana ni nada semejante, por lo cual no podría escapar, así es que le cerró la puerta y se quedó de pie afuera esperándola. Nada le repugnaba más que una mujer defecando. Hasta un torturador tiene sus trancas.

Capítulo 29

Buenos Aires
14 de mayo de 2017

—Ahora hay que ver qué diablos significa aquello de Dante y Leonardo —se quejó el comisario Saavedra, subiendo a la van que los esperaba en calle Perú.

—Eso es muy simple, señor Saavedra. Ítalo, vamos a la calle Teniente General Juan Domingo Perón, a la altura de la cuadra del 13.

—¿Vamos a la Unione? —preguntó el conductor.

—Allí mismo —respondió la mujer.

Acto seguido, Mariangel explicó a Prat y al oficial chileno que apenas vio el código, cuando estaban en el avión, comprendió a qué se refería aquello.

—Hay un punto de Buenos Aires en que están juntos, a plena vista, las caras de Dante y Leonardo, asumiendo que ese «Leonardo» mencionado en el texto es Da Vinci.

—Sin duda que es él —respondió Prat.

—Pues bien, siendo así, entonces el código se refiere a la sede de la Unione e Benevolenza, la mutual italiana más antigua que existe. Como porteña y descendiente de italianos, conozco bien la historia. La Unione se ubica en un sector muy céntrico, a un par de cuadras del Obelisco, en un edificio muy hermoso que es patrimonio de la ciudad y que en su fachada posee dos bustos muy característicos. A la izquierda está el Dante, y a la derecha se encuentra Leonardo, dos figuras mistericas y muy esotéricas, ni qué decirlo. Son dos bustos magníficos, tallados por un insigne escultor italiano, Luigi Trincherio —comentó Mariangel, mientras Saavedra tomaba nota mentalmente: la mujer aquella era argentina y bonaerense, descendiente de italianos, además. ¡Vaya!

—Lo interesante sería saber, siguiendo el código, quién está entre tan insignes personajes —acotó el jesuita.

—Vamos hacia allá, ahí lo veremos. En todo caso, conozco ese lugar desde mi infancia, porque crecí muy cerca de ahí y mi nono por parte materna trabajó por años en la Unione, y les garantizo que no hay ninguna otra figura. Si la memoria no me falla, lo único que hay entre ambos es la puerta de acceso. Por eso creo que es necesario ir a ver el edificio en persona. Es probable que se me haya escapado algún detalle —comentó.

Avanzando por avenida 9 de Julio, Prat miraba extasiado el brillo del corazón de Buenos Aires, así como las exóticas construcciones que le caracterizan. Casi frente al Obelisco, por la vereda oriente, su mirada se fijó en esos edificios cupulados tan característicos de Buenos Aires, pero también de ciudades como Nueva York o París, tapizados con pantallas led gigantes llenas de publicidad.

Por la vereda del frente el panorama era similar. Al bloque inmenso del hotel República, casi llegando a Corrientes, se pegaba el edificio de Sarmiento 1113, una bella construcción que el mueblista Juan Díaz inauguró en 1927, y que, sin embargo, no era reconocida por su fachada, sino por su techo, donde se ubica un chalet estilo normando, de tres pisos, en el cual Díaz (que en los diez pisos anteriores tenía una inmensa mueblería) residía casi todo el tiempo. En otras palabras, era un edificio que tenía una casa encima. Y claro, al frente de eso, como una especie de eje magnético, como una suerte de brújula, de marcador telúrico, estaba el inmenso obelisco, ese zigurat potente y poderoso que apuntaba al cielo de una forma que Prat aún no entendía.

Por cierto, Prat había visto obeliscos en muchas partes del mundo. Había estado en más de una ocasión en Washington y allí había apreciado varias veces el famoso monumento a Washington, uno de los obeliscos más altos del mundo, con 168 metros. Ubicado en el *National Mall* y visible desde casi toda la ciudad, la que en su momento fue la estructura más alta del mundo era un homenaje monumental al francmasón George Washington, fundador de los Estados Unidos.

Lo anterior condicionaba a muchos a creer que el obelisco es una estructura muy propia de la masonería y, en efecto lo es: simboliza la elevación espiritual, la rectitud que se espera de los hombres y la búsqueda de fines superiores en la construcción social.

No obstante, no es un símbolo exclusivamente masónico. De hecho, quizá el que Prat conocía con mayor detalle era el ubicado en el corazón mismo del Vaticano, un antiguo obelisco egipcio robado desde Heliópolis y trasladado al centro de Roma por Calígula. El jesuita también recordaba muy bien el de Luxor, en la antigüedad emplazado en el templo egipcio del mismo nombre y luego trasladado a la Plaza de la Concordia, en París, así como muchos otros monumentos del mismo tenor, pero había algo en el de Buenos Aires que le sobresaltaba, algo que era profundamente perturbador, a su juicio.

El de Buenos Aires no es el obelisco más grande del mundo, ni con mucho. Mide 67 metros; es decir, lo mismo que un edificio de unos veinte pisos, y sus paredes no fueron erigidas con el material de las antiguas canteras de Asuán, como se hacía en Egipto, ni con el fino mármol que reviste el monumento a Washington. Tampoco, como el de Luxor, posee jeroglíficos en sus caras laterales —ni en parte alguna— ni tampoco es muy antiguo: fue construido recién en 1936.

No ha cumplido siquiera cien años, pues se levantó como un homenaje al cuarto centenario de la existencia del país. En una de sus caras se lee aquello y se detalla que también es un homenaje al primer fundador, don Pedro de Mendoza. Por otra de sus caras se homenajea a Juan de Garay, responsable de la segunda fundación de esa metrópolis.

Durante años se ha discutido en Argentina qué representa realmente este monumento. ¿Un símbolo fálico? ¿Un símbolo masónico? ¿Una remembranza de los

egipcios? Su autor intelectual, el destacado arquitecto porteño Alberto Prescibih, no pertenecía a la masonería, que se supiera, ni a grupos esotéricos de tipo alguno. No obstante, es un hecho que la capital de Argentina está marcada por dos de estas construcciones: el Obelisco propiamente tal, y la Pirámide de Mayo, más pequeña esta y, a diferencia del primero, repleta de simbología, siendo la más destacada el friso del sol naciente que mira hacia el Oriente, lo que para muchos es un símbolo evidente de alguna relación masónica.

Como fuere, esa pirámide no impresionaba en lo más mínimo a Prat. No como la otra, aquella estructura omnipresente, sólida, que se podía ver siempre desde cualquier calle del centro, como si ese fuera el centro del mundo, como si marcara el inicio de la civilización.

Abstraído como estaba, Prat no se dio cuenta de que ya estaban en la calle Teniente General Juan Domingo Perón, a unas dos cuadras del Obelisco. A diferencia de Corrientes, la magnífica avenida por la cual habían entrado, esta era una calle más bien angosta, flanqueada a lado y lado por edificios residenciales construidos en la época de esplendor de la capital, entre los años veinte y treinta. Pese a que en general en la calle no se veía mucho movimiento, cuando se estacionaron Mariangel los invitó a mirar hacia la izquierda, lo que les permitió ver, a media cuadra de donde estaban, una cantidad importante de hombres entrando a una pequeña mansión. Casi todos llevaban trajes negros o azul oscuro.

—Les presento el Palacio Cangallo, sede de la Gran Logia de Argentina —explicó la mujer, mostrando el edificio de la masonería. Era una casa de dos pisos, con la fachada cóncava. En su frontis, la puerta principal estaba franqueada por dos columnas que sostenían una especie de techo falso, en el que apenas se leía «Masonería argentina». Más abajo, sobre la magnífica puerta de madera, figuraba un pequeño compás y una escuadra.

—¡Qué llamativo! Habría imaginado que el edificio de la Gran Logia argentina debía ser enorme. El edificio de la Gran Logia de Chile, en calle Marcoleta, en Santiago, es mucho más grande que este —comentó Saavedra.

—La fachada es pequeña, pero en realidad el lugar es muy grande. Hay nueve templos adentro y da un poco de escozor, cuando se recorre, saber que allí se decidieron muchos asuntos respecto de la Argentina. Muchos presidentes argentinos fueron miembros de esta organización, entre ellos Mitre, Sarmiento e Yrigoyen —comentó Mariangel.

—Lo mismo ocurría en Chile, aunque desde el regreso a la democracia, en 1990, no ha habido más masones en la presidencia —acotó Prat.

—Ahora miren hacia acá —les conminó la agente, caminando con ellos hacia el otro lado de la calle.

—La Unione e Belevolenza. Miren qué edificio más bello —les dijo, mostrando una construcción de tres pisos, con una fachada que simulaba ladrillos de piedra bruta en el primer piso y que, al inicio del segundo piso, exhibía una serie de frisos que

mostraban distintas escenas. A cada lado del acceso principal, sobre el cual decía «Unione e Benevolenza», había una puerta, una reja de color verde. Sobre la puerta de la izquierda, en una especie de socavón de la pared, reposaba el busto de Dante.



A la derecha, en tanto, estaba el busto de Leonardo Da Vinci, ambos inconfundibles, pese a lo maltratados y resquebrajados que estaban ambos. Por si a alguien le cabía alguna duda, bajo las esculturas estaba el nombre de cada uno de ellos.

—Sin duda, Dante siempre ha sido una figura relevante para los italianos en Argentina —comentó Saavedra.

—Dante es un hombre clave para la comprensión del pensamiento occidental. Podríamos pasar horas discutiendo sobre el tema, pero para descifrar el código necesito saber qué diablos está en medio de Dante y Leonardo, y no veo a nadie —se quejó Prat.

—Entonces esa es la respuesta: nadie —razonó el policía chileno.

—¿Nadie? Lo anterior era un número. Debe haber alguna secuencialidad medianamente lógica —razonó el cura.

—Nadie, nada, *niet*, cero —respondió el oficial de la PDI.

—Anotaré eso —respondió el cura, escribiendo «nadie» y «cero» en su libreta.

—Sé que es tarde y que estamos con el tiempo en contra, pero creo que sería una buena idea ir a comer algo. Estamos cerquita de varias pizzerías famosas y... —decía Saavedra, cuando un disparo retumbó en frente de ellos, yendo a dar en uno de los ladrillos de la fachada de la Unione e Benevolenza.

—¡Al suelo! —gritó automáticamente el policía, llevándose la mano a la sobaquera, que no estaba en su lugar, como siempre. Por supuesto, tampoco tenía un arma. Su pistola había quedado en una caja fuerte del aeropuerto de Santiago, pues si hubiera intentado embarcar con ella habría sido un tremendo lío, sin contar con que

hubiera tenido que explicar en su institución hacia donde iba.

Saavedra miró y vio que todos estaban en el piso, como lo había ordenado, pero eso siempre es un problema cuando no se sabe desde qué dirección vienen las balas. Pensó en levantar la cabeza, cuando un segundo disparo retumbó encima de él, destruyendo otra parte de la fachada, haciendo caer encima suyo trozos de cemento.

—Eso es un fusil —le comentó Mariangel, tirada a su lado. Saavedra ya se había dado cuenta de ello, debido a la potencia de los estampidos y también a la capacidad destructiva de los disparos. Sabía perfectamente que una bala de pistola o revólver no causaría tanta destrucción.

—Lo sé. Nuestra única chance es llamar a la policía —respondió el comisario.

—Llegarán solos, estamos en pleno centro —le dijo la mujer, rebuscando algo en el interior de la chaqueta, desde la cual extrajo una pistola 9 milímetros, una Walther.

—¡Qué diablos! —gritó Prat al ver eso, pero Mariangel solo se limitó a mover los brazos, como disculpándose, al tiempo que pasaba bala.

—Agradezca que ella tenía un arma —le susurró el detective, que a esas alturas ya se había dado cuenta de que había un solo tirador, que estaba localizado al oeste de ellos, quizás a una cuadra o más de distancia, seguramente en algún balcón o algo así, pues el ángulo de los tiros evidenciaba que les disparaban desde arriba.

—El objetivo de este ataque soy yo. Apenas podamos, saldré hacia allá disparando, para cubrirles la salida. Usted, Saavedra, llévase a esta gente de aquí. La PFA seguramente debe estar por llegar. Si los encuentran deberán dar muchas explicaciones. En mi caso, no habrá problemas —dijo la mujer, justo en momentos que un nuevo disparo pasaba silbando por encima de su cabellera. Saavedra advirtió cómo una gota de sudor corría por la frente de aquella mujer que tan embelesado lo tenía. Vaya, tenía miedo.

—No entiendo —se quejó el policía.

—Es muy simple. Prat, si algo me sucede, dile a Giustiperi que esto es el producto de la operación que iniciamos hace un tiempo en Sao Paulo —replicó ella, llamando la atención del jesuita.

—¿Qué operación?

—El obispo conoce todos los detalles. Solo necesitan saber que quien está disparando es un noruego que se radicalizó hace ya casi veinte años, Suleikan Khan. Luego de convertirse al islam, entrenó con Al Qaeda en Afganistán y Pakistán, donde también estuvo en una madrasa. Posteriormente regresó a Europa y estuvo implicado en varios grupos afiliados a Al Qaeda. Tuvo contacto con la célula de Hamburgo.

—¿Los mismos tipos implicados en los atentados del 11 S? —preguntó Saavedra.

—Los mismos. También estuvo metido en los atentados de España y Londres. Hace varios años ya que comenzó a trabajar con ISIS. Los franceses creen que participó en los ataques de París.

—¿Y por qué está acá? ¿Qué tiene en contra tuya? —le preguntó Saavedra.

—No puedo decirlo. Digamos que algunos amigos de Suleikan tenían algo, en

Sao Paulo, que en realidad no les pertenecía y que yo... —explicaba, cuando repentinamente, como si tuviera un resorte en vez de columna vertebral, Saavedra se puso se pie, arrebatando de sus manos la pistola a la mujer y vaciando el cargador en dirección al occidente, luego de lo cual se vio cómo una figura situada a unos ochenta metros de ellos caía desde un techo.

Capítulo 30

Santiago, Chile
14 de mayo de 2017

—Me siento mal, me desmayo —escuchó González al otro lado de la puerta del baño. El gigantón especialista en desmembramiento de cuerpos ya estaba un tanto sordo y solo percibió un hilillo de voz que decía aquello, luego de lo cual escuchó el clásico sonido de la loza quebrándose, por lo cual entendió que, efectivamente, esa molesta mujercilla que debía reducir a cenizas ahora se había desmayado.

Tratando de tomarse las cosas con calma, pensó que eso facilitaría las cosas.

De un empujón abrió la puerta, pero le costó entrar, pues el cuerpo de la mujer estaba tirado en el suelo, de estómago. A su lado se veían algunos trozos de la tapa del estanque de agua, destrozados. Agachándose, resignado a recogerla y a llevársela al hombro, González supuso que la condenada a muerte estaba tratando de escapar y pensó que ello era ridículo, si ahí no había ventanas, solo un minúsculo ducto de ventilación.

De hecho, ese fue el último pensamiento en toda su vida, pues apenas se acercó a su víctima los roles se invirtieron, ya que la periodista tenía en su mano derecha un afiladísimo trozo de loza que le enterró en medio de la tráquea.

Aunque su objetivo inicial era seccionarle la yugular, lanzó esa dentellada mortal lo mejor que pudo, pero en vez de cortar el cuello por el lado, le dio de lleno en la manzana de Adán, quedando atravesado el pedazo de loza en el cuello de su agresor.

Este sintió cómo se ahogaba, cómo le faltaba el aire, cómo la vida se le resbalaba en menos de segundos y se llevó las dos manos a su cuello, extrayendo el objeto invasor de la tráquea. Tan choqueado estaba que no pensó, no calculó lo que pasaría a continuación. Apenas sintió que el trozo de aquella loza salía de su garganta, le vino una obstrucción aún peor. La sangre no solo salía hacia fuera, sino que además llenaba su tráquea y sus pulmones.

Dio un par de pasos hacia atrás y cayó sobre la mesa que horas antes usaba Theodor, destruyéndola por completo.

Sandra Guzmán seguía arrinconada en el suelo del baño, llorando aterrorizada. Se preguntaba de dónde había sacado la fuerza necesaria para acometer lo que acababa de hacer, pero aún sin encontrar la respuesta logró reponerse, ponerse de pie y agarrar de un manotazo las llaves del vehículo de González, las que estaban tiradas en el suelo.

Sin saber si había más secuestradores en las inmediaciones, con la otra mano tomó el mismo trozo de loza que había utilizado como arma minutos antes.

Completamente desorientada, no sabía dónde estaba. Suponía que era muy probable que estuviera en Perú, pero al salir de esa casa tampoco tuvo muchas pistas.

Se encontraba en algún lugar medianamente desolado y bastante árido. A poca distancia se veía luz, pero era difícil adivinar de inmediato dónde se hallaba. No obstante, apenas vio la camioneta de González y advirtió la patente, se dio cuenta de que, de algún modo, la habían trasladado a Chile.

Corrió hacia la camioneta, se sentó en ella y aceleró a fondo, tratando de alejarse de allí lo más rápido que pudiera. Sin tener siquiera una mínima idea de qué hacer, al menos tenía claro que debía ubicar a Prat y a Saavedra.

Capítulo 31

Buenos Aires, Argentina
14 de mayo de 2017

Walter Theodor poseía un discreto departamento de trescientos metros cuadrados en el corazón de La Recoleta, el barrio más clásico y elegante de Buenos Aires. A pocos metros del famoso cementerio del mismo nombre, tenía una planta completa a su disposición, la del tercer piso. En el segundo piso residía Manfred, su único hijo, en un departamento de planta completa conectado internamente con el del tercer piso; mientras que el primero se lo arrendaba a una librería. En el cuarto nivel del edificio, que su padre había comprado en los años sesenta, se hallaba una pequeña piscina temperada y bodegas.

Luego del vuelo y de todo lo que había sucedido, Walter Theodor se tomaba un coñac en la biblioteca del departamento, junto a Manfred. Sentados en butacas de cuero, degustaban el licor mientras cavilaban sobre el futuro. Detrás de ellos, sobre el escritorio de caoba negra que alguna vez había pertenecido a la oficina de la Gestapo en Argentina, destacaba un busto de Adolf Hitler. Un poco más atrás, sobre la pared, sobresalía un inmenso óleo de Gustav Theodor, el fundador del clan.

Un piso más abajo, en tanto, los dos hijos de Manfred, Hans y Horst, jugaban con sus trenes eléctricos, mientras su madre, la alemana Teresa Meschede, se entretenía mirando en la televisión una retransmisión del *reality show* que años atrás animara Donald Trump.

Tanto en el cuarto piso del edificio como en sus afueras, estacionados en una van, exmilitares contratados por Osorio vigilaban el lugar, con el fin de evitar que los Theodor fueran objeto de un atentado. De hecho, Osorio había advertido a su jefe que era arriesgado pasar a Buenos Aires. En medio de todo lo que estaba sucediendo era un lugar muy expuesto. Los Theodor residían ahí desde hacía muchos años y si alguien los quería atacar o, peor aún, detener, era muy simple. No obstante, una vez más Theodor no lo escuchó.

—Osorio falló por completo. Todo este inmenso lío es responsabilidad de él —dijo el padre, hablando en un alemán muy cerrado, el mismo que el fundador de la dinastía le había enseñado.

—Siempre te dije que ese tipo no me gustaba para nada. Tarde o temprano tendríamos que deshacernos de él, ya sea ahora o más tarde. Mientras antes lo hagamos va a ser mejor. Es un sujeto muy peligroso, sabe demasiado.

—¿Qué sabe demasiado? Sí, sabe de las operaciones, pero nada más —respondió Walter.

—Y eso es suficiente como para encarcelarte de por vida —respondió el hijo, siempre en el mismo alemán semicantadito.

Walter Theodor se puso de pie y caminó hacia una de las paredes, tapizada de libros. Pasó su índice sobre un estante lleno de ediciones distintas de *Mein Kampf* de Adolf Hitler, incluyendo una muy curiosa, escrita en yiddish.

—Eso no es problema. Es parte de lo que está planificado. Tu *opapá* siempre pensó que si algún día esto fructificaba serías tú o tus hijos, a los que el *opa* no alcanzó a conocer, quienes le darían vida. La cárcel no me asusta. Una de las pocas cosas buenas de los comunistas es que son muy ingeniosos con las frases. ¿Has oído la del peruano ese, Mariátegui, aquella de que la cárcel es solo un accidente de trabajo para un revolucionario? ¿No? No importa, es muy cierta. Por años he posado como un empresario, pero eso es lo que soy, hijo mío: un revolucionario, igual que tú, y lo que estamos haciendo es una revolución, una revolución enorme, insospechada. ¿Habrá bajas en ella? Claro que las habrá. ¿Seré yo una de esas bajas? Es muy posible.

—Pero no es la idea, papá —se quejó Manfred, un hombre de unos cuarenta años y un pelo extremadamente rubio, casi blanco. Medía más de 1,80 y vestía un traje Armani.

—No es lo ideal, pero si es necesario, estoy dispuesto. ¿Sabes? Tu *opapá* me contó que cuando el *Reichsführer* Himmler lo envió a buscar ese mapa, se murió de miedo. Al principio no entendió muy bien lo que estaba ocurriendo, ni cuál era el objetivo final, hasta que muchos años después, cuando la Sociedad Thule comenzó a reactivarse en América Latina, todo cobró sentido. Las piezas empezaron a encajar y ahí comprendió, me decía, que su destino era venir acá. Sabes bien que él siempre lloró amargamente el destierro, la pérdida del apellido y todo lo que conllevó su vida acá, pero siempre me dijo que era un sacrificio necesario, un sacrificio en función de la madre patria y de nuestra gloriosa sociedad. Si debo irme preso, así lo entiendo. Y si eso sucede, pues bien, tengo la satisfacción y la confianza de que mi hijo, este gran hombre que tengo al frente, sabrá conducir los destinos de nuestra sociedad —respondió, justo en el momento en que Hans, el hijo de nueve de años de Manfred, entraba corriendo a la biblioteca y se lanzaba a las piernas de su abuelo. El muchachuelo había estado un par de minutos espíándolos y luego de algunos cosquilleos, y después de que el abuelo dejara el coñac en una mesa de arrimo, le preguntó —en alemán también— lo que tanta curiosidad le había causado al escucharlo:

—¿Qué es eso de la Thule, *opi*?

Walter Theodor se sonrió con ternura. Recordaba muy bien cuando Manfred le había preguntado algo semejante, quizá algo más tardíamente, a los doce o trece años. Fue en ese momento cuando comenzó, de a poco, a explicarle quién era él, quién era su abuelo, y quiénes habían sido esos grandes hombres como Adolf Hitler, Rudolf Hess, Heinrich Himmler y tantos otros. Le dijo también quiénes eran esos buenos amigos con quienes él se reunía de cuando en cuando, con los cuales cantaba viejas canciones alemanas, y le explicó los principios básicos de la doctrina de la Sociedad

Thule. Esa noche de 2017 hizo lo mismo con su nieto.

—¿Tú eres un alemán puro, no? —preguntó al chiquillo. Este se puso de pie y lo saludó con la mano derecha en alto, al estilo nazi.

Los dos Theodor mayores se rieron y lo aplaudieron.

—¿Pero qué es Thule, *opi*? —insistió el niño.

—Es un gran secreto, el mejor del mundo. Solo si me prometes que nunca jamás dirás de nuevo ese nombre, salvo en presencia de nosotros, te lo contaré. ¿Me lo prometes?

El niño movió su cabeza de arriba abajo, agitando su rubia chasquilla.

—Tu abuelo, tu papá y yo formamos parte de una sociedad llamada Thule, una organización secreta formada en 1912 en la madre patria. Se trata de la más importante que ha existido jamás. Gracias a ella, sabemos que existe un lugar perdido, una especie de hogar ancestral de la raza germánica, que siempre se pensó estaba en el norte —explicó el abuelo.

—¿En serio? —le preguntó el niño, entornando los ojos.

—En serio. Hubo grandes hombres que investigaron muchas historias y leyendas sobre nuestros antepasados: Leopold Engel, por ejemplo. En ese anaquel de allá arriba hay algunos de sus libros. Otro fue el gran Guido von List, quien se dio cuenta de que el historiador romano Cornelio Tácito hablaba de los antiguos germanos, nuestros antepasados, cuando contaba las hazañas de hombres de ojos azules que asolaban Europa, en esa obra inmortal que es *De las costumbres, sitios y pueblos de la Germania*. Ese libro fue escrito dos mil años antes del Tercer Reich y en él ya se describe a nuestros predecesores como unos guerreros indomables, como hombres y mujeres de físico incomparables, dotados de ricas tradiciones y una sabiduría sin par. Déjame leerte un párrafo —dijo, tomando un libro escrito en caracteres góticos. Era una edición de colección de 1942 mandada a fabricar por Himmler, encuadernada en cuero de antílope y numerada. La suya era la 12.

—Escucha: «Yo soy de la opinión de los que entienden que los germanos nunca se juntaron en casamiento con otras naciones, y que así se han conservado puros y sencillos, sin parecerse sino a sí mismos, gracias a lo cual tan grande número de gente tiene casi toda la misma constitución física, los ojos azules y fieros, los cabellos rubios, los cuerpos grandes y fuertes» —leyó, mientras el menor escuchaba embelesado.

—¿Somos germanos, papá?

—Así es, orgullosamente germanos, y cuando seas grande, debes seguir trabajando en pos de la pureza de la raza y buscar una hermosa chica rubia y germana, como yo busqué a tu mamá, para casarte con ella. Cuando seas un poco más grande leerás completo el libro de Tácito y además aprenderás sobre todos nuestros grandes teóricos, como Guido von List, de quien ya te hablé, y por cuyo trabajo fue que los germanos recuperamos, como nación, la celebración de fiestas tan importantes como los solsticios de verano y de invierno —complementó Manfred.

—Exacto. Las cosas básicas que necesitas saber ya las conoces. Ya te he instruido acerca de los principios básicos del nacionalsocialismo y de la gesta heroica del *führer*, de cómo salvó su vida por milagro en la Primera Guerra Mundial, como si el destino quisiera retenerlo para algo más. Del motín de la cervecería en Múnich, de la prisión, de ese libro maravilloso que escribió en la cárcel, ayudado por Rudolf Hess, y de todo lo que vino después, ¿cierto? —preguntó Walter Theodor al pequeño Hans.

—Sí, *opapá* —respondió el niño, muy severo.

—Pues bien, ya vas a ser un hombre, un soldado más de la causa, y es tiempo de que entiendas que detrás de todos esos eventos no estuvo solo la voluntad del *führer*. Por supuesto, él fue la fuerza motriz, el gran conductor que la causa necesitaba, la voz pública, pero siempre hay algo por detrás, Hans. Hoy quizá no lo entiendas, pero déjame decirte que los que pasan a la historia no son siempre los que lo merecen. Muchas veces hay personas o agrupaciones que están detrás de los grandes cambios y que actúan movidas por su pura voluntad o por generosidad...

—O porque saben algo que los demás no saben, como es el caso de la Sociedad Thule, hijo mío —explicó Manfred.

—Así es —respondió el abuelo, pero justo en ese momento tocaron la puerta.

Era Osorio, quien entró a toda velocidad a la biblioteca, pero se refrenó al ver al niño. Balbuceó algo, sin hablar. Walter Theodor entendió lo que sucedía.

—Hable libremente, no hay problema. No hay nada que mi nieto no pueda escuchar.

Pese al mandato, Osorio siguió refrenándose.

—Hable, Osorio. Le dijeron que lo hiciera —replicó Manfred con muy poca suavidad. Él jamás había podido tragar al hombre de seguridad que su padre había contratado.

—Lo tengo claro. Señores: recién hubo un tiroteo en Teniente General Juan Domingo Perón. Murió un supuesto terrorista que se supone pertenecía a alguna organización de corte salafista. Me lo acaba de informar un hombre que tengo en el servicio de inteligencia —les dijo, intentando mantener los ojos abiertos. Hacía ya más de 36 horas que no pegaba pestaña y, además, había estado sometido a rigores físicos difíciles de soportar.

—¿Y? —preguntó Manfred.

—Hay tres detenidos: el cura Prat, Saavedra, que sería el autor de los disparos, y Marita Mariangel, una agente del Vaticano que tiene su base en Buenos Aires —dijo, sabiendo que dicha información seguramente generaría una reacción violenta en su contra. Mal que mal, el operativo que él había diseñado y que debía dar cuenta de ellos había fracasado no solo una, sino varias veces.

No obstante, para su sorpresa, la reacción fue completamente distinta.

—Vaya, vaya. No sé si eso es bueno —comentó el patriarca de la familia.

—Lo es, *papo*. Será muy bueno que estén un par de días presos, al menos. Yo me comuniqué esta noche con el hombre que nos está ayudando a descifrar el código y

creo estar bastante avanzado —explicó Manfred.

—Genial, muy buenas noticias. ¿Algo más que deba contarnos, Osorio? Yo creo que es tiempo de que usted vaya a descansar. Lleva mucho sin dormir y se le caen los ojos —comentó *papo* jovialmente. Osorio se sonrió.

—Muchas gracias señor, lo haré en un rato más, pero antes debo preocuparme de que usted quede seguro —replicó. Walter Theodor pensó que quizás estaba siendo injusto con ese hombre. Está bien, no era un ario, pero algún grado de fidelidad le debía. Le estaba pagando demasiado bien y salvo el hecho de que no había podido eliminar al cura, todo lo demás había funcionado.

—No se preocupe, Osorio. Vaya de inmediato. Le aseguro que estaremos a buen recaudo —comentó el viejo Theodor, justo en el momento en que la puerta de la biblioteca se hizo pedazos de una patada y seis policías del GEOF, el grupo táctico de la PFA, entraron a la estancia apuntándole con subametralladoras provistas de miras láser.

—¡Qué es esto! —gritó Walter Theodor, poniéndose de pie y abrazando a su nieto.

—Esto significa que se te acabó la suerte, nazi de mierda. Acabo de confesar lo de las catedrales de Buenos Aires y Lima, para comenzar, y se emitió una orden de detención en tu contra —le respondió Osorio, con toda calma.

En efecto, apenas aterrizaron en Buenos Aires, Osorio llamó a un contacto en la Agencia Federal de Inteligencia. Era un viejo conocido a quien no necesitaba darle mayores explicaciones. Solo le dijo que necesitaba confesar y que debían detener a Theodor lo antes posible. En menos de tres horas el operativo estaba listo.

Capítulo 32

Buenos Aires, Argentina
15 de mayo de 2017

Ya eran las dos de la mañana cuando finalmente Prat, Saavedra y Mariangel abandonaron el edificio central de la PFA en Buenos Aires, en la calle Moreno, muy cerca del imponente Palacio del Congreso. El cónsul de Chile en Argentina, un reconocido político, había tenido que partir cerca de la medianoche a parlamentar con los jefes de inteligencia de la PFA y con el fiscal a cargo, logrando convencerlos de que el actuar de Saavedra se enmarcaba en una legítima defensa y, de hecho, eso estaba más que configurado. Había al menos una docena de masones, entre ellos tres senadores, que habían visto los hechos y atestiguaron cómo sucedió todo.

Lo único que no le cuadraba a Salustro, el jefe de inteligencia de la PFA que se constituyó allí esa noche, era el tema del escape y el del arma.

—A ver boludos. Ustedes me dicen que son unos simples turistas, que andan mirando estatuitas por allí, ¿no? Aparece un taradito, les dispara, vos —apuntó a Saavedra— te encontrás una pistola, matás al taradito, llega la policía y escapás con tus amigotes. ¡Qué lindo! —les dijo.

Prat, Saavedra y Mariangel movían la cabeza en forma afirmativa, sin abrir la boca. El cónsul les estaba buscando un abogado y mientras tanto les había recomendado quedarse callados.

—Y vos, comisario. ¡Vos sos un comisario de la policía chilena! ¿Me querés ver las pelotas, coleguita? ¿Le creerías a un rati argentino que estuviera metido en un tiroteo y te dijera que la pistola se la encontró allí mismo, tirada en la calle? ¡Una pistola con el número de serie borrado! ¡Dejate de joder! —le gritaba, al tiempo que sostenía en su mano derecha un pedazo de pizza que chorreaba queso por todas partes.

Mientras Saavedra se relamía los bigotes, sabiendo que aquello era una forma muy sutil de incomodarlos, trataba de darle la razón al argentino.

—Usted tiene toda la razón del mundo, señor. Yo no lo creería tampoco, pero qué quiere que le diga. Los milagros suceden.

—Sí, claro. Vos sos un caballero Jedi. ¿Ustedes, pelotudos, creen que no sabemos en todos los desastres que han estado metidos en las últimas horas en Chile? ¿Creen que los queremos acá, con toda la mierda que me he tenido que comer por el despelote aquel del atentado en contra de la catedral? ¡Vayan a tomar por culo! —les gritó, saliendo de la habitación donde estaban los tres.

Cuando habían facilitado un teléfono a Mariangel, esta llamó a un contacto en la AFI, un alto cargo de la inteligencia argentina que le debía más de un favor.

Era ya la medianoche cuando ese contacto apareció. Era un hombre alto y enjuto,

que sacó a Mariangel de la habitación y la llevó a otro cuarto.

—Nos van a soltar en un rato, no habrá problemas. Me da la impresión de que la orden de captura que ese fiscal chileno emitió aún no ha llegado acá, porque una cosa es arreglar el asunto de forma local, como acabamos de hacer, y otra es saltarse a Interpol, lo que es casi imposible. Tienen que hacer algo de papeleo, pero además están liados con algo que políticamente es mucho más grande: hay un detenido por los atentados de la catedral de Lima y Buenos Aires —explicó Mariangel al ser devuelta a la oficina.

—¿Quién? —saltó de su silla Prat.

—Un viejo conocido del cual ya hemos hablado: Walter Theodor. Según los antecedentes que le dieron a la AFI el asunto parece bastante simple. Es el revitalizador del nazismo a nivel mundial.

—Ha habido cientos de esos en todas partes —se rio Prat.

—Pero ninguno como este, Prat. Theodor es hijo de un excriminal de guerra nazi, un oficial de las SS que trabajó directamente con Himmler. Tienen a un informante que les relató que Theodor está metido en el tráfico de armas internacional y que mantiene una red de contactos con decenas, con cientos de exnazis refugiados en Argentina, Chile, Bolivia, Perú, Paraguay, Brasil, Colombia.

—¿Algo así como *Los archivos de Odessa*? —preguntó Saavedra, refiriéndose a la famosa película basada en la novela de Frederick Forsyth, que narra la reorganización de los nazis en América Latina.

—Un poco más que eso. Según el informante en este grupo existe un componente esotérico. Son seguidores de la doctrina de la logia Thule, una siniestra organización que, entre otras cosas, buscaba un lugar perdido en el mundo donde, según ellos, estaba el origen del hombre ario. Quienes se reúnen en torno a Theodor no son, por lo demás, algunos cabezas rapadas, sino hijos o descendientes de alemanes de doctrina nazi, pero todos muy acaudalados. Si uno juntara las fortunas de varios de ellos probablemente se podría pagar la deuda externa de la Argentina —bromeó.

Saavedra sonrió y pensó que si se llegaba a saber de los donativos de Theodor a la Iglesia argentina, esta iba a quedar muy mal parada.

—Hay que procesar todo esto. Ojalá que nos suelten luego. ¿Qué pasó con el arma? Me da la impresión de que ese es el principal problema. Al menos en Chile, el uso de un arma sin número de serie es un delito muy grave —comentó Saavedra, preocupado.

—No se preocupe de eso, comisario. En la Argentina hay muchas cosas que se pierden. Para que el arma sea considerada en el proceso debe estar en el proceso y es una lástima, pero ya no está —comentó la agente con una sonrisa coqueta.

Cuando lograron salir, una densa neblina cubría Buenos Aires, dándole a la capital un aire fantasmagórico.

—¿Tienes alguna idea de dónde quedó la van? Cuando salimos de allí no la vi más y, bueno, ya sabemos que cuando llegó la PFA y nos tiraron al suelo... —dijo

Saavedra, saliendo al frío de la noche.

—Ni idea, pero no la necesitaremos, al menos de momento. Estamos muy cerca de donde vamos —dijo Mariangel.

—¿Y dónde vamos, si se puede saber? —preguntó Prat entumecido.

—Muy cerca. Vamos al mausoleo que se menciona en tu código, Alberto —respondió ella, lo que encendió las alarmas en la mente de Saavedra. Era la primera vez que ella lo llamaba por su nombre de pila.

—Imagino que te refieres al Palacio Barolo. Yo lo suponía, dado que es conocido el hecho de que Palanti y Barolo erigieron el edificio con el objetivo de trasladar algún día las cenizas de Dante a Buenos Aires y dejarlas allí, al centro del palacio. Incluso, creo que Palanti hizo una escultura de un cóndor que iba a contener las cenizas de Dante, escultura enorme que luego alguien se robó —contestó el religioso.

—Exacto. Cosas que solo se ven en la Argentina.

—¿Y atravesaremos mágicamente las puertas? Si mal no lo recuerdo es un edificio de oficinas, que dudo esté abierto a estas horas de la noche —preguntó Prat con ironía.

—Parece que no lo sabes, pero allí funciona parte importante de la contrainteligencia argentina.

—No, si lo sabemos. Un jefe de la PDI chilena nos hizo el comentario —respondió Prat.

—Pues bien, el amigo de la AFI que nos sacó esta noche de acá no solo nos hizo ese favor, sino que nos hizo otro. En diez minutos más los dos nocheros que están de turno en el Palacio Barolo se encerrarán en su oficina y dejarán abierto el acceso por la calle Hipólito Yrigoyen, junto con alguna iluminación básica. Las cámaras estarán desconectadas hasta las cuatro de la mañana, y podremos trabajar en calma hasta esa hora. De todos modos, debemos asomarnos por el acceso principal, por Avenida de Mayo, para que nos vean, y luego debemos ir hacia atrás —detalló la mujer.

—No sé si pueda acompañarlos. Estoy destrozado. Sé que no suena muy gallardo, pero necesito dormir algo —se quejó Saavedra.

—Lo tengo claro, comisario. Hay una oficina en el séptimo piso, que estará abierta, donde podrá descansar. Prat y yo recorreremos el edificio mientras tanto —comentó Mariangel.

—¿No sería mejor hacerlo en la mañana, una vez que Saavedra efectivamente haya descansado? Toda esta zona está llena de hoteles —sugirió Prat.

—Se nota que el cansancio también te ha afectado, Alberto. La orden en contra de ustedes, desde Chile, seguramente no ha llegado esta noche, pero sin dudas llegará mañana. Con un poco de suerte, el funcionario de Interpol Chile que está cargo se va a demorar un poco en meterla en el sistema y acá se van a demorar un poco más en darse cuenta, en enviar el mensaje con el aviso a todas las unidades policiales, fronteras, etc. Para cuando eso suceda, nosotros ya deberíamos haber salido de aquí rumbo a otro país.

—Donde también nos tomarán detenidos —remató Prat, mientras caminaban por calle Virrey Ceballos en dirección al norte.

Tras caminar un par de minutos, el trío llegó a la rotonda que forman Moreno y Avenida de Mayo, apareciendo casi al frente de ellos el bellissimo edificio de la compañía de seguros La Inmobiliaria. Construido en 1910 en un estilo neorrenacentista italiano, posee dos cúpulas rojas que alcanzan casi los setenta metros de altura, pero quizá lo más llamativo no es eso, sino las esculturas grecorromanas que decoran el último piso: varios pares de hombres y mujeres desnudos y semidesnudos que representan a Apolo y Venus.

Al lado está la primera de las dos plazas que anteceden el que quizá sea el edificio más elegante de Argentina, el Palacio del Congreso, que marca el inicio de la famosa Avenida de Mayo, la cual culmina a dos mil metros exactos hacia el oriente, en la Casa Rosada, la sede del poder ejecutivo argentino. Construido por Vittorio Meano, arquitecto autor de otros dos icónicos edificios (el Teatro Colón, también en Buenos Aires, y el Palacio del Congreso de Uruguay, en Montevideo) se trata de un palacio de estilo grecorromano, coronado por una cúpula inmensa, confeccionada en acero y pintada de verde, que es posible apreciar desde distintas partes de la ciudad, pues mide más de ochenta metros. Precedida por una gran cantidad de estatuas, en la primera plaza (llamada Mariano Moreno) situada frente al Congreso, se encuentra incluso un pensador, esculpido por el mismísimo Auguste Rodin.

Hacia su izquierda, y pese a la neblina que comenzaba a abalanzarse sobre la capital federal, pudieron ver la efigie del Barolo, un rascacielos de estampa inconfundible, creado como una mezcla de *art decó* con decenas de otros estilos.

A simple vista, está compuesto de una torre principal, de 22 pisos, una estructura sólida y cuadrada, que se alza por sobre la estructura principal del edificio, de catorce pisos. Desde todas las ventanas se descuelgan bellissimo balcones circulares y semicirculares, que hacen juego con los balcones que rematan las esquinas de los últimos pisos del palacio, el cual culmina en una cúpula ubicada a cien metros exactos, sobre la que hay un enorme foco Westinghouse, capaz de emitir un haz de luz que abarca cientos de kilómetros de distancia y que originalmente se planificó que creara un puente lumínico que uniera al Barolo con el Palacio Salvo, ubicado en la Plaza Independencia de Montevideo, a doscientos kilómetros exactos en línea recta.

La idea era que existiera una especie de arco de luz que iluminara el acceso al Río de La Plata, sostenido sobre esos dos palacios, que harían las veces de las Columnas de Hércules.

Por cierto, el puente lumínico entre las dos capitales nunca pudo llevarse a cabo, por un detalle que no se tuvo en cuenta en el fervor del entusiasmo infinito del arquitecto Palanti: la curvatura de la Tierra hacía imposible que los dos haces se encontraran.

Pero ese fue el único error del misterioso constructor, pues no falló en su comunión con los astros. Cada año, cuando comienza junio y se enciende el foco

hacia arriba, apunta exactamente a la Cruz del Sur, que queda alineada a la perfección con el monumental edificio.

Entre los muchos mitos del edificio, había uno que señalaba que un portero, llamado Remigio Lattuada, se encontraba parado en el faro en el momento en que este se alineó con la Cruz del Sur, el 1 de junio de 1957, a las 19.45 horas en punto. Al día siguiente, Lattuada no aparecía por parte alguna, hasta que alguien sugirió subir a buscarlo al faro, donde solo habrían encontrado sus ropas. Como todo mito, es una historia no comprobable ni mucho menos existen antecedentes de la desaparición de alguien con dicho nombre, pero es un detalle, pues a contar de la divulgación masiva de la historia, nació el constructo según el cual ese faro es una especie de portal hacia otros mundos.

—Es un edificio magnífico. Cuando era estudiante de arquitectura aproveché un viaje a Buenos Aires para estudiarlo por completo. Les recomiendo un par de ensayos que escribió al respecto un profesor de arquitectura argentino, Carlos Hilger, quien es el que logró probar que, efectivamente, el palacio está construido como un homenaje a Dante y *La Divina Comedia*. No recuerdo si es Hilger o alguien más quien lo dice, pero basta entrar para entender que el primer piso y los dos subterráneos equivalen al Infierno, la primera parte del célebre poema. Desde allí al piso 14 está el Purgatorio, la segunda parte, mientras que entre el piso 15 y el 21 se encuentra el Cielo. El piso 22, cuyo único objetivo es albergar el foco, es Dios —recitó Prat.

—Muy interesante, padre —comentó Saavedra.

—En extremo interesante. El 22 es un número frecuente aquí, junto con el 11. Debido a que *La Divina Comedia* tiene cantos divididos en 11 o en 22 estrofas, Palanti usó ambos números en distintas partes de la construcción, la más obvia de las cuales es la cantidad de pisos, pero no solo eso: el 11 aparece en distintas partes, como en la cantidad de módulos. Se ha dicho muchas veces que el edificio tiene cien metros de alto, como el total de los versos del libro, y hay mucho más, sobre todo si uno hurga en la simbología masónica y de la Fede Santa. Y la forma en que unos y otros entendían a Dios, aunque probablemente en la versión de Palanti y Barolo deben haber hablado del Gran Arquitecto del Universo.

—Que, como bien sabes, Alberto, es una figura ecuménica, no un dios como lo estás poniendo. Es solo una idea, una forma que inventaron los masones para permitir que cada uno de ellos hable de su propio dios sin enojar al otro —comentó Mariangel.

—Puros eufemismos. Hay un solo dios y ese es Dios —retrucó el cura.

—Ja, por eso es que deben inventar eufemismos como ese. Mejor demos la vuelta a la manzana, que ya nos vieron —comentó la mujer.

Una vez en Hipólito Yrigoyen comprobaron que la puerta estaba abierta. La empujaron e ingresaron de inmediato al primer nivel del palacio.

—Bienvenidos al infierno —declamó Prat con cierto dramatismo, abriendo las manos y mostrando el extenso y decorado primer nivel, una gran bóveda llena de

decoraciones extrañas e inscripciones en el techo. A nivel del suelo, delante de ellos, en dirección a Avenida de Mayo, había un kiosco de turismo, donde vendían *souvenirs*, además de libros y videos sobre el palacio. Al centro, reposaba una reproducción a pequeña escala de la estatua que debía albergar los restos de Dante.

—Esto es muy interesante. Miren aquí, por favor —explicó el religioso, avanzando hasta los pies de la escultura, un cóndor que llevaba una figura humana sobre su espalda. Allí les mostró una esquina de la reproducción de la estatua, donde se leía:

SOTT.TE M.PALANTI TRIESTE. 1919.

»Palanti comenzó a hacer él mismo, en Trieste, esta escultura, un cóndor, el ave por excelencia de América, que se traía a nuestro continente los restos del Dante sobre su espinazo, una gran alegoría. Ya hemos visto, además, que el cóndor se repite en distintos monumentos o edificios de significaciones esotéricas. En 1921, cuando se cumplían seiscientos años de la muerte de Dante, la escultura llegó a Buenos Aires y era de mucho mayor tamaño, pero la robaron antes de la inauguración del palacio, en 1923, evento que Barolo no pudo contemplar, pues murió un año antes. Pese a que tenía un excelente estado de salud, los certificados médicos atribuyeron su deceso a un infarto al corazón. Puede ser, pero es mucho más probable que fuera un homicidio por envenenamiento. Usted sabe muy bien, comisario, que cualquier profesional puede disimular un crimen usando las drogas exactas, ¿o no? —preguntó Prat, dirigiéndose a Saavedra.

—Positivo. Lo que no entiendo es por qué robarían la estatua.

—Nada se sabe al respecto, ni qué contenía exactamente o si la desaparición está relacionada con la muerte de Barolo. Algunos creen que se suicidó al perder la estatua y su contenido, y otros apuntan a que pese a que Palanti llevaba varios años viviendo en Buenos Aires cuando comenzó el trabajo del Palacio Barolo, viajó durante varios meses a Italia a construir allá, él mismo, dicha estatua, que luego robaron acá.

—Muy curioso —acotó el comisario.

—La leyenda también dice que el cajón en que la escultura original llegó al puerto de Buenos Aires tenía un sello de la Fede Santa encima, lo que es extraño y probablemente apócrifo, pues nadie sabe qué logo tenía dicha organización. También se dice que en su interior venían las cenizas de Dante. Por cierto, nada de eso se puede comprobar, además que se supone que las cenizas del poeta están en Rávena desde hace muchos años. Lo cierto es que la escultura desapareció y que a mediados de los años noventa alguien la ubicó en Mar del Plata, en manos de un empresario que no quiso venderla a los actuales dueños del Barolo, por lo que la dejó en una bodega, desde donde la habrían robado, cortándola de su base. Lo único claro de toda esta historia es que quedaron fotografías de la estatua, las que permitieron construir

esta réplica, que es fiel, y aquí viene lo que quizá sea lo más interesante. ¿Qué significa SOTT.TE? —se preguntó Prat.

—Ni idea —respondió el policía chileno.

—Hay quienes sostienen que es una sigla relacionada con el templarismo, y puede ser, aunque puede ser también alguna abreviación de «subteniente», que es el grado que Palanti tuvo en la Armada italiana, durante la Primera Guerra Mundial. Quienes se inclinan por la tesis templaria suscriben las teorías de René Guénon, basadas a su vez en las del francés Eugène Aroux.

—Conozco a Guénon, pero nunca había escuchado sobre Aroux —comentó Saavedra.

—Es un hombre bastante desconocido, pero fue él quien descubrió en el Museo Imperial de Viena dos medallas muy antiguas, sin una fecha precisa, una de las cuales representa a Dante y la otra a Pierre de Pisa. Las dos llevan una sigla atrás. Déjenme recordar: F.S.K.I.P.F.T., si mal no lo recuerdo. Para Aroux, eso significaba «*Frater Sacroe Kadosch, Imperialis Principatus, Frater Templarius*»; es decir, algo así como «Hermano Sagrado Kadosch, Príncipe Imperial, Hermano Templario». En otras palabras, se trataría de grados de algún tipo al interior de la Fede Santa. Aquello de Kadosch es un concepto que aún se utiliza hoy en la llamada masonería capitular, la que en el Rito Escocés Antiguo y Aceptado abarca desde los grados 4 al 33. Si no me equivoco, el grado de «caballero Kadosch», palabra hebrea que significa algo así como «puro», equivale hoy al grado 30 de la masonería capitular.

—Muy interesante, padre, como siempre, pero aún no nos dice qué cresta significa aquella sigla que estamos viendo allí.

—Cierto, disculpen. Como les indicaba, algunos creen que aquello de «SOTT» significa «Soberana Orden de los Templarios», mientras que la «TE» indicaría algún grado específico.

—Eso significaría entonces que los templarios pervivieron como tales hasta principios de siglo y que Palanti era uno de ellos —razonó el detective.

—Claro, pero me parece una solución muy simple. Aunque no tengo explicación para el punto que hay entre las primeras dos letras «t» y la tercera, creo que el mensaje es mucho más simple. Para mi gusto, eso es una contracción o algo semejante de «Sotter», la primera parte de la palabra italiana *sotterranei*; es decir, subterráneo. ¿Qué era Palanti mismo, sino un agente encubierto, un hombre del inframundo, que viaja a la América Latina, equivalente al purgatorio de Dante, a buscar un escondrijo donde hacer reposar los restos de ese genio? Por cierto, hay otro detalle allí que no es menor. Si se fijan, las dos primeras letras «t» parecen unidas arriba, como si formaran el número Pi, miren:

TT

»Eso no es casual —prosiguió el jesuita—, ya que las proporciones del edificio se

basan en Pi, el número sagrado, y la famosa proporción áurea. Aunque Palanti se llevó los planos del edificio y estos nunca han sido encontrados, todos los estudios que se han hecho demuestran que la planta del edificio se levantó sobre la base de la proporción áurea; es decir, uno más uno, dos; dos más tres, cinco; cinco más tres, ocho; ocho más cinco, trece, y así.

—Es probable Prat, es probable, pero me interesa bien poco. Lo que debemos descubrir es cuál nivel es el que se menciona en el código —se quejó Mariangel.

—Claro, tienes razón, pero para eso debemos revisar el lugar y ver a qué apuntaba Etchevers. A este nivel, aquí en el infierno, lo que podemos ver es que estamos en un sector dividido en nueve cúpulas, equivalentes a los nueve círculos del infierno de Dante, resguardados por seres terribles, y no es broma. Miren hacia arriba, donde terminan las columnas que rodean el primer piso —les pidió, mostrando las figuras de bronce que se descolgaban desde allí.

—Ese es un dragón o algo semejante —opinó Saavedra, mostrando una de aquellas figuras, una musculosa, provista de enormes crestas en su lomo encorvado, unas garras portentosas y un par de colmillos también de gran tamaño, que sobresalían de sus fauces abiertas, de cuyas comisuras colgaban cadenas.

—En efecto. Hay dos dragones y, de nuevo, cuatro cóndores. Parece ser que a los arquitectos que construyeron edificios en Buenos Aires les impresionaban mucho estos seres. En todo caso, no es casualidad que estén aquí, en el infierno: son aves de carroña, quizá tan fabulosas para un europeo como la idea de un dragón.

—En función de eso, entonces padre, ¿la idea era que las cenizas de Dante reposaran en el infierno? —preguntó Saavedra.

—No, sus restos debían estar en el purgatorio, el lugar donde el mismo Dante creía que merecía pasar el resto de la eternidad, para expiar sus pecados en vida, pero ya sabemos que la comedia es un relato alegórico, una historia de ascensión. Como tal, uno podría entender que su cuerpo debía ser llevado desde los infiernos hasta el purgatorio en un cóndor.

—¿Y esas lecturas en el cielo, padre? Cuando estaba en la universidad hice un cursillo de latín, pero la verdad es que lo aprobé casi por un acto de magia —se quejó Saavedra.

—Hay catorce frases allí, algunas de los evangelios, algunas de *La Divina Comedia*, otras de quién sabe dónde. La verdad es que son pocos quienes han reparado en ellas e intentado darles un sentido —reflexionó, mirando hacia el gigantesco techo abovedado, en el cual, en bajorrelieve, efectivamente había catorce frases grabadas.

—No entiendo ni jota —dijo el policía.

—Muchas de las frases parecieran no tener sentido, pues claro, cuando uno no conoce el contexto, es imposible entender lo demás; todos los que estamos aquí sabemos eso a la perfección. No obstante, esa es la que me parece más significativa: *corpvs animvm tegit et detecit*; es decir, algo así como que a veces el cuerpo oculta el

alma y otras veces la revela.

—Muy lindo, Prat, muy lindo. Y ahora, ¿qué buscamos? —reiteró Mariangel quien, sin embargo, le hizo un leve movimiento con la cabeza a Prat, indicándole una de las cámaras situadas sobre el cóndor que había llamado la atención de Saavedra, la que se había movido.

—Se suponía que las iban a desconectar —susurró Prat a su oído, muy molesto.

—Eso me dijeron, pero parece que no fue así. Sigue explicándonos sobre el edificio y cuando encontremos lo que buscamos, nos vamos —respondió ella en el mismo tono de voz.

—Nada fue dejado al azar aquí. El tragaluz que tenemos sobre nuestras cabezas remata en el piso cuarto. Creo que sería bueno que subiéramos. Supongo que los ascensores están desbloqueados —dijo Prat.

A unas quince cuadras de allí, en el edificio de la antigua SIDE, ubicado muy cerca de la Casa Rosada, en efecto había varios agentes siguiendo todos sus movimientos.

Prat, Mariangel y el detective caminaron hacia los ascensores ubicados a mano derecha, a un costado de una inmensa escalera de mármol.

—Si alguno tenía alguna duda acerca de la filiación masónica de nuestros amigos de la Fede Santa, los señores Palanti y Barolo, creo que esto la disipa —exclamó el cura, mostrándoles dos curiosos detalles del ascensor.

El primero al que se refirió el religioso fue la placa de bronce donde decía ascensor, que tenía una curiosa letra «A» que en vez de estar atravesada al medio por una línea horizontal, como todas las letras A del mundo, tenía una escuadra al medio, formando el famoso símbolo masónico del compás y la escuadra. El otro que les comentó, fue que la punta de la aguja que indicaba los pisos era una flor de lis, símbolo universal de la masonería.

—Vengan, entremos. Vamos a ir al cuarto piso —los invitó el sacerdote, abriendo el enrejado negro del ascensor de formas redondeadas y de aspecto muy antiguo, pero en perfecto estado.

Apenas salieron del ascensor apareció delante de ellos un balcón circular, de 360 grados, desde donde se veía el piso de la primera planta. De hecho, desde ahí se apreciaba perfectamente la réplica de la escultura del cóndor con Dante en su lomo, así como seis figuras redondas, como flores casi perfectas, compuestas por dieciséis pétalos de color verde cada una.

—¿Y eso? —preguntó Saavedra.

—Ni idea. Hay una teoría muy rara sobre que serían algo así como ventanas al infierno, pero no me convence. Lo que sí es importante es que noten que así como esas imágenes son circulares, casi todo el edificio lo es. Si se fijan, en las paredes no hay ángulos rectos —dijo Prat mostrando los pasillos y las oficinas que lo ocupaban.

—¿Y en los pisos superiores? —quiso saber el comisario.

—Lo mismo. No existe este balcón, pero es muy parecido. En el 14 hay un balcón

enorme, hacia atrás, con cuatro cúpulas, y luego vienen más oficinas, a las cuales se puede subir solo por una escala muy estrecha, que cada vez se hace más estrecha. Ya saben, el camino al cielo es difícil. El acceso a los pisos 21 y 22 es francamente claustrofóbico y, para ser franco, no creo que encontremos algo de utilidad. Estoy en blanco —les confesó el cura.

—¿Y qué hacemos entonces?

—Buscamos un hotel y seguimos con esto mañana. Yo no doy más —les respondió.

Bajaron por el mismo ascensor y cuando llegaron al primer piso, al salir de ahí, Prat sacó su teléfono celular. Apenas le quedaba un tres por ciento de batería.

—Voy a tomar algunas fotos antes de salir. Amo este edificio y está muy cambiado, muy distinto de cómo se encontraba hace unos veinte años, cuando lo conocí. Lo han mejorado mucho. Ya veremos mañana qué hacer —les dijo, lanzando un par de fotos.

Salieron por donde habían entrado y ya en la calle los envolvió esa neblina cargada de humedad que se adentraba por el Río de la Plata.

—Esto no me gusta. Nos grabaron hasta que les dio hipo ahí adentro. Si Theodor está efectivamente detrás de todo esto y tiene a alguien a sueldo en la SIDE o como diablos se llame ahora, estamos jodidos y rejodidos. Sé que no encontramos lo que buscabas, Prat, pero no sé si sea una buena idea regresar aquí mañana. De hecho, ustedes dos deberían tratar de irse de Argentina ahora mismo, mientras no tengan encima una orden de arraigo —opinó la agente del Vaticano. El cura chileno se limitó a sonreír.

—Coincido en que debemos irnos lo más luego de acá. ¿Crees que podrías tener listo el avión temprano, como a las diez de la mañana?

—Sí, pero...

—No habrá problemas. No es necesario tampoco regresar al Barolo mañana, aunque de verdad me encantaría poder visitarlo como cualquier turista, con toda calma. Pero será en otra ocasión, ya encontré lo que buscábamos. Era incluso más simple de lo que parecía, pero como teníamos esos ojos encima, hice durar un poco más la visita, a fin de que no se dieran cuenta tan rápidamente, aunque, claro, lo notarán al fin y al cabo —replicó Alberto Prat.

—¿Y de qué se trata? —le interrogó el comisario chileno, mientras retomaban Avenida de Mayo.

—De algo muy simple, que está a plena vista. ¿Recuerdan que al lado del ascensor hay una bella escalera de mármol?

—Sí —respondieron Saavedra y Mariangel al unísono.

—Pues bien, a un costado de esa escalera hay una placa de mármol, muy bella, con los números de las oficinas. ¿La vieron? Claro, nadie le prestó mucha atención, pero ahí estaba aquello de «El número del nivel que contiene del 122 al 159 en el edificio que iba a ser el mausoleo». Si la batería no me abandona de inmediato, en

esta foto es factible ver lo que les digo; que las oficinas numeradas desde el 122 hasta el 159 se encuentran en el sexto nivel. Era bastante simple —se regocijó, anotando en su libreta un seis, luego del cuatro y de las palabras «nadie» y «cero».

—Por ende, lo único que nos iría faltando es aquello de la pirámide —recordó el comisario.

—Eso no es algo muy complejo. ¿Recuerda, comisario, las pirámides que hay en el cementerio de Santiago? —preguntó Prat.

—¿Pirámides en el cementerio de Santiago? ¿De qué hablas? —intervino Mariangel.

—De eso, de que dentro del cementerio de Santiago hay varias pirámides, tres o cuatro, quizá más, y hace no mucho tiempo, en medio de todo ese problemazo con La Cofradía, anduvimos metidos allí con el bueno de Saavedra. Después de eso, mientras estaba en reposo, leí mucho sobre el tema de las pirámides en los cementerios y ¡voilà!, hay una pirámide en el Cementerio de La Recoleta, aquí en Buenos Aires, la única, de hecho. Y la única pirámide en toda la ciudad.

—Esta es una ciudad enorme, Prat, hay barrios que ni siquiera imaginas que existen y que yo, que nací aquí, tampoco atisbo ni mínimamente. Puede haber pirámides en cualquier parte.

—Estoy seguro de que esta es la que estamos buscando. Está a pocos metros del mausoleo de la familia Ayerza, una de las tumbas famosas de La Recoleta. ¿La conoces? Es una gran escultura, donde se ve a una mujer dando pecho a su hijo. El mausoleo propiamente tal se encuentra al lado, y allí se cree que pudo haber sido enterrado Julius Popper, el genocida de los selk'nam, el hombre que Råber nos contó que estaba obsesionado con hallar la Ciudad de los Césares y el mapa que supuestamente conduce a ella. No me parece muy casual que la cuarta pista de este código creado por Duverger se encuentre en la misma zona donde podría estar escondido el cuerpo de Popper.

—Viéndolo desde ese punto de vista, creo que el padre Prat tiene bastante razón. Y ahora, por lo que más quieran, busquemos algún lugar donde dormir —imploró el detective.

—Tomemos un taxi y vayamos al centro. Allí tenemos un departamento muy discreto, donde alojo yo y otras personas de cuando en cuando, en el octavo piso del edificio Bencich, en la esquina de Roque Sáez Peña con Florida y con Mitre.

—¿Una esquina con tres calles? —inquirió Saavedra.

—Claro. Sáez Peña es la Diagonal Norte, la que une el Obelisco con la Plaza de Mayo y atraviesa Bartolomé Mitre. El Bencich es un edificio muy bonito, con dos cúpulas redondas encima. De hecho, la oficina que tenemos allí, adaptada como departamento, se encuentra en la cúpula de la parte de atrás.

Justo en ese momento pasó un taxi por la Avenida de Mayo, al que hicieron parar. A una cuadra de distancia, en tanto, un Ford Falcón verde, que por fuera se veía muy destartado, pero que en realidad estaba en perfectas condiciones, partió en la misma

dirección.

Dentro del automóvil viajaban tres paquistaníes. Los tres se encontraban esa tarde en un departamento del sector de Boedo, cuando se enteraron de la muerte de aquel que llamaban su hermano, Suleikan Khan. Tras saber aquello, se afeitaron cuidadosamente las barbas, se vistieron con jeans y camperas y salieron a la calle. Montaron guardia toda la noche afuera de la PFA y luego siguieron a Prat, Saavedra y Mariangel hasta el Barolo. Ahora solo necesitaban saber dónde se quedarían.

Tratando de que no los vieran, a la distancia observaron que entraban a un edificio en esa extraña esquina, momento en que fue evidente que algo pasó, ya que uno de los hombres se veía muy agitado con su teléfono en la mano.

Era Saavedra, quien había tomado su celular para ver los cientos de mensajes que tenía, pero el único que le interesó fue el penúltimo en su casilla. Era un texto que le había enviado el detective Martínez, de una sola línea, muy escueta, pero que le hizo saltar de alegría.

Martínez:

Señor, la srta. Guzmán está viva y a salvo en Stgo. La tenemos nosotros.

—¡Sandra está bien! —fue lo que gritó al leer ese mensaje, lo que generó una curiosa reacción de parte de Prat, quien lo primero que hizo fue persignarse y luego quedarse parado allí, como una estatua, mirando al cielo, como si estuviera agradeciendo algo. Si lo hubieran podido ver mejor, se habrían percatado de que sus ojos estaban humedecidos.

—¿Y quién es esa tal Sandra? —preguntó Mariangel, perdiendo toda su coquetería.

Capítulo 33

**Buenos Aires, Argentina
15 de mayo de 2017**

Temprano esa mañana, uno de los tres paquistaníes, Omar Al Benh, se levantó al amanecer y procedió a lavarse escrupulosamente. Luego rezó en dirección a La Meca y escribió su testamento.

Minutos más tarde, se sentó frente a un teléfono celular que descansaba sobre un trípode y que era accionado por Abder, uno de sus compañeros, y explicó la «acción de martirio» que estaba por cometer. Dijo que iba a eliminar a los infieles que habían asesinado a un mujaidín y que luego de ello se iría al paraíso. Pidió a sus padres y a su hermana Fátima que no lloraran y se despidió, reivindicando su acción a nombre del Grupo Salafista de Liberación Internacional.

Una vez apagada la cámara, se sacó la túnica y quedó en calzoncillos y calcetines. Se puso una camiseta sobre la cual Abder y Kair, el tercer sujeto, acomodaron un chaleco de pescador lleno de explosivos, el cual contenía más de dos kilos de amoníaco, suficiente explosivo como para hacer volar un edificio. Desde cada uno de los costados del chaleco pendía un largo cable, uno rojo a la izquierda y otro blanco, a la derecha. Al final de cada uno de los cables había un estoperol de níquel. Con mucho cuidado, y mientras Omar mantenía las piernas bien abiertas, sus compañeros pasaron los cables por debajo de los calzoncillos y los fueron adhiriendo a cada pierna con ingentes cantidades de huincha de embalaje plateada. Kair bromeó con lo difícil que sería sacar esa huincha de las piernas llenas de vellos de Omar, pero ni este ni Abder se rieron. Bastaba con que juntara sus talones para que las cargas eléctricas produjeran una enorme explosión.

Con ayuda de sus amigos, Omar se puso un jeans negro con un par de calcetines cortos. Los cables asomaron por debajo de las bastas. Con más huincha, los pegaron a los talones de las zapatillas Nike color plata que habían comprado un par de semanas antes. A simple vista no se notaba mucho, pero si alguien observaba a Omar con cierta atención vería, sin lugar a dudas, los dos estoperoles metálicos que se descolgaban desde la parte interior de la basta de sus pantalones, afirmados con huincha adhesiva a los talones de las Nike.

Siempre con las piernas separadas, lo ayudaron a subir al Falcon que usaban desde hacía varias semanas, el que habían robado en Rosario y al cual le habían puesto patentes falsas, y partieron de inmediato hacia el mismo edificio adonde habían visto entrar a sus objetivos la noche anterior.

Eran cerca de las siete y media de la mañana cuando lo dejaron en las inmediaciones de la Catedral de Buenos Aires. Esquivando el cerco policial que aún se mantenía allí, pues a casi dos días del atentado proseguía el trabajo de los peritos

de la PFA, Omar caminó hacia la Diagonal Norte y muy pronto estuvo en las afueras del pomposo y recargado antiguo edificio del Bank Boston, actualmente ocupado por el ICBC, y vigiló unos minutos en dirección al edificio Bencich. Observó las estatuas que se ubican en la pequeña plazoleta que queda al frente y vio cómo desde las bocas del subte comenzaban a surgir personas casi por oleadas, muchas de las cuales entraban al local de comida saludable ubicado en el primer piso del Bencich.

La puerta por la cual las tres personas de la noche anterior habían ingresado allí estaba por la Diagonal Norte. Horas antes, y justo después de que Saavedra, Prat y Mariangel entraran, los salafistas vieron desde la calle cómo se encendían varias luces en la cúpula oriente, por el lado de la misma diagonal. Hubo movimiento durante más de diez minutos y luego todas las luces se apagaron. Gracias a ello, sabían donde estaban.

Esa mañana, Omar caminó al acceso del edificio, por donde habían entrado sus futuras víctimas, y observó que al menos a esa hora no sería fácil acceder: había un guardia y bastante seguridad.

Más encima, justo en ese momento se encontraban dos agentes de la PFA parados afuera de la puerta, como si estuvieran esperando a alguien. Seguramente era una casualidad, pero no tenía cómo saberlo. En su bolsillo llevaba una pistola Jerichó de nueve milímetros, arma que había dado lugar a una serie de grandes discusiones entre sus compañeros, debido a su procedencia israelí, aunque, al final, habían optado por quedársela. Al fin y al cabo, Kair había pagado novecientos dólares por ella a un viejo libanés que vendía cosas robadas en un boliche de San Telmo.

Calculando que era poco probable que hubieran salido aún del lugar en que se suponía habían pernoctado, decidió ingresar al ver que el guardia entraba hacia un pasillo, aprovechando que casi en el mismo momento los dos policías de la PFA comenzaban a caminar hacia calle Florida.

Logró sortear sin problemas el acceso y llegar al pequeño pero elegante *lobby* de aquel edificio neoclásico. En medio de las paredes de mármol café, decorado con molduras de mármol verde, había cuatro ascensores. Lo único que debía hacer era llegar a uno de ellos, subir hasta el último piso y comenzar a bajar por la escala hasta dar con el piso donde estaban sus objetivos.

Todo ello ocurría en el mismo momento en que Prat, Mariangel y Saavedra tomaban el ascensor. El departamento había resultado ser un pequeño estudio de un ambiente dividido en dos secciones. Si bien no era tan minúsculo como cualquier piso contemporáneo, evidentemente había sido pensado para una oficina y nunca estuvo planificado que fuera algo más. Por ende, había un pequeño *living* con un sofá, donde se acomodó la mujer agente, y un dormitorio con una cama de dos plazas en la cual, a regañadientes de ambos, se acostaron el sacerdote jesuita y el comisario de la PDI.

Habían acordado levantarse a las 6.45, con el fin de ducharse, tomar un café y llegar lo antes posible a La Recoleta. Si bien estaban bastante cerca, Prat insistió en

que hicieran todo lo más rápido posible para intentar abordar el avión y seguir de inmediato a Montevideo.

—¿Dormiste bien, cariño? —fue lo primero que Saavedra preguntó al jesuita, cuando este apareció en la minúscula cocina, donde el detective chileno y la argentina ya bebían un café. La mujer sonrió ante el chiste, pero al religioso no le causó mucha gracia.

—Debe ser más agradable dormir con un mandril enojado que con usted, comisario. Me pateó toda la noche. En realidad, cariño, lo nuestro es imposible —bromeó.

El sacerdote estaba de buen humor y pronto su talante mejoró aún más. Saavedra ya había hablado por WhatsApp con su colega Martínez, quien le contó que Sandra había sido revisada en la noche por un médico y estaba intacta. Tras tomarle una breve declaración, le acomodaron un cuarto al interior de la Escuela de Oficiales de la PDI, un lugar donde era muy difícil que algo le pasara. A esa hora, según Martínez, Sandra Guzmán dormía profundamente.

Saavedra le relató todo lo anterior al sacerdote, quien, luego de recibir aquella información, bebió alegre un café y mordisqueó con fruición un pan tostado muy viejo, con un poco de mantequilla, apurándose para salir. La camioneta los pasaría a buscar por Avenida de Mayo y esperaban el ascensor cuando, unos treinta metros debajo de ellos, Omar era detenido por el guardia.

—¡Hey!, ¿adónde vas, boludo? —le gritó el vigilante. Omar se dio vueltas lentamente, con la mano metida dentro de la casaca donde tenía la pistola.

El extremista no lo pensó dos veces. Giró sobre sus talones, cuidándose mucho de no juntarlos, extrajo el arma y descerrajó dos tiros sobre el infortunado guardia.

—Hay disparos abajo —dijo Saavedra, al escuchar los primeros tiros, seguidos casi en forma inmediata por un par de ráfagas. Antes de salir, Mariangel había extraído desde un cajón con doble fondo dos pistolas Walther, una de las cuales le pasó al policía.

—¿Qué hacemos? —preguntó ella.

—Esperar. Nosotros estamos arriba y quien sea que esté disparando está abajo. Estamos en ventaja táctica. Por eso... —explicaba, cuando una fuerte detonación, seguida de una bola de fuego, los lanzó al suelo, destrozando las puertas del primer ascensor que estaba frente a ellos.

Segundos antes, y luego de asesinar al guardia, Omar había logrado entrar al ascensor. No obstante, la puerta aún no se cerraba cuando dos hombres de la PFA entraron corriendo al edificio Bencich, alertados por los disparos.

—¡Quieto ahí! —gritaron los dos agentes a Omar, al verlo con la pistola aún humeante en la mano. Este los miró y solo atinó a apretar el botón de cierre del aparato, ante lo cual el primero de los agentes, un rosarino de apellido Massarini, decidió descargar las quince balas del cargador de su Beretta 92 contra el cuerpo del desconocido, quien intentó gritar «¡Alá Akbar!», pero ni siquiera logró pronunciar la

primera letra «a».

Como comprobarían las pericias posteriores, solo falló uno de los tiros, mientras los otros catorce empujaron el cuerpo de Omar hasta el fondo del ascensor, cuya puerta se comenzó a cerrar mientras Massarini aún disparaba.

De ese modo, el cuerpo inerte de Omar comenzó a subir hecho un ovillo, momento en que la fuerza de la gravedad, la casualidad o el destino, llevaron a que sus talones se encontraran y los dos estoperoles generaran la reacción eléctrica que hizo detonar la carga explosiva que tenía adherida a su cuerpo. Según los peritajes, el estallido se produjo cuando el ascensor estaba recién a 1,20 metros del nivel del suelo. Las puertas del ascensor se despedazaron por completo y sus restos se convirtieron en verdaderas dagas que seccionaron en varias partes el cuello de Massarini, quien falleció en forma instantánea, mientras que Abasolo, su compañero, murió a consecuencias de un traumatismo encefalo craneano abierto, producto de que un trozo de mármol de gran tamaño le golpeó en el cráneo.

Arriba, Prat no pudo evitar recordar una explosión semejante, acaecida casi dos años antes en Santiago. Al igual que en aquella ocasión, apenas se detuvo un poco el estruendo que quedó taladrando en sus oídos, buscó con su mano derecha en medio del polvo y palpó una mano femenina. Aún confundido, le habló:

—Sandra, Sandrita —murmuró, sin encontrar respuesta.

—Padre, padre, ella no es Sandra —le dijo Saavedra.

—Sandrita, háblame, ¡di algo! —gritó el cura, desesperado, pero la mujer que estaba confundiendo con la periodista no reaccionaba.

Capítulo 34

Buenos Aires, Argentina
15 de mayo de 2014

Osorio había dormido bastante bien. Pese a que se habría sentido más seguro durmiendo en una celda común, lo acomodaron en una oficina de la central de la PFA, donde había un sofá cama e incluso un televisor. Cerca de las ocho de la mañana apareció un oficial de alto rango en su habitación. No se identificó ni tampoco iba vestido de policía, sino que llevaba casaca y pantalones de tela. Era un hombre de más de cincuenta años, elegantemente vestido.

Al verlo ingresar, Osorio supuso que era alguien de la Agencia de Inteligencia.

—Lo vamos a trasladar a una locación segura de la Dirección Nacional de Inteligencia Criminal —le explicó el sujeto, confirmando las sospechas de que ese hombre no era un simple policía.

—¿Por qué?

—Por su propia seguridad. No lo puedo dejar asomarse a la ventana, pues allá abajo hay una turba de periodistas esperando captar una foto o una imagen de usted, y en medio de esa montonera de gente puede pasar cualquier cosa. De hecho, hace quince minutos dos agentes detuvieron a un individuo sospechoso que rondaba en medio de todo ello y que llevaba un revólver entre sus ropas. Aún no ha dicho qué quería hacer, pero balbuceó algunas cosas sobre el apocalipsis, la mano de Dios y cosas por el estilo. Evidentemente es un fanático religioso, quizás un sujeto con delirios místicos que presumimos tenía por intención castigarlo por lo que hizo.

Osorio lo miró con una sonrisa sardónica.

—Seguro que el objetivo era Theodor, ese nazi de mierda que fue quien ordenó todo esto.

—No, para nada. Si varios medios web ya publicaron su nombre como el autor material de los hechos que acontecieron. No me pregunte de dónde aparecieron esos datos, pero es un hecho que es así. El tipejo aquel decía «Osorio, Osorio» —afirmó.

—Sería gravísimo que hubieran filtrado algo así. En este momento soy un testigo protegido. Eso lo negociamos anoche. Se suponía que mi nombre no saldría en ninguna parte alguna y que luego de prestar declaraciones ante la PFA, ustedes me llevarían a algún lugar seguro fuera del país.

—No puedo hacerme cargo de las filtraciones. Solo le estoy diciendo lo que ha pasado. Y sí, lo llevaremos a una casa de seguridad, pero debe cooperar para ello. Acompañeme —pidió el desconocido.

Osorio se puso de pie y se estiró. Se refregó los ojos y se giró sobre sí mismo, hacia una silla cercana a la ventana, para recoger su chaqueta que había dejado allí en la noche, cuando se acostó.

El supuesto hombre de inteligencia estaba enterado de que a esa hora todas las cámaras de seguridad de ese sector debían estar apagadas y que solo tenía esa oportunidad para actuar, sabiendo que la sorpresa era la única posibilidad de derrotar a ese excomando. Así las cosas, se acercó velozmente hacia él y de un feroz empujón lo lanzó en contra de la ventana, rompiendo marcos, vidrios, rasgando cortinas y consiguiendo que el cuerpo de Osorio cayera pesadamente sobre el pavimento.

Aunque la caída no fue de más de doce metros, el cuello de Osorio se quebró en pedazos y su muerte fue instantánea. Y no solo eso, fue transmitida en vivo por al menos cinco cadenas de televisión que en ese momento despachaban desde las afueras de la central de la PFA, esperando la salida de Walter Theodor.

En medio del caos subsecuente, el supuesto agente de inteligencia logró salir sin ningún problema desde el recinto. Un par de cuadras más allá llamó a Manfred.

—Parece que algo malo le pasó a «O» —dijo.

—Claro, lo acabo de ver en las noticias.

—¿Se sabe algo de su padre, señor? —preguntó el sicario.

—No, pero ya lo sabremos. Hay que ver las noticias —le colgó.

A diferencia de Osorio, y sin que la prensa se enterara, Walter había sido derivado en la noche a una tranquila comisaría de la PFA en el barrio de Recoleta, muy cerca de su antiguo edificio. Allí había sido interrogado, sin que siquiera abriera la boca, previo a lo cual lo había revisado un médico y un odontólogo.

El comisario de la PFA que había encabezado el operativo, Isaías Gurinsky, era nieto de un polaco-francés que había participado en la Resistencia francesa. Su abuelo había sido torturado en Lyon por el mismísimo Klaus Barbie —quien lo había intentado hacer confesar golpeándolo en la cara con una cadena de bicicleta— y su padre había sido un activo partícipe de la AMIA.

De niño, Gurinsky había leído todo lo que había sobre los nazis y sus figuras claves, y sabía perfectamente bien que el método favorito de estos para suicidarse era mascar cianuro potásico, como lo había hecho Himmler en la prisión de Lüneburg, cuando ya estaba en poder de los británicos, momento en que ingirió una ampolla de dicho veneno que tenía oculta en una cavidad entre dos muelas.

Por cierto, el cianuro de potasio no era algo muy difícil de adquirir en Argentina. En 2007, el exsubprefecto Héctor Febres murió luego de ingerir cianuro estando detenido en el Destacamento Delta de la Prefectura Naval en Tigre, acusado de varios secuestros y torturas en la Escuela de Mecánica de la Armada, la siniestra ESMA. Aunque todas las pruebas apuntaban a un homicidio, destinado a evitar la declaración del exreprovisor, ello nunca se pudo probar.

Teniendo todo ello en cuenta, el oficial de la PFA a cargo de la custodia de Theodor pidió al dentista que fuera exhaustivo en su examen: que revisara todas las rendijas de los dientes y muelas, que viera si había piezas sueltas o si dentro de la boca del nazi aquel había dientes o muelas falsas que pudieran ser removidas con el fin de extraer del interior de ellas algún veneno.

—Nada de nada —fue el diagnóstico del odontólogo, luego de revisar a un calmado Theodor, quien no opuso reparos a dicha inspección ni tampoco a la del médico general que lo atendió, el cual encontró que, para su edad, se encontraba excelentemente bien. Salvo la presión un poco alta, lo que era comprensible dado el estrés, y un par de signos de descalcificación, propios de su edad, se hallaba muy bien.

A la misma hora que Osorio era ejecutado, Walter Theodor comenzó a ejecutar su propia muerte.

Lo habían dejado en una celda bastante decente, desprovista de elementos cortantes e inflamables de todo tipo, y con dos cámaras de seguridad a través de las cuales lo estuvieron observando en todo momento. Aquella mañana, el agente que estaba monitoreándolo vio cómo se sentó en la cama y con la mano derecha comenzó a rascarse debajo de la axila izquierda, al principio con suavidad y luego con algo más de dureza. De pronto, el custodio se percató de que tenía cara de dolor, y se rio, pues le pareció chistoso.

—¿De qué te reís, che? —le preguntó otro agente que venía con un mate humeante en las manos.

—De este boludo, parece que lo picó una pulga gigante anoche, mirá —le replicó, mostrando la cámara.

—¿Una pulga? ¿Qué decís? —comentó el recién llegado, agudizando la mirada y percatándose por medio de la cámara que Theodor sacaba algo de debajo de su brazo, lo manipulaba y luego se lo llevaba a la boca.

—¡Abrí la celda, boludo! ¡Abrí! —gritó el policía, mientras el de la cámara buscaba por todos lados la llave, sin poder encontrarla de inmediato, mientras su compañero corría y observaba desde la mirilla lo que había ocurrido.

Mientras Theodor convulsionaba, pudo ver cómo en la cara interior del brazo izquierdo del empresario nazi había un corte de unos 2,5 cm de largo que sangraba muy poco. Fue ahí cuando se fijó en la sangre en las uñas de los dedos índice y pulgar de la mano derecha del prisionero, y en ese momento también comprendió que, como se comprobaría más tarde, debajo del brazo Theodor llevaba un pequeño implante. Era una cápsula de titanio, dentro de la cual había una ampolla de vidrio que contenía cianuro de magnesio, la misma cápsula que ingirió tras extraer la ampolla con esas uñas que se había dejado largas para ese único efecto.

Capítulo 35

Buenos Aires, Argentina
15 de mayo de 2017

Mientras Saavedra lo empujaba escaleras abajo del Edificio Bencich y las paredes parecían resquebrajarse como una inmensa hojarasca, Prat no reaccionaba.

De pronto, sin entender bien cómo, estaba en la calle. Recién entonces se dio cuenta de que casi no podía respirar al interior del edificio, debido al humo y el polvo, y de que Marita Mariangel, a quien creía muerta, estaba de pie al lado de ellos.

—¡Marita! —gritó, casi con alegría. Por cierto, al detective chileno le llamó la atención la familiaridad.

—La explosión me tiró hacia atrás y aunque no me hizo nada, al caer me golpeé muy fuerte la cabeza. Aún me duele, y eso me dejó noqueada un minuto, quizá menos —explicó.

La Diagonal Norte estaba hecha un desastre. Había gente corriendo por todas partes y se escuchaban sirenas que provenían desde todas las esquinas y rincones. Detrás de ellos descendían más personas, una de ellas una mujer severamente lesionada en un ojo.

—¡Vámonos de aquí! —gritó Saavedra, mientras los hacía correr hacia el oriente donde estaría la van. El conductor se bajó apenas los vio aparecer.

—Vamos. Tenemos que ir al Cementerio de la Recoleta, urgente —le ordenó Mariangel con muy poca suavidad.

Ítalo apretó el acelerador y salió en la dirección que le indicaban. Pese a que el tráfico estaba muy pesado, menos de media hora después estaban ya en Recoleta.

A ese lado de la ciudad parecía que se vivía en otra época y en otro país, no solo porque todo estaba mucho más limpio y ordenado, sino porque era evidente la riqueza del sector, las magníficas construcciones, los autos de marcas lujosas, las tiendas exclusivas en los *malls* y el fulgurante verdor por doquier.

—Es al final, si no lo recuerdo mal, pero hace muchos años que no vengo. No me acuerdo si hay que irse por la derecha o la izquierda. Tomemos esta última —explicó Prat, que comenzó a guiarlos hacia el fondo del cementerio.

De escaso tamaño, el camposanto de La Recoleta es uno de los sitios más visitados de Buenos Aires por su arquitectura y por las celebridades que allí encontraron su morada eterna, la más famosa de la cuales es Eva Perón.

—Miren allí. Ahí tienen al cóndor de nuevo —les dijo Marita, mostrando el panteón del presidente Domingo Faustino Sarmiento, quizás más conocido en el mundo como uno de los escritores fundamentales de la literatura latinoamericana, por muchas de sus obras, pero especialmente por *Facundo. Civilización y barbarie*.

—Si alguien tenía dudas de que el obelisco fuera una construcción

eminentemente masónica, pues aquí se aclaran —agregó ella, mostrando uno de mediana altura, sobre el cual posaba un cóndor de bronce oscuro con las alas abiertas. El suelo de debajo del obelisco era, una vez más, un damero, protegido por cadenas.

—Y el cóndor. Parece ser que es un ave que le gusta mucho a los integrantes de ciertas agrupaciones de corte secreto, como nuestro amigo Sarmiento, que vivió muchos años en Chile. Si no me equivoco, llegó hacia 1829 a nuestro país —explicó Saavedra, mirando a Prat— y estuvo allá hasta después del 1852. De hecho, entiendo que se integró a la masonería en la logia «Unión Fraternal». Cuando estuvo en Chile ganó mucha fama como intelectual, por lo cual el Gobierno le encomendó la creación de la Escuela Normal de Maestros, las famosas escuelas normalistas que tantas grandes generaciones de profesores dieron a Chile —agrego el policía, quien empezó a leer las decenas de placas que estaban pegadas en la pared lateral a la tumba, varias de ellas con logos y referencias masónicas.

Avanzando un poco más allá vieron a un grupo de turistas japoneses, que eran conducidos hacia la tumba de Evita, cuyo cuerpo, perdido por varios años tras ser secuestrado por militares antiperonistas, fue finalmente sepultado en un cementerio de Italia, desde donde posteriormente lo desenterraron y devolvieron a Argentina, donde ahora descansa en el panteón de la familia Duarte. Este debe ser uno de los más sencillos y menos rimbombantes de todo ese cementerio pues, al igual como sucede en la zona histórica del Cementerio General de Santiago, en La Recoleta descansa no solo la mayor parte de los grandes hombres de la historia argentina, sino también los más acaudalados, lo que se evidencia en la cuidada arquitectura de las tumbas.

Si en el principal camposanto de Santiago resaltan las reproducciones de templos religiosos de distintas índole, como aztecas, egipcios y cristianos, en La Recoleta lo que más resalta son dos tipos de estructuras: las columnas solas, muchas de ellas con sus topes quebrados, signo casi inequívoco de la adscripción masónica del finado de turno, junto a las tumbas que asemejan antiguas catedrales medievales, dotadas de agudas y decoradas cúpulas de estilo gótico.

El trío recorrió el cementerio hasta el último muro del lado izquierdo, detrás del cual se alzan pequeñas torres de departamentos.

—No es por acá, me equivoqué. Caminemos hacia la derecha —propuso Prat, enfilando hacia la primera calle después del muro. Luego de algunos minutos surgió frente a ellos una gran escultura, que en su cúspide mostraba el busto de un hombre. Debajo de él descansaba un ángel, con la cabeza inclinada sobre su hombro y, al nivel del suelo, había una madre amamantando a un bebé y sosteniendo a otro chiquillo en su brazo. Detrás de ellos se encontraba una puerta de fierro verde, acceso al mausoleo.

—Aquí es, en alguno de estos rincones. Ese es el monumento en memoria de Toribio Ayerza, uno de los fundadores de la Cruz Roja argentina. El panteón que está casi al frente pertenece a la familia Ayerza, donde se cree fue enterrado Julius Popper,

el hombre que exterminó a los selk'nam, sobre el cual Råber nos habló extensamente —explicó Prat, mostrando un panteón de gran tamaño, de formas cuadradas y adornado con columnas en sus esquinas, que se encontraba en pésimas condiciones.

Resquebrajado en casi todas sus paredes, la falta de mantención dejaba al desnudo la ladrillería del fondo, mientras en las juntas de las columnas y en el techo crecían pastos y musgos de todos los colores.

—Por dentro el panorama no es mucho mejor —dijo el detective, que se había tendido en el suelo y miraba hacia el interior del recinto, por medio de las rendijas que había en la puerta.

—Una lástima, una gran lástima —contestó Prat, quien a un par de metros de allí había dado, por fin, con lo que buscaba: la única pirámide de La Recoleta, mucho más pequeña que las que había visto antes en el Cementerio General de Santiago, pero quizá más enigmática aún.

De unos tres metros de altura, se encontraba casi rodeada por varios mausoleos de mayor altura. Blanca de origen, aunque ennegrecida en su parte superior, era muy aguzada y bien construida. En el último tercio tenía, en cada cara, pequeñas ventanas o respiraderos. Se trataba de cuatro triángulos equiláteros de unos veinte centímetros de lado.

En su cara principal, la pirámide tenía una puerta negra y en la cara ubicada a la izquierda figuraban tres lápidas de bronce casi negro, dedicadas a José Pérez Mendoza, fallecido en 1937, fundador de la Sociedad Protectora de Animales Sarmiento.

—Aquí está lo que buscamos: nada —exclamó el sacerdote, parado frente a la puerta negra.

—¿Nada? —preguntó Mariangel.

—Nada. Allí está la frase completa: «Aquí yacen cenizas polvo nada». Esa es la quinta palabra: «nada» —detalló, mostrando la escritura bajo relieve que había sobre la puerta y debajo de la ventanilla con forma de triángulo equilátero.



Prat sacó su libreta y anotó una vez más, y luego miró sus resultados.

—Esto es lo que llevamos —comentó, mostrando la anotación a sus compañeros.

Cuatro

Nadie o cero

Seis

Nada o cero

—Uf, no es mucho. Si reemplazamos los «nadie» o «nada» solo quedan números. Serían cuatro, cero, seis, cero. Cuatro mil sesenta, por ejemplo, o cuarenta y sesenta —especuló el comisario de la PDI.

—No tenemos cómo saberlo aún. Nos faltan a lo menos doce pistas. Es necesario que nos apuremos. Deberíamos partir de inmediato a Montevideo, si lo que nos dijo el profesor Räber es correcto —comentó el jesuita.

—No me cabe duda de que sabía de lo que estaba hablando y al menos hasta ahora lo que hemos hallado es coherente con lo que nos informó —replicó Prat.

—Ya, déjense de darle vueltas al asunto y vámonos de inmediato al aeropuerto, pues recién son las nueve y es probable que la orden en contra de Saavedra aún no haya sido ingresada al sistema de la PFA o de Gendarmería por parte de la Interpol argentina, y crucemos los dedos para que sea lo mismo en Uruguay —opinó Mariangel.

Capítulo 36

Montevideo, Uruguay
15 de mayo de 2017

No eran aún las once de la mañana cuando Prat, Mariangel y Saavedra viajaban a bordo de un automóvil del arzobispo de Montevideo, rumbo al centro de la ciudad. En el avión, Prat había develado su idea acerca sobre aquello de «el faro de Oriente».

—Estamos en la República Oriental de Uruguay, no lo olvidemos. Así como en Buenos Aires el Palacio Barolo estaba destinado a ser un faro para los navegantes que se internaran hacia la ciudad, creando un arco lumínico con el Palacio Salvo, este debe ser entonces el faro de Oriente —les explicó en el breve vuelo sobre el Río de La Plata, ese inmenso manchón de agua café que luego se tiñe de verde y que separa la Argentina del Uruguay.

—Miren, ¡qué maravilla! —dijo Prat cuando el conductor detuvo el Renault en que los movilizaba al otro lado de la Plaza Independencia de Montevideo, casi al frente de la puerta de la ciudadela, un arco triunfal que quedó allí, edificado en piedra, como vestigio del Uruguay colonial. A un costado se alza el edificio Ciudadela, levantado en 1958 en un estilo que recuerda al edificio de las Naciones Unidas en Nueva York, y que con sus noventa metros empujeña a la Torre Ejecutiva, la sede de la presidencia uruguaya, mientras que por la vereda del frente, se alza el hotel Radisson.

Lo más imponente de todo, sin embargo, es el Palacio Salvo, ubicado en 18 de Julio con Plaza Independencia. A diferencia de su cuasigemelo bonaerense, que se encuentra semiescondido en un maremágnum de edificios y por los árboles de la vereda, el Salvo es una presencia dominante en el centro de Montevideo. De hecho, con sus 105 metros, que alguna vez lo convirtieron en el edificio más alto de América Latina, se ve desde casi toda la ciudad, dándole un toque de exotismo al centro. Está rodeado de edificios de inspiración más bien moderna, y con su estilo *art decó* ecléctico parece un castillo medieval gigante, un templo birmano o algo así.

Se distingue del Barolo, sin embargo, por la forma de su base, que es distinta, dado que al estar ubicado en una esquina, toda su ala izquierda «dobla» con la calle, contrariamente a su par de Buenos Aires, en que cada ala del edificio se yergue homogénea al lado de la torre. Del mismo modo, las alas laterales del Barolo se alzan hasta los catorce pisos, mientras que en el Salvo llegan hasta los once. Su planta baja no posee una galería llena de mensajes ocultos ni tampoco es un edificio de oficinas. Si bien hay muchas, la mayoría son departamentos: casi cuatrocientos, por lo cual posee un flujo incesante de personas que entran y salen todo el día.

Aunque se cree que Mario Palanti igualmente lo construyó pensando en *La Divina Comedia*, posee cinco metros más que el Palacio Barolo y, además, lo supera

en tres pisos, venticinco en total, desde los cuales es posible ver completa la capital.

—El edificio se construyó por encargo de los hermanos Salvo: Ángel, José y Lorenzo, ricos empresarios textiles uruguayos que encomendaron la edificación hacia 1923, una vez que estuvo completo el Palacio Barolo. Impresionados con esa construcción, llamaron a un concurso internacional destinado a construir un rascacielos en Montevideo. Se presentaron diecisiete proyectos, entre ellos el de Palanti que, como era lógico, resultó ganador. Igual que en el caso del Barolo, Ángel Salvo, que fue el principal impulsor de la obra, murió también antes de verla terminada, aunque de causas naturales. La construcción se terminó en 1929 y cuatro años después pereció José Salvo, quien fue atropellado a la salida de un cine. En la investigación judicial del caso se comprobó que el conductor había sido contratado para ese efecto por el yerno de José Salvo, así es que terminó condenado de por vida —explicaba el sacerdote, mientras atravesaban la Plaza Independencia y caminaban hacia el palacio, en medio de un día frío y muy nublado.

—Imagino que todos eran masones también —comentó Mariangel.

—Así es, o al menos así han pasado a la historia. Aunque pareciera ser que este edificio no tiene la misma simbología que el Barolo, hay ciertos elementos que sí hacen pensar en al menos algunos mensajillos velados, como el piso damero que hay en el hall de entrada, pero miren, aquí están las columnas del lado oriente del palacio. Y claro, son nueve. Aquí tenemos los nueve círculos de infierno —exclamó el jesuita satisfecho de sí mismo, abrazando la primera de las enormes columnas circulares ubicadas por Plaza Independencia, decoradas en sus partes superiores con molduras metálicas negras en las cuales se entremezclaban pulpos, moluscos, crustáceos y otros seres marinos.

—Interesante la historia, padre. ¿Qué fue de Palanti? —preguntó Saavedra.

—A fines de los años veinte regresó a Italia, llevándose con él todos sus planos. En Buenos Aires, por ejemplo, no quedó copia alguna de los planos del Barolo. Solo hay una especie de bitácora de su puño y letra que está en la biblioteca de la Gran Logia de Argentina, según tengo entendido. Palanti había participado como soldado en la Primera Guerra Mundial y abrazó con mucho entusiasmo la causa del fascismo, a tal punto que comenzó a diseñar la Mole Littoria, una torre de unos trescientos cincuenta metros de altura basada en los palacios Barolo y Salvo, cuyos planos ofreció a Mussolini, tratando de convencerlo de que levantara esa mole en Roma, como sede del Partido Fascista y como una culminación de lo que había hecho en América del Sur.

—¿Y qué pasó? —interrogó Saavedra.

—Nada. A Mussolini le encantaba la idea, pero no había dinero. Palanti fue rebajando los pisos, hasta proponer una modesta torre de ochenta metros, que tampoco fue construida. Pero siempre siguió soñando con levantar edificios enormes. En 1948 regresó a Argentina y un par de años después ofreció al Estado un plan para crear la Torre de Babel, un edificio de cuatrocientos metros y ciento veinte pisos en

Buenos Aires, en 1954, si no me equivoco. Por supuesto, a esas alturas el dinero que alguna vez tuvo Argentina ya no existía, así es que no lo logró. Un poco antes había propuesto levantar un monumento gigantesco en honor a Eva Perón: un hombre descamisado de 137 metros de altura que nunca se construyó. Frustrado, regresó a Italia y, pese a todos estos fracasos, lo hizo con la convicción de que sí o sí construiría en Roma el edificio más alto del mundo, un edificio de 510 metros, que tampoco fructificó.

—Pobre Palanti, un fascista incomprendido —comentó Saavedra con algo de ironía.

—Así no más fue. Ahora que tenemos un nuevo número, un nueve esta vez, creo que en definitiva las palabras «nadie» o «nada» aluden a un «cero». Por ende, tenemos ya cinco números: cuatro, cero, seis, cero, nueve —comentó Prat.

—Si se trata de alguna secuencia que posee alguna simetría, seguramente el próximo número debería ser un cero también —opinó Saavedra, pero Mariangel salió al paso.

—No creo que sea tan sencillo. Mi impresión es que se trata de una secuencia que revela algo más. Veamos. Me parece tener una buena idea de qué significa aquello de «los dos primeros números de la casa de la luna».

—¿Ah, sí? —dijo Prat.

—Así es. Miren, vamos a ir a la zona más elegante de Montevideo, donde se ubica la Quinta de Berro, un palacio de estilo neogótico sobre cuyo movimiento interior me ha tocado investigar mucho, pues ahí se ubica la sede de América Latina de la secta Moon, «La casa de la luna» —explicó la mujer, mientras el móvil avanzaba en dirección a aquel lugar.

—¿La secta Moon? —preguntó Saavedra, con un poco de ingenuidad.

—¿No la conoce, comisario? —le interrogó la agente del Vaticano, casi escandalizada.

—No, claro que no, pues los *moonies* prácticamente no se han aparecido en Chile y reconozcamos que están bien pasaditos de moda, Marita. La secta de moda hoy por hoy en Argentina es la cienciología, mientras que en Chile hay varias sectas bastante dañinas que en los últimos años han copado los noticieros —lo rescató Prat.

—Así es. Me tocó participar en algunas diligencias relativas a la secta de Antares de la Luz, esos dementes que sacrificaron un niño recién nacido, pero en realidad lo de la secta Moon me resulta nuevo —se justificó el comisario.

—Alberto tiene razón. Claro, fueron y aún hoy son noticia, pero se me olvida que ustedes están al otro lado de la cordillera donde tienen una filial también, pero de muy bajo perfil, aunque a inicios de los años noventa tuvieron una revista, *Tiempos del mundo* o algo así, pues les gustan mucho los medios de comunicación. De hecho, son los dueños del diario *The Washington Times*. La secta Moon fue formada en los años cincuenta por un coreano del sur llamado Sun Myung Moon, un supuesto iluminado que decía haber sido visitado por Jesús. Fundó un culto que rayaba en el

anticomunismo más fanático y que aplicaba lavados de cerebro implacables a sus adeptos. Todos terminaban entregando sus bienes a la llamada Iglesia de Unificación, gracias a lo cual Moon construyó un enorme imperio económico.

—¿Estos no son los que hacían casamientos masivos entre miles de hombres y mujeres que antes ni siquiera se habían visto? —preguntó Saavedra de pronto.

—Esos mismos. Hubo una época en que estaban siempre en las noticias, pero eso fue disminuyendo. En algún momento comenzaron a expandirse hacia América del Sur y llegaron a Brasil, donde sus sedes fueron allanadas por la policía, y a Paraguay, donde adquirieron cientos de miles de hectáreas de bosques nativos. Antes de fallecer, Moon en persona visitó Uruguay varias veces y compró varias propiedades, entre ellas el hotel Victoria Plaza, donde hoy está el Radisson, así como un diario y también la quinta de Berro, pero ya vamos llegando. Miren —pidió la mujer, al tiempo que el auto se detenía frente a lo que parecía un castillo extractado de un libro de cuentos de Hans Christian Andersen.

Era un palacio de dos pisos, completamente blanco, con un gran balcón al centro, ventanas de formas ojivales, dos grandes balcones limeños a los costados y una serie de minarettes, todo coronado al centro por una torre que también terminaba en una torre delgada. Al frente del acceso había una fuente de agua, en medio de un parque lleno de árboles muy bien cuidados.

—Ahí está el número, padre —dijo el comisario de la PDI, apenas se detuvieron al frente.

—¿Dónde? —preguntó el religioso, que contaba los minarettes, los balcones que se veían y cualquier otra posible secuencia numérica que fuera capaz de deducir.

—Ahí pues, en la reja principal, esa reja negra. Allí está el número del domicilio —explicó, apuntando con el dedo, como un niño, hacia una pequeña plaquita blanca, en la cual se leía 3399.

—¿3399? —preguntó Mariangel.

—El código dice que lo que hay que buscar es el total de los dos primeros números de esta casa. Los dos primeros números son tres y tres. Por ende, el total de ellos; es decir, la suma, da seis —argumentó, dejando en silencio a Prat, quien se dio cuenta de que por andar buscando alguna explicación esotérica o rebuscada, había pasado por alto algo tan simple como eso.

—¡Brillante! —gritó Mariangel, alabando al detective, quien solo atinó a balbucear un tímido «¡positivo!», sorprendido por el piropo.

—Muy bien. Solo nos quedaría ver de qué se trata esto de «la cifra bajo 183 y sobre la libertad» —apuntó Prat.

—Tengo una idea muy clara de lo que puede ser. Vamos —dijo Mariangel, dándole otra instrucción al chofer. Este buscó la forma de regresar a la avenida 18 de Julio y enfiló por ella hacia el oriente, quedando al fondo la inconfundible silueta del obelisco de Montevideo, un poco más bajo —mide 40 metros— y más delgado que el de Buenos Aires, pero no menos imponente.

—Aquí hay algo más que no sabía: que hubiera un obelisco en Montevideo. Alguna vez, cuando estaba en la universidad, vine a Uruguay, pero solo fuimos a Punta del Este, a puro tomar y divertirnos. Ni siquiera me fijé en esta magnífica ciudad —dijo el detective, mientras avanzaban hacia dicha construcción.

—Se sorprendería de los misterios de todo tipo que tiene Uruguay. Pese a ser un país muy pequeño es una nación con mucho simbolismo y actividad... esotérica, por decirlo así. Quizás en medio de esas vacaciones conoció Piriápolis, ¿o no? —le preguntó Prat.

—Ni idea. No me enorgullece, pero pasé todo el tiempo un tanto enfiestado. Solo fueron un par de días en un hotelucho, muy regados. No nos movimos de allí —explicó el detective.

—Se perdió un paseo que hoy en día le interesaría mucho, comisario. Piriápolis es un pequeño pueblo costero, fundado por el masón Francisco Piria, y que contiene una serie de símbolos alusivos a la masonería y la alquimia, como una fuente de un toro a la cual se accede por medio de 33 peldaños, en alusión a los grados de la masonería, o un hotel que tiene en el piso de su baño el escudo de los caballeros templarios, entre muchas otras cosas. Es de algún modo semejante a lo que sucede con la ciudad de La Plata, al sur de Buenos Aires, que también fue diseñada por masones, especialmente en lo que se refiere al trazado de sus calles, en las cuales muchos ven un compás y una escuadra. En fin, aquí estamos —dijo el cura.

Al frente de ellos, en mármol rosado y empotrado en medio de una fuente de agua hexagonal, se alzaba el hermoso y estilizado obelisco, de tres caras, en cada una de las cuales había una estatua que representaban la Ley, la Fuerza y la Libertad. Sobre esta última estatua, una mujer alzando sobre su cabeza las manos encadenadas, había una leyenda:

A LOS CONSTITUYENTES DE 1830

—Ahí lo tienes, Alberto. Otro cero, pues ese es el número que está bajo «183» y sobre la libertad —recitó la mujer, generando la inmediata reacción del comisario.

—¡Positivo! ¡Genial! —la alabó, causando un poco de irritación en el cura, que ya estaba empezando a cansarse del coqueteo entre ambos.

Luego de ello, Prat opinó que era imperativo regresar al avión.

—¿Iremos a Ecuador? —preguntó el comisario.

—No, no es necesario. Quito es una ciudad bellísima y me encantaría visitarla de nuevo. De hecho, estuve hace poco, pero sé muy bien a qué se refiere el código cuando habla de las ocho puntas que marcan la indicación del número buscado. En el casco histórico de Quito se encuentran las famosas siete cruces, en la calle del mismo nombre, donde se concentran las cruces del hospital San Lázaro, en el Arco de la Reina; en la Iglesia de la Compañía de Jesús, de la cual nos habló Räber; en la iglesia El Sagrario, en la Catedral, en la Inmaculada Concepción y en la iglesia de Santa

Bárbara. Hace algunos años el municipio de Quito marcó la calle de las siete cruces con una señalética muy llamativa, una cruz de ocho puntas, también conocida como la cruz de Salomón. Es algo muy llamativo y más propio del islam que del cristianismo, pero en fin. Las ocho puntas que indican un número son esas cruces o estrellas de Salomón y, por lo tanto, indican las siete calles. O sea, el número es siete, lo que daría la siguiente secuencia —comentó el jesuita, escribiendo de nuevo en su libreta:

Cuatro
Cero
Seis
Cero
Nueve
Seis
Cero
Siete

—Aún nos falta la mitad de esa secuencia —se quejó Mariangel.

—Pero hemos avanzado muchísimo y, curiosamente, desde que salimos de Buenos Aires nadie ha tratado de asesinarnos. Creo que es hora de ir al aeropuerto —dijo Prat.

—¿A Perú? —preguntó Mariangel.

—No, a Chile. Desde allí partiremos a Perú.

—Padre, si entro a Chile en este momento me tomarán detenido. No se olvide lo que hizo el fiscal aquel —se quejó Saavedra.

—Entonces quédese acá, Saavedra, pero hay demasiado en juego. Debemos pasar a Chile a buscar a Sandra. Necesitamos alguien que nos guíe en Perú y no puedo pensar en alguien más perfecto para eso —exclamó el cura.

—¿Alguien «más perfecto»? —se burló Mariangel, provocando que el jesuita alzara sus cejas.

Saavedra pensó que en algún momento debería averiguar cuál era el motivo de la bronca que se tenían esos dos. Por una milésima de segundo se le ocurrió algo casi *antinatural*: que hubieran sido amantes. La sola idea lo llevó a imaginar aquel cuerpo moreno completamente desnudo. Delante de sus ojos pasaron las imágenes de unos senos perfectos, de un vientre sedoso, de un pubis perfecto... Hasta que en medio de esa imagen apareció Prat, arruinando por completo su ensoñación.

—Usted sabe que no puedo quedarme varado aquí. Déjeme hacer unas averiguaciones mientras vamos al aeropuerto —pidió, al tiempo que Marita ordenaba al chofer conducir hacia la localidad de Canelones.

El conductor enfiló en la dirección indicada y lo mismo hizo el viejo Peugeot 504 que los había seguido toda la mañana, encima de cuyo tablero, disimulado en medio

de un perrito de peluche que movía la cabeza en cada bache, iba una cámara Gopro, que había grabado todos sus movimientos.

Capítulo 37

Montevideo-Lima
15 de mayo de 2017

El detective Martínez dio tres noticias importantes a Saavedra, cuando este se comunicó con él por medio de WhatsApp. La primera era que sí, tanto el comisario Saavedra como el cura Prat estaban en una lista de Interpol que se había enviado a Argentina y Uruguay. Por algún motivo en dichos países aún no se activaba, pero Martínez había revisado y en el sistema informático de la PDI estaba vigente. Eso significaba que apenas entraran a Chile serían arrestados para comparecer ante el fiscal, lo que hizo desistir al sacerdote de pasar por Chile de inmediato.

No obstante la situación podría cambiar pronto, dado que los periodistas se habían enterado de la situación de Saavedra y había estallado un miniescándalo. En muchos medios se preguntaban cómo era posible que un policía valiente, que había salvado la vida de decenas de personas, que había encontrado el cráneo de Carrera, que en el pasado había desbaratado una banda de excriminales de la DINA, fuera tratado de ese modo.

Esas preguntas se las habían hecho a varios parlamentarios, todos los cuales — por supuesto— se manifestaron en contra de la medida dictada por el fiscal, pero lo más duro vino de parte del presidente de la Corte Suprema. «Es un sinsentido», fue todo lo que dijo la máxima autoridad del poder judicial al respecto. Aunque en Chile el Ministerio Público no depende del poder judicial, el mensaje de los jueces estaba claro y muchos estimaban que era solo cosa de horas para que el fiscal nacional interviniera personalmente en el caso y se dejara sin efecto la orden.

La segunda buena noticia es que Sandra Guzmán se encontraba deseosa de ver al menos a Saavedra, pero además había pedido ser devuelta a Lima de inmediato. Por una gestión del Ministerio del Interior le habían comprado un pasaje para esa misma tarde, e iría acompañada del detective Martínez, quien estaba feliz como un niño. Ya habían acordado que apenas llegaran a la capital peruana todos se reunirían, a fin de ver cómo enfrentar lo que seguía.

La tercera noticia, en tanto, era más genérica, pero no menor. En un vertedero de la ciudad de La Plata, al sur de Buenos Aires, unos obreros municipales habían hallado un ataúd muy antiguo, en buenas condiciones, con algunas osamentas al interior. El equipo especial de la PFA que indagaba el atentado en contra de la catedral de Buenos Aires se había constituido en el sitio del suceso y, en primera instancia, había determinado que se trataba de los restos de San Martín. Para dar garantías a todo el mundo, el gobierno había anunciado que se solicitaría también la participación del afamado Equipo Argentino de Antropología Forense (EAAF), la famosa ONG que había participado en cientos de casos de desapariciones y crímenes

políticos en todo el mundo. Por ende, solo faltaba ubicar los restos del conquistador Francisco Pizarro.

—Es solo cosa de tiempo. Esto prueba que ese tal Theodor y su gente solo querían cometer estos atentados con el fin de generar golpes espectaculares y atraer la atención, seguramente con el objetivo de canjear los restos a la Fede Santa a cambio del mapa —razonaba Prat cuando viajaban sobre el desierto del norte de Argentina.

—No se entiende muy bien, entonces, por qué comenzaron a ejecutar tantos actos de violencia en forma inmediata. Fíjese que después de Santiago la organización de Theodor parece que hubiera perdido su capacidad operativa. Quizá su último estertor fue la muerte de Osorio, porque lo que ocurrió afuera de la Unione e Benevolenza y el bombero suicida del Edificio Bencich parecen estar relacionados con otro caso de la agente Mariangel —reflexionó el detective chileno, mientras sorbía la última guaraná en lata que había comprado en Montevideo.

—Sí, sería interesante saber a qué están relacionados, agente Mariangel —contestó el religioso, haciendo que Saavedra se diera cuenta del error que había cometido: había dado pábulo al jesuita para cuestionar, una vez más, a su colega.

—Sabés que no puedo hablar de ello, Alberto, así como vos no podés hablar de tus casos y vos tampoco —respondió, dirigiéndose a los dos hombres.

Era la primera vez que se le salía su acento argentino natal, que tan bien disimulaba, y Saavedra creyó estar en el cielo. Siempre le habían enloquecido las mujeres con acento español, pero aquello lo trastornó.

—Tú también sabes muy bien que aquello es relativo, en especial cuando casi fuimos asesinados debido a algún caso en el que participaste. Además, yo estoy en una investigación activa y según la normativa del Vaticano tengo todo el derecho de inquirir cualquier detalle que necesite —contraatacó el religioso.

—No insistás, sabés que no te puedo contar.

—No me hagas decirte algo que sabes muy bien, Mariangel. Aunque nuestro servicio no tiene grados, tú eres una empleada civil. Sabes de sobra que soy tu superior. Aquí hay un testigo imparcial —dijo, mirando a Saavedra, a sabiendas que en ese momento no era nada imparcial— de que te estoy solicitando antecedentes que pueden resultar de importancia extrema para la investigación y te estás negando a revelarlos. No necesito decirte que tendré que informarlo a monseñor Giustiperi —dijo, con toda calma.

Los ojos de la mujer ardían. Sí, como se lo acababa de restregar Prat, estaba obligada a decir todo aquello. No obstante, le reventaba la idea.

—Sos un hijo de puta. ¿Lo sabés? —le dijo casi con suavidad.

—No hablemos sobre mis méritos, sino sobre los tuyos. Cuéntanos sobre Suleikan Khan, por ejemplo —respondió el cura tratando de hacerse el impasible, pero evidentemente molesto con ella. Saavedra, por su parte, bajó la cara, en un esfuerzo por contener la rabia que estaba acumulando en contra del sacerdote.

—Ya se los dije. Khan era un salafista fanático, un captador de prosélitos, que

estuvo metido en varios atentados importantes y que desde hace unos años se había radicado en América Latina. Llegó primero a Trinidad y Tobago, de ahí pasó a Venezuela y allí consiguió papeles falsos, con los cuales pudo moverse por toda América Latina.

—¿Qué estaba haciendo? ¿Turismo?

—No, claro que no. Buscaba algo. Un mapa, un mapa... —repitió la mujer, sin atreverse a continuar.

—¿Buscaba el mapa de Piri Reis, no? —preguntó el cura, haciendo que el comisario de la PDI levantara la cabeza.

Saavedra había leído la historia de los mapas de Piri Reis. En 1929, cuando el presidente turco Kemal Atatürk ordenó convertir un antiguo palacio en un museo, los obreros que trabajaba allí encontraron un mapa dibujado en 1513 por el almirante turco Piri Reis, que mostraba América Latina con mucho detalle, incluyendo una parte de tierra que muchos años más tarde se ha interpretado como la Antártica... pero desprovista de hielo.

Al respecto hay solo dos explicaciones. La más probable, para la mayoría de los historiadores, es que de algún modo tuvo acceso a los mapas que por aquel entonces ya había trazado Cristóbal Colón. La otra, que no se explica del todo, es que Piri Reis u otros marineros turcos hubieran recorrido dichas costas antes que Colón.

—Disculpen, no entiendo. El mapa de Piri Reis, hasta donde yo sé, se encuentra en un museo de Estambul —reclamó Saavedra.

—Siempre existió la sospecha de que ese mapa era una copia del original —contestó el cura.

—O que había una copia del original —complementó resignada Mariangel, confirmando la tesis del jesuita.

—Más de alguna vez escuché la historia relativa a que existía un mapa de Piri Reis y que había sido hallado en la fortaleza de Sans Souci, en Haití, luego de la revolución que derrocó a Jacques Victor-Henry, el hijo del rey negro Henry Cristophe. De acuerdo a esos rumores, unos franceses fueron quienes hallaron el mapa y lo vendieron a un precio bajísimo a algún coleccionista rico, en Argentina o México, sin saber de qué se trataba en realidad. El único valor que ese mapa y otras cosas que encontraron en el palacio saqueado residía en que venía del único reino que había existido en América Latina, dominado por descendientes de esclavos africanos. Según esas mismas historias, después de la Segunda Guerra los dueños de esa reliquia se habían dado cuenta del valor que tenía, por lo cual lo habían vendido muy caro a algún millonario, también en América Latina.

—Y así fue. Luego de pasar por varias manos en el mercado negro de obras de arte, finalmente el mapa fue adquirido por un publicista de Sao Paulo, un hombre extremadamente acaudalado, que pagó cerca de quince millones de dólares por el mapa. Contrató a un equipo de alemanes expertos en restauración, los cuales estuvieron casi dos años trabajando en Sao Paulo. Su intención era, una vez

completamente restaurado, sacarlo a la luz y venderlo en unos cincuenta millones de dólares. No obstante, entiendo que debido a los alemanes, la célula salafista que encabezaba Suleikan se enteró de la locación del mapa —explicó Mariangel.

—¿Y qué tienen que ver los alemanes con los árabes? —inquirió el oficial.

—Uno de los restauradores, de nacionalidad alemana, es hijo de padres pakistaníes. Pese a que fue criado como alemán, a que asistió a la universidad y a que estudió arte y restauración, comenzó a radicalizarse cuando empezó a asistir a la mezquita de Hamburgo, donde conoció a otros personajes. Habría sido él quien dio el soplo hacia Europa. Para los salafistas estos mapas son una prueba de la supuesta superioridad árabe sobre el mundo occidental, una muestra de que el califato es una suerte de dueño del mundo.

—Nada muy diferente del argumento de los nazis sobre la dominación mundial —dijo Prat.

—En efecto. Hay detalles que aunque quisiera no puedo contar, así que no presionés más, Alberto, y solo es necesario que sepan que estos sujetos finalmente robaron la mansión de este publicista. ¿Cómo lo hicieron? Ni la más puta idea. Solo sé que estando en Brasil recibí la instrucción de, bueno, hacerme del mapa aquel y vos sabés cómo es esto: tuve que meterme a la habitación donde se quedaban y ya —respondió, dejando helado a Saavedra.

—¿Te metiste a robar en las narices de unos salafistas furiosos? —dijo entusiasmado.

—Algo así, algo así. El problema es que al salir tuve un inconveniente, por así llamarlo, con uno de ellos, con Suleikan, específicamente. Trató de atraparme, pero no pudo. No obstante, mi imagen quedó grabada en varias cámaras de seguridad que tenían ocultas. No sé bien cómo lograron identificarme y dar conmigo y, bueno, el resto de la historia ya la conocen —explicó, dejando totalmente embobado al detective, cada vez más convencido de que estaba frente a la Mujer Maravilla.

—Déjame ver si entendí bien tu historia. Ellos roban en Sao Paulo, tú les robas, huyes de allí, viajas a Chile porque yo pido el avión y sucede que este venía contigo adentro. En el intertanto nos intentan asesinar no sé cuántas veces, volamos contigo a Buenos Aires, ciudad donde ellos no estaban y donde tampoco tenían cómo saber que estarías y justo dan contigo. Vuelven a tratar de matarte y de paso, como ya es costumbre, también al señor comisario aquí presente y a este modesto servidor. ¿No te parece que tu historia está bien rara? —preguntó el jesuita.

—La historia sería rara si todo se pudiera explicar en forma circunstanciada y coherente, señor Prat —respondió por ella el comisario chileno, ya indignado frente al constante cuestionamiento de Prat hacia la mujer.

—No intervenga comisario, estoy haciendo mi trabajo —respondió el aludido.

—Perdón que me meta, pero su actitud me tiene cansado, padre. Desde que esta gentil señorita apareció no ha hecho más que hostigarla y eso resulta evidente para cualquier «testigo imparcial» —retrucó el policía.

Prat se dio cuenta de que, en efecto, la hostilidad que sentía hacia la mujer era demasiado manifiesta. Pensó que tal vez, si le relataba a Saavedra la pésima experiencia que había tenido con ella quizá entendería, pero no. Hay cosas que es mejor dejar en el pasado, así que decidió cambiar de estrategia.

—Tiene razón, Saavedra. No tengo más excusas que el cansancio y el estrés que todos llevamos encima. Espero que el mapa se encuentre a buen recaudo —deseó, mirando a Mariangel.

—Claro que sí. Está en un lugar muy seguro —respondió ella en forma enigmática, pero mirando con ojos de agradecimiento al detective, a quien dedicó la última frase antes de que el piloto anunciara que estaban comenzando a descender sobre el aeropuerto internacional Jorge Chávez, en Lima.

—Vos sos un caballero de verdad, comisario Saavedra, un hombre gentil y valiente. Debo serle muy franca: hasta antes de conocerlo, mi imagen de los chilenos era muy mala. Pensaba que eran todos unos sujetos apocados, sin personalidad, avergonzados hasta de su propia sombra y, andá, que este poli que sos vos es todo lo contrario. Un hombre arriesgado, caballeroso, que cualquier mujer en este mundo quisiera tener —dijo, causando un fuerte sonrojo en la cara del oficial.

—Señorita, yo, muchas gracias... —balbuceó el homenajeador, pero ella le interrumpió.

—Y más encima sos modesto, qué gran tipo. Sí, comisario, vos no tenés nada que ver con el estereotipo del chileno que yo tenía en mi mente: un verdadero hijo de puta. Adiviná de dónde salió esa idea —declamó, poniéndose de pie y partiendo al baño, con un gesto inmutable en el rostro.

Capítulo 38

Lima, Perú
15 de mayo de 2017

Sandra Guzmán lloró como una niña en el estacionamiento del aeropuerto de Lima cuando, casi a la medianoche, aparecieron por fin dos figuras que ella tan bien conocía. Al ver a Saavedra caminando, delante de Prat y Mariangel, bajó corriendo a su encuentro.

Saltó al cuello del detective y luego comenzó a sollozar.

El detective trató de consolarla. Meció sus cabellos y le dio un beso en la mejilla. Prat, en tanto, estaba muy nervioso. La idea de que Martínez llevara a Sandra a Lima era suya. Cuando Saavedra explicó el plan a su subordinado le pidió que dijera a la periodista que el autor de la idea era el padre Prat y que este estaría allí. Así mismo se lo explicó el detective y ella estuvo de acuerdo.

Pese a ello, el jesuita sabía que el encuentro no sería nada de simple.

Luego de un par de minutos abrazando a Saavedra y ante una mirada bastante inquisitiva de parte de Marita Mariangel, finalmente se desprendió del policía y se quedó mirando a Prat.

—Cura conchatumadre, me abandonaste —le dijo, golpeándolo en el pecho con la palma abierta. Prat se quedó parado como una estatua, solo mirándola—. ¡Hijo de puta! —lo insultó a continuación.

—Esta piba me cae de lo más bien —susurró Mariangel a Saavedra, al escuchar aquello.

—Sandra, yo necesito decirte varias cosas —trató de hablar el cura, pero ella descargó una sonora cachetada en su mejilla derecha.

—Cura de mierda —le dijo, lanzando una nueva cachetada, que esta vez iba dirigida al flanco izquierdo.

Prat había calculado que lo más probable era que recibiera un rosario de insultos y golpes y estaba dispuesto a ello. Sin embargo, ante la segunda cachetada reaccionó, de puro instinto, y con la mano derecha atajó la muñeca de Sandra, quien miró con furia esa mano que le impedía golpear.

Fue entonces cuando vio ese dedo pulgar cercenado. Pese a que la herida había cicatrizado muy bien y que el cura incluso había recuperado la movilidad y podía usar el muñón de dedo que le había quedado, la periodista no pudo evitar un estremecimiento ante aquella imagen. Sabía muy bien lo que le había sucedido a Prat aquella noche.

En una milésima de segundo su cerebro se inundó con ese olor a mar profundo que manaba de las aguas que surcaban el yate en el que viajaban rumbo a Puerto Montt y el olor a sangre fresca que rezumaba el cuerpo del cura, al cual la vida

parecía arrancársele en dichos momentos.

—Tu dedo, Alberto, tu dedo. Lo siento mucho —le dijo, suavizándose.

—Es lo de menos, Sandra —respondió el jesuita, esbozando una débil sonrisa.

—¿Y la herida que tuviste en el abdomen? ¿Cómo está eso?

—Todo sanó bien, Sandra, todo eso está muy bien. El único dolor que sigo sintiendo es el que yo mismo me causé al tratarte de la forma en que lo hice. Tienes toda la razón. Fui un hijo de puta, una basura contigo —le replicó, abrazándola. Pensó que se iría a apartar, pero para su sorpresa ella no opuso ningún tipo de resistencia.

Mierda, pensó al estrechar ese cuerpo tibio y delicado. Recordó el día en que la había abrazado al salir de la ducha en un pequeño departamento de Santiago, el mismo día en que sus labios se rozaron en forma casi imperceptible y que enloqueció con el aroma que brotaba desde el pelo recién lavado de esa mujer. El mismo día en que decidió que no podía seguir sus instintos.

Cerrando los ojos, aspiró de nuevo el olor del cabello de Sandra. Quizá qué champú le habrían prestado en el cuartel de la PDI, luego de rescatarla, pero daba lo mismo. Ese pelo castaño y ensortijado olía delicioso. Por un segundo, su mente le propuso llevar su mano derecha al mentón de la mujer, acariciarla suavemente, levantar su cara y besarla como debería haberlo hecho hacía mucho tiempo atrás.

Pero su racionalidad ganó una vez más. Ella era una mujer hermosa e inteligente. Quizá tenía un novio y, aunque no fuera así, lo más probable sería que le diera una patada en los testículos si intentaba besarla después de haber sido insultado, más aún con todos esos testigos, uno de los cuales, Marita Mariangel, le resultaba demasiado incómoda.

Y claro, estaba el problema de fondo: era un cura, alguien que había jurado ser casto y puro. Que casi nadie lo cumpliera era un problema de los demás. Él era un soldado, un soldado de Jesús, como le gustaba considerarse, un oficial de inteligencia disciplinado y jerarquizado y no debía pensar en ese tipo de tentaciones mundanas.

—Sandra, te presento a Marita Mariangel. Ella trabaja en el mismo servicio que yo —le dijo, alejándose de ella y mostrándole a su colega argentina.

Ambas se inspeccionaron de pies a cabeza. Mariangel era bastante más alta que ella y eso le sirvió para mirar con altanería a la chilena.

—Un gusto —le dijo Sandra, con su mejor sonrisa.

—Encantada —respondió Mariangel.

—Imagino, Sandra, que el detective Martínez ya te debe de haber puesto al tanto del grueso de la historia. Agradecemos mucho que hayas aceptado viajar con él de regreso al Perú, seguro fue un viaje poco grato, dadas las circunstancias del secuestro que viviste en las últimas horas —le dijo Saavedra, mientras subían a un vehículo que habían enviado desde la Iglesia de San Ignacio a buscarlos.

—No me queda nada en Chile. Lo único mío de verdad que había allá era mi viejo carné de identidad, que estaba en medio de algunas cosas que dejé en la casa de

una amiga y gracias al cual pude viajar de regreso, porque todavía no vence. Para mí no tenía sentido quedarme en Chile, ya he iniciado una vida nueva acá. Amo estas tierras áridas, la neblina que cubre Lima y, por sobre todo, la calidez de los peruanos. Son la mejor gente del mundo. No es que nosotros, los chilenos, seamos los peores, pero ciertamente tampoco los mejores —recitó.

—Andá, parece que la mejor gente del mundo no te trató de la mejor forma, por lo visto —replicó Mariangel, con cierta mordacidad y sin intento alguno por obviar su acento argentino, lo que por supuesto no pasó inadvertido para Sandra.

—Hijos de puta hay en todas partes: en Chile, en Perú y también en Argentina, pero en alguna parte hay que vivir, no tenga dudas, señora Maritanga.

—Mariangel, ese es mi apellido, señora Guzmán.

—Señorita, para que sepa. Y como le decía, hijos de puta hay en todas partes y prefiero mil veces ser secuestrada por algunos dementes en Perú que tener que vérmelas con gente engreída... —decía, pero no cerró la frase.

Mariangel estaba a punto de responder pero Prat intervino, mientras la Chevrolet Tahoe en que se movilizaban avanzaba por el sector de El Callao y el mar comenzaba a adivinarse a la izquierda de ellos.

—Estoy muy feliz de verte, Sandra, realmente feliz —aseveró Prat en forma intempestiva. Guzmán se sonrojó y de paso notó cómo la alabanza aumentaba la cara sombría de la argentina.

—Dijeron que necesitaban mi ayuda. Cuéntame. Es tarde y estoy muy cansada. El detective Martínez me explicó que había un código, una especie de acertijo.

—Sí. Es un código bastante sencillo, pero que no habríamos podido acertar de forma alguna, si no hubiera sido por un profesor que encontramos en Santiago, amigo de una de las personas que lo confeccionó. Él entendía a la perfección las referencias que tiene, la mayoría de ellas relacionadas con esoterismo y masonería, aunque hay otras muy simples —respondió el sacerdote.

—Simples, pero siempre dentro del mismo contexto. En Montevideo tuvimos que buscar una cifra a partir de los dos primeros números de una dirección, pero no es cualquier dirección, sino la sede de la secta Moon. Había que estar muy metido en la cabeza del señor que creó este código para poder descifrarlo —complementó Saavedra.

—Exacto. Aunque ya pararon los ataques y persecuciones luego de los atentados en Buenos Aires, Lima y El Monte, no podemos descartar que se reanuden. Así que debemos trabajar rápido. Según lo que nos dijo el profesor Räber, la ciudad donde casi se encuentran Prat y Grau es Lima y por eso...

—¿Para eso necesitaban un experto? Pero claro que eso es Lima. A ver, díganme qué más tienen —interrumpió Sandra, con aires de autosuficiencia.

Pese a que había pasado casi dos años sin verla, Prat la halló incluso más joven que cuando la conoció, época en que ella tenía ya más de cuarenta. Sin embargo, su cara no mostraba arruga alguna y, pese al cansancio que acumulaba, se veía lozana y

fresca. Sus ojos azules brillaban al hablar y el sacerdote no pudo sino preguntarse si ese embelesamiento que sentía no sería quizá producto de su personalidad, fuerte y vivaz que, sin embargo, clamaba por protección cada vez que lo miraba.

—Pues bien, el primer acertijo es «El total de las estatuas inmediatamente a los lados del judío rebelde». —Leyó Prat desde su teléfono.

—¿El judío rebelde? ¿No es un error referido a la leyenda del judío errante? —preguntó la periodista, aludiendo a José Cartaphilus, el hombre que, según la leyenda, había sido condenado a vagar por toda la eternidad luego de impedir que Jesús de Nazaret descansara cuando era conducido al Monte del Calvario, cargando la cruz sobre sus hombros.

—Quizá te pasó algo en los oídos, querida, con el quilombo aquel del secuestro. Alberto dijo clarito «rebelde» —acotó Mariangel, arrastrando las sílabas al pronunciar el nombre de pila del jesuita, tratando de imprimir un toque de sensualidad a su voz.

El comisario Saavedra la miró extrañada y Guzmán acusó el golpe de inmediato.

—Para nada, «querida». Mis oídos están muy bien. Incluso pueden percibir los sonidos de ultrafrecuencia que emiten todo tipo de animales cuando están en época de celo, pero regresemos a lo que estábamos. Querido Alberto, creo que el lugar que buscas es la Catedral de Lima —aseveró con una gran sonrisa en su rostro, correspondida por el jesuita.

—Podría entender lo del judío rebelde, pero ¿lo de las estatuas? —interrogó el sacerdote.

—Es muy simple. Vamos hacia allá. Para serte franca, no recuerdo cuántas son, pero creo que tenemos claro que la referencia de «El judío rebelde» apunta a Jesús de Nazaret, ¿no? Teniendo eso en cuenta, la única imagen que se me ocurre de Jesús que tiene varias estatuas a su lado es la de la Catedral de Lima. En su parte superior, en su centro, sobre la puerta principal y cerca del techo, hay una finísima estatua de Jesús, y a su lado, varias más. Claro, podríamos buscar una foto de la fachada en Google y nos evitaríamos el viaje, pero preferiría que fuéramos hacia allá; no es lejos y en realidad nadie nos garantiza que en las imágenes encontremos exactamente lo que buscamos.

—Tienes toda la razón, Sandra. Vamos —ordenó el cura al chofer.

Casi una hora más tarde se estacionaron a un costado de la catedral. Pese a que pensaban que debido al atentado era posible que la fachada estuviera en reparaciones, al parecer los daños mayores se concentraban en la puerta de la derecha, por lo que todo el sector de la puerta principal estaba incólume y dejaba ver en todo su esplendor ese magnífico templo, cuya construcción se inició en 1535.

De estilo renacentista y muy barroca al mismo tiempo, la fachada del que fuera en su momento el mayor templo del virreinato mostraba miles de molduras y detalles, en especial frisos de ángeles y caras por todas partes. La puerta principal estaba flanqueada por cuatro columnas, cuyos capiteles lucían finamente decorados.

En medio de las columnas había cuatro hornacinas donde reposaba igual número de estatuas de apóstoles confeccionadas en un material que, en medio de la noche y a la distancia en que se encontraban, debido al cordón policial, parecía mármol blanco. Luego, sobre la puerta principal, se ubicaba una quinta estatua y más arriba, al lado de la estatua de Jesús, había otras dos, todas igual de blanquecinas. La estatua de Jesús, en tanto, mucho más grande, era de un tono oscuro.

—Muy bien. Son siete las estatuas al lado del judío errante —dijo Sandra, observando aquello. Prat sacó su libreta y anotó:

Cuatro
Cero
Seis
Cero
Nueve
Seis
Cero
Siete
Siete

—Sensacional, Sandra. ¿Tienes alguna idea de qué podría significar esta otra pregunta: «Cuántos moái se ven en medio del desierto»? —preguntó Prat.

—¿Se refieren al moái de Nasca? —respondió ella.

—¿El moái de Nasca? ¿Me vas a decir que hay un moái en Nasca? ¿Estás hablando del sector donde están las famosas líneas?

—El mismo. No es que haya un moái propiamente tal allí, como los que existen en Isla de Pascua. Para serles franca, yo ni siquiera había escuchado eso hasta hace un par de meses. Me ha tocado ir en varias excursiones a Nasca y sobrevolar el valle, llevando turistas y, como te digo, hace un par de meses un norteamericano me preguntó si una figura que se observaba más abajo era un moái o no.

—¿Y? —preguntó Saavedra.

—Efectivamente, desde el ángulo en que estábamos eso parecía, aunque no sé si era un efecto óptico, una casualidad debido a la disposición de la topografía de las montañas o un dibujo más.

—Si fuera un dibujo más ya se sabría —replicó Mariangel.

—Se nota, «señorita» —dijo Sandra— que usted nunca ha volado por allí encima. Hay doce o trece figuras que todo el mundo conoce, porque son las más famosas y seguramente debe haberlas visto en Facebook. El colibrí, el cóndor, el astronauta, la tarántula y el mono, cuya cola enroscada es ahora la imagen corporativa del Perú. Pero son miles y miles las líneas y figuras que hay. Son tantas, que todos los días alguien descubre alguna nueva y aún nada de aquello posee una explicación suficientemente acabada.

—¿Cómo así? —intervino el detective Martínez.

—Hay varias teorías al respecto. Una de las primeras personas que las estudió de manera exhaustiva, la alemana María Reiche, pensaba que estos geoglifos, atribuidos a la civilización preincaica de Nasca y creados en su mayoría sobre la pampa de Socos, eran en realidad un enorme calendario, el más grande del mundo, y al mismo tiempo una especie de templo a espacio abierto. Reiche, por ejemplo, pensaba que la famosa figura del alcatraz marcaba el solsticio de invierno, el 21 de junio, y que el mono era una representación de la constelación de la Osa Mayor. Ella hablaba del «templo-calendario», gracias al cual los Nasca podían saber cuándo cambiaban las estaciones y venían las lluvias.

—¿Lluvias en el desierto? —preguntó Martínez.

—Si bien Nasca se encuentra en un desierto abrasador, la verdad es que está muy cerca del mar, a unos cincuenta kilómetros, y además es un valle atravesado por un río, por lo cual hay mucha agricultura. La pampa donde están las líneas, las que se extienden hacia los cerros que la encajonan, es muy árida y esa aridez es la que permite que cualquier surco que se trace sobre la arena permanezca casi inalterable durante siglos, como ha sucedido con las líneas, pero no solo con ello: los dueños de restaurantes o locales comerciales ubicados entre Ica y Nasca habitúan a poner los nombres de sus negocios en las arenas que rodean la carretera Panamericana, que pasa por allí.

—¿Qué otras teorías hay para las líneas, señorita Guzmán? —preguntó el detective Martínez.

—Hay muchísimas, desde las más disparatadas, como las que les adjudican orígenes extraterrestres a ellas, asegurando que son mensajes siderales y pistas de aterrizaje de platillos voladores, hasta otras que aseguran que salvo algunas figuras, todo lo demás es casualidad y producto de la acción de la naturaleza.

—¿Casualidad? ¡Pero eso es imposible! No las he visto en persona, pero he visto varios documentales acerca de Nasca y son figuras perfectas, líneas enormes, con simetrías asombrosas, que no se pueden ver desde el nivel de la tierra —replicó el joven policía.

—Eso no es tan así. Es cierto que hay figuras que solo son visibles desde el aire y por ello comenzaron a descubrirse a partir de los años treinta, cuando comenzó a haber sobrevuelos por esa zona, pero es porque se trata de dibujos que están en zonas muy elevadas. El famoso colibrí, por ejemplo, fue trazado sobre una meseta bastante alta y su pico está unido a varias líneas rectas enormes que para muchos son supuestas pistas de aterrizaje; pero que no se pueden apreciar si no es desde un avión, pues se encuentran a bastante altura. Pero estamos hablando de una pampa de unos cincuenta kilómetros de diámetro y de un color café ocre muy característico en su superficie, y por debajo es de una arena blanquecina. En los días de mucho brillo lumínico, incluso es difícil distinguir algunas figuras desde el aire, pero en días en que hay más contraste, es fácil percibir la diferencia de colores desde la tierra misma.

—Entendía otra cosa —argumentó el oficial.

—Es que hay mucha información inexacta dando vueltas por todas partes. Al lado mismo de la carretera, un poco antes de entrar a Nasca propiamente tal, hay una especie de mirador, una torre de observación de unos veinte metros de altura, desde la cual se pueden ver muy bien dos figuras que están allí mismo, una especie de pollo y algo que parece un híbrido entre un árbol y un pájaro. En realidad, Alberto, creo que sería mejor si viajáramos allá, ¿no? Nasca está a cuatrocientos cincuenta kilómetros de Lima y se pueden llegar en unas siete horas de auto. Tengo varias personas conocidas que trabajan con las líneas aéreas de la zona, quienes podrían reservarnos un vuelo.

—Si no tienes certeza acerca de aquello del moái, claro, deberíamos ir. No obstante, estamos hablando de catorce horas en auto. No he ido nunca a Nasca, pero hace no mucho viajé a Ica, un poco más al norte, y en realidad pasé bastante susto. La Panamericana es de una sola vía en cada sentido y la prudencia no pareciera ser una característica de los conductores de este país —se quejó Prat.

—¿Y no podemos ir en ese avión en que andan viajando? En realidad, no tiene sentido ir hacia Nasca salvo que saliéramos tipo medianoche, puesto que los vuelos se realizan en aviones pequeños, monomotores Cessna en su mayoría, y no se recomienda volar después de mediodía, debido a las turbulencias.

—Hay que preguntarle al piloto si la pista de Nasca es adecuada para que aterrice un avión como el Gulfstream —trató de decir la agente argentina, pero Prat la detuvo en seco.

—Se las tendrá que arreglar para aterrizar como sea.

—Déjame decirle que consulte y veamos si es factible —agregó la mujer.

—Por ningún motivo. Mañana le avisarás temprano que lo necesitamos a la hora que determinaremos más tarde y partiremos. Él verá cómo mierda aterriza. Ahora, Sandra, hay otros dos mensajes referidos a Perú en el código, espera —dijo Prat.

—Dime.

—El primero, según el referido Räber, se refería a Caral.

—Hacia donde yo iba cuando fui secuestrada.

—Exacto. Se refiere al lugar donde «la piedra se alinea con el templo» y la pregunta es, «¿cuántos niveles tiene el templo mayor desde el nadir hasta el zenit?».

—Muy simple. Son ocho. Esa pregunta se refiere a la famosa piedra de Caral, un monolito de carácter fálico —Martínez se rio, casi como un niño, al escuchar la palabra «fálico»—, de unos dos metros de altura, que se alinea con el templo central de Caral. He estado mil veces ahí. La pirámide central de Caral tiene ocho niveles, me la sé de memoria. Si no me creen, vamos. Eso está como a doscientos kilómetros al norte de Lima y pese a que estamos en mayo, el calor es agobiante.

—Te creemos, no es necesario, Sandra —recitó el cura, escribiendo una nueva cifra en su libreta, aunque dejó un espacio antes de ella:

Cuatro
Cero
Seis
Cero
Nueve
Seis
Cero
Siete
Siete

Ocho

—La incógnita que venía antes del número ocho es esta: «Cuenta los depósitos de skull & bones y sabrás la cifra» —leyó Prat desde su iPhone.

—¿Los Skull & Bones, la logia paramasónica de la Universidad de Yale? —preguntó Sandra.

—Claro, esa es la referencia, la organización secreta de los estudiantes de Yale a la que han pertenecido casi todos los presidentes de Estados Unidos, entre ellos los Bush padre e hijo, organización que tiene una casa muy famosa en el campus de la universidad, conocida como «La Tumba», y que utiliza como su logo dos fémures cruzados sobre una calavera, debajo de los cuales aparece la cifra «322» —comentó Prat.

—Rara la cuestión —agregó Martínez.

—Es rara para ser una simple fraternidad estudiantil, pero en realidad pareciera ser que hay algunas cosas que son bastante simples de explicar. Una de las cosas que se inculca a los miembros de esa fraternidad es el cultivo de la oratoria, y hay algunos indicios que ligan al 322 con la diosa Eulogia, diosa de la elocuencia, y 322 antes de Cristo es el año de la muerte de Aristóteles, el creador de la retórica como arte.

—¿Habría alguna sede o algo semejante de los Skull & Bones en Perú? —preguntó Saavedra.

—No, para nada. Mi presunción es mucho más simple. Creo que el profesor Etchevers usó el nombre de esa organización como un modo de no decir directamente «cráneos y huesos» —respondió Prat.

—Es muy simple, entonces. Se está refiriendo a lugares llenos de huesos —dijo Sandra.

—¡Un cementerio! —gritó Mariangel.

—Creo que tenemos la misma idea, Sandra, quisiera que nos explicaras cuál es la tuya —dijo Prat.

—En Lima hay a lo menos dos lugares que contienen osamentas humanas en perfecto estado. El primero de ellos, el más importante, son las catacumbas que se ubican debajo de la Iglesia San Francisco, a un par de cuadras de aquí, casi a orillas

del río Rímac.

—¿Y el otro? —preguntó Saavedra.

—El otro osario está al frente nuestro, en el subsuelo de la catedral metropolitana. En realidad, hay varias criptas allí que contienen osamentas, de las que se han hallado hasta el momento. La más importante de todas es la cripta arzobispal, que se encuentra bajo el altar mayor y donde hay una cantidad grande de cuerpos, incluyendo a niños, que están allí mismo, a la vista. Deben ser unos buenos cientos de ellos. Según lo que alcancé a leer antes del secuestro, uno de los cuidadores de la catedral fue asesinado en el acceso derecho a esa especie de catacumba, así es que seguramente debe ser imposible llegar hasta allá —comentó, mostrando al policía que estaba en la puerta de la catedral.

Pese a que no se veía que el recinto estuviera cerrado, la presencia del uniformado daba clara cuenta de que estaba muy restringido. Además, se apreciaba un movimiento que no era habitual.

La periodista continuó explicando que un poco más lejos de allí se encontraba el Museo de la Inquisición, el mismo que Råber le había recomendado visitar en forma sarcástica a Saavedra, en el cual funcionó el Tribunal del Santo Oficio de Lima desde 1569.

Dotado de una magnífica sala de audiencias, conocida a nivel mundial por el trabajo artesanal de su cielo raso, compuesto de miles de pequeñas piezas de madera de caoba, luego del fin de la Inquisición allí operó también el congreso nacional.

—En la actualidad, todo ese lugar es un museo de sitio, en el cual, por ejemplo, se preservan la sala de tormentos, con recreaciones bien escabrosas de cómo eran torturadas las personas que llegaban allí. Con el paso del tiempo se han ido descubriendo los túneles que había en el subsuelo y, de hecho, parte de ellos se pueden recorrer. Las leyendas urbanas dicen que en medio de los túneles, o quizá más abajo, existen enormes osarios, pero ello no ha sido comprobado ni tampoco se compadece con la información que emana de las actas del Tribunal del Santo Oficio, que condenó a muerte a pocas personas, en comparación con otros tribunales. Se los comento de todos modos porque como sé bien poco de lo que está ocurriendo, quizá haya sido algo en que ese señor Etchevers pudiera haber pensado.

—Lo dudo mucho. Todo parece llevarnos a las catacumbas de San Francisco, ¿no? —preguntó Prat, un tanto ansioso.

—Claro. Son las catacumbas más famosas de América Latina, aunque no son del mismo tipo que las clásicas catacumbas romanas, construidas como refugios de cristianos. Estas catacumbas se asemejan más a las de París, enormes cementerios subterráneos. En realidad, en estricto sentido son criptas, enormes construcciones de arcos de medio punto y ladrillo, donde iban depositando los restos mortales de los sacerdotes, monjas y miembros de hermandades, a los que se aplicaba cal viva, por lo cual solo iban quedando los huesos. Luego que las osamentas quedaban liberadas de los tejidos, los antiguos monjes las iban acomodando en pozos de hasta diez u once

metros de profundidad, que son impresionantes a la vista de cualquiera, pues contienen miles y miles de fémures, tibias y otros huesos largos, junto a cráneos. Eso ocurrió hasta 1821, año en que José de San Martín dictó un decreto prohibiendo los entierros en iglesias. De todos modos, se calcula que fueron depositados allí unos veinticinco o treinta mil cadáveres.

—Las conozco solo de oídas. Nunca he estado en ellas. ¿Dices que hay pozos con osamentas? —preguntó Prat.

—Los depósitos a que hace mención el código —musitó Saavedra.

—Claro. El problema es que no podría decirte a ojos cerrados cuántos son. He llevado a varios grupos de turistas a los recorridos que se hacen allí, pero ahora recuerdo dos o tres pozos, pero no sé si hay más. Hay uno, el más grande, que es muy característico, pero no sabría decir cuántos más son —explicó la periodista chilena.

—Vamos hacia allá —sugirió el jesuita, pero Sandra le hizo ver la hora. Eran cerca de las diez de la noche.

—A esta hora está todo cerrado allí —comentó.

—No debería ser problema. Caminemos y mientras tanto llamaré al padre Giustiperi, a Roma, que debe estar en su séptimo sueño a esta hora, pero no duden que llamará al Santo Padre en persona si es necesario para lograr que alguien nos abra —les dijo, mientras pasaban al lado del impresionante Palacio Arzobispal de Lima, ubicado al lado de la catedral. Por el frente se alzaba la Casa de Pizarro, y por esa vereda, paralelo a ellos, caminaban dos peruanos con gorros y chaquetas abrigadas, que los conocían muy bien.

El más bajo, pero el más peligroso, era el sargento Huanca.

Capítulo 39

Lima, Perú
15 de mayo de 2017

Poco más de media hora más tarde el padre Van Nuys, un regordete franciscano holandés, aparecía delante de ellos desde la calle, abriendo una de las puertas laterales del convento de San Francisco.

Mientras lo esperaban, Mariangel había leído un par de veces un cartel que colgaba en una de las paredes del convento y que, entre otras cosas, solicitaba a los visitantes botar «el chicle», apagar el celular y evitar «el escándalo en el vestir (escotes profundos, faldas cortas, lycras transparentes y anatómicas)».

Sin decir nada, leía y releía aquello y bufaba, molesta ante las condiciones que imponía el recinto, pero nadie le hacía mucho caso. Pese a las muestras de hostilidad que había exhibido ante la presencia de Sandra y al evidente malestar ante todo lo que estaba mostrando, Saavedra aún la seguía observando con algún grado de interés, pero a diferencia de horas antes, en que la argentina le coqueteaba abiertamente, ahora solo parecía estar concentrada en su enfado.

De unos setenta años, el padre Van Nuys entendió que la gente a la que debía atender era muy, muy importante, así es que los saludó con una efusividad excesiva y les ofreció un recorrido por todo el conjunto.

—Es muy amable, padre, pero no queremos molestar. La verdad es que solo necesitamos ver las catacumbas —respondió el jesuita.

—¿En serio? ¿De verdad se perderán la dicha de recorrer una de las colecciones de arte sagrado más impresionantes de América Latina y una de las bibliotecas más bellas del mundo? —les preguntó, aludiendo a la magnífica colección de libros que se encuentra en el segundo piso, y que alberga verdaderos tesoros bibliográficos.

—Así es, padre. Solo necesitamos recorrer las catacumbas, nada más.

Por un instante se sintió tentado a preguntarle de buenas a primeras si sabía cuántos depósitos de huesos había, pero aunque el peligro había disminuido, quiso mantener al efusivo y gordo sacerdote fuera del peligro.

—¿En serio? Me apena mucho que no me acompañen —insistió el cura.

—En serio, padre. Se lo agradecemos mucho, pero estamos muy cansados, tenemos muy poco tiempo y además, imagino que se lo deben de haber dicho, no estamos, ¿cómo decirlo?, en un recorrido habitual. Usted me entiende, ¿no?

—¡Ah, sí, claro que lo entiendo! —gritó el holandés, llevándose el dedo índice de la mano derecha a la boca y haciendo un gesto de silencio, como si fuera un gran niño al cual se le ha pedido guardar un secreto.

—Perfecto, llévenos allá entonces, por favor —pidió Prat, y el sacerdote los condujo hasta el acceso a las catacumbas, franqueado por una reja de hierro.

Caminaron unos metros por un pasillo y de pronto entraron directamente a las criptas, confeccionadas con ladrillos unidos por la antigua mezcla de cal y canto. El techo era muy bajo y Prat, con su 1,80 m, se pegó varios cabezazos al pasar de una sección a otra. Apenas entraron, al costado izquierdo vieron una especie de cajoneras enormes, llenas de fémures, tibias y peronés.

—¿Eso es un pozo, padre? —preguntó Saavedra a Van Nuys.

—Podría considerarse como tal, pero los pozos profundos están más adelante, ya los verán —les indicó, haciéndolos avanzar por un pequeño laberinto de colores ocre en el cual era muy fácil perderse, hasta que llegaron a una especie de pozo de agua, de varios metros de ancho y de forma circular, relleno casi hasta la mitad con fémures y calaveras, que formaban círculos concéntricos.

El detective Martínez lanzó una exclamación de asombro al ver aquello.

—Miren este pozo de acá —les explicó el cura holandés, mostrando, a unos metros, un pozo más grande y con una cantidad muy superior de huesos.

—¡Diablos! —exclamó Saavedra, ante ese espectáculo, generando una mirada de reprobación de parte de Prat y Van Nuys.

—Por acá hay más osamentas —les dijo el franciscano, mostrando un pasillo en que había dos celdas, cada una con el piso rebosante de cráneos y todo tipos de huesos.

—¿Eso es todo? —le preguntó Prat, calculando que entre los pozos que había visto, las cajoneras del inicio y las dos celdas, había a lo menos cinco depósitos de osamentas.

—De lo que puedo mostrarles, eso es todo. Hacia atrás hay más túneles, pero están siendo objeto de trabajos arqueológicos y en realidad aún ni siquiera existe un detalle acabado de ellos —les explicó.

—Cinco entonces, esos son los depósitos de osamentas que podemos contar. Nos ha sido de gran utilidad padre, muchas gracias, padre —dijo Prat, que se detuvo a la salida del breve recorrido, anotando el número que faltaba al final de la secuencia:

Cuatro

Cero

Seis

Cero

Nueve

Seis

Cero

Siete

Siete

Ocho

Cinco

Llegaron a la salida del convento, pero Van Nuys se quedó parado en la puerta.

—¿No se va, padre? —le preguntó Saavedra.

—No, en realidad aprovecharé este viaje para seguir con un trabajo que estoy haciendo hace un tiempo. Me habría encantado que visitaran la biblioteca, pero en fin —se despidió, dejando que el grupo se adelantara en dirección a la calle. No obstante, cuando avanzaban, tocó por el hombro a Prat, quien giró hacia él.

—Padre Prat, que mis bendiciones estén con usted. Presumo en qué está trabajando y solo puedo decirle que hace muchos años conocí al padre Duverger, un gran sacerdote. Que Dios los proteja —le dijo, haciendo una señal de la cruz en el cielo, gesto que emocionó a Prat.

—Gracias padre, muchas gracias. Que Dios lo proteja a usted también —le respondió, alejándose de él.

El grupo regresó a las afueras de la catedral, donde los esperaba la Tahoe. Prat había llamado al enlace del servicio secreto del Vaticano en Perú y había recibido malas noticias: no había dónde alojarlos. El piso franco que se utilizaba para esos efectos en San Isidro había sido cedido a una delegación de burócratas de alto nivel del Vaticano. Prat montó en cólera. No entendía cómo, después de lo ocurrido en la Catedral de Lima, habían copado esas instalaciones con gente sin relación alguna con el aparato de inteligencia. El enlace, un joven sacerdote capuchino, se deshizo en disculpas, pero le explicó que la orden había llegado desde el arzobispado de Lima.

—Podemos ir a mi departamento. Yo puedo dormir con mi compañera en su habitación y los demás se pueden instalar en la cama que queda, en el sofá y en un par de colchones inflables que tenemos —propuso Sandra, pero los dos oficiales de la PDI y Prat se opusieron de inmediato.

—Si alguien quiere encontrarnos, será el primer lugar en que nos busquen. Por ningún motivo. Lo más seguro es buscar un hotel y quedarnos todos allí. Aunque nuestras identidades queden expuestas, creo que es lo mejor —expuso el jesuita.

Todos los demás estuvieron de acuerdo, pero Sandra insistió en que quería quedarse en su departamento, aunque no tuvo éxito. Así las cosas, pidieron al chofer que los condujera hacia las primeras cuadras de la avenida José Larco, en el sector de Miraflores, con el fin de buscar un lugar donde quedarse.

Al interior del convento, en tanto, el padre Van Nuys apagó las luces del primer piso y solo dejó encendidas las de la monumental escalera que conduce al segundo piso, a cuyo costado se encuentra el acceso a la fabulosa biblioteca de los franciscanos, quizá la mayor joya de todo el recinto. Allí los turistas no podían acceder, y solo se les permite asomarse hasta la entrada, debido a la existencia de cientos de libros «incunables»; es decir, del siglo xv y anteriores incluso. Solo pueden ser manipulados por bibliotecólogos profesionales, que trabajaban provistos de trajes de plástico que los recubren de pies a cabeza, así como de guantes de hule, con el fin de evitar cualquier contaminación de los ejemplares.

Tres años antes, Van Nuys había hallado un libro que, mucho menos antiguo que

un incunable, era sin embargo de una gran importancia. La historia había comenzado en 2007 en Chile, cuando el holandés encontró por casualidad, en unas cajas arrumbadas en la Biblioteca Nacional, una serie de libros y manuscritos relativos al extrañamiento de los jesuitas en 1767, lo que significó que cientos de sacerdotes que estaban en países como Chile, Argentina o Perú fueran embarcados rumbo a Italia, donde muchos de ellos vivieron un exilio que, en el caso de la mayoría, se prolongó hasta la muerte.

Para el jesuita y teólogo chileno Manuel Lacunza los años de destierro fueron fértiles desde el punto de vista intelectual, pues los ocupó en escribir un herético texto de 862 páginas y tres tomos llamado *Venida del Mesías en gloria y majestad*, un libro que la Inquisición prohibió por todas las vías que pudo, tanto que solo en 1812 pudo imprimirse en Cádiz, bajo un seudónimo judío: Josafat Ben-Ezra.

Dedicado a la doctrina del «milenario», que plantea que la Iglesia católica se autodestruirá, que Jesús reaparecerá sobre la Tierra (reinando mil años) y que luego sobrevendrá un feroz apocalipsis, el libro de Lacunza se convirtió en objeto de culto para muchos críticos de la iglesia, pero Van Nuys no era teólogo ni mucho menos un crítico de la institución a la cual pertenecía ya hacía más de cuarenta años.

Por el contrario, era un historiador de prestigio, que llevaba años reconstruyendo la historia de la Iglesia en América Latina y desde inicios de los años noventa su trabajo estaba centrado en un aspecto fascinante: la actuación de los jesuitas en el sur de Chile y Argentina en la época de la colonia. Ellos fueron de los pocos que —con bien poca suerte— lograron penetrar en el territorio mapuche y avanzar por el sur, siempre en búsqueda la mítica *Civita Diaboli*.

Pues bien, en esos documentos que Van Nuys hallara en 2007 existía una oscura y difusa mención a algunas anotaciones que Lacunza habría hecho al respecto, una suerte de texto relativo a la *Civita Diaboli*, junto a algunos datos que indicaban que se encontraba en alguna biblioteca religiosa.

Con esos pocos datos, el religioso recorrió todas las estanterías de la Biblioteca Vaticana, así como los archivos de las principales iglesias de Italia y España, luego de lo cual siguió con varias bibliotecas de Chile y Argentina hasta que finalmente, cuando ya estaba perdiendo las esperanzas, su orden lo trasladó a Lima y allí encontró lo que tanto buscaba.

Por eso, esa noche, al sentarse en el escritorio que ocupaba al fondo de la biblioteca, no pudo contener la emoción al ver emerger desde el fondo de una caja un pequeño librito, completamente ajado por el tiempo, escrito a mano y cosido en el lomo, que llevaba el título *Civita Diaboli*, y abajo el nombre del autor: Josafat Ben-Ezra.

Aunque llevaba ya tres años trabajando con ese libro, siempre le ocurría lo mismo al verlo, y la emoción que a él le había embargado ese día de fines de 2014 cuando lo halló fue semejante al grito que lanzó su gran amigo y hermano Duverger, cuando le comunicó el hallazgo. Y claro, al igual que el francés, que Etchevers y que Räber,

Van Nuys era miembro de la Fede Santa, de esa especie de élite de masones dedicados a entender el mensaje herético de Dante y, desde hacía varios años, a encontrar la *Civita Diaboli*, la Ciudad de los Césares, o como fuera que se llamara.

Una vez más, Van Nuys hundió la cabeza en el manuscrito que tenía delante suyo, casi setecientas páginas escritas en un latín cerrado y poco comprensible. Pese al tiempo que llevaba trabajando, ayudado por otros hermanos de la Fede Santa, sobre todo en lo relativo al latín, había logrado descifrar casi por completo el contenido del libro, y sabía que era una descripción completísima de la supuesta «Ciudad del diablo».

Según dicho relato, se trataba de un lugar fabuloso, ubicado entre Chile y Argentina al que se accedía por un cañón muy profundo, ubicado al costado de un lago, y que en su interior contaba con una ciudad completa y enorme, que tenía palacios tallados en medio de la montaña (descripción respecto de la cual Van Nuys siempre se había imaginado algo como Petra, en Jordania) y en la cual había mucho oro.

Sin embargo, pasada la excitación inicial, Van Nuys aún no sabía si se trataba de una ficción, de un sueño de Lacunza o de una realidad. Los nombres de los supuestos jesuitas que figuraban en ese texto —Laver gier y Domínguez— no aparecían en ninguno de los documentos que la Compañía de Jesús había guardado sobre sus religiosos en América Latina, entre otras muchas inconsistencias.

De todos modos, muchos de los datos sí se correspondían con los antecedentes del mapa que estaba en posesión de la Fede Santa. Él lo había visto una vez, en Bogotá, y su intuición le decía que Lacunza no se equivocaba, que aquella historia que contaba como si fuera una novela, era real.

Estaba empezando a guardar el libro cuando sintió un ruido, algo casi imperceptible al principio. Por instinto, se echó el pequeño paquete en el interior de su chaqueta y luego descendió al primer nivel. Al llegar allí volvió a escuchar un ruido, y en eso recordó que no había cerrado la reja de acceso a las catacumbas.

Más tranquilo, comprendió que seguramente el viento estaba golpeando dicha puerta contra la pared, pues en el techo de las catacumbas hay rejillas de ventilación que dan hacia el piso de la iglesia, formando corrientes de aire.

Estaba caminando hacia ese sector, cuando escuchó una voz que le hablaba.

—¿Se va ya, padrecito? —le preguntó el desconocido, un hombre de unos cincuenta años, que lo miraba desde debajo de un gorro y que apareció de pronto frente a él, a pocos centímetros de su cara.

—¡Cómo entró aquí! —tronó Van Nuys, pero Huanca ni siquiera le contestó. Se limitó a mirarlo con unos ojos oscuros, penetrantes, malignos.

—Esa gente que acaba de estar con usted, andaba buscando un número o algo semejante. Dígamelo y saldrá con vida —le amenazó, al mismo tiempo que algo muy punzante atravesaba la casaca y la camisa del jesuita, llegando hasta la piel que recubría su estómago.

Paralizado por el miedo, la punta de aquel objeto metálico le rasgó un poco la carne, pero Van Nuys no sintió el dolor, solo el calor aterrador que dejaba el surquillo de sangre que brotó de allí.

—Es que yo... —intentó replicar la víctima, pero su captor no lo dejó.

—Ven, hijo de puta —le dijo, arrastrándolo hacia debajo de las escalas. En medio de su turbación, el sacerdote pensó que alguien aparecería o que al menos lo verían por las cámaras, pues todo eso estaba lleno de cámaras, pero para su desesperación no había nadie a la vista.

Fue en ese momento que decidió que debía defenderse y así lo hizo.

Tratando de desembarazarse de Huanca, le asestó un fuerte empellón contra la pared, tomando desprevenido a su captor, que no imaginó que el anciano haría algo semejante.

Se golpeó con fuerza, pero se recuperó de inmediato y con el estilete que tenía en la mano, una especie de abridor de cartas muy fino, asestó una sola herida al costado izquierdo del abdomen del cura, una herida larga y limpia, en la que el arma entró y salió de su cuerpo como si hubiera atravesado gelatina.

El cura ni siquiera sintió la puñalada debido a la sobreexcitación. De hecho, en una reacción que no se explica de otro modo, tomó con ambas manos la cabeza de su atacante y lo azotó contra la pared de mármol. Huanca cayó al suelo. Mientras corría en dirección a la salida más cercana, el holandés alcanzó a percibir cómo su atacante trastabillaba y hacía ingentes esfuerzos por ponerse de pie.

Sabiendo que él mismo había cerrado con llave la puerta de calle, al ver abierta frente a sí la reja de acceso a las catacumbas pensó que era la mejor alternativa y entró allí, jadeando, casi sin poder moverse, pues tenía un dolor brutal en el vientre y la certeza de que serían sus últimos momentos.

Huanca apareció frente suyo con el rostro desencajado. El atisbo de oscuridad que había notado en sus ojos minutos antes, ahora se había convertido en maldad pura. En su mano derecha colgaba el estilete, que parecía demasiado brillante y limpio, como si no hubiera rasgado las entrañas del sacerdote minutos antes.

—Hable —exigió, pero el sacerdote se negó y el estilete entró de nuevo en su carne, por el costado derecho de su vientre, rompiéndole el riñón, dolor que esta vez sintió en plenitud, lo que hizo que se le doblaran las rodillas. Solo evitó caer por completo al suelo agarrándose de la cajonera llena de osamentas que estaba a su lado izquierdo.

—Hable —le reiteró su atacante, girando el arma en el interior del cuerpo del religioso, quien trató de gritar, pero Huanca le tapó la boca.

—Cinco... Cinco. Ese era el número —murmuró, al borde de la muerte.

—¿Ve que era fácil? —replicó Huanca, depositando el cuerpo en el suelo.

—Me voy a desangrar —se quejó el cura holandés, sintiendo cómo ya empezaba a faltarle el aire. Respiraba con dificultad y la sangre seguía cayendo en forma ininterrumpida. Fue en ese entonces cuando Huanca, que ya había notado el bulto que

su víctima llevaba bajo la parka, metió la mano al interior de ella y sacó el libro. Sin saber bien de qué se trataba, lo guardó en el banano que portaba y luego limpió el estilete en la ropa del cura, cuyos ojos se estaban cerrando.

—Me voy a desangrar —repitió el religioso por última vez.

—No se preocupe, no dejaré que se desangre —respondió el criminal, guardando el estilete y extrayendo de su sobaquera la pistola CZ que portaba siempre. Sabía que allí abajo nadie escucharía nada, así es que le asestó dos tiros en el corazón y luego lanzó el cuerpo del franciscano sobre la pila de cráneos y calaveras.

Al salir de la iglesia, se comunicó por mensaje de texto con su cómplice. Este había seguido a Prat hasta un hotel en las primeras cuadras de la avenida José Larco. Le dijo que se quedara allí hasta las dos de la mañana, que luego lo relevarían.

A continuación, tomó el nuevo celular que le habían entregado esa mañana y marcó un número de Ecuador, a nombre de «mamá», en la aplicación de WhatsApp. Escribió «5» y apretó el botón de envío.

Un minuto más tarde vio cómo aparecían los dos *ticks* azules que significaban que su nuevo jefe, Manfred Theodor, había recibido y leído su mensaje.

Capítulo 40

Lima, Perú
16 de mayo de 2017

El único lugar con habitaciones disponibles que encontraron fue un hotel de la cadena Ibis, ubicado en la avenida José Larco, muy cerca del famoso *Shopping Center* de Larcomar, uno de los principales íconos del despegue económico de la Lima moderna, un *mall* abierto, ubicado sobre un acantilado, con restaurantes *gourmet* con vista al mar, los que permiten ver el océano Pacífico en todo su esplendor.

Ya era más de la medianoche cuando terminaron todos los trámites en el hotel. Prat quedó en el sexto piso, casi al frente de Sandra. Los dos detectives chilenos quedaron juntos en una habitación del quinto, mientras que la argentina recibió una pieza al final del pasillo del mismo piso. Cenaron algo frugal en el restorán del primer piso y luego partieron a sus respectivas habitaciones. Saldrían a las seis de la mañana al aeropuerto para abordar el Gulfstream a las siete, si el tránsito les permitía llegar a esa hora y así arribar al pequeño aeródromo de Nasca antes de las ocho. A esa hora, un Cessna 207 de Aeroparacas los estaría esperando, gracias a una gestión que Sandra había realizado por teléfono.

Esta estaba saliendo de la ducha cuando sintió golpes en su puerta. Desconfiada, se acercó a ella con el celular en la mano, en el cual había marcado el 105, el número de emergencia de la Policía Nacional del Perú.

—Sandra, soy Alberto, ábreme —le pidió el cura desde el otro lado.

Aún desconfiando, abrió un poco la puerta y vio al sacerdote, también duchado, pero vistiendo la misma ropa que llevaba hacía varios días, la cual apestaba.

—Pasa. ¿En qué puedo ayudarte? —le preguntó, apretándose el mudo que había hecho con la toalla sobre sus pechos.

—Sandra, no me basta con lo que te dije en el aeropuerto. Yo he pensado mucho en ti todo este tiempo. Lo que hice, la forma en que te dejé botada... Todo eso me ha hecho reflexionar.

—Tienes hartos que reflexionar, pues —le dijo, mientras se secaba con fuerza el pelo con una toalla más pequeña.

—Sé que no hay forma de que me perdones. Lo que hice fue imperdonable, pero al menos creo que es importante que sepas que lo que ocurrió no fue en vano.

—¿Ah, no? —le preguntó ella con indiferencia.

—No, no lo fue. Ha sido un proceso largo y complejo, en que he debido batallar conmigo mismo, con mi historia familiar, con mi educación en el Colegio San Ignacio, con mi paso por la Universidad Católica, con mis años de jesuita, he decidido renunciar a todo eso —anunció.

Sandra se quedó como congelada, y con la toalla aún en medio del cabello, se

quedó mirándolo asombrada.

—¿Y cuándo decidiste eso?

—Lo vengo pensando desde hace mucho tiempo, quizá desde el momento en que desperté con un pedazo de dedo menos y un hoyo en el hígado, pero no fueron las heridas físicas las que me llevaron a pensar en eso, sino la sensación de haberte dañado, de haberme negado incluso a mí mismo la posibilidad de estar contigo —le dijo, mirándola fijo.

—Aún no respondes mi pregunta y solo te enredas al hablar. Lo que dices tiene bien poco sentido. ¿Hace dos años que vienes pensando en esto? ¿Eso es lo que me dices?

—Sí.

—Ya. Pese a eso, sigues en lo mismo de siempre, jugando al Indiana Jones de sotana. No se entiende, Prat. No se entiende.

—¿Qué es lo que quieres entender? Ya te lo dije. Este ha sido un proceso largo y complejo, algo que vengo pensando hace mucho.

—No seas diletante, hombre, ¡por Dios! ¡Reconoce que tomaste la decisión al verme! —le gritó ella, sentándose con sus ojos enormes frente a él.

Prat se sintió totalmente desnudo en ese momento, desarmado, inerme ante aquella mujer que había visto tan poco, pero en la cual no había podido dejar de pensar.

—Verte de nuevo ha sido algo fabuloso, Sandra, pero no es el único factor —decía, cuando ella lo interrumpió.

—OK, no lo quieres decir. Hagamos que es como tú dices.

—Así es. No tengo nada qué esconderte.

—Qué bueno que lo digas, pues entonces quisiera que me aclararas qué tuviste con esa mujer que tiene todo embrutecido al pobre Saavedra...

Prat se tomó la cabeza con las dos manos.

—Hace un par de años, cuando nos conocimos, me preguntaste cuándo había sido la última vez que había estado con una mujer, ¿lo recuerdas? Pues bien, te respondí que había sido cuando aún no me recibía de sacerdote. En ese tiempo, era maestrillo y estaba a punto de convertirme en sacerdote. Estando en Santiago me fue encomendada una misión diplomática, por así decirlo. Me sentí muy importante. El provincial de los jesuitas en persona me la comunicó. Debía ir a Bogotá y recoger una serie de antecedentes respecto de algunos sacerdotes jesuitas que se creía estaban implicados con la guerrilla del ELN, y que habrían estado utilizando las instalaciones de la Pontificia Universidad Javeriana para acoger y esconder a guerrilleros.

—¡Vaya! —exclamó la mujer.

—Al segundo día de llegado, yo era uno más de la gran cantidad de jesuitas que hay en esa universidad; conocí a una argentina, que estaba comprando unos libros en la tienda que hay al interior del campus, igual que yo. De hecho, yo acababa de recoger la última copia de una edición conmemorativa de *Cien años de soledad*,

cuando ella hizo ademán de tomarla. Terminé cediéndosela y conversando en un café.

—Presumo que esa mujer era Mariangel. ¿Qué hacía allí?

—Me contó que estaba realizando su doctorado en Literatura, que era argentina, que había llegado hacía poco, etc.

—Y una cosa llevó a la otra, ¿no? —se rio Sandra.

—Es una forma de sintetizar los hechos, claro.

—¿Te acostaste con ella? —preguntó Guzmán, mirándolo fijo a los ojos.

—Sí, pero no fue solo sexo. Yo estaba muy interesado en ella, pero el asunto no era recíproco.

—¿No? Yo habría jurado, con lo que poco que he entendido de esta historia, que fuiste tú quien la llevó a trabajar al espionaje vaticano.

—No, en realidad ella es más antigua que yo en esto. Fue una doble agente durante muchos años, pues mientras trabajaba para la SIDE argentina ya era agente de Giustiperi, mi jefe.

—¿Entonces ella ya era agente cuando te metiste con ella?

—Sí, pero cumplía tareas muy específicas, contrainteligencia, para ser más específicos. En otras palabras, su trabajo era detectar personas que podían ser poco confiables para el servicio secreto —explicó, y recién ahí Sandra comenzó a ver lo que había pasado.

—Déjame entender: tú aún no entrabas al servicio secreto, ¿cierto?

—Muy cierto.

—Y esta fulana sí, y trabajaba en la contrainteligencia.

—Así es.

—O sea, ¿la mandaron a acostarse contigo para ver si eras heterosexual o algo así?

—No, no para eso. La mandaron a seducirme para ver si yo era confiable. Se me había confiado un secreto importante, el relativo a los curas vinculados al ELN y querían saber si yo, como cualquier hombre, era capaz de ceder ante los influjos de una mujer y hablar. Esa es una técnica muy antigua. Si lees la biografía de Markus Wolff, el exjefe de la HVA, el servicio secreto exterior de la Alemania Democrática, podrías ver que ellos usaban mucho lo que llamaban los «espías Romeo», agentes de la HVA que enamoraban a secretarías de la OTAN para sonsacarles secretos de sus jefes. Incluso está ahí la historia de una secretaria que exigía casarse, por lo cual le montaron un matrimonio falso que duró varios años.

—¿Y abriste la boca?

—No, nunca dije una palabra de lo que estaba haciendo. Estuvimos juntos un par de semanas y luego desapareció y nunca más supe de ella. Por cierto, eso también era parte del esquema de contrainteligencia. De ese modo, decepcionado, confiaban en que no me fiaría de las mujeres y no solo regresaría al redil, sino que sería un cura casto y puro.

—Ahora recién entiendo por qué ese día en Santiago no me quisiste besar. ¡Creías

que yo era una tontona como ella! —reclamó enojada, pegándole con la toalla que tenía en el pelo. El movimiento casi le hizo caer la otra que recubría su cuerpo, así es que volvió a anudársela sobre el pecho.

—No, para nada. No sabría explicártelo. Yo sabía muy bien quién eras tú. Para serte franco, me chocó mucho saber todo esto. Apenas me recibí de sacerdote fui captado como agente y allí me explicaron todo lo ocurrido y no solo eso: todo estaba grabado.

—¿Todo? ¿Te refieres a todo? —preguntó incrédula.

—Lo hacen para registrar el momento en que cometiera el desliz y revelara información reservada, si es que ello sucediera.

—Espera, ¿te grabaron teniendo sexo con una mujer y eso no les importó?

—No mucho. Me reprendieron, me hicieron confesar el pecado de la fornicación y luego me absolvieron. Quizá habría sido más grave si hubiera hecho eso después de ordenado, pero en fin.

—¿Pero no se supone que los curas no deben andar tirando por ahí? —preguntó ella escandalizada.

—Se supone. Esa es la palabra clave.

—¿Y contraste a los curas vinculados a los guerrilleros?

—No existían. Esa era la otra parte de la prueba a que me sometieron. Por un lado, probaron que no revelara el secreto que se me había confiado y, por otro, que no inventara. En el mundo de la inteligencia no es extraño que algún agente bisoño invente informaciones, solo con el fin de satisfacer la presión de sus superiores. Yo indagué todos los nombres y supuestas conexiones que se me habían indicado, y entregué un informe que decía que no existía ninguna prueba sólida que apoyara las sospechas. Me felicitaron pues no había evidencia alguna. Todo había sido un invento del servicio de inteligencia del Vaticano para ver mis reacciones.

—O sea, mintieron —reclamó Guzmán, secándose de nuevo el pelo.

—Sí —le replicó.

—¿Y tú no mientes al no admitir que fue mi presencia lo que te hizo tomar la determinación de dejar el sacerdocio? —le preguntó adelantándose hacia él.

Prat sintió cómo el aroma de ella lo inundaba una vez más. Sin poder evitarlo, vio el triángulo que se dibujaba en medio de sus pechos y su piel erizada, no sabía si de frío o de emoción. Sintió el cálido aliento de su boca y perdió la compostura.

—Claro que miento —le dijo, tomando su cara con ambas manos, sin encontrar resistencia.

Se acercó a ella lentamente y le dio un beso largo y apasionado, pero que terminó en forma abrupta, cuando ella lo apartó.

—Perdona, pero no puedo hacer esto. Sé que somos dos personas adultas y que eso fue hace mucho tiempo, pero cuando me besaste, solo pude ver la cara de esa mujer horrible, perdona —se disculpó ella.

—¡Pero qué tiene que ver eso!

—Tiene muchísimo que ver. No sé cómo no lo entiendes. Disculpa, pero esa imagen me turbó. Creo que es mejor que te vayas.

—¡Pero Sandra! ¡Si esa mujer fue enviada *ex profeso* a engañarme! Fingió ser una mujer cálida y amorosa, pero es fría como el hielo, perversa. Quizás a cuántos más le hizo lo mismo. ¡Cómo no lo entiendes! —gritó.

—Lo que tú no entiendes es lo que me pasó a mí, cura maricón. Me enamoré en un día de ti, algo que nunca me había pasado. Sabía que no estaba bien, que eras sacerdote y todo eso, pero no podía evitarlo, estaba en las nubes y aunque me rechazaste un beso no me importó. Contigo estaba segura, al lado de un hombre inteligente, audaz y guapo. ¿Y sabes qué hizo él? ¡Dejó que me dispararan, por llevarle una mierda de libro viejo a ese montón de curas pedófilos para los cuales trabaja! ¿Y ahora quieres que te dé un beso? —gritó, tan fuerte que Prat temió que alguien se quejara a la administración. Entendió, además, que ella no estaba aún preparada para nada con él. Y quizá nunca lo estaría.

—Tienes razón, Sandra. No puedo pretender que esa herida cierre. Te pido que disculpes mi falta de delicadeza —le dijo, mientras salía de la habitación y una lágrima corría por la mejilla de la mujer.

Con el corazón hecho pedazos, caminó hasta su puerta y estaba por introducir la tarjeta magnética, cuando pensó que era un buen momento para que Saavedra supiera quién era Marita, antes que terminara acostándose con ella.

Bajó por las escaleras de emergencia y justo se asomaba hacia el pasillo cuando vio la figura de Saavedra entrando a hurtadillas a la habitación de Marita. Durante casi un minutó caviló sobre qué debía hacer.

Su primer impulso fue ir a golpear la puerta y decirle a Marita todo lo que pensaba de ella, en frente de Saavedra, pero se contuvo. Durante varios minutos se quedó sentado en un peldaño, hasta que finalmente regresó a su habitación.

—Alguien que lo pase bien esta noche —dijo para sus adentros, mientras caminaba. Ingresó al cuarto y estaba ya solo en calzoncillos, abriendo la cama, cuando sintió golpes en la puerta.

Se puso rápidamente el pantalón y se aproximó a ella.

—Abre, Alberto, soy yo —dijo Sandra desde el otro lado.

La hizo pasar. La mujer venía con el pelo ya seco, pero con el cuerpo apenas tapado por la toalla.

—¿Qué pasó? —le preguntó.

—Necesito que me abracés —pidió ella.

Alberto Prat se aproximó y la rodeó con sus brazos y su torso desnudo. Ella lo apretó con firmeza, pero de pronto se alejó un poco. Temiendo que fuera a huir de él otra vez, la atrajo hacia sí. En ese momento la toalla cayó al suelo y sus pieles se encontraron por fin. Esta vez, el beso no sería interrumpido, y el aplazado abrazo se prolongaría por toda la noche.

Capítulo 41

Lima, Perú
16 de mayo de 2017

Cuando Sandra y Prat descendieron al comedor esa mañana, Saavedra y Marita ya desayunaban alegremente, mientras Martínez los miraba con el ceño un tanto fruncido. Parecía que, salvo para el joven detective, había ido una buena noche para todos. Incluso Mariangel parecía estar de buen genio, aunque era evidente que casi no había dormido.

—Sentate, querida, sentate. Mirá, esos huevos con jamón están deliciosos —dijo la argentina a la chilena quien, un poco asombrada ante tanta amabilidad, partió a poner huevos con jamón en su plato.

Eran las ocho de la mañana cuando aterrizaban en el pequeño aeródromo de Nasca, el que, sin embargo, tenía mucho movimiento. Aunque era un aeropuerto muy pequeño, había *counters* de tres o cuatro líneas aéreas, todas las cuales sobrevolaban la zona. Luego de pagar un impuesto y efectuar algunos trámites, los hicieron pasar a una sala de espera y, finalmente, los dejaron subir al pequeño avión Cessna, que parecía una maqueta de plástico al lado del poderoso y firme Gulfstream.

El piloto y el copiloto, ambos muy jóvenes y vestidos a la usanza de las grandes líneas aéreas, con traje azul y camisa blanca, saludaron a Sandra con mucha ceremonia, pues obviamente la conocían, y ella les explicó lo que buscaban.

—Son turistas chilenos y argentinos. Alguien les comentó que había una figura semejante a la de un moái y uno de ellos está desesperado por verla. ¿Les suena algo así? —preguntó, pero ambos movieron sus cabezas en forma negativa.

—Para serte franco, alguna vez escuché a alguien mencionar algo de un moái, o algo en el suelo que parecía un moái, pero sabes bien que la gente ve de todo aquí. Te propongo que hagamos el recorrido normal, pero con más calma y con más vueltas para lado y lado —le replicó el piloto.

El recorrido habitual de los aviones consiste en pasar sobre la ballena, luego sobre las figuras trapezoides y otros geoglifos de formas geométricas, siguiendo por el astronauta, para luego avanzar hacia el mono, el perro, el colibrí, la araña, el cóndor, el árbol, las manos —figura a la que Sandra llamaba «el pollo»—, el alcatraz, el pelícano y el loro.

—Me parece —respondió Sandra, quien subió en la primera hilera de asientos junto a Prat. Tras ellos quedaron Saavedra y Mariangel y al fondo, el detective Martínez, quien parecía andar de bastante mal humor.

Una vez que todos tuvieron puestos los cinturones de seguridad, el piloto explicó el plan de vuelo y además les hizo una advertencia importante: que tuvieran a mano las bolsas de papel que había en cada asiento.

—Volaremos en círculos sobre cada una de las figuras, en ángulos de más de 45 grados a derecha e izquierda, para que todos puedan ver bien, y esta mañana parece haber bastante turbulencia, así es que no sería extraño que alguien vomitara. Si alguien se siente muy mal, aterrizamos de inmediato —explicó, pero todos los pasajeros hicieron gestos de reprobación con sus cabezas, como si fueran inmunes a un buen mareo.

Un par de minutos después ya estaban sobrevolando una de las vistas más increíbles del planeta, no solo porque sobre la extensa pampa y los cerros se advertían líneas y dibujos por doquier, sino porque al frente de ellos, en dirección hacia el mar, se advertía una enorme montaña blanca y refulgente, el Cerro Blanco, que se empina sobre más de dos mil metros de altura y que contrasta con el paisaje color greda que predomina en toda la zona. Hacia el otro lado una tenue línea de color verde marcaba las orillas del río que atraviesa la ciudad de Nasca y los cultivos que existen gracias a ese curso de agua.

—Miren esas líneas —sugirió Sandra ante el primer giro a la derecha del avión, lo que permitió a los extranjeros apreciar una especie de trapecio gigante, de un color más claro que la arena del suelo, atravesado por una línea que a su vez era atravesada por varias más. Prat no pareció inmutarse con el giro y, por el contrario, pese a estar sentado a la izquierda, movió su cuerpo hacia la derecha para poder mirar por la misma ventanilla que tenía Sandra a su lado. De paso, aprovechó para posar suavemente su mano izquierda sobre el muslo derecho de la periodista, la que no pudo evitar que un súbito pero agradable escalofrío la recorriera por completo.

Martínez, al fondo, miraba casi pegado a la ventanilla, como un niño en su primer viaje al zoológico, mientras que Marita, también a la derecha, observaba aburrida. Saavedra, sin embargo, había perdido el aplomo. Pese a que nunca había temido a las alturas, el giro aquel le hizo subir el desayuno hasta la úvula, pero intentó que los demás no se dieran cuenta, así es que se mantuvo estoico en todo momento.

—Ese trapecoide de allá es el más perfecto, a mi gusto. Tiene una especie de triángulo en la cabeza y luego se enangosta, hasta llegar a una especie de «cola» que luego se dobla hacia un costado. Mide varios kilómetros. Esta es una figura que los amantes de las conspiraciones creen que es una pista de ovnis —informó el capitán a través del intercomunicador.

De pronto el avión pareció caer al vacío, como si fuera un globo desinflado que, además, parecía girarse hacia la derecha de sí mismo. Todos los pasajeros gritaron al unísono, mientras el piloto aceleraba al máximo el motor, con lo cual consiguió recuperar la sustentación y ascender algunos metros.

—Las condiciones de vuelo, como se habrán dado cuenta, no son las mejores. Hay mucho viento y corrientes ascendente y descendentes. Quizá lo mejor sea que aterricemos —propuso el piloto y todos movieron la cabeza afirmativamente, salvo Sandra que, si bien se asustó ante lo abrupto del movimiento, lo había vivido un par de veces antes.

—No, Jaime, estamos muy cerca del astronauta. Por favor, al menos veamos eso —pidió, ante lo cual el piloto asintió y se dirigió hacia un cordón montañoso de escasa altura, situado un poco más al norte de donde se encontraban.

—Allí abajo, miren. Parece una forma dibujada por un niño —explicó la chilena, mostrando una imagen antropomórfica de factura ciertamente infantil, compuesta de lo que parecían ser una cabeza redonda, dos ojos igual de redondos y un cuerpo esmirriado y alargado, que terminaba en dos pies de gran tamaño y lo que semejaba un brazo en lo alto, como si estuviera saludando.

—En realidad, parece un niño, pero muy mal dibujado —dijo Prat, tomando imágenes con su iPhone.



—No se ve nada más que eso. Recordaba claramente que ese turista decía que por aquí había visto ese «moái» —se quejó Guzmán.

—¿Cree que es seguro seguir con el recorrido? —preguntó Prat al piloto.

—Claro, señor. Seguro es, pero puede ser incómodo. Nosotros estamos acostumbrados, pero ustedes.

—Nos acostumbraremos. Siga, por favor —le pidió el jesuita, y prosiguieron con su trayecto habitual, mostrándoles las más famosas imágenes de Nasca, las cuales arrancaron exclamaciones de admiración. Unos veinte minutos después el recorrido estaba terminando.

—¿Podemos ir de nuevo hacia el astronauta? —pidió Prat mientras revisaba las imágenes que había tomado, cuando la pista del aeródromo estaba ya a la vista. Saavedra, que hacía lo posible por retener el vómito, pensó que ese cura era muy afortunado. Si hubieran estado en Chile y hubiera tenido su arma a mano, le habría descerrajado un tiro en la nuca, pensó enfurecido.

—No hay problema, vamos de nuevo —contestó el piloto.

—¿Puede pasar un poco más bajo?

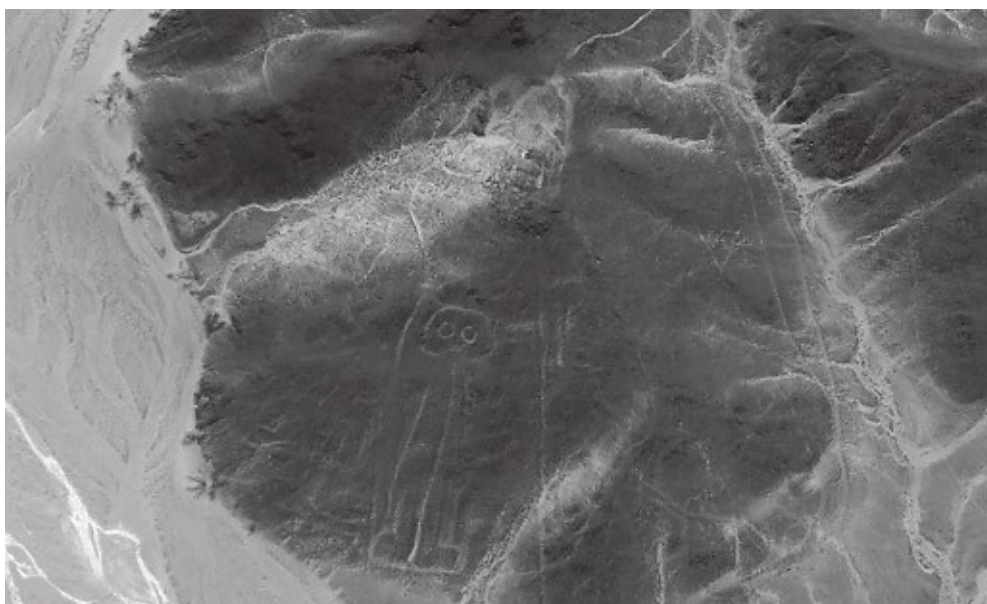
—Lo intentaré, aunque no es aconsejable —replicó el encargado del avión que, aunque lo intentó, no pudo bajar más. Las corrientes de aire estaban muy agitadas y caer en un *stall* (una pérdida de sustentación) tan cerca del suelo y, peor aún, en

medio de los cerros, era una pésima idea.

—¡Ahí esta el moái! —gritó Prat emocionado, indicando de nuevo la figura de el astronauta, cuando el avión giraba hacia la izquierda.

—¿¿Dónde?! —inquirió Sandra.

—Allí, ¡mira! El astronauta pareciera que en realidad no es más que una parte del cuerpo del moái. Eso que parecen los ojos del astronauta más bien podrían ser los genitales del moái. Si te fijas, hacia arriba, en la punta del cerro, literalmente, pareciera haber una cabeza alargada, como la de los moáis de Isla de Pascua, con una nariz larga y prominente, ojos hundidos y una boca de gran tamaño —exclamaba el jesuita, mostrando esa imagen que lleva siglos y siglos allí y que aparentemente solo algunos han podido apreciar.



—¡Excelente, Alberto, excelente! —gritó emocionada Sandra, generando una sonrisilla malintencionada de parte de Mariangel y Martínez. Saavedra, por cierto, se dio cuenta del gesto, pero estaba haciendo ingentes esfuerzos con no mover músculo alguno y así lograr retener dentro de su estómago los huevos con jamón, el jugo de naranja y las siete láminas de queso con pan centeno que había desayunado.

—Demos otra vuelta, a ver si encontramos algo más que se le parezca —sugirió Prat, y el piloto efectuó un rápido repaso de la pampa, sin que advirtieran ninguna otra figura semejante a aquella.

—Muy bien, el número en este caso es uno —exclamó Prat apenas aterrizaron, ajeno a los estruendosos vómitos de Saavedra, parado al lado del Cessna. Dicho lo anterior, el jesuita completó una vez más su *puzzle*.

Cuatro

Cero

Seis

Cero

Nueve
Seis
Cero
Siete
Siete
Uno
Ocho
Cinco

Capítulo 42

Santiago, Chile
16 de mayo de 2017

Cerca de la una de ese día Prat, Sandra, Saavedra, Marita y Martínez estaban ya saliendo del aeropuerto de Santiago, luego de haber completado los trámites de inmigración. Cuando aún se encontraban en Perú, un colega de inteligencia había avisado al detective que el fiscal nacional había ordenado un sumario en contra del fiscal que había enviado la alerta a Interpol, la cual había sido dejada sin efecto, así es que no habría problema en la entrada de Saavedra y Prat a Chile.

No obstante, todo lo acontecido los había convertido en el tema principal de los noticieros. Gracias a que desembarcaron por la zona de los vuelos privados pudieron eludir a la prensa y abordar una vieja furgoneta que el arzobispado había enviado, pero sabían que serían objeto de medidas de protección por parte de la PDI. De hecho, Saavedra tenía varios llamadas perdidas de parte del su jefe directo y sabía que tarde o temprano debía responderle.

—Lo que debemos hacer en Santiago es más bien breve. Llévenos al Parque Forestal, por favor —pidió Prat al conductor, revisando en su celular el código y el mensaje aquel de «¿Cuántos monstruos con cola de lagarto dejó Luciano?».

Sandra, arrojándose a su costado, le preguntó que qué creía que significaba aquello.

—Es muy simple. ¿No conoces el edificio de la gárgola? Es un sitio predilecto para los estudiantes de periodismo, a los que habitualmente mandan allí para que aprendan a tomar fotografías con *zoom* sin trípode, y de los estudiantes de arquitectura.

—¿Te refieres a la casa de las gárgolas, en avenida Vicuña Mackenna? —preguntó ella, haciendo referencia a una casa edificada a fines de los años veinte por el arquitecto Eduardo Costabal Zegers, y que posee una serie de gárgolas y grifos en sus techos.

—No, esa es una casa muy hermosa, ciertamente, donde hoy funciona el Consejo de Monumentos Nacionales, si no me equivoco. Tampoco te hablo del edificio Apollo, ubicado un poco más allá y que también tiene gárgolas, sino de un edificio de color rosa, más bien pequeño, de seis o siete pisos, que por fuera no parece nada excepcional, salvo por un detalle: en su techo posee una gárgola de gran tamaño, una especie de dragón de cola puntiaguda que acecha desde el cielo a los transeúntes de calle Merced, en la segunda cuadra, frente al Parque Forestal.

—Oh, pero claro que lo conozco, si es famoso.

—Por supuesto. Es uno de los tantos edificios raros que construyó en esa zona de Santiago, al inicio del Barrio Lastarria, el arquitecto Luciano Kulczewski, uno de los

arquitectos más geniales e incomprensidos que ha habido en Chile, un sujeto que ciertamente no tenía los delirios de grandeza de Mario Palanti, pero que sin embargo construyó, más o menos en los mismos años, algunas de las obras arquitectónicas más increíbles que hay en Chile, como el edificio de la gárgola, que hoy es un hotel *boutique*, y que en homenaje a su creador se llama Luciano K.

—No conocía esa historia —dijo Saavedra.

—Ese edificio es realmente increíble por dentro, pues rompe todos los esquemas de la arquitectura como se conocía en la década del veinte. De hecho, aunque por fuera se ve muy cuadrado, en su interior posee formas muy raras. Las habitaciones están dispuestas de manera semicircular en torno a la caja del ascensor y está decorado con mosaicos de formas geométricas, vitrales en las puertas y pasillos con figuras hexagonales, además de frisos y detalles en todas partes. Es un edificio lujosísimo, cuyas escalas están recubiertas de mármol, y que posee inmensos juegos de lámparas que se descuelgan desde el techo por el centro del edificio.

—Resuelto el enigma, entonces. Esa es la única gárgola, el único monstruo con cola de lagarto de Luciano, ¿o no? —preguntó Sandra.

—Me gustaría pensar que así fue, pero no lo sé con certeza. Kulczewski fue un hombre que ejecutó muchísimas obras en su vida, algunas muy eclécticas y llenas de contenidos simbólicos, como el edificio de la gárgola, la estación de inicio del funicular del cerro San Cristóbal, la sede del Colegio de Arquitectos y su propia casa estudio, todo ubicado más o menos en la misma zona, salvo el funicular, al otro lado del río Mapocho. Cuando estudié arquitectura tuve un profesor que nos llevó a recorrer todos esos lugares y puedo asegurarte que en todos ellos había figuras antropomórficas o monstruosas, pero no puedo decir con exactitud si en alguna de ellas había o no otro monstruo con cola de lagarto, pero ya estamos llegando. Pare aquí, por favor. Mira, Sandra, qué maravillosa obra arquitectónica —dijo el jesuita, mostrando la parte superior del edificio de la gárgola.



—Maravilloso —respondió ella pero los demás, que estaban bajando ya del vehículo, no supieron si se refería al edificio o al sacerdote.

—Kulczewski fue un tipo excepcional, un hombre de gran sensibilidad social, que además de esta y las demás obras que veremos a continuación fue uno de los fundadores del Partido Socialista, generalísimo de la campaña presidencial de Pedro Aguirre Cerda y administrador del Seguro Obrero, cargo en el cual se preocupó de construir viviendas sociales de gran calidad en el norte de Chile, así como en Santiago. Caminemos por calle Estados Unidos y veamos la que quizá sea su obra más alocada —dijo el sacerdote, llevándolos hacia la esquina que se ubicaba al poniente de ellos.

A sus veintiséis años, Martínez conocía ya prácticamente toda la metrópolis. No solo le había tocado recorrer los barrios más elegantes de Santiago, en la zona alta, cuando participó de un equipo que indagaba a políticos corruptos, sino que su primera destinación fue la Brigada Móvil, gracias a la cual conoció la periferia de la periferia: la zona sur de la capital chilena, un lugar muy alejado de las imágenes de postal que muestran a Santiago como una nueva Manhattan y donde, en cambio, los ladrones no visten cuello y corbata, sino que usan pistolas Glock, fusiles M-16 comprados a exsubversivos y trafican pasta base de cocaína.

Martínez, nacido y criado en Santiago, sin embargo, no conocía esa corta calle, de no más de dos cuadras, y que parecía transportarlo a otro país, debido a su arquitectura. El nombre Estados Unidos respondía a que en una de las mansiones del sector estuvo por muchos años la embajada de ese país. Al frente de dicho recinto se ubica una especie de castillo medieval, con torres con almenas incluidas, que llamó mucho la atención del joven detective, quien le preguntó al sacerdote qué era ese edificio.

—Ni idea. Pero ese de allá sí que nos interesa —respondió en forma poco cortés, mirando hacia la esquina de Namur, otra callecita de extensión efímera que desemboca en la Alameda, la principal arteria de Santiago.

—¿Aquel? —preguntó incrédulo el comisario Saavedra, al ver que Prat caminaba con decisión hacia un edificio de departamentos de unos seis pisos, que a simple vista no mostraba ninguna característica excepcional, salvo tres columnas en el acceso del mismo.

—Ese mismo. No estaba seguro de si se trataba del lugar que se menciona en el siguiente apartado del código, pero teniéndolo a la vista, qué duda cabe: allí sabremos cuál es la cifra de las columnas delante de los elefantes.

—¿Elefantes? —preguntó Marita.

—Así es, agente. Acérquese.

Debido a la luz, a la distancia no se apreciaba bien el fondo que había detrás de las columnas: era un friso bellamente tallado en el cual se mostraba a cinco elefantes que



caminaban hacia la derecha, el primero de los cuales parecía «conversar» con un caracol. Para observar bien el friso era necesario adentrarse detrás de las tres columnas aquellas.

—Excelente. Ahora tenemos una cifra más, relativa a la última interrogante del código. Son tres columnas, como podemos ver —dijo, anotando en su libreta y dejando un espacio en blanco, el correspondiente al número que aún faltaba por descubrir:

Cuatro
Cero
Seis
Cero
Nueve
Seis
Cero
Siete
Siete
Uno
Ocho
Cinco

Tres

—Vamos, que aquí a la vuelta, en la otra esquina, está la casa taller de don Luciano. Si mal no recuerdo la construyó hacia 1925, en la segunda cuadra de Estados Unidos. Es una casa magnífica, con una planta de forma triangular, algo

completamente inusitado no solo para la época, sino que incluso hoy en día. Es un edificio de tres pisos, imposible de clasificar en algún estilo, aunque como en gran parte de su obra domina el gótico —les dijo el jesuita, mientras se acercaban por la vereda del frente y les mostraba una de las paredes de la peculiar casa, construida con la estética de un castillo medieval y, *ad hoc* a ello, con un friso en el tercer piso que mostraba a un caballero provisto de una espada y un escudo, debajo del cual tres seres, que parecían mezcla de aves y humanos, miran hacia abajo.



—Esta casa sí que es rara —admitió Marita.

—Es un castillo a pequeña escala. Miren hacia arriba, sobre el techo. Tiene unas pequeña almenas. Fíjense además en las ventanas que se encuentran al lado del caballero y en el segundo piso. ¿Notan que son ojivales? Ahora miren el primer piso. Vean que al inicio de las columnas que se forman en medio de las puertas hay piedra bruta, que parece semejar una construcción muy rústica —explicaba Prat.

—Como en los castillos del norte de España —comentó Sandra.

—Exacto. Al igual que muchos castillos, el de don Luciano también tenía vitrales, y todos los rincones están llenos de seres antropomorfos. Esta especie de camaleón es uno de los que más me gusta —indicó Prat.



—Ahora lo que debemos hacer es revisar todos los detalles exteriores de la casa: los frisos, las molduras, etc., con el fin de comprobar si hay o no algún otro monstruo con cola de lagarto —ordenó el jesuita.

—¿Y si hay algún monstruo de ese tipo dentro de la casa? —preguntó Saavedra.

—No lo creo, por dos motivos. El primero es que todos los lugares que Etchevers dejó señalados en su código son sitios de acceso público. No tengo ni idea de quién vive o qué funciona hoy dentro de la casa, pero dificulto que pudiéramos tocar el timbre y pedir que nos dejen ver si tienen monstruos con cola de lagarto adentro. Lo segundo, quizá más importante, es que en realidad aquello de «monstruo con cola de lagarto» es simplemente un eufemismo, una estrategia que Etchevers usó para no decir «gárgola». A eso se refiere, y las gárgolas son monstruos del gótico que más allá de la función estética y utilitaria que tienen, como canaletas de desagüe, tienen un objetivo simbólico muy claro: alejar de algún lugar, como las iglesias, a otros demonios.

—Por ende, siempre están afuera, como vigilantes —apuntó Martínez.

—Así es detective. Tiene toda la razón.

—En otras palabras, estamos buscando otra gárgola como la del edificio de calle Merced —concluyó el joven oficial.

—No tiene por qué ser igual a la otra. Kulczewski era un hombre de mucha imaginación, como ya podrán haber visto, y dentro de esa mente una gárgola podría adquirir distintas formas, así es que sigan mirando nomás —ordenó Prat, mientras sus compañeros revisaban distintos escudos de armas que aparecían en medio de los muros, flores de lis, caras humanas metálicas de las que surgían cadenas de hierro, cabezas de pájaros que remataban las rejas del primer piso y otros seres extraños. No obstante, ninguno semejava siquiera a una gárgola.

—Avancemos un poco hacia la Alameda. Allí está la sede del Colegio de Arquitectos, otro de los edificios construidos por don Luciano, aunque para serles

franco no recuerdo bien qué figuras tiene en el frontis. Vamos, es aquí a la vuelta — indicó el cura, y todos caminaron tras él, llegando a la segunda cuadra de la alameda Bernardo O'Higgins.

El edificio, una magnífica construcción de estilo *art nouveau*, era una inmueble peculiar y bellissimo, pero no se apreciaba gárgola alguna. Por el contrario, los frisos que decoraban esa obra de tres pisos, levantada hacia 1925 como una especie de edificio de departamentos, eran bastante más alegres: las ventanas y capiteles estaban adornados por enredaderas de flores talladas sobre la piedra del muro.

—Vamos al cerro San Cristóbal —planteó el cura.

Unos quince minutos después se encontraban en el acceso al Parque Metropolitano, enclavado en la falda de dicho cerro. Detrás del enjambre de carritos de venta de *souvenirs* y alimentos sobresalía el inicio de la estación del funicular, que ascendía por la pendiente del San Cristóbal hasta su cima. Era un pequeño castillo de tres niveles y dos torres, edificado con bloques de piedra, al mismo estilo del inicio del primer piso de la casa-taller de Kulczewski.

—Dentro de la estación hay varias figuras, entremos —dijo el cura.

Apenas ingresaron, Sandra, Saavedra y Martínez, todos criados en Santiago y que habían subido en más de una ocasión al tradicional funicular, notaron algo que nunca antes habían visto: en todas las uniones entre las columnas y el techo había figuras antropomórficas que, al estilo del atlante que había en el edificio Otto Wulff, o en el Gran Splendid de Buenos Aires, parecían sostener el techo sobre sus espaldas. En la esquina izquierda del acceso al castillo había una especie de duende de rostro dubitativo, que más que afirmando el techo parecía apoyado en este, con una sola mano. Y pegado a una de las caras de una columna que nacía desde el techo, se hallaba una especie de enano deforme, con una gran cabeza y las manos volteadas en forma antinatural hacia atrás, apoyándose en el cemento.

Otra figura idéntica se encontraba al otro lado de la columna. Y en la otra esquina del lado izquierdo aparecía un ser de aspecto animalesco, provisto de una lanza y un escudo.

Pasando la boca de los dos túneles por los cuales entran y salen los carros del funicular, un quinto personaje se encontraba en la unión del techo y una columna: un caballero andante, recubierto con un yelmo. En la columna central, a su vez, había a lado y lado un hombre con aspecto de enano, cuyas manos llegaban al techo.

—A Kulczewski le gustaban los seres raros, pero ninguno de estos es una gárgola —dijo Sandra.

—Pero en una de las torres hay dos ductos que sobresalen, justo debajo de las almenas, que deben ser desaguaderos. Vamos a mirarlas bien —precisó el cura.

Debido al escaso sol de la mañana, que impedía ver con claridad, les costó un poco determinar con detalle las formas que recubrían aquellos ductos, pero Martínez, tras sacar un par de fotos, las descubrió casi de inmediato.

—Son algún tipo de pájaros, señor Prat —explicó, mostrando una imagen

ampliada y bastante pixelada de la efigie.

—Excelente. Hay muchas otras edificaciones de don Luciano en diversas partes de Santiago, pero si no me equivoco, estas son las únicas que poseen estatuas, frisos e imágenes de este tipo. Así las cosas, entonces, la respuesta es simple: Luciano dejó un solo monstruo con cola de lagarto —dijo Prat, completando el código, una vez más:

Cuatro

Cero

Seis

Cero

Nueve

Seis

Cero

Siete

Siete

Uno

Ocho

Cinco

Uno

Tres

—Solo nos resta ir a Valparaíso y Viña del Mar para despejar las dos últimas incógnitas. Deberíamos partir de inmediato —agregó Prat, subiendo al vehículo en que se movilizaban.

—Adoro Viña del Mar —dijo Sandra.

—Bellísima, pero a mi gusto no hay como Valparaíso. Creo que es una de las ciudades más fabulosas de todo el mundo, con sus edificios estilo parisino en el centro, el puerto y sobre todo los cerros y sus casas multicolores. Por algo es patrimonio de la humanidad —replicó Prat.

—A mí me parece que al final, ambas ciudades son una sola zona metropolitana, son fabulosas, pero ¿sabe padre? Hay algo que me inquieta: pareciera que nos dejaron de perseguir —comentó Saavedra.

—Eso es muy raro —respondió Prat.

—Y lo peor es que Martínez y yo debemos presentarnos en el cuartel central. Ya estamos al borde del amotinamiento y seguro que nos van a sumariar, al menos a mí. Además, estoy desarmado, lo mismo que Martínez —explicó Saavedra.

—Claro, nadie quiere que lo echen de la PDI. Vayan. Nosotros nos las arreglaremos —comentó el cura.

—No tan rápido, Saavedra, ¿tenés un arma que me podás conseguir? —preguntó

Marita.

—No en este momento. En mi departamento, pero queda a cierta distancia de acá.

—Yo vivo muy cerca y tengo una nueve milímetros de mi propiedad que le puedo pasar a la señorita aunque, claro, si la controla Carabineros o la PDI lo va a pasar más o menos mal, pues será acusada de porte ilegal de arma de fuego. El permiso de porte en Chile es personal —respondió Martínez.

—Nadie me controlará, no se preocupe, detective —replicó la mujer.

—Vamos, entonces. Comparto departamento con otro detective al frente de Plaza Italia, a un par de cuadras de aquí, en los antiguos edificios Turri —explicó.

Capítulo 43

Valparaíso-Viña del Mar
16 de mayo de 2017

Quince minutos más tarde, y ya con la Browning de Martínez en su poder, dejaron al detective y el comisario en las inmediaciones del cuartel central de la PDI mientras Prat, Sandra y Marita arrendaban un automóvil a su nombre, pues por motivos de seguridad habían decidido cambiar de movilización.

A causa de los atascamientos de tránsito de la Ruta 68, que une los cien kilómetros que separan a Santiago de Valparaíso, llegaron al que en su momento fuera el principal puerto del Pacífico sur casi dos horas más tarde, ingresando por un sector muy tradicional, rico en arquitectura de inicios del siglo xx, pero que parecía quebrada por una feísima y enorme mole cuadrada.

—¿Qué es eso? —preguntó horrorizada la argentina.

—El Congreso chileno. Cuando Pinochet decidió que había que reabrir el Congreso nacional, que hasta antes del golpe de Estado de 1973 funcionaba en un fabuloso edificio ubicado en el centro cívico de Santiago, lo trasladó a Valparaíso y levantó ese monstruo de cemento. Un crimen estético, pese a lo cual hasta el momento los parlamentarios chilenos no han podido ponerse de acuerdo en hacerlo volver a Santiago —explicó el cura. Mariangel resopló en el asiento trasero del Toyota Yaris que habían arrendado.

—¿Cuál será el primer destino? —preguntó Sandra.

—Iremos directo a Viña. He pensado harto en lo relativo al «día del crimen de aquel cuyo corazón se desprendió de su cuerpo» y mi impresión es que se trata de Diego Portales. Además de ministro del Interior, de Guerra y de Marina, entre otros cargos, fue también gobernador de Valparaíso. Murió asesinado en medio de un motín militar en 1837, y si mal no recuerdo, su cuerpo se halló por accidente en una excavación realizada hace pocos años en la Catedral de Santiago. Su corazón, en tanto, fue extraído del cadáver luego del magnicidio y descansa desde hace muchos años en un mausoleo de la catedral de Valparaíso.

—Todo eso cuadra muy bien con lo que dice el código. Mirá, Wikipedia dice que Portales fue asesinado el 6 de junio de 1837. Por ende, el número que buscás sería el seis —comentó Mariangel, mirando la pantalla de su celular.

—Mejor pasemos a la catedral. No es que desconfíe del todo de Wikipedia, pero tampoco es una fuente totalmente confiable —dijo Prat, girando el volante del automóvil, pues ya estaba llegando a avenida Errázuriz, que luego cambia de nombre y permite llegar a Viña del Mar recorriendo la costa.

En menos de cinco minutos estaban frente a la catedral católica, un edificio de

estilo gótico —aunque moderno— y de tamaño más bien modesto, en comparación con otras del continente, aunque poseedora de una torre bastante prominente, la que a primera vista se ve un tanto separada de la nave central.

—Ese es un milagro —comentó Prat, al ver que un automóvil dejaba un estacionamiento vacío en calle Edwards, casi al frente de la catedral y a un costado de la plaza Simón Bolívar. Se bajaron y caminaron rápidamente hacia el templo, ingresando hasta el lugar donde se encuentra un pequeño monumento en homenaje a Portales y una placa de mármol:

DIEGO PORTALES
1793-1837

ILUSTRE MINISTRO ORGANIZADOR DE LA REPÚBLICA
GOBERNADOR DE VALPARAÍSO Y COMANDANTE
GRAL. DE MARINA INMOLADO EN EL BARÓN EL 6 DE JUNIO SU CORAZÓN, POR DCTO.
DEL PDTE. JOAQUÍN PRIETO, PERTENECE A VALPARAÍSO

INSTITUTO DE CONMEMORACIÓN HISTÓRICA
1961

—Punto para Wikipedia —comentó Mariangel.

—Y punto para nosotros. Ahora solo nos falta una cifra —respondió Prat, de pie al lado de la placa y mientras anotaba el dato en su libreta.

Cuatro
Cero
Seis
Cero
Nueve
Seis
Cero
Siete
Siete
Uno
Ocho
Cinco
Uno
Seis
Tres

—Perfecto. ¿Y el ojo que todo lo ve? Hace un par de años comentamos algo

acerca de ese colegio que hay en el acceso a Valparaíso, el liceo Juana Ross de Edwards, que en su fachada tiene un enorme ojo que mi abuelo decía que era masónico —apuntó Sandra.

—En esa misma ocasión me parece que explicamos que el ojo que todo lo ve no es una imagen exclusiva de la masonería, como muchos creen, sino que también se utiliza en la tradición judeocristiana. Los antiguos hebreros identificaban la imagen de Yavé con la de un ojo, un ojo que estaba al tanto de todo, como sinónimo de la omnipresencia de Dios —respondió el cura, ya al volante, desde donde no pudo evitar observar la sonrisa sardónica de Mariangel ante sus palabras.

—¿Qué? —le preguntó.

—Nada, Prat, nada, pero vos sabés tan bien como yo que esa es una explicación fabricada para justificar la presencia del famoso ojito en iglesias donde no debería haber imágenes paganas como esa —replicó.

—No se trata de eso —dijo seco el cura.

—¿Cómo que no?

—Es un símbolo que se encuentra en un montón de iglesias de todo el mundo y en lugares muy católicos. A vuelo de pájaro te puedo mencionar algunas iglesias donde está: la catedral de Tacna, la iglesia San Arcángel, en California y, por supuesto, en la Iglesia de la Compañía, en Quito, pero no solo allí. Es cierto que el ojo que todo lo ve y sus correspondientes rayos flamígeros aparece en el frontispicio del colegio Juana Ross, pero también está en otra iglesia de esta metrópolis: la parroquia de Viña de Mar, como se la conoce popularmente, aunque en realidad su nombre correcto es Parroquia Nuestra señora de Los Dolores, ubicada a pocos metros de la famosa Quinta Vergara, donde se realiza cada año el Festival de Viña del Mar —explicó.

—¿Y por qué vamos allá, en vez del liceo aquel? —preguntó Sandra, ignorando por completo los alegatos de la argentina.

—Muy simple. Fíjate que el código no solo habla del ojo que todo lo ve, sino que además lo describe y dice que ese ojo tiene cejas, párpados, córnea y pupila. Y no es menor. El ojo que hay en el liceo Juana Ross es un friso que solo muestra las formas básicas del ojo: el óvalo y la pupila. En la parroquia de Viña, en cambio, recuerdo vivamente la impresión que me causó haber visto hace mucho esa imagen. Se encuentra tallada en la madera de los confesionarios y tiene muchos detalles, como las cejas y los párpados. Lo que no recuerdo es cuántas cruces había debajo de dicho ojo —le dijo Prat mientras rodaba a toda velocidad hacia el norte bordeando el mar, al tiempo que iban apareciendo ante ellos las mil maravillas de la zona, entre ellas el increíble edificio central de la Universidad Federico Santa María, una construcción gótica construida en 1927 por el afamado arquitecto Josué Smith Solar, que domina toda la bahía desde las alturas.

Ya en Viña del Mar, avistaron los bloques monolíticos de exclusivas y modernas torres de departamentos, y algunos kilómetros más hacia el norte Prat comentó:

—Aunque desde aquí prácticamente no se ve, a nuestra derecha se encuentra el palacio presidencial de Cerro Castillo, la residencia de verano de los mandatarios chilenos, un muy lindo edificio, pero no tan llamativo como el Castillo Wulff, que verán a la izquierda, un verdadero castillo europeo construido en la playa y sobre un promontorio de rocas. Miren, ahí está —indicó, mostrando un pequeño castillo de estilo bávaro, de dos pisos, provisto de tres pequeñas torres.

—Siempre me ha encantado ese castillo, Alberto. Cuéntenos más —pidió Sandra.

—Gustavo Wulff, un empresario alemán que se avecindó en esta zona en los años veinte, se compró una casa en este sector, pero algunos años después contrató a uno de los más afamados arquitectos chilenos de aquel entonces, Alberto Cruz Montt, para que convirtiera su casa en algo más trascendente. Sandra y yo conocemos bien el trabajo de Cruz Montt: fue uno de los creadores del barrio París-Londres en el centro de Santiago, un sector lleno de edificios y calles que parecieran extractadas de Europa. Hace un par de años hubo un terrible atentado al inicio de la calle Londres —comentó Prat.

—¿Y este señor Wulff tiene alguna relación con el Wulff de Buenos Aires? —preguntó Mariangel.

—Ninguna, solo el apellido y el gusto por las construcciones exóticas —dijo Prat, girando el volante del automóvil, para ingresar al centro de la ciudad de Viña del Mar.

Dio un par de vueltas para llegar a la avenida Álvarez y avanzó en dirección a la famosa Quinta Vergara. Un poco antes de ese colosal recinto apareció ante ellos la parroquia de Viña del Mar, a simple vista una iglesia como cualquiera otra, pero de grandes dimensiones, más semejantes a las de una catedral que a las de una parroquia.

Pese al intenso tráfico lograron estacionar muy cerca y caminaron hacia la entrada.

—Esto te va a gustar Sandra —le dijo Prat, cuando llegaban a las puertas del templo, mostrándole el diseño que había sobre estas.

A diferencia de cualquier otra iglesia que conocieran, Sandra y Marita vieron frente a sí dos grandes puertas cuyas partes inferiores estaban recubiertas de cuero forjado, con varias imágenes en relieve, algunas muy reconocibles, como las efigies de algunos santos, pero otras bastante exóticas. Una mostraba tres círculos entrelazados entre ellos, pero la más rara de todas era la que exhibía una forma que recordaba remotamente a la imagen del compás y la escuadra, precedida encima por siete estrellas.

—Masones de nuevo —dijo Sandra al verlo, pero Mariangel aprovechó el momento.

—Nada que ver, querida. Hay una forma con cierta semejanza a la de un compás, es cierto, pero lo que vendría siendo la escuadra no está apuntando hacia arriba, como en el logo de la francmasonería, sino que aquí está hacia abajo —retrucó, pero la chilena no quiso darse por notificada.

—¿Qué crees que significa esto, Alberto? —preguntó al cura, aprovechando de tocarle el brazo en forma innecesaria.

—Ni idea, para serte franco. Esta es una iglesia muy peculiar. Si observas la pintura que se ubica sobre la puerta verás que esa imagen de la *Mater dolorosa* muestra a la virgen siendo apuntada en su pecho por un puñal, como señal del sufrimiento al ser crucificado su hijo, pero también como un guiño a la persona que donó los terrenos para la construcción de esta iglesia, Dolores Pérez de Álvarez, una mujer muy devota. No obstante, quienes la construyeron y decoraron incorporaron en ella una serie de símbolos, además del ojo, que son bastante poco ortodoxos. ¿Se fijaron en las molduras que hay debajo de la línea del techo? ¿No? Pongan atención cuando salgamos. Si ya las gárgolas son poco comunes en Chile, y solo encontramos rasgos reconocidos en la Iglesia de El Salvador, que tan bien conocemos con Sandra, más raras son las iglesias que tienen rostros demoniacos o grotescos, como los que hay aquí —comentó.

—¿Habrás tenido algo que ver Kulczewski en esta construcción? —preguntó Mariangel.

—No, para nada. La iglesia original se construyó hacia 1870, pero se derrumbó tras el terremoto de 1906, así es que la reconstruyeron muy poco tiempo después. El arquitecto que la diseñó como la vemos ahora, con un estilo neorrománico, fue Emilio Jéquier, autor de algunas de las obras más clásicas de Chile, como el Museo de Bellas Artes, en el Parque Forestal. Asimismo, fue quien diseñó el monumental edificio de la Estación Mapocho, muy cerca de allí, así como el bellissimo edificio de La Bolsa de Valores de Santiago y el de la Casa Central de la Universidad Católica.

—¿Masón como Kulczewski? —preguntó Sandra.

—No lo sabemos. Por sus obras podríamos pensar que hay una serie de mensajes velados que esperan ser interpretados, pero no tengo los datos suficientes para decir si fueron o no miembros de alguna asociación secreta —respondió el cura, ya traspasando el umbral de la iglesia, que por dentro parecía más pequeña que desde afuera.

En general se trataba de un recinto muy sobrio, con mucho blanco, muy propio además del acomodado tipo de parroquianos, el que era fácil observar en ese mismo momento, pues se estaba oficiando un matrimonio y el templo estaba lleno de personas muy bien vestidas y de evidente situación económica acomodada.

A ambos lados de las naves laterales se veían varios confesionarios de madera, todos idénticos.

—Con ver el primero nos bastará —musitó Prat, tratando de no llamar la atención y caminando hacia el confesionario más cercano a él, por el costado izquierdo.

—Vaya, vaya —masculló Sandra al ver la inequívoca imagen de un ojo muy bien construido, del que refulgían rayos en todas direcciones.



—Ya te he dicho que el ojo que todo lo ve no es patrimonio exclusivo de masones, supuestos illuminatis, rosacruces y otros grupos del estilo, para nada. El gran sabio jesuita Atanasius Kircher lo usó en muchas de sus ilustraciones, por ejemplo —explicó el sacerdote, sin que le preguntaran al respecto.

—Muy bien, lindas historias, pero creo que lo realmente interesante sería saber qué tiene esto que ver con el famoso código —se quejó Mariangel.

—Tienes razón. ¿Cuántas cruces hay debajo de este ojo? Ninguna. La respuesta entonces es cero —respondió el jesuita.

—Espera, quizá los demás confesionarios sí tengan alguna cruz —agregó Sandra.

—Recuerdo que son todos iguales, pero si te deja más tranquila, dales un vistazo.

—Así lo haré —dijo la mujer al caminar por el costado de la iglesia tratando de pasar inadvertida. Recorrió el lado izquierdo, volvió al inicio, recorrió el lado derecho y su veredicto fue evidente.

—Todos los confesionarios son igualitos, llenos de ojos que todo lo ven, como si los hubieran mandado a hacer a una logia —explicó en voz baja y guiñando el ojo derecho en forma coquetona.

—Muy bien, salgamos de aquí entonces, que ya tenemos completo el código —comentó Prat, anotando de nuevo:

Cuatro
Cero
Seis
Cero
Seis
Cero
Siete
Siete
Uno
Ocho

Cinco
Uno
Seis
Cero
Tres

—¿Qué crees que significa? —le preguntó Sandra.

—Aún no lo sé. Solo veo que tenemos una secuencia de dieciséis números que, claro, he ido escribiendo en forma alfabética, no numérica. Espera un segundo, déjame ver cómo queda esto de un modo secuencial —dijo, anotándolos de un modo distinto:

4-0-6-0-9-6-0-7-7-1-8-5-1-6-0-3

—¿Alguna idea, colega? —dijo Prat, dirigiéndose a Mariangel, al mismo tiempo que escribía la secuencia en la pantalla de su iPhone, enviándosela a Saavedra.

—Nada, colega —respondió ella, remarcando el adjetivo, casi en forma sardónica. Sandra tampoco tenía una idea en ese momento. Decidieron retornar al auto. Casi cuarenta minutos después ya estaban saliendo, cuando sonó el teléfono de Prat.

Era el comisario. El jesuita le preguntó si estaba todo bien. El oficial explicó que en sentido estricto le había ido mejor de lo que pensaba, pues no lo habían expulsado de la policía, pero sí habían iniciado un sumario en su contra por desobedecer una serie de instrucciones, por haber salido del país sin avisar y por varios hechos más.

—¿Podrá seguir con nosotros? —le respondió.

—Por supuesto. Estoy oficialmente suspendido de mis funciones mientras dure la investigación, pero eso es lo de menos. ¿Tiene alguna idea de cuál es el significado del código, padre?

—Nada, he estado pensando en eso, pero aún no encuentro una respuesta. ¿Usted tiene alguna? —preguntó el cura.

—¡Positivo! ¿Conoce a alguien en Osorno, en el sur de Chile? Para allá debemos viajar. Los estaré esperando en el aeropuerto. Allí les contaré de qué se trata.

CUARTA PARTE

Capítulo 44

Osorno, Chile
17 de mayo de 2017

—Y yo que pensaba que en Santiago hacía frío —se quejaba Sandra Guzmán esa mañana, en el comedor del moderno hotel en que habían pernoctado la noche anterior, a orillas del río Rahue, uno de los dos que atraviesa la ciudad de Osorno, ubicada casi mil kilómetros al sur de Santiago.

Apenas habían llegado a esa ciudad el frío la había afectado de inmediato. Había pasado varias veces por fuera de Osorno, pero jamás había entrado. Antiguo bastión de los españoles, más tarde fue el epicentro de la colonización alemana impulsada por el gobierno chileno a mediados del siglo XIX, que implicó el asentamiento de grandes cantidades de alemanes en ciudades como Valdivia, Osorno, Puerto Varas y Puerto Montt.

La primera sorpresa, además del frío, fue la enorme nube de humo azulino que cubre la ciudad en invierno, mucho más espesa que el *smog* de Santiago, producto de la calefacción a base de leña.

La segunda sorpresa que se llevó Sandra fue que se trataba de una ciudad bastante más grande de lo que creía. Se veía moderna y ordenada, aunque con un dejo bucólico que no dejó de agradaarle. Al pasar por el centro, rumbo al hotel, le impresionó observar algunos conventillos alemanes de fines del siglo XIX, aún en pie, y lo tranquilo que se veía todo, pese al tránsito intenso, aunque sin comparación alguna con el caos vial de Santiago o, peor todavía, al de Lima.

—Debe ser agradable vivir en una ciudad como esta, aunque no sé si soportaría este frío —insistió.

Roberto Chánique, un hombre de 1,70 de estatura, moreno, de unos cuarenta y cinco años y de ojos pequeños, se rio al escuchar aquello, no solo porque todo estaba calefaccionado, sino porque en la calle, a esa hora, había unos cuatro grados bajo cero.

—Efectivamente, en esta zona hace mucho frío, pero en el lugar hacia donde vamos el frío es tremendo. De hecho, el padre Prat nos estaba diciendo que ustedes vienen con lo puesto nomás, así es que antes de partir vayan a comprar ropa de abrigo: parkas térmicas, botas, guantes y todo lo necesario —les dijo.

Jaime Mansilla, de la misma edad y sentado al lado de él, asintió con la cabeza.

Marita Mariangel, que acababa de llegar a la mesa con un plato lleno de frutas, no fue nada sutil.

—Disculpame, Alberto, ¿y estos quiénes son?

—Ah, perdón, Marita. Olvidaba que anoche apenas llegamos te fuiste a dormir.

Te los presento: Roberto Chánique y Jaime Mansilla. Ambos son exalumnos del Colegio San Mateo, que es propiedad de la Compañía de Jesús y se ubica acá en Osorno, un gran colegio, en el cual me tocó trabajar algún tiempo como profesor, mientras era maestrillo.

—¿Eso fue antes o después de Colombia? —preguntó la mujer. Sandra sintió que le ardían las mejillas, pues ahora entendía perfecto la mención a Colombia. Prat pareció no inmutarse.

—Antes, mucho antes. Claro, cuando llegué a trabajar acá Roberto y Jaime estaban bien crecidos ya, pero los conocí cuando fueron a dictar una charla sobre senderismo al colegio. Son los mejores de la zona. Ellos nos guiarán.

Mariangel lo miró con cara de enfado y le habló casi al oído, tratando de mantener una sonrisa en la cara.

—¿Qué pretendés? ¿Para que metés a estos civiles? ¿Por qué no le dijiste a Saavedra que pidiera apoyo a la PDI, que se consiguiera un helicóptero y un grupo táctico? —preguntó en un murmullo poco disimulado.

Saavedra, que engullía un pan tostado recubierto de queso de campo derretido, escuchó con claridad su apellido, pero le interesó bien poco.

Aunque él y Prat al final se habían acostado cerca de las dos de la mañana, apenas ingresó a la habitación de Marita, esta despertó dispuesta a darle la mejor noche de sexo que recordara en su vida. Por eso, dicha mañana había decidido que el frío no importaba, que necesitaba muchas calorías para reponer las que había perdido en la noche, y que algún día se casaría con esa mujer.

—Permiso —dijo Prat, levantándose y tomando del codo a Mariangel, llevándola en forma imperativa al *lobby* del hotel.

—¿Qué te pasa? —preguntó ella.

—No me pasa nada, pero lo que ocurre aquí es muy simple. Sabes muy bien que mientras más gente entre en una operación, el riesgo aumenta. Saavedra ya nos ha ayudado suficiente y más encima está a punto de perder el trabajo. ¿Y quieres que lo obligue a que pida ayuda a su institución, más encima?

Ella lo miró con ojos burlones.

—No me digas boludeces, Prat, vos sabés que te habrían ayudado encantados de la vida. Lo que pasa es que sos un cabrón egoísta y querés ser el único que se llene de gloria, querés ser el Hiram Bingham de esta historia. No querés que otros pisen esa especie de lugar sagrado que vos querés pisar —le respondió.

Prat sabía que había algo de cierto en aquello. Sí, si todo aquello era verdad y esas dieciséis cifras eran, como decía Saavedra, las coordenadas del lugar en que se encontraba la Ciudad de los Césares, la famosa *Civita Diaboli*, entonces claro, él quería estar allí. De todos modos, el tema de la seguridad también le era importantísimo.

—Desde lo que sucedió en Buenos Aires nada más nos ha ocurrido, eso lo tengo claro, pero tú sabes tan bien, mejor que yo incluso, que eso no significa nada. En

cualquier momento nos pueden atacar de nuevo.

—¿No confiás en la PDI? ¿Acaso no te han tratado bien? ¿No te han salvado el culo como doscientas veces en los últimos cinco días? ¿Ah? —le preguntó la mujer.

Prat pensó que eso era una sobrerreacción. ¿Qué quería? ¿Meter a una tropa de detectives con ellos, rumbos a la montaña?

—No se trata de eso y tampoco tengo por qué darte más explicaciones. Este operativo está a mi cargo, monseñor Giustiperi está completamente al tanto de todos sus detalles y cuento con todo el apoyo necesario.

—¡Porque querés ser famoso! —le gritó Mariangel, lo que hizo que Prat se saliera de sí, finalmente.

—Basta ya, Mariangel. A contar de este minuto quedas fuera de esta operación. Agarra tus cosas y sal de aquí. ¡Y no vuelvas a meterte con Saavedra! —le gritó, a tal volumen que el comisario ya no pudo seguir haciéndose el indiferente, se puso de pie y se detuvo a unos metros de ellos.

—¿Todo bien? —preguntó.

—No, comisario. Acabo de relevar de este asunto a esta señorita, que ahora mismo va a volver a Sao Paulo, Buenos Aires o el infierno, que es donde parece que reside.

—¡Pero, padre! —intentó protestar el oficial, sin que Mariangel siquiera lo mirara, preocupada, como estaba, de buscar en sus bolsillos la tarjeta magnética de la puerta de la habitación, donde solo había dejado su pequeño bolso de mano.

De pronto halló lo que buscaba y comenzó a caminar en forma mecánica hacia el ascensor, ubicado detrás del comedor. Saavedra partió detrás de ella. Le intentó tomar la mano, pero ella se la quitó.

—Marita, cariño, ¿qué te pasa? —le preguntó, tomándola del codo esta vez, mientras ella apretaba obsesivamente el botón del elevador.

—Pasa que ese tipo es patético —replicó ella, girándose hacia el comisario.

—Pero yo no soy él —contestó Saavedra, con una sonrisa un tanto impostada.

—Sos un pelotudo igual que él. Andate a coger por el culo —le dijo con un fuerte acento porteño, casi barriobajeño.

Saavedra quedó devastado en la puerta del ascensor, sin saber qué hacer. Con incomodidad, se dio cuenta de que una mujer joven, otra pasajera del hotel, lo miraba con cara de indulgencia.

—No se preocupe, todo pasa en la vida —argumentó la desconocida, tratando de brindarle una sonrisa. Saavedra le devolvió el gesto y la mujer quedó allí, esperando que el ascensor regresara a la primera planta.

No obstante, apenas vio que el comisario se alejaba con destino al comedor, sacó su celular desde la chaqueta y escribió algo en el WhatsApp:

Coté:

El grupo se divide. La mujer 2 fue expulsada.

Mamá:

Ya sabes lo que debes hacer.

Capítulo 45

Osorno, Chile
17 de mayo de 2017

—Déjenme ver si entendí bien la situación, padre. Ustedes quieren llegar hasta los menos 40,609603 y menos 71,851603 grados decimales, ¿cierto? —preguntó Mansilla, mirando la pantalla de un *laptop*, donde estaba abierto Google Earth.

—Muy cierto. En algún momento, cuando recién notamos que se trataba de puros números, pensé que podían ser coordenadas, pero lo deseché pronto, pues uno está habituado a pensar en los sistemas de coordenadas clásicos: tantos grados, tantos minutos y tantos segundos de Latitud Sur o Norte y tantos grados, minutos y segundos de Longitud Este u Oeste. Pero el comisario Saavedra fue quien supuso que podían ser coordenadas, pero basadas en el sistema de grados decimales, y aquí lo tenemos —dijo el cura, mostrando las cifras en que habían convertido los números del código:

-40,609607 -71,851603

—¡Positivo! En el código no aparecen los signos menos, pero si uno busca las coordenadas 40.609607 y 71.851603 grados decimales, tal como lo hice cuando se me ocurrió que podría tratarse de coordenadas, aparece un sitio muy extraño, ubicado en Asia, en la República de Uzbekistán. Y claro, no tiene nada que ver con lo que estamos buscando, ni mucho menos con la información que ya tenemos. Así que recordé mis cursos de sobrevivencia y le puse los signos «menos» y, *tate*, ahí salió esto —explicó el comisario, que se esforzaba para mostrarse alegre.

—Esa dirección es una de las laderas del norte del lago Constanca, a más de mil quinientos metros de altura y casi en la frontera con Argentina, a unos ciento y tantos kilómetros de Osorno en línea recta hacia el Este. Se trata de uno de los sectores en que Google Earth posee elevaciones que permiten ver la topografía del lugar y, para serle franco, padre, no veo entrada alguna a cavernas o ruinas de ninguna especie —agregó Chánique.

—Algo debe haber, Roberto, sin duda. El punto es que primero debemos llegar. Imagino que no debe ser tan complejo, ¿o me equivoco? —preguntó el religioso.

Los dos experimentados senderistas se miraron como preguntándose quién le decía la verdad.

—En realidad es muy, muy difícil y depende de muchos factores. El lago Constanca es un lugar bellísimo, de aguas azules muy bajas y cristalinas, de donde nace el río Gol, que luego desemboca en el lago Puyehue. Pero incluso la misma

gente que vive aquí en Osorno o en los alrededores no lo conoce. Nosotros mismos, Jaime, ¿cuánto será que hicimos nuestra primera excursión hacia allá? ¿Unos diez años? —preguntó Chánique, mientras Mansilla movía la cabeza en forma afirmativa.

—Todas las inmediateces son de una belleza incomparable. Usted conoce la zona, padre, y sabe que el camino que une Osorno con la Aduana Cardenal Samoré es único, lleno de vegetación selvática, lagos y volcanes, y todo eso a nivel del mar. Si uno quiere ir en verano a un lago hay múltiples opciones, partiendo por el mismo Puyehue o el Llanquihue, más al sur, cuyas orillas están llenas de pueblos y ciudades que parecen sacadas de libros de cuentos, como Puerto Varas, Frutillar, Ensenada o Cascadas. Teniendo todo eso a mano, se entiende que sean muy pocos los que, como nosotros, realicen el esfuerzo de llegar al Constanica —remató Mansilla.

—Y eso que, a mi juicio, es uno de los lugares más hermosos que existe en el planeta, y creo haber recorrido una cantidad suficiente de países y de rincones de Chile como para poder afirmarlo —dijo Chánique.

—Qué lástima que no fomenten el turismo hacia esa zona —dijo Sandra.

—El acceso es muy complejo porque no hay caminos, pero ya hablaremos de eso. Ahora, según la información que hemos logrado manejar, al Estado chileno tampoco le interesa mucho fomentar el turismo por razones estratégicas. Se dice que en 1978, cuando estuvimos a punto de irnos a esa guerra absurda con Argentina, diversos contrafuertes del lago fueron llenados de explosivos por parte del Ejército chileno —explicó Mansilla.

—¿Qué? —preguntó el cura.

—Como lo oye padre. Según lo que cuentan los pocos baqueanos que se internan por allí, los muros naturales que contienen el lago fueron llenados de explosivos, con el fin de destruirlos y vaciar el lago. Este se ubica justo al norte del paso Puyehue, el único paso que conecta Chile con Argentina por estas latitudes, y por el cual se temía que ingresara una división de tanques a invadir Osorno y cortar de ese modo la principal fuente de abastecimientos que tiene Chile en cuanto a carne y productos lácteos, algo nada menor. Así, según dichas historias, al dinamitar el Constanica se inundaría por completo el pequeño valle que separa las aduanas chilena y argentina y se impediría el paso de los blindados.

—Es una locura, un crimen contra la naturaleza, pero no deja de tener lógica, en caso de que hubiera sido efectivo —comentó Saavedra.

—En fin, eso no lo sabemos. Lo que sí tenemos claro es que llegar a ese sector por vía terrestre es muy complejo, pues además de lo accidentada de la geografía es un lugar fronterizo. Si quisieran llegar hacia allá en un helicóptero tendrían que rezar por varios motivos: primero, que no haya mal tiempo. Si miran hacia fuera, verán que en este momento se está nublando rápidamente y estamos con una temperatura bajo cero. Obvio que lloverá en algunas horas más, pero en la montaña caerá agua lluvia, si tenemos suerte, o nevará, si es que no está nevando ya.

—Hay que apurarse entonces —acotó el religioso.

—Sí, sin duda, pero esto es como una ruleta rusa, porque la lluvia o la nieve siempre es un problema, eso es evidente, pero también lo es un día despejado. Muchas veces volar encima de una ciudad es complejo, debido a las turbulencias que se forman, ¿cierto? Pues bien, es muy difícil volar a ras de una montaña, en lugares llenos de corrientes y de cráteres que muchas veces están coronados por las famosas nubes de rotor, una nubes muy lindas, como conos de algodón, pero que anuncian condiciones de vuelo casi imposibles —explicó Chánique, quien agregó otro dato en relación a que si la idea era arrendar un helicóptero (para lo cual la empresa más cercana estaba en Concepción), había que olvidarse de la clandestinidad. Los helicópteros por lo general operaban desde las pistas autorizadas por la Dirección de Aeronáutica y eso significaba que seguirían todo el vuelo por radar, y pondrían mucha más atención si se acercaban a una zona fronteriza.

Saavedra preguntó cuáles eran las opciones de llegar por tierra.

La más lógica, les indicó Mansilla, era avanzar en auto hasta la aduana chilena y desde allí caminar hacia el lago Constanza. Desde el hito que indica la frontera entre Chile y Argentina calculó que llegar a la orilla sur del lago insumiría, para un par de senderistas expertos y en buen estado físico, unas cinco horas, pero que con personas poco habituadas al terreno podía ser mucho más: siete, quizá ocho horas, sobre todo si había lluvia o nieve.

—¿Cómo tanto? Aquí en el Google Earth se muestra que ese trayecto no deben ser ni cinco kilómetros —reclamó Sandra.

—Claro, cinco kilómetros si usted lo ve desde un mapa y en línea recta, pero son cinco kilómetros en ascenso, en un terreno muy duro y que está lleno de grietas, muchas de las cuales, cuando hay nieve, no se ven; hay que ir tanteando el suelo antes de pisar. Tenga en cuenta que estaremos en la precordillera y a pesar de todo el verde que ve en la ciudad y el que hay en el camino, allá arriba es casi todo gris. Hay muy poca vegetación y todo está cubierto aún de la ceniza que dejó la erupción del volcán Caulle. Cuando llueve o nieva el suelo es extremadamente resbaloso, muy complejo.

—Bueno, hay que intentarlo —razonó Prat.

—Hay otro detalle que a Roberto se le olvidó comentar —intervino Mansilla— y es que no hay forma, en ese sector, de evadir la Aduana. En otras palabras, si queremos llegar en auto hasta allá, necesariamente deberemos pasar por Policía Internacional, donde la PDI retendrá nuestras cédulas de identidad.

—Claro, ese es el procedimiento. Además, hay que informar hacia dónde vamos a ir, cuál es la hora de regreso, etc. —acotó Saavedra.

—Hay que bajarse antes del auto, entonces —dijo el cura.

—Pero hacer eso implica tomar la antigua ruta de los jesuitas. Imagino que usted la conoce, padre —comentó Chánique.

—He oído de ella, pero no conozco muchos detalles.

—Es una serie de pasos que los jesuitas descubrieron en el siglo XVIII, cuando

estaban a cargo de la antigua misión de Nahuel Huapi, en lo que hoy es Bariloche, y que antes se llamaba Vuriloche. Es la mejor forma de pasar a pie hacia Argentina y por cierto para llegar hasta el lago Constanca, pero el camino es distinto. Mucho antes de la aduana, es necesario entrar hacia la zona del volcán Antillanca. Ahí se toma un camino antiguo que conduce hasta el cráter Raihuén, al que se llega por medio de senderos tapizados del musgo blanquecino típico de la cordillera de los Andes. Después de eso aparecen unos magníficos bosques de lenga, muertos por las continuas erupciones volcánicas, hasta que se llega a pampa Frutilla, una gran planicie de arena. De ahí se sigue a Anticura y se avanza hacia el famoso cerro Pantojo, uno muy grande y de forma muy peculiar, como un pepino, tras lo cual es posible llegar al hito sin pasar por la aduana. Y no puedo dejar de mencionarlo: por allí se pasa también por una condorera, un lugar de anidación de cóndores. Es impresionante verlos volando, pero quizá más increíble aún resulta verlos posados en los riscos, enormes, vigilando a los desconocidos que ingresan a sus territorios —dijo Chánique.

—Vaya, los cóndores de nuevo —masculló Saavedra. Prat movió la cabeza en forma afirmativa, recordando todas las efigies de esas imponentes aves que habían visto en las últimas horas, pero decidió retornar a lo esencial.

—¿Y no podemos llegar en auto hasta ese punto? —interrogó el sacerdote.

—Se puede, pero verán el auto de todos modos. Por eso la opción es caminar y rodear todo el complejo aduanero entrando por Antillanca y luego cruzar a pie la carretera internacional para atravesar hacia el norte, llegar al hito, como les decía Roberto, y luego seguir el camino hacia el lago. El problema es que son solo esas dos opciones —agregó Jaime.

—¿Y cuánto tiempo tomaría hacer eso a pie? —inquirió Sandra.

—De aquí a Antillanca nos demoramos una hora en auto. Desde allí hasta el hito, para nosotros son unos tres días de caminata. Con ustedes, cuatro, y dejemos un quinto día para llegar desde allí a la orilla norte del lago, donde viene otra cosa complejísima: subir hasta las coordenadas exactas que ustedes poseen. Si bien el lago está a mil trescientos metros de altura y el punto de ustedes se encuentra a, déjenme ver Google Earth, a mil quinientos setenta, créanme que esos doscientos setenta metros deben de ser terribles. La primera parte tiene vegetación y hacia arriba es roca o arena y se ve muy inclinado todo. Lo más probable es que esa misma pared sea imposible de escalar y por ende haya que buscar otro camino para llegar arriba. Quizá desde allí podríamos tender una cordada hacia la orilla del lado, pero se ve crítica.

—Entiendo, Roberto, pero no podemos darnos el lujo de perder cinco días. Debemos llegar allá ahora mismo. ¿Me dijiste que tenías el contacto con una empresa que puede arrendar un helicóptero con prontitud? —preguntó el cura.

—Sí, en Concepción, es lo más cercano. Yo instalo antenas de telecomunicaciones y telefonía y siempre trabajo con esa empresa. Si hay un aparato disponible, lo enviarán de inmediato.

—Perfecto. El dinero no es problema. Necesitamos al menos tres asientos para nosotros, cinco si es que ustedes nos acompañan también. ¿Les parece? —preguntó el sacerdote a los dos exsanmateínos, como se conoce a los exalumnos del colegio jesuita de la ciudad.

—No nos perderíamos esto por nada del mundo. Cuenten con nosotros —dijo Chánique, mientras Mansilla movía la cabeza en forma afirmativa.

—Muchas gracias, Roberto. ¿Llamarás ahora? —le preguntó Prat, dándose cuenta de que el ingeniero ya estaba hablando por teléfono. Colgó en un par de minutos.

—A las doce del día habrá un helicóptero esperando por nosotros en una pista de aterrizaje que hay en Río Bueno, a treinta kilómetros de aquí. Ustedes deberían aprovechar el rato para ir a comprar ropa de abrigo, parkas, gorros y todo lo necesario, incluyendo alimentos y agua, mucha agua, pues si no logramos aterrizar en las inmediaciones del lugar, deberemos quedarnos donde se pueda —comentó Chánique.

—Perfecto, Roberto. ¿Cómo nos vamos a Río Bueno?

—A las 11.15 reunámonos aquí mismo. Nosotros iremos a buscar nuestros equipos y los recogeremos a esa hora —precisó Mansilla.

—Genial —dijo el cura, sin saber que todos sus movimientos estaban siendo cuidadosamente seguidos.

Capítulo 46

Puyehue, Chile
17 de mayo de 2017

Ya eran la una y media cuando el Augusta A-119 que Chánique había contratado en Concepción llegó por fin a las proximidades del lago Constanca. El viaje desde Río Bueno hasta allá había sido bastante movido, pues había mucha turbulencia en general, pero se puso peor apenas entraron a la precordillera. Caía un aguanieve muy densa y además de que la visibilidad era escasa, las corrientes ascendentes y descendentes salían desde cualquier parte, tirando el aparato hacia arriba y abajo como si fuera una pelota de goma. Pasado el volcán Puyehue, de hecho, el helicóptero perdió altura abruptamente, por varios metros, lo que hizo a todos saltar de sus asientos.

—Deberíamos volver —sugirió el piloto, un hombre de barba muy tupida, semejante a la de un talibán.

—Estamos muy cerca. Por favor, trate de llegar —replicó Prat por el intercomunicador.

El piloto movió los hombros y siguió avanzando, mientras el aguanieve se convertía derechamente en nieve. Pese a la mala visibilidad, era factible apreciar desde la altura todos los hitos del lugar: hacia el sur, los conos del cerro Pantojo, los volcanes Osorno y Tronador y el hermoso lago Nahuel Huapi, a cuyos pies se encuentra la ciudad de Bariloche; hacia el este las riveras sinuosas del lago Constanca, cuya orilla oriente casi se toca con el borde occidental del lago Espejo, ubicado en territorio argentino.

—Esto está muy malo. Dígame donde los dejo, pero yo no puedo seguir —se quejó el piloto ante un nuevo sacudón, motivado por un feroz viento de cola que hizo que el helicóptero se arrastrara como si un monstruo gigante lo hubiera tomado desde el rotor trasero.

—Lo más arriba que pueda —pidió Prat, sentado a su lado e indicándole con el dedo los contrafuertes del lago Constanca.

—Imposible. Nos haremos mierda si tratamos de tocar tierra en las partes altas y nos agarra un viento de cola de nuevo. Eso es lo mejor que le puedo ofrecer —dijo el aviador, mostrando el margen norte del lago, donde había una enorme playa que se extendía hacia atrás, como si fueran los restos de algún antiguo glaciar.

—Es un trato. Déjenos ahí —ordenó Prat. El piloto ascendió varios cientos de pies más y se detuvo justo encima de aquella especie de bahía, donde comenzó a descender lentamente, sacudido por ráfagas de viento cada vez más violentas. Pese a todo, logró posarse. Bajaron con rapidez y descargaron los equipos que Chánique y Mansilla portaban, incluyendo cuerdas, piolets, bastones y carpas, luego de lo cual el

aparato ascendió y se perdió en medio de las nubes, dando tumbos.

—Este sí que es frío —dijo Sandra, cerrándose hasta arriba la parka térmica que había comprado poco antes en Osorno, mientras miraba asombrada cómo una especie de viento blanco se cerraba sobre ellos.

—Sí, y en un par de horas más será peor, así es que pongámonos en marcha. Según los mapas que vimos, la pendiente menos elevada para tratar de subir es aquella, que sin embargo nos implicará subir más metros, para luego bajar por la dorsal hasta el punto que buscamos. Vamos —dijo Chánique, indicando el cerro que se encontraba inmediatamente al este de ellos.

La ladera de ese lado parecía ser más suave que las otras, pero había lugares en los cuales la pendiente tenía, fácil, 45 grados. Casi desprovista de árboles, aquella pared volcánica era lisa y sin salientes, pero no por ello desprovista de fracturas de gran profundidad, las que Mansilla y Chánique, que iban adelante, descubrían de inmediato, pese a que algunas eran casi imperceptibles debido a la nieve.

A eso de las cinco de la tarde habían ascendido ya unos trescientos metros. Chánique calculó que les quedaban unos ciento cincuenta más. Seguir era riesgoso, pues ya estaba casi totalmente oscuro y la nieve seguía cayendo, pero tampoco había donde quedarse. Saavedra ya se había dado un resbalón de importancia, a consecuencias del cual se había doblado un tobillo, aunque no de gravedad, mientras que Sandra y el cura estaban completamente extenuados.

—Queda poco —los animó el experto senderista.

Cerca de las siete, por fin conquistaron la cumbre del cerro, donde Mansilla miró su GPS y vio que estaban a casi mil setecientos metros de altura.

—Podemos hacer un campamento aquí y mañana temprano seguir. Lo peor ya pasó. Ahora solo nos queda descender en dirección al sur, a unos quinientos metros, y llegar al punto que marcaba la coordenada aquella —opinó, reuniendo al grupo y mientras Chánique acomodaba su mochila.

—No, estamos muy cerca. Hay que seguir —pidió el cura.

—Padre, ahora sí que es riesgoso. No solo está de noche, sino que además el comisario debería descansar, lo mismo que la señorita.

—Tienes razón, Roberto. Iré solo.

—¡Pero, Alberto! —gritó Sandra, tratando de hacerlo entrar en razón.

—Debo ir, Sandra. Ojalá que lo entiendas —replicó, pero su mirada y los ojos humedecidos de ella decían lo contrario.

Ella tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Volveré enseguida, te lo prometo —le dijo, alejándose con una brújula en la mano.

—Espere, padre. Voy con usted —agregó Mansilla, tomando su mochila.

Capítulo 47

Puyehue, Chile
17 de mayo de 2017

El camino fue complejo en extremo. Como si fuera una montaña dibujada por un niño, caminaban sobre un borde afilado, donde a veces solo cabía el zapato y nada más, y desde el cual se desprendían a cada momento piedras y pedazos de roca que caían en rodado cientos de metros hacia abajo.

Guiados por una linterna ciega y pese a que iban en descenso, demoraron más de dos horas en llegar al punto exacto que según el GPS correspondía a las coordenadas del código, y no se veía nada.

—Por la mismísima mierda —masculló el jesuita, mientras revolvía la nieve con uno de los bastones y alumbraba en distintas direcciones, tratando de descubrir algo: una caverna, una piedra de alguna forma, quizá alguna indicación pintada en el suelo, lo que fuera. Pero era inútil, allí no parecía haber más que frío, viento y nieve.

—Padre, odio decirle esto, pero en las imágenes satelitales se apreciaba claramente que esto es un desierto. Deberíamos volver con los demás y mañana buscar con más calma.

—No, no. Hay algo que no estamos viendo o entendiendo, Jaime —respondió, pero este se había movido varios metros, hacia el oeste, llevando en la mano el GPS. De hecho, estaba parado en lo que parecía ser el lecho de una corriente de agua.

—Mire, qué fenómeno tan curioso. Me moví varios metros de allí y el GPS sigue marcando exactamente las mismas coordenadas —gritó Mansilla desde unos quince metros del cura.

Este caminó hacia allá, apoyándose en los bastones, y comprobó que así era.

—¡Qué extraño! ¿Por qué será?

—No lo sé. Puede ser una falla del satélite al cual estoy conectado o algo así, pero la cosa es que esa posición no solo marca el lugar original, sino también toda esta porción de terreno, incluyendo eso. ¡Mire, padre! —gritó emocionado el ingeniero, mientras alumbraba con su linterna y mostraba un poco más allá, tal vez a unos cien metros, siempre en dirección al este, un boquerón de gran tamaño en una de las paredes del cerro.

Prat ni siquiera alcanzó a abrir la boca. Por el contrario, salió corriendo hacia allá. Se cayó dos veces, hasta que finalmente alcanzó el acceso a esa caverna, que medía casi un metro y medio de diámetro, y la iluminó con su linterna.

Cuando Mansilla llegó y observó lo mismo que el jesuita, sus ojos se le llenaron de lágrimas. De niño siempre había soñado con ser historiador, pero por cosas de la vida estudió Derecho, carrera que terminó, aunque nunca se tituló, para luego estudiar ingeniería, siempre arrepentido de no haber seguido su verdadera pasión: la historia,

disciplina dentro de la cual uno de sus temas favoritos eran las ciudades perdidas.

Claro, en ese momento recordó aquellos días de invierno en que, siendo un niño de diez u once años y mientras todos los demás jugaban básquetbol o fútbol, él caminaba por el patio del San Mateo junto a su gran amigo de la infancia, Carlos Prieto, hablando sobre El Dorado, Tiwanaku, Machu Picchu y, claro, la Ciudad de los Césares, ese mito fundacional de la historia de Chile, esa historia esencial que la historiografía esconde y esconde, y que ahora estaba allí, frente a él, pues la luz de las dos linternas le dejaba ver una cuidada escalera de piedra negra, de cientos de metros de profundidad, tallada en el vientre de la montaña, perdiéndose hasta el infinito en ella.

—¡Conchatumadre! —fue lo único que atinó a decir.

Capítulo 48

Puyehue, frontera de Chile con Argentina
18 de mayo de 2017

Prat y Mansilla comenzaron a llamar por radio a Chánique, pero el aparato parecía estar muerto.

—No sé qué le pasa a esta radio. Podríamos volver al campamento a buscar a los demás —dijo Mansilla.

—Veamos qué hay allí y luego volvemos —opinó el cura.

—Muy bien.

Prat fue el primero en entrar. Aunque debió agacharse para poder acceder al lugar, pronto pudo ponerse de pie, notando que dicha caverna, que descendía con más de cuarenta grados de inclinación, parecía ser natural, quizá una antigua chimenea volcánica. Lo que evidentemente era producto de la acción de la mano del hombre, sin embargo, eran los escalones, que habían sido tallados con alguna herramienta muy afilada, pues eran prácticamente lisos. Alumbrando hacia abajo, se dieron cuenta de que la escalera descendía muchos metros en forma insospechada.

—Me siento como en *Viaje al centro de la Tierra*, de Julio Verne. Así, al ojo, creo que hay a lo menos quinientos metros de escalera por delante. Espero que no encontremos dinosaurios —bromeó Mansilla.

—No se ve ningún tipo de vida. Cuando empezamos a avanzar supuse que encontraríamos arañas o murciélagos, por lo menos, pero no noto nada. Sí es evidente que el aire está cada vez más pesado —comentó Prat, mientras seguían descendiendo.

—Hasta aquí llega la escalera —dijo Mansilla, apuntando hacia una zona en la que de verdad parecía terminar. Pero al alcanzar ese lugar, se reveló ante ellos algo aún más impresionante: una suerte de anfiteatro gigantesco, una bóveda de cincuenta o sesenta metros de altura y unos cien de ancho, que descendía aún más y daba una suerte de vuelta en «U» y parecía perderse hasta donde los ojos y la iluminación lo permitían—. No entiendo mucho. Si mi sentido de la orientación no falla, descendimos en dirección al poniente, y esto avanza hacia el oriente —agregó.

—Debajo del lago. Creo que Roberto comentó en algún momento que el lago es muy bajo.

—Sí, al menos las orillas son muy, muy bajas. En verano uno puede meterse cien o más metros y el agua no sube de la guata, pero no sé cuál será el nivel máximo de profundidad.

—No debe ser demasiado. El aire sigue espeso, pero se nota la humedad. Imagino que esta debe ser una caverna de origen volcánico, del tipo de las que existen en Centroamérica. Mire allá abajo, Jaime. Este suelo fue aplanado —indicó el cura, mostrando lo que parecían rastros de algún instrumento sobre el suelo volcánico.

—Bueno, veamos que hay y... —decía Mansilla, cuando se quedó mudo, al sobresaltarse con una sombra que vio más adelante.

—Qué increíble —expresó el religioso, alumbrando hacia el costado derecho de ellos.

En una suerte de capilla natural que se formaba al lado de ese camino había una estatua, un cóndor enorme, de unos seis metros de altura, con sus alas extendidas.

—Es una reproducción perfecta. Esto fue tallado por algún artista de nivel superior —dijo Prat, examinando la escultura, confeccionada en alguna piedra negra muy dura y brillante.

—Se pasó —dijo Mansilla, tomando un par de fotos del cóndor.

—Sigamos —le indicó Prat.

Caminaron por otras dos horas, al cabo de las cuales sintieron cada vez más frío y viento, lo que interpretaron como una señal de que estaban llegando a las cercanías de la salida del túnel. De pronto, en forma casi abrupta, el túnel se acabó y salieron al nivel del suelo, a un lugar lleno de vegetación.

Aunque había dejado de nevar, todo estaba recubierto de nieve y resbaladizo.

—No se ve ni mierda aquí —refunfuñó Prat, tratando de iluminar hacia delante con su linterna. Ya le quedaban solo cuatro pilas y las que tenía puestas iluminaban muy poco. Mansilla usó su linterna y así pudieron ver un tupido bosque valdiviano al frente de ambos.

—Recuerde que veníamos de una zona desértica. Le apuesto que pasamos hacia Argentina. Se escucha un leve oleaje, así es que me imagino que estamos en alguna de las tres o cuatro lagunas más chicas que hay al oriente del lago Constanca, o bien en alguna orilla del lago Espejo.

—¿Y ahora? —preguntó el religioso al senderista.

—Entiendo que les dijeron que esa gente de la Fede Santa... ¿Así se llamaba ese grupo? ¿Sí? Según lo que conversamos anoche, esa gente había llegado a la ciudad no hace mucho, ¿no?

—Eso es lo que me dijeron —respondió el cura.

—Entonces tienen que haber llegado a este mismo punto. ¿Cuánto tiempo dice que se supone que esa gente estuvo acá? ¿Un par de años? Deben haberse abierto paso a machetazo limpio. La vegetación crece rápido, pero es fácil notar cuando alguna planta es más nueva —dijo, sacando un pequeño machete de su mochila.

—¿Cómo? —preguntó el hombre del Vaticano. Mansilla se rio despacio, tratando de no ofenderlo.

—Es muy simple. Hay que buscar los helechos y las hojas de nalca más verdes y más chicas. Supongo que no se ha olvidado de la nalca, ¿cierto?

—¡Obvio! —respondió el religioso.

—Mire, esta es una hoja de nalca —le indicó, mostrando una de casi dos metros de diámetro, con una forma que recordaba las de una parra.

—Y este es un helecho —apuntó Prat sardónico, mostrando un helecho de gran

tamaño.

—Claro —dijo sonriendo—. Pero mire allá: la vegetación en general se ve mucho más baja y esos helechos y hojas de parra son de mucho menor tamaño —agregó Mansilla, indicando con su linterna a unos quince metros.

—Vamos —replicó el cura, y ambos se internaron por esa pequeña selva. Mansilla iba adelante, cortando las ramas que sobresalían y esquivando de cuando en cuando a los enormes ciervos volantes de la zona, que pueden llegar a ser del tamaño de un zapato.

—¡Mierda! —gritó de pronto Mansilla, al tropezarse con algo que le golpeó duramente en la pantorrilla derecha, rasgando un poco el pantalón. Pensó que era una roca, que no veía debido a que una gran hoja de helecho la cubría, así es que indignado como estaba, cortó la mitad de la hoja de un machetazo, pero lo que vio lo dejó helado.

—Padre, padre, mire —pidió, apuntando con el dedo hacia abajo.

Aunque completamente oxidado, en el suelo descansaba un cañón aparentemente de plomo, muy semejante a los que aún se pueden ver en el antiguo fuerte español de Niebla, en la costa de Valdivia, pero con varias diferencias. Este era muy largo, de unos cuatro metros, pero muy angosto. A diferencia de los clásicos cañones españoles, este además se veía muy simple en su diseño, y contaba además con un sistema de disparo que parecía distinto de los típicos cañones, pues tenía una apertura lateral.

—Quizás ahí ponían los proyectiles. Fíjese que a los lados tiene algo que parecen pernos. Y allá abajo hay una rueda. Seguramente este cañón iba sobre una cureña de madera, que debe haber terminado extinta por el tiempo —razonó el cura, al tiempo que levantaba su linterna y con ella iluminaba la inmensa pared del cerro que se alzaba frente a ellos, recubierto de vegetación—. Mansilla, eso no es un cerro —musitó Prat, al darse cuenta de que esa forma de tamaño colosal que se alzaba al frente de ellos era algo distinto, algo verde y tapado por vegetación, pero de forma simétrica.

—Parece un castillo —dijo Mansilla, casi sin aliento. Fuera lo que fuera aquello, se encontraba a unos cien metros de donde estaban.

Mirándolo a la altura de los ojos solo parecía la falda de un cerro. No obstante, observando hacia arriba, se apreciaba que medía unos veinte o treinta metros de altura y quizás un kilómetro o más de ancho. Recién al ver con más precisión se dieron cuenta de que efectivamente había una montaña de grandes dimensiones detrás de esa especie de muro (que cada tanto contaba con promontorios, que supusieron que podían ser torres).

—No es un castillo. Es la muralla de una ciudadela —opinó Prat.

—Es increíble. ¿Cómo no se ve por Google Maps? ¿Y cómo nadie lo descubrió antes? —opinó Mansilla.

—No olvidemos que los señores de la Fede Santa lo recorrieron tiempo atrás y

antes de eso había alguien que sabía de su ubicación. De otro modo no habría existido el mapa. Lo que sí comparto es que no se entiende que con el tipo de tecnología que existe hoy, nadie se hubiera percatado antes de esto.

—Capaz que la única manera de entrar a este valle sea por el túnel. Si no conoce el túnel, es imposible llegar a la ciudad —opinó Mansilla.

—Debe haber otro acceso. ¡Mire esto! —exclamó el religioso, apartando unas enredaderas muy tupidas, tras lo cual pudo poner su mano sobre el muro.

—Es completamente liso y de bloques enormes. Seguramente hay una cantera en algún lugar y desde allí sacaron estos bloques —respondió Mansilla, también tocando con la mano aquella pared.

Casi media hora tardaron en encontrar un acceso a esa pared. Donde fuera que tocaran, en aquellos lugares en que la vegetación era menos tupida, se encontraban el mismo muro de piedra implacable. Con machete y a mano limpia, y mientras comenzaba a nevar de nuevo, limpiaron varios sectores, sin encontrar una puerta, hasta que finalmente dieron con el acceso, a unos trescientos cincuenta metros al sur de la parte donde habían hecho contacto con el muro.

—Por la cresta, no podía ser de otro modo —reclamó Prat, al ver un foso lleno de agua que los separaba de una gran apertura en el muro, donde probablemente hubo antes un puente levadizo.

Mansilla buscó una rama de grandes dimensiones y la hundió en el agua.

—No tiene más de un metro de profundidad. Lo único peligroso que podría haber serían cocodrilos —se rio.

Aunque el pozo no tenía más de veinte metros de largo, entrar en él, caminar por su borde fangoso y luego escalar hacia el inicio del nivel del muro fue largo y fatigoso.

Ni Prat ni Mansilla tenían, de hecho, conciencia del tiempo que les tomó llegar allí. Recién se dieron cuenta de aquello cuando notaron que la penumbra de la noche comenzaba a ceder levemente, en el mismo momento en que traspasaban por primera vez aquel muro y se abría, delante de sus ojos, una imagen alucinante: la de una ciudad verde, producto de la vegetación, debajo de la cual era posible adivinar calles con adoquines, edificios de dos o tres pisos, una suerte de plaza con un gran obelisco triangular en medio de ella, de unos diez metros de altura al menos, bloques de gran tamaño que parecían albergar viviendas, e incluso algo que parecía ser un palacio, que se alzaba al fondo de la ciudad, aparentemente esculpido en el vientre del cerro que dominaba aquel lugar.

—Esto es para no creerlo, es como una ciudadela europea, o una villa. Es muchísimo más grande que Machu Picchu —dijo Mansilla.

—No nos adelantemos. El tipo de mampostería que hemos visto hasta el momento se parece mucho al que se usa en Perú. En la famosa Huaca Pucllana, que queda en Lima, construyeron una pirámide enorme usando pastelones como los que se ven en esos edificios. Quizá sea una civilización precolombina —dijo Prat,

apagando su linterna, pues la tenue luz del amanecer ya permitía ver con cierta claridad.

—Jaime, Jaime... QTH... Jaime... QTH —se escuchó de pronto, por medio del portátil que llevaba el ingeniero osornino. Era la voz de Chánique que trataba de contactarlos usando la sigla radiofónica para «ubicación».

—Estos aparatos no tienen más de diez kilómetros de alcance, así es que le garantizo que estamos dentro de esa distancia, padre —respondió Mansilla, dispuesto a responder, pero Prat le tomó la mano.

—¿Qué le dirá?

—¡Que encontramos la Ciudad de los Césares! —replicó Mansilla con gran felicidad.

—No, no puede hacer eso. Esa es una frecuencia abierta y cualquiera puede escucharla. No. Dígale que estamos bien, que vamos de regreso y que nos esperen.

—Pero eso no tiene sentido alguno. Digámosle que vengan.

—No, no lo podemos decir. Debemos recorrer esto, sacar todas las imágenes que se pueda y luego ir a buscarlos. Yo debo informar de esto a mis superiores y sin dudas que Saavedra deberá informar a los suyos, pero no podemos arriesgarnos a sufrir algún percance en este momento.

Mansilla resopló, pero obedeció, informando que estaban bien y que regresarían más tarde. Chánique comenzó a contestar, pero se cortó la comunicación.

—Qué raro —dijo Prat al respecto.

—Las comunicaciones aquí son difíciles. Está cayendo nieve de nuevo. No es tan extraño. Al menos creo que escucharon mi respuesta. Vamos padre, aprovechemos de recorrer esta maravilla —pidió el guía, que comenzó a caminar hacia lo que parecía la plaza central, observando que detrás del obelisco de granito, a unos cien metros al fondo, había otra estatua de un cóndor, mucho más grande que la que habían observado en el túnel.

—Deben haber tenido una especie de culto hacia el cóndor. No sería nada raro, dado que se trata del animal más grande de la zona y el más poderoso por cierto —musitó Prat, notando que debajo de un enjambre de hojas de nalca gigantes había otra estatua, una muy grotesca.

Mostraba a un hombre de unos dos metros de estatura, de barba tupida y ojos exorbitados, con una expresión de horror en el rostro. De sus fauces salían dos colmillos de aspecto feroz, y en sus manos llevaba un pequeño bulto, al cual le faltaba una parte, pero era evidente que se trataba de un bebé recién nacido, como lo delataba la reproducción del cordón umbilical que colgaba hacia abajo.

El ser que robaba al bebé, sin embargo, no era un humano de verdad. Sus pies eran tres pies gigantescos, provistos de dedos como los de un mono y que culminaban en garras. Y sí, no eran dos, sino tres pies, pues desde su espalda encorvada salía una tercera pierna, en dirección inversa al sentido de las dos piernas que normalmente tiene un humano. El lomo de aquella bestia estaba lleno de flechas.

—El imbunche, el ser más aterrador de la mitología chilota, el brujo que es enterrado vivo y que renace de la tierra para robar bebés en la noche y alimentarse de la carne fresca —dijo Mansilla, al tiempo que Prat observaba lívido aquella estatua.

—No entiendo qué hace esto aquí. Las leyendas chilotas sobre el imbunche no deben tener más de unos cientos de años y esta civilización es claramente anterior —masculló Prat, mientras dejaba atrás las estatuas y caminaba en dirección a un bloque lleno de nichos, como los de las antiguas construcciones de los anasazi, en el desierto estadounidense, mientras su acompañante entraba en una especie de galpón enorme, a un costado de la plaza, y lanzaba un grito.

El jesuita corrió hacia dentro del lugar, encendiendo la linterna. Adentro había unas jaulas de gran tamaño, de unos cinco metros cada una y de madera. Pese a que solo quedaban tres de ellas en pie, al interior se veían los esqueletos de igual número de cóndores.

—Esta gente domesticaba o criaba los cóndores —comentó el ingeniero.

—O se los comía. Como fuera, algo pasó aquí y esos ejemplares quedaron vivos en las jaulas y se murieron, seguramente de inanición.

—¡Mire! ¡Eran españoles! —gritó Mansilla, mientras recorría el galpón. Al otro lado de este, en el suelo, yacía un esqueleto aún recubierto de una clásica armadura de conquistador español. Al lado había un yelmo y el cráneo evidenciaba una fractura feroz.

—No, no eran españoles, Jaime. Estos son los invasores. Creo que estamos en presencia de una civilización de algún origen quizá europeo, atacada por los españoles, quizá por los sobrevivientes del asedio al fuerte de Osorno, o quién sabe por quiénes. Mire esa pared de allá, hay una escritura y no es alfabeto latino, sino algo que parece una mezcla de caracteres rúnicos con algo de gótico. Si los nazis que andan detrás de nosotros siquiera sospechaban algo al respecto, allí está la explicación del encono con que nos buscaban. Pero sigamos, quiero ver ese palacio —comentó, saliendo de nuevo a la calle.

Fue allí cuando, por primera vez, vio los techos de un color café suave, casi brillante, semejante a la greda.

—Eso es lo que deben haber confundido con oro. Debe ser algún tipo de pintura que confeccionaban con materiales de por acá, quizá algún tipo de barro o algo semejante, o quizá también con —razonaba Mansilla, cuando el cura le pegó un par de codazos. Delante de ellos se extendía el palacio, cuya entrada, por lo que se alcanzaba a distinguir en medio del follaje verde, estaba precedida por doce columnas estilo dóricas, muy altas y de color dorado.

—Eso no es greda, padrecito, qué chucha quiere que le diga —masculló Mansilla, comprendiendo que era oro macizo, igual que el oro que minutos después descubrieron en las molduras con forma de cóndor que decoraban las paredes interiores y exteriores del palacio, o al igual que las estatuas de cóndores que había dentro, lo mismo que los candelabros que colgaban del techo y lo mismo que la

colección de armaduras llenas de caracteres rúnicos que había en una especie de hall, detrás del cual ya era imposible avanzar, debido a lo tupida de la vegetación.

—Esto es increíble, realmente increíble. Es un lugar que parece salido de la imaginación de un escritor —murmuró Prat, fotografiando todo con lo que le restaba de batería de su iPhone, el cual no tenía nada de señal telefónica.

—Deberíamos volver, padre —apuntó Mansilla, pero en ese momento el frágil sonido de los copos de nieve que caían fue interrumpido por una voz que les resultó extremadamente familiar.

—Aquí te quería encontrar, cura maricón —dijo Marita Mariangel, apuntándole con un fusil AR-15.

Capítulo 49

Puyehue, frontera de Chile con Argentina
18 de mayo de 2017

Mariangel no estaba sola. Detrás de ella había cuatro hombres vestidos con ropas de montaña de estilo militar de color gris, protegidos por chalecos de keblar y perneras, rodilleras y guantes del mismo material, además de cascos, todos los cuales blandían en sus manos el mismo tipo de fusil, aunque los de los hombres estaban envueltos en pedazos de arpillera gris y verde, con el fin de mimetizarlos. Se trataba, una vez más, de puros profesionales, y debajo de los cascos y las antiparras que usaban era fácil notar que sus pieles eran muy blancas.

—Nunca me engañaste, Marita. Siempre supe que eras una mierda por dentro y por fuera —respondió el cura.

—¿Que no te engañé? ¡Ay, Alberto, mi amor; sigue, no pares, me vuelves loca, te amo! —dijo, imitando el acto sexual, lo que motivó que los sujetos que la acompañaban levantaran las cejas.

—Si me hubieras engañado habría terminado sin trabajo y expulsado de la Compañía de Jesús. Además —decía, cuando uno de los sujetos se adelantó hacia él, portando una pistola Walther PPK en la mano.

—Con todo respeto, señor Prat, no me interesan sus devaneos amorosos —dijo el individuo, que parecía ser el líder.

Vestía el mismo tipo de uniforme que los demás y en su pecho llevaba una pequeña insignia, una daga coronada por una esvástica de aspas redondeadas. Por detrás del puñal sobresalían las hojas de algún vegetal. Prat reconoció de inmediato el símbolo de la Sociedad Thule, y recién entonces notó que los otros sujetos llevaban el mismo pin en sus pechos.



—¿Nos conocemos? —preguntó el cura.

—No personalmente, aunque tenía mucha curiosidad por verlo. Imagino que sí sabe muy bien quién fue mi padre: Walter Theodor —anunció Manfred.

—Ah, claro, suponía alguna relación. La imbecilidad es genética —respondió Prat. Theodor hijo se rio entre dientes, pero avanzó hacia él con gesto amenazante.

—El único imbécil que veo aquí es usted, señor Prat. Esta señorita estuvo

infiltrada en su operación casi desde el principio y fue informándonos paso a paso todo lo que hacían. Si eso no es imbecilidad de parte suya, ni idea sobre qué es. Sí, reconozco que los primeros equipos de gente que tuvimos en esto fallaron en varias partes y por eso terminé asumiendo la dirección de esta operación militar. Desde entonces todo ha funcionado de un modo increíble.

Fue recién entonces cuando Prat comprendió algo espeluznante.

—Si es así, entonces ustedes nunca tuvieron la intención de derribarnos cuando despegábamos desde Santiago. ¡Botaron ese avión con gente inocente en forma innecesaria! —reclamó.

—Al contrario, fue muy necesario lanzar a tierra ese avión y hacerles creer que solo había sido un error, pues de otro modo sería muy difícil que usted confiara en la señorita Mariangel. Además de ello, no puedo dejar de congratularme por ciertos incidentes que ocurrieron de manera casual, como el de esos terroristas islámicos que trataron de matarla, lo que sin lugar a dudas ayudó a disipar las sospechas sobre ella.

—Nunca confié en ella. Por eso la eché del hotel —se defendió el cura.

—Sus excusas dan lo mismo ahora. Lo que importa es que nosotros tenemos armas y ustedes no.

Prat pensó en Sandra, Saavedra y Chánique. ¿Los habrían asesinado? ¿Habría más alemanes con ellos? ¿Estarían de rehenes? ¿Los habrían visto venir y habrían huido?

—No le va a durar mucho todo esto. Un equipo táctico de detectives viene en camino —mintió Prat.

Manfred Theodor se sonrió.

—Aunque eso fuera verdad, que sabemos no lo es, sería un placer hacer frente a un grupito de policías cuyo mayor mérito, quizá, haya sido patear la puerta de algún narcotraficante en alguna villa miseria. Todos mis hombres son militares curtidos en combate, con experiencia. Tres de ellos, de hecho, formaron parte de las Fuerzas Especiales del ejército de la patria madre y todos mis hombres, por cierto, son arios.

—¡Y a quién mierda le importa! —reclamó Prat.

—Debería importarle a todo el mundo, sobre todo en vista de la descomposición moral y racial que azota a Europa y América, pero nunca lo van a entender porque ninguno de ustedes califica como un ario puro. Quizás usted, señor Prat, tenga algunos antepasados arios, pero es cosa de ver su apellido nomás: se mezclaron con esos bárbaros de Cataluña, y después quizá con qué gentes nativas de este continente.

—Ustedes son unos seudonazis trasnochados que creen en las tonteras aquellas de la tierra hiperbórea, Shamballá y todo eso, leyendas medievales —replicó el jesuita, riendo.

—Sus burlas no me interesan, pero este lugar es muy especial para mi gente. Imagino que ya vio los caracteres rúnicos y se habrá fijado en la fineza de las tallas de las estatuas, el estilo de construcción y todo lo demás. Este es un rincón del pueblo germano, sin duda.

Prat se rio a mandíbula batiente.

—Está hablando estupideces, hombre. Aquí hay que hacer un trabajo arqueológico serio.

—Tenemos los expertos que se encargarán de aquello. No me malentienda.

—¿Sabe? Me tiene sin cuidado lo que diga —respondió Prat, cuya última palabra no se alcanzó a escuchar muy bien, pues en ese preciso instante se oyó un potente disparo, luego de lo cual uno de los sicarios de Theodor cayó al suelo con un proyectil que dio en su nuca, al impactar en el breve espacio que quedaba entre el casco balístico que tenía en la cabeza y el inicio del chaleco antibalas.

Dos de los soldados se dieron vueltas de inmediato, en dirección a las puertas de la ciudad, disparando ráfagas, sin poder descubrir desde dónde había provenido el disparo.

En realidad era difícil determinarlo, no solo por la gran cantidad de vegetación que cubría todo, sino porque había muchas construcciones en las cuales esconderse.

Mariangel comenzó a avanzar en dirección al acceso a la ciudad. De pronto, al lado del galpón de los cóndores, pareció ver algo que se movía y disparó la Glock que tenía en la mano, lanzando una ráfaga de gran violencia que hizo saltar parte de la madera de la antiquísima construcción.

—¡Sal de ahí, Saavedra, poco hombre! —gritó la mujer, logrando lo que esperaba. De entre las construcciones derruidas emergió una sombra con un arma en la mano. Incluso a la distancia y en medio de la incómoda posición en que se encontraban, Prat pudo observar que el cañón de esa pistola temblaba.

Entornando los ojos trató de ver si quien la sostenía era Saavedra, pero no tuvo la certeza de ello hasta que oyó la inconfundible voz del oficial de la PDI.

—¡No me obligues a hacer esto, Marita! —gritó el comisario, con la voz cascada, mientras Theodor se parapetaba detrás de una columna derruida, apuntando en dirección al recién llegado.

—¡Suelta el arma, Marita! —gritó Saavedra.

—¡Andate a la mierda! —fue la respuesta, seguida de una nueva ráfaga disparada en dirección al detective, el cual reaccionó escondiéndose detrás de la esquina del galpón. Astillas de madera centenarias, quizá milenarias —vaya uno a saber— saltaron por los cielos, ante los impactos de calibre cuarenta.

Saavedra calculó que la Glock de Marita estaba sin balas y volvió a asomarse.

—¡Estás detenida! ¡Entrégate! —intentó de nuevo, pero para su sorpresa solo recibió de respuesta otra ráfaga. Saavedra reaccionó por reflejo en ese momento y disparó tres disparos seguidos, movido por su instinto de autoconservación. Recién cuando vio caer al suelo el cuerpo inerme de esa mujer que había amado unas horas antes, se dio cuenta de lo que acababa de hacer. Quiso sentir pena por ello, pero no alcanzó. A bastante distancia vio cómo uno de los hombres de Theodor avanzaba sigilosamente hacia él, por lo que lanzó un par de disparos en esa dirección, haciendo retroceder al intruso, que se reunió con su jefe y los otros dos.

—No se atreven a avanzar porque no saben quién es, ni cuántos son —dijo el sacerdote, tendido como estaba en el suelo, junto a Mansilla.

Sin que nadie se los ordenara, ambos se habían lanzado hacia abajo, como protegiéndose, mientras que Theodor y los otros tres soldados se hallaban en cuclillas. Prat, sin embargo, tenía otro objetivo entre manos: alcanzar el machete de Mansilla, que había quedado tirado a unos dos metros de ellos.

Theodor y sus hombres, casi en punta y codos, comenzaron a moverse hacia delante, lo que Prat aprovechó para tomar el arma. Pero el movimiento fue advertido por el último de los militares, quien se puso de pie como si tuviera un resorte y le apuntó a quemarropa.

Sin medir las consecuencias, el cura, que aún seguía en el suelo, lanzó un feroz machetazo hacia delante, cortando parte de la canilla y los tendones del gemelo del sujeto, que cayó al suelo, casi encima de Mansilla. Este logró esquivarlo y le arrebató el fusil de las manos, mientras comenzaba a correr junto a Prat por uno de los pasillos de aquel palacio. Avanzaron unos cincuenta metros, hasta llegar a un punto donde la maraña de vegetación hacía imposible seguir. Escucharon varias ráfagas y un par de disparos aislados a lo lejos.

—Bueno, al menos tenemos esa arma —dijo Prat, recobrando el aliento e indicando el AR-15 en las manos de Mansilla.

—No sé cómo se usa. Solo se la quité a ese sujeto para que no nos disparara con ella —respondió, pasándosela.

—¡Yo tampoco la sé usar! —gritó el cura, instante en el cual vieron que uno de los sicarios entraba corriendo hacia el pasillo.

—¡Dispare! —gritó el sacerdote a Mansilla, que había tomado el fusil como lo había visto en las películas, pero el gatillo no reaccionaba, pues estaba completamente inmóvil.

—¡Esta huevía no sirve para nada! —gritó el ingeniero, cuando el sonido seco de una bala atravesó todo el lugar, haciendo que el soldado cayera hacia un costado, mortalmente herido por un disparo que había efectuado alguien desde atrás.

—¿Saavedra? —preguntó el jesuita, al ver la inconfundible estampa del comisario, caminando hacia ellos y lanzando al suelo la pistola que portaba, cuyo cargador ya estaba vacío.

—¡Positivo, padre! —le respondió el oficial, con una gran sonrisa en la cara.

—¡Por la mierda, no sabe cómo me alegro de verle! —le dijo Mansilla, aún tiritando.

—Yo también me alegro de haber llegado a tiempo. Mire, ese selector que está allí se encuentra en modo «seguro». La próxima vez que quiera matar a alguien con un fusil, tiene que desbloquearlo antes —le dijo, recogiendo el AR15 del suelo y mostrándole cómo operaba.

—Nos volvió a salvar el pellejo. ¿Qué sucede afuera? —preguntó Prat.

—Queda uno, supongo, al que vi corriendo hace varios minutos ya, en forma muy

veloz, hacia el acceso de la ciudadela.

—Valiente soldado. ¿Se refiere al hijo de Theodor? —preguntó el cura.

—¿El jefe? No, para nada. Con ese nos disparamos unos buenos tiros, pero finalmente le di un disparo de lleno en el ojo derecho. Fue el último en caer. De hecho, está tiradito aquí afuera.

—¿Y Sandra y Roberto?

—Tranquilo, padre, están bien, escondidos. Estos tipos llegaron en un helicóptero, esta madrugada, en medio de una fuerte borrasca. Aterrizaron en lo alto de la montaña, cerca de donde llegamos caminando. Eso nos dio tiempo para escapar de allí. Roberto intentó comunicarse con ustedes y oímos que contestaban, así es que supimos que estaban bien. Chánique y Sandra se escondieron en una quebrada y quedamos en que yo los vendría a buscar. El resto ya lo han visto y esto, esto es increíble, realmente asombroso —comentó, conteniendo la respiración y mirando el lugar en que se encontraban.

—Es una maravilla, Saavedra, pero debemos volver. No vaya a ser que ese sujeto dañe a Sandra o a Chánique o, peor aún, que esté solicitando refuerzos —razonó el sacerdote.

—Tiene razón. Vamos —respondió el detective, enfilando con ellos hacia la salida.

Tal como había dicho Saavedra, Manfred Theodor estaba allí tirado, sin vida, con un gran agujero sanguinolento en la concavidad donde antes se ubicaba su ojo derecho.

—Pobre huevón —musitó Prat, agachándose sobre el cadáver y arrancando el prendedor de la Sociedad Thule desde el pecho del finado, ante la mirada extrañada de Mansilla y Chánique.

—Es un pequeño *souvenir*, nada más —se excusó el sacerdote, guardando el pin en su bolsillo. Luego de eso siguieron caminando hacia la salida y, al pasar por el costado del galpón de los cóndores, vieron el cadáver de Marita Mariangel.

Prat puso su mano en el hombro de Saavedra.

—Sé que debe haber sido muy duro tener que dispararle —le comentó.

—Positivo. Una de las peores cosas que he tenido que hacer en mi vida, pero era su vida o la mía. No sabe cuánto me dolió —dijo.

Capítulo 50

Puyehue, frontera de Chile con Argentina
18 de mayo de 2017

El viaje de regreso transcurrió sin incidentes. En todas partes se veían las huellas de las botas del militar que había logrado huir y se evidenciaba que lo había hecho a toda velocidad, tanto por la longitud de las trancadas, como por la profundidad de las mismas en el polvo.

—No entiendo por qué este tipo escaparía así —comentó el comisario en varias ocasiones, mientras iban de regreso por el túnel.

Cuando finalmente salieron de este ya era casi mediodía y el cielo estaba despejado. Quizá lo más increíble de todo fue que apenas emergieron desde la boca de la escalera vieron a Sandra y Chánique que los esperaban.

Desprovisto ya de pudores y prejuicios, Prat se abalanzó sobre ella y le dio un largo beso, ante la mirada estupefacta de los dos exalumnos jesuitas.

—Pensé que te habían hecho algo —le dijo el cura a la mujer, acariciando sus mejillas.

—Yo creí lo mismo. Escuchamos varias veces los disparos y... —trató de decir ella, rompiendo en llanto.

—Tranquila, tranquila. Todo está bien —le susurró, pero Chánique le tocó el hombro.

—No, padre, disculpe que le interrumpa, pero todo está pésimo. Estuvimos escondidos hasta hace un rato, unos diez o quince minutos, quizá, cuando escuchamos de nuevo el helicóptero. En la madrugada, en medio de la nieve y la oscuridad, nunca supimos si el aparato había quedado aquí o no, pero hace poco, al oír el ruido, salí de la quebrada y observé cómo, en la planicie que está más al norte, se subía un sujeto, mientras el helicóptero estaba funcionando ya, señal evidente de que el piloto había permanecido en el interior. Luego de ello, el aparato salió en dirección a Argentina.

—Huyeron, entonces —comentó Prat.

—Huyeron, pero antes hicieron una parada. ¿Ven ese promontorio que está al otro lado del lago, casi al frente de donde estamos?

—Claro. Presumo que la ciudad que encontramos, ya les contaremos, se encuentra al otro lado de ese peñón —respondió Mansilla.

—Pues bien, nosotros pensamos lo mismo, pues los disparos se oían como provenientes desde esa dirección. El problema es que antes de seguir huyendo hacia Argentina, el helicóptero se detuvo sobre ese peñón —explicó Chánique, mención ante la cual Mansilla se puso pálido.

—Me estás hueveando —exclamó.

—Para nada. Lo vi con binoculares. Sabían muy bien hacia dónde iban. Esa pendiente hace imposible que el helicóptero se posara allí, así es que lanzaron una cuerda, desde la cual descendió un solo sujeto, que se posó sobre el terreno, caminó unos metros y dio con una especie de puerta subterránea. Se metió dentro de ella con la mitad del cuerpo, como si fuera una bocatomía de revisión de un oleoducto o algo semejante, salió, se agarró de la cuerda y se fueron de allí. Eso pasó hace nada, minutos.

—No entiendo de qué hablan —se quejó Prat.

—El sujeto que logró escapar seguro era chileno —razonó Chánique, sin hacerle caso.

—¡De qué hablan! —gritó el jesuita y recién entonces Mansilla pareció prestarle atención.

—Hablamos de que hay que escapar de aquí de inmediato. Según esos mitos que circulaban respecto de las cargas explosivas que el Ejército habría instalado el 78 en el lago Constanza, una de ellas se ubicaba en el extremo sur del lago, con el fin de hacer fluir el agua hacia abajo e inundar el paso Puyehue —explicó Chánique.

—Se decía que eran toneladas y toneladas de explosivos, las suficientes como para demoler en el acto una montaña entera. La otra carga estaba en la zona norte del lago, allá, en ese peñón, a cuyos pies se encuentra la Ciudad de los Césares. Por eso pensábamos que quizá ese sujeto que quedó vivo era chileno. Es probable que antes haya sido militar y conociera el lugar exacto en que se encontraban las cargas.

—Pero no se entiende qué sentido tendría destruir esa ciudad —argumentó Sandra.

—El sujeto ese debe haber tenido una instrucción, o quizá todos la tenían, en el sentido de que si caía el jefe o algo semejante, debían activar la carga —comentó Saavedra.

—¿Y cómo sabrían de esa carga explosiva? Ustedes lograron recién ayer descifrar este código. Eso significaría muy poco tiempo como para que no solo averiguaran lo mismo, sino para que, además, supieran de esos supuestos explosivos —razonó Chánique.

—Esta gente tenía o tiene un pequeño ejército privado. Son expertos en operaciones negras, en armamentos, en explosivos y en inteligencia. En 24 horas deben haber averiguado todo lo que necesitaban saber sobre el área e incluso es probable que tuvieran ya una vaga noción de donde se encontraba la Ciudad de los Césares y que, por lo mismo, hubieran averiguado ya todos los detalles del lugar. Como sea, ¿existe alguna posibilidad de que esos explosivos sigan activos y funcionando luego de tantos años? —preguntó Prat a Saavedra.

—No soy experto en el tema, pero sí me ha tocado participar en algunos decomisos de armas, y el trabajo de retiro, incluso de explosivos que han estado bajo tierra y expuestos a la humedad, debe ser siempre muy cuidadoso. Los expertos dicen que es factible que estallen en cualquier momento.

—¿Habrá alguna posibilidad de desactivarlos? —preguntó Prat.

—No tengo cómo saber eso. Habría que ver qué tipo de explosivos son, qué sistema de activación poseen, si hay un temporizador, si el sistema de activación es químico, mecánico, etc.

—Llamemos al Ejército —propuso Prat.

—¿Al Ejército? ¿Dónde va a llamar? ¿A la comandancia en jefe? ¿Al Regimiento de Osorno? ¿Y qué les va a decir? «Mire, estoy en el lago Constanca y acabamos de ver cómo unos locos activaron una carga explosiva que ustedes dejaron aquí en 1978 para destruir el lago». ¿Usted cree que esa es información que maneja el cabo que contesta el teléfono en el regimiento? —le preguntó Mansilla con cierta desesperación.

—Algo hay que hacer para evitar que esto se destruya —dijo el sacerdote, justo en el momento que una violentísima explosión, cuya fuerza los lanzó al suelo, partía en mil pedazos el peñón situado al frente de ellos.

Mientras caían pedazos de granito y un polvillo muy pesado, Prat logró ver cómo ese promontorio que segundos antes dominaba el lado oriental del lago Constanca, había desaparecido por completo.

De fondo, se escuchaba el ruido inclemente del agua, que recibía millones y millones de metros cúbicos de material y levantaba una enorme ola.

Tratando de levantarse, Prat se fijó en que todos quienes estaban con él se hallaban bien, aunque conmocionados. Con los oídos retumbando, producto de la enorme potencia del estallido, se puso en pie y, tratando de mirar en medio de la nube de polvo que flotaba por todas partes, pudo ver el valle donde alguna vez había estado la Ciudad de los Césares, completamente recubierto de los restos de la montaña.

Sandra, que se había puesto de pie al lado suyo trataba de limpiarse los ojos, llenos de polvo. Le preguntó qué veía, qué pasaba.

—Nada, Sandra, allí ya no hay nada. Solo hay cóndores —le contestó, mostrando la docena de enormes aves que, nerviosas y chillando, volaban en círculos sobre sus cabezas, lamentándose por la destrucción de esa ciudad, la primera de tantas ciudades de América Latina donde eran venerados como unos verdaderos dioses.